



ISABELLA  
MARÍN

*Un  
perfecto  
desconocido*





ISABELLA  
MARÍN

*Un  
perfecto  
desconocido*

# **Un perfecto desconocido**



**Isabella Marín**

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Un perfecto desconocido*

© Isabella Marín

Edición publicada en marzo del 2021

Diseño de portada: Adyma Design

Corrección: Correctivia



Iban a ser unas vacaciones perfectas. Pero todo salió mal.

Sus amigas están muertas ahora, y ella está herida. Si quiere sobrevivir a este infierno blanco, Elena tendrá que refugiarse en la cabaña de un misterioso hombre que vive aislado en medio de la montaña canadiense. Sabe que es vital mantenerse alejada de él, pero la atracción que ejerce sobre ella se vuelve irresistible según se recrudece el invierno.

El peligro aumenta con cada copo de nieve que los aísla.

Las dudas se ciernen sobre ella como una lluvia que lo corroe todo.

¿Es Cash quien dice ser?

Un par de miradas cruzadas en una gasolinera podrían costar demasiado caro si Cash, en lugar de ser el salvador, resultará ser el verdugo.

## Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros trabajos de la autora](#)

[1](#)

[2](#)

3  
4  
5  
6



*Érase una vez una princesa, blanca como la nieve...*



# 1

*La muerte camina más rápido que el viento  
y nunca devuelve lo que ha tomado.*

Hans Christian Andersen

El destello de luz refulgía con toda claridad en medio de la montaña nevada, doblegando la oscuridad a su alrededor como uno de esos faros que indican el camino a los marineros perdidos.

Elena rompió a llorar. Alivio y desesperación se debatían en su interior con tal violencia que no pudo contenerse más y, vencida por el peso de sus aplastantes emociones, cayó de rodillas hasta hundirse sus palmas en la nieve, cuya frialdad ya no sentía escocer contra su piel.

Cualquier concepto parecía insuficiente para abarcar el bullicio de sentimientos que la gobernaban y, desde luego, ella no tenía aliento para pronunciar ningún sonido aparte de aquellos silenciosos sollozos. Solo podía llorar y enfocar la luz.

Llevaba horas enteras perdida en medio de ese maldito infierno blanco, enfrentándose a una ventisca letal y a un frío como jamás había conocido.

Había vagado como un fantasma a través de bosques y riachuelos congelados, había trepado colinas empinadas y descendido por valles ominosos, y en todo momento se había sentido abandonada tanto por la esperanza de encontrar ayuda, como por la fe en un Dios todopoderoso que fuera a salvarla.

Había estado convencida de que iba a morir ahí, en el zaino corazón de esas montañas nevadas. Incluso se había resignado a ello. ¿Qué otra cosa

podía hacer excepto aceptar su acuciante destino? Le gustase a ella o no, morir era un desenlace que se estaba volviendo ineludible con el paso de los segundos.

Sin embargo, ahora, al igual que un náufrago que atisba tierra, vio esa luz a lo lejos y supo que aún había una débil esperanza de sobrevivir.

Y si la había, tenía que agarrarla como fuera. Tenía que encontrar una manera de llegar hasta la casa y buscar ayuda.

*Lo lograrás. Llegarás hasta ahí, caminando, arrastrándote o rodando cuesta abajo si fuera necesario.*

Los pensamientos le inyectaron fuerza. Apretó los dientes para impedir que le siguieran castañeando, tragó saliva con gran dificultad y encaminó hacia ahí sus temblorosas piernas.

Sus jadeos sonaban cada vez más ásperos en el silencio de la noche. El esfuerzo que suponía una acción tan simple como la de impulsar el cuerpo hacia adelante se le antojaba casi babilónico. La adversidad de las condiciones atmosféricas, la ventisca que arreciaba furiosa y el deplorable estado físico en el que se encontraba su cuerpo no hacían más que eternizar la travesía. No eran metros sino abismos los que se interponían en ella y su objetivo.

Apenas conseguía respirar, tenía los agujeros de la nariz casi pegados, y el poco oxígeno que alcanzaba a coger nunca era suficiente para saciarla.

Tampoco podía caminar. Sus piernas estaban tan rígidas, tan entumecidas de frío que, más que levantarlas, las arrastraba como si fuesen de madera, extremidades añadidas a su cuerpo, cosidas o pegadas de algún modo. No podían ser suyas porque no las sentía como tal.

Es más, Elena tenía la inquietante sensación de que no las sentía en absoluto, y eso no podía significar nada bueno.

El frío se había vuelto inhumano según se había internado en el corazón de la noche y, aunque ella se había obligado a mantenerse siempre en movimiento para evitar congelarse, no sabía exactamente en qué estado se encontraba su cuerpo ni cuánto tiempo más iba a poder resistir a la tentación de tumbarse en el mullidito lecho de nieve y rendirse ante el

cansancio. Hundirse en un sueño profundo y mortífero le parecía una idea cada vez más atrayente.

Tenía que alcanzar la luz antes de que la abandonasen las fuerzas por completo. Sabía que cada segundo malgastado la acercaba un poco más a la muerte.

La pierna le dio un tirón que hizo que su rostro se torciera de suplicio. Las zarzas a través de las cuales se había tenido que abrir paso le habían cortado la cara; estaba llena de arañazos que, ante el viento polar, escocían como si alguien los hubiese rociado con alcohol. La larga melena, sedosa y brillante tan solo unas horas antes, se había convertido ahora en un oscuro breñal de pelos que acumulaban hielo, nudos y suciedad. Ya ni siquiera sus ojos se distinguían. Solo eran dos puntitos azules, muertos, en medio de unos párpados inflamados.

A sus espaldas, gotas de sangre carmesí se fundían en la blancura de la nieve. Había marcado el camino como Hansel y Gretel, quizá con la esperanza de poder regresar algún día.

La ironía de todo le hizo esgrimir una sonrisa, pero tan debilitada estaba que el gesto en el que se contrajo su rostro fue más bien una mueca nacida de la intensidad del dolor que le retorció las entrañas.

Avanzó otro puñado de metros y se detuvo a recobrar el aliento. Apoyó la frente en el tronco de un árbol y entrecerró los párpados para que el mundo dejara de dar tantísimas vueltas.

Resultaba imposible distinguirla en la negrura de la noche. Estaba camuflada con sus vaqueros negros y la sudadera azul marino, ambos insuficientes para la temperatura de la montaña.

*Quizá por eso sigas con vida. Eres oscuridad dentro de una oscuridad aún más profunda.*

El pensamiento la atravesó como un rayo y, aunque la idea en sí la dejó aterida, sus ojos no revelaron nada. Su rostro no registró ninguna reacción; se mantuvo impávido, como si Elena hubiese dejado de sentir nada. Ni tan siquiera miedo.



Los copos empezaron a espesar encima de sus pestañas, amenazando con convertirla en estatua de hielo si permanecía inmóvil por mucho más tiempo. La luz no parecía estar a más de cincuenta metros ahora.

Sin embargo, al moverse descubrió que el esfuerzo de alcanzarla se estaba volviendo sobrehumano.

En vez de acercarse, tenía la impresión de estar alejándose cada vez más deprisa, arrastrada hacia atrás por la inhumana ventisca.

—Vamos —siseó para darse ánimos.

Faltaba muy poco. Solo un par de metros y todo acabaría. No podía rendirse ahora. No después de todo el esfuerzo que le había costado llegar hasta ahí.

Soltó un gemido de dolor que hizo que el aire brotara en forma de vaho a través de sus labios entreabiertos, y obligó a su cuerpo a moverse más deprisa. Pero no llegó muy lejos. De pronto, le sobrevino un mareo que dejó el mundo aún más oscuro de lo que ya era.

*Despacio*, se recordó a sí misma mientras tanteaba con las dos manos la corteza de otro árbol y se pegaba a él para mantener el equilibrio. Unos segundos de descanso y después seguiría adelante.

No podía rendirse. Había algo más fuerte que ella instándola a seguir arrastrándose: el instinto de supervivencia. Si se desmayaba, se congelaría. Tenía que seguir en movimiento. Así de sencillo.

Elena García nunca había sido una luchadora. Se había rendido demasiadas veces a lo largo de su corta vida: cuando su hermana le había quitado a Connor, cuando su jefa se había aprovechado de su ingenuidad, cuando sus padres se habían puesto del lado de Trixie solo porque esta estaba embarazada...

¡Pero maldita fuera si iba a rendirse esta vez! Esta vez lucharía, daría pataletas y gritaría como una loca. Caminaría, ¡se arrastraría a través de abismos enteros de nieve si hiciese falta! Saldría de esta. Volvería a Nueva York. Lo haría solo para poder decirle a Trixie a la cara que era una zorra y que ella y Connor bien podían arder en el Infierno.

La ira cumplió con su cometido. Le introdujo fuerzas para seguir adelante. Soltó el árbol pese a la tranquilidad que ofrecía su firme y erguida postura y continuó abriéndose paso a través de la nieve con los dientes apretados y el cuerpo cada vez más falto de energías. Los mareos regresaron al tercer paso que dio, pero esta vez no tenía pensado parar.

*Lloriquear es de débiles, Elena. Maggie siempre te lo decía. Al menos ahora demuéstrole que se equivocaba contigo.*

*Maggie...*

*No, no pienses Maggie aún. Solo camina. Sálvate por ella.*

La furia siguió alimentando las brasas de su alma y consiguió afianzar sus pies en la nieve a pesar del aire que la cercaba con sus cuchillas, listo para atacar y derrumbarla.

Estaba a punto de salir del bosque, cuando una poderosa ráfaga de viento agitó las ramas de los pinos por encima de su cabeza y removió la nieve, copos que empezaron a danzar en torno a ella como en un bonito cuento de hadas. ¿Cómo se llamaba aquel cuento del niño al que habían atravesado el corazón con un trozo de cristal de un espejo maligno?

Elena no lo recordaba.

A lo mejor ese niño era ella misma. Lo que había ahora en su pecho no parecía un corazón humano. No lo sentía latir. Quizá estuviera congelado como todo lo demás. A lo mejor su corazón pertenecía ahora a aquella capa de escarcha, intangible y álgida, que devoraba las murallas blancas y los despeñaderos que había dejado atrás. La capa iba tras ella como un sabueso, deseando agarrarla entre sus frías garras. Era el precio que debían pagar los insensatos que se atrevían a pisar esas tierras. El peaje.

Miró con ansiedad la distancia que la separaba de su objetivo y resolló de nuevo. Su cuerpo tiritaba como si estuviera sufriendo los estertores de la muerte y le castañeaban los dientes con tanta fuerza que temía partirse las muelas. Sin duda, parecía la clase de frío que te congela si dejas de moverte.

*Como a Jack. ¿Recuerdas Titanic?*

*No. Vamos*, se empecinó, apretando los párpados como último esfuerzo.

El chillido de un búho hizo jirones la absurda quietud de la noche. Primero rebotó contra las altas montañas y, acto seguido, se propagó por el valle, un sonido tan escalofriante que a Elena se le erizó el vello de la nuca. Siempre había odiado la noche y la oscuridad. Y ahora estaba sola, en medio de la montaña.

De pronto, notó que algo se movía a sus espaldas, algo frío e inhumano cuyos dedos le apartaban el pelo de la nuca. Casi vio unos labios putrefactos que se acercaban a su oído y le susurraban con voz dulce, aborrecible:

*Elena...*

Un siseo maligno cortó el aire a su alrededor y la circundó como una trampa invisible; una trampa dentro de la cual sus peores temores cobrarían vida.

El miedo le cerró la garganta y una helada oleada de pánico descendió sobre ella y le congeló el aliento, pero se obligó a no mirar atrás y a alejarse todo lo deprisa que sus agarrotadas piernas le permitían. Se lo repitió una y otra vez: ahí no había nada aparte del viento y de la nieve que crujía por debajo de sus pies.

Y no podía tener miedo del viento y de la nieve.

Unos metros más de arrastrarse y alcanzó la puerta. Sin embargo, no sintió la alegría que esperaba sentir. Sus mortecinos ojos se inundaron de horror.

De cerca, pudo ver que no se trataba de una casa, sino de una cabaña, que se erguía sobre un destartalado porche de madera y se extendía en la nieve como una mancha gris, mohosa, cuya decadencia impregnaba la atmosfera de algo viciado, parecido al olor de la podredumbre y del sepulcro. O al menos eso le transmitía su febril imaginación.

*Dios... ¿Quién vive aquí?, ¿Jason Voorhees?*<sup>[1]</sup>

Su aliento empezó a acelerarse de golpe y los ojos se le poblaron de lágrimas.

En circunstancias normales habría salido corriendo sin mirar atrás. El lugar tenía un aspecto absolutamente siniestro, con los muros descarnados, un pajar medio derrumbado en la parte de atrás y una veleta junto a la escalera, que soltaba un lamento oxidado cada vez que el viento la empujaba, lo cual sucedía demasiado a menudo.

Esa dejadez daba muy mala espina, pero Elena sabía que no podía permitirse el lujo de ponerse quisquillosa. Necesitaba ayuda y ahí se la podían proporcionar. La cabaña parecía habitada.

Una titilante luz, la que la había atraído como el canto de una sirena, salía por la ventana y se arrojaba como brillantina dorada sobre el plateado lecho de nieve que cubría el porche, y la chimenea expulsaba humo. ¡Humo! Fuego, calor y una manta. Algo de beber.

Le fallaron las fuerzas de nuevo, esta vez, a causa del alivio.

Le daba igual quién viviera ahí. Fuera quién fuera, *tenía* que ayudarla. Necesitaba apartar sus temores y dejar que esa persona le salvara la vida.

Hizo acopio de sus últimas energías y se dispuso a levantar la mano para llamar. Un proceso muy sencillo. Solo tenía que mover un poco el brazo y golpear la puerta. ¿Por qué le costaba tanto esfuerzo conseguirlo? Se sentía como si estuviera atrapada dentro de una pesadilla en la que quieres salir corriendo y, sin embargo, no puedes moverte ni controlar tu cuerpo. Ni siquiera puedes gritar.

¡Gritar!

Algo se encendió dentro de su mente y la llenó de esperanza. Eso era. Si no podía llamar, a lo mejor gritar sí que podía.

—A... yu...da...

Quiso morir cuando esos sonidos temblorosos traspasaron la barrera de sus entumecidos labios. Su voz sonó tan débil que era imposible que la persona que estuviera al otro lado de la puerta pudiera escucharla. Daba la impresión de que el rugido del viento se tragaba los sonidos incluso antes de que brotaran.

Avanzar tanto, alcanzar la meta y dar su último aliento delante de una puerta cerrada le parecía una cruel ironía del destino.

—A...yu...da —susurró con la voz rota. Tenía la garganta lacerada, pero se negaba a rendirse—. A...yu...da. Aaa... —*Vamos, Elena. Por favor, concéntrate*—. Aaa...—Apretó los dientes y probó suerte de nuevo—. ¡Ayuda!

La voz brotó alta y clara esta vez. Elena respiró aliviada. Si las personas que vivían ahí no tenían la televisión encendida, la escucharían.

Se mantuvo quieta, a la espera de escuchar algún ruido al otro lado de la puerta, un sonido que delatara que alguien se estaba levantando de la cama, o el suelo de la cabaña crujiendo por debajo del peso humano. ¿Nada? ¿No había nadie ahí para ayudarla?, ¿para poner fin a esa maldita pesadilla?

Entonces, estaba perdida. No podía hacer nada más.

Expulsó el aire en un suspiro exangüe y de nuevo se resignó a su destino. No tenía fuerzas para seguir arrastrándose. Había empleado sus últimas energías en llegar hasta allí.

*Buenos, al menos lo has intentado. Menuda aventura.*

Se humedeció los labios con la poca saliva que le quedaba y cerró los ojos. Estaba cansada. Muy cansada. El mundo no dejaba de dar vueltas a su alrededor, como un carrusel embrujado que jamás se detendría. Su único consuelo era que la muerte llegaría en breve y ya podría descansar entonces.

Parecía mentira que ella, Elena García, fuera a pensar en la muerte como un alivio. Hacía tan solo un día estaba rebosante de vida.

Claro que, el día anterior, nada de todo eso había sucedido aún.

Recordaba con absoluta nitidez cómo había comenzado esa pesadilla. Sus ojos, empañados por lágrimas de derrota, vieron llegar a Dani una semana antes, corriendo y chillando a los cuatro vientos la noticia de que ella y John se habían prometido.

—¡Vamos a organizar la mejor despedida de soltera de todo el jodido milenio!



En su mente escuchó las risas histéricas de sus amigas y sintió ganas de sonreír. Sarah siempre pensando en las fiestas. Menuda cabeza hueca. Aunque la ocasión lo requería. Hasta Elena tenía que admitirlo.

Dani era la primera de las cuatro en prometerse. ¿Cómo no dejarse llevar por el entusiasmo? Eran amigas desde preescolar. Llevaban toda la vida soñando con sus bodas. A los seis años incluso estaban convencidas de que se casarían todas el mismo día, en una ceremonia digna de las alfombras rojas.

—Mis padres tienen una casa en Canadá.

Todos los ojos estaban puestos en Maggie. Llevaban diez minutos peleándose porque no se ponían de acuerdo con la localización de la fiesta. Casi siempre andaban a la gresca, aunque se querían mucho.

—Podemos ir ahí —propuso Maggs como quien no quiere la cosa—. Está libre. Ellos nunca la usan en invierno.

—¿Canadá? —A Dani no se la veía muy convencida—. Hará mucho frío, ¿no?

—¿A quién le importa el frío si llevamos esto en la maleta?

Sarah, con aire travieso, sacó de debajo de la cama una botella de vodka y la agitó en el aire. Sus amigas volvieron a reír histéricamente.

—¿Cómo has conseguido eso? —Elena, pese al aire de censura que pretendía proyectar, la miraba con sonrisa condescendiente—. No podemos tener alcohol en el campus y lo sabes. Va en contra de las normas.

—*Va en contra de las normas* —se mofó Maggie imitando su voz—. No seas mojigata, Elena. Nuestra Dani se nos casa. ¡Vamos a romper por completo el jodido sistema de normas del campus!

—¿Y por qué Canadá?

—Porque a unos cuarenta kilómetros de nuestro alojamiento *con jacuzzi y chimenea* hay una discoteca a la que van los canadienses más buenorros que habéis visto en vuestra vida. ¿Te basta eso, Elena, o es que quieres más?

Sus amigas se habían salido con la suya.

A pesar de ser la más prudente del grupo, a la misma Elena le había parecido buena idea irse a pasar las vacaciones de invierno en Canadá. La otra alternativa habría sido volver a casa y arreglárselas con Trixie y Connor, que seguro que estarían ensayado para convertirse en los papás del año. Vomitivo.

Elena se había dicho a sí misma que la única solución era marcharse durante un par de días; alejarse de Connor y de Trixie y de todo el daño que le habían hecho.

Ahora, vistas las cosas con más perspectiva, ojalá se hubiese quedado. ¿Qué era un corazón partido comparado con la inexorable muerte?

De haberse negado a ir, a lo mejor sus amigas estarían vivas ahora. Podía imaginarlas alrededor de una chimenea, tomando chupitos de la botella de vodka de Sarah.

Sí, eso habría estado bien. Se habrían reído de Maggie, a la que se le trababa la lengua cada vez que bebía.

Si iba a morir, así era como quería pasar sus últimos momentos, soñando con sus amigas, bebiendo y riendo, llenas de vida y de chispa.

Apoyó la sien contra una de las columnas de madera del porche y se dejó envolver en la dulce blandura que la invitaba a descansar sus maltrechos huesos en la nieve.

Incluso sonrió un poco.

En su sueño, nadie le había rajado la garganta a Maggie.

Los ojos de Dani, gélidos por el roce de la muerte, no se mantenían clavados con espeluznante fijeza en la lámpara de mimbre.

El camisón de Sarah no estaba empapado por toda esa sangre que se escurría por su pierna hasta gotear encima de las uñas de los pies, cuidadosamente pintadas con esmalte marfil.

Y la misma Elena no estaba apoyada delante de una puerta cerrada, en mitad de la nada, congelada de frío y a punto de expulsar su último soplo de vida.

No. Estaban todas sentadas delante de la chimenea, bebiendo y riendo; pasando el tiempo de sus vidas. No le costó nada recrear esa imagen dentro de su mente e internarse en ella.

Casi podía sentir el calor del fuego. Olía el reguero de alcohol en el aliento de Sarah, que estaba...

¿Por qué estaba Sarah aferrándola con tanta fuerza por los hombros?

*Me haces daño, Sarah*, quiso gritarle.

Pero las palabras quedaron atascadas en alguna parte. Muertas, como todo lo demás.

—Despierte. ¡Maldita sea, despierte!

Algo estaba sacudiendo el plácido mundo ficticio de Elena. Algo malo, algo que pretendía arrancarla de ahí para devolverla a la crudeza de la realidad.

—Despierte. Por favor, abra los ojos.

Ante la intensidad de su ruego, Elena hizo un último esfuerzo y entreabrió los párpados.

Débil, desfallecida, a punto de perder el conocimiento, recorrió con mirada lánguida el rostro del hombre que estaba inclinado sobre ella; su peligroso, aristado, apuesto rostro, que iba y venía en medio de las corrientes blancas.

Lo miró, se perdió por un instante en esos ojos azules como si de un abismo se tratara, y entonces la verdad cayó sobre ella y la aplastó bajo su asfixiante peso.

Algo parecido a un espasmo le sacudió el estómago, y todo cobró sentido mientras su corazón empezaba a latir frenético dentro de una caja torácica que parecía hecha de púas.

Llamar a esa puerta no había resultado ser una buena idea.

Aunque al menos ahora lo sabía. Lo comprendía. Llevaba horas enteras preguntándose por qué. Ahora por fin conocía las respuestas. Como en el cuento de Poe, la Muerte Roja había dejado caer su máscara. No más

misterios. No más secretos. Solo una certeza: iba a morir, y muy en el fondo sabía que aquel exquisito rostro que se cernía sobre el suyo sería lo último que viera.

—El rostro... de la muerte...

Los sonidos brotaron apenas audibles a través de sus labios blanquecinos. Así y todo, él los oyó. *Blancanieves* había dicho: el rostro de la muerte.

Y después, se había desmayado contra su pecho.

—No me jodas —refunfuñó Cash, cuyo rostro se crispó casi al mismo tiempo que se oscurecían sus tormentosos ojos, capaces de derretir incluso el corazón de la mujer más fría del mundo—. ¿Por qué se me habrá ocurrido mirar por la ventana?







Los estados de consciencia e inconsciencia se alternaban como un remolino de aire que hace girar las hojas muertas atrapadas en su interior.

Elena no era consciente del curso del tiempo. Días, semanas, meses... ¿Cuánto había pasado? ¿Cuántas veces se había desmayado?

No lo sabía. Lo único que parecía tan claro como la luz del día era que, cada vez que despertaba, los ojos azules de él planeaban sobre los suyos. Era espeluznante el modo en el que la atraían. ¿Por qué no dejaba de mirarla con tanta fijeza?

Se dispuso a preguntárselo, pero la oscuridad, una vez más, se la tragó.

\*\*\*\*\*

Tenía la boca tan seca como un estropajo. Eso fue lo que la despertó.

Miró a su alrededor, registró las paredes de madera con mirada angustiada, y llegó a la conclusión de que debía de seguir en la cabaña. Había oído hablar de gente que, a causa de un *shock* profundo, perdía la razón o la memoria.

Elena se sintió aliviada al descubrir que ella no iba a tener que afrontar algo así. Estaba lúcida y recordaba a la perfección todo lo que había sucedido.

Por eso sabía que era vital encontrar un modo de escapar de ahí cuanto antes. Antes de que él...

Un golpe de horror impactó contra su pecho, pero no se paró a concederle importancia; apartó la manta y se incorporó deprisa en la cama.

No podía malgastar ni un segundo.

Clavó las palmas en el colchón para impulsarse hacia arriba, sin embargo, al bajar las piernas al suelo, un punzante dolor la atravesó con tanta saña que se dobló en dos y soltó un chillido que pareció acallar incluso el viento que soplaba en torno a la cabaña.

En menos de un parpadeo, él volvió de donde sea que estuviera y la castigó con una mirada áspera.

—¿Está chiflada? ¿Qué es lo que intenta hacer?, ¿caminar?

*Huir.*

La palabra se pintó por sí sola dentro de su mente, y Elena sabía que siempre hay que hacer caso a lo que te dicta el instinto.

Sus ojos azules recorrieron valientes el rostro sin afeitar del hombre. Si sobrevivía, tendría que dar detalles. Cuantos más, mejor.

Así que lo escudriñó con un detenimiento del que no pensaba avergonzarse.

Era más mayor que ella. Fue lo primero en lo que reparó. Elena solo tenía veintidós años. El hombre estaba metido de lleno en la treintena. Lo supo por las finas líneas de expresión que le rodeaban los ojos. Ojos de color azul marino, ahora que se fijaba.

Él se quedó impertérrito ante su escudriño y sus abisales iris le devolvieron la mirada. Era moreno y muy atractivo, un hombre fuerte y alto que una no esperaría encontrar en un lugar tan inhumano como aquel. Sencillamente, ese sitio tan marchito, esa choza de cortinas de encaje amarillentas, no le pegaba. Su rostro exhibía un saludable bronceado otoñal y Elena se imaginó el sol acariciar esos rasgos definidos, sublimes, y tal vez concediendo una pizca de simpatía a su actual expresión insondable.

El pensamiento y la calma que le inducía la imagen soleada solo duraron un segundo. Después, escuchó el rugido del viento polar y experimentó una nueva oleada de miedo.

Pese a la impecable máscara de naturalidad con la que la observaba, había algo salvaje e indomable en ese hombre. Lo rodeaba una energía

oscura, algo primitivo que le paralizó el aliento cuando sus ojos se sumergieron por completo en los suyos.

Él se mantuvo de pie en mitad de la cabaña, desde donde la observaba con fascinación. Su fuerte perfil se recortaba contra la luz que entraba a través de la puerta medio entornada. Elena sospechó que lo que se insinuaba por debajo de la gruesa ropa de montaña era el cuerpo de un militar, ágil y de musculatura bien desarrollada. Desde luego, su postura era erguida y poderosa.

*Eso le debe de facilitar las cosas, pensó. Las engatusa con su aspecto y su sonrisa (ella recordaba su sonrisa y sabía que era matadora) y, cuando se descuidan, las asesina. Muy astuto, el hijo de puta. ¿Quién va a desconfiar de un hombre tan apuesto?*

—¿Le duele la pierna? —preguntó él al ver que ella no se decidía a hablar.

La voz grave y oxidada que reverberó en su garganta la hizo pensar en los hombres de las cavernas, pero desechó de su mente el pensamiento y dijo que sí con un gesto de cabeza.

—¿Qué fue lo que le pasó?

Era norteamericano. También un dato importante a tener en cuenta.

—¿Me entiende cuando le hablo? Asienta si lo hace. ¿Habla inglés?

Ella dudó sobre si contestar a eso o no. Finalmente, dijo que sí. Él le dedicó una sonrisa leve y, de manera inexplicable, una onda de calidez le barrió el pecho a Elena. Por un ínfimo instante se había sentido a salvo, lo cual era un completo disparate, dado que no tenía la menor idea de qué clase de bestia era aquel hombre en cuya guarida había ido a parar.

—Bien. Un avance —celebró él—. Al menos, hablamos el mismo idioma. ¿Ahora puede decirme qué es lo que recuerda? ¿Cómo se destrozó el tobillo? Tuve que darle puntos.

¿Qué? ¿Ese hombre le había dado puntos? ¿Tan grave era su herida? Si solo parecía un rasguño.

—¿Puntos? —repitió Elena en un murmullo. El corazón le martilleaba con furia dentro del pecho y oía la sangre latir en sus oídos, incluso más fuerte que el viento que aullaba en el exterior.

—¡Pero si habla y todo! Estupendo. Sí. Puntos. Tenía la carne desgarrada. ¿Le ha mordido algún animal?

Elena negó despacio.

—¿Entonces? —insistió él, con los iris azules clavados en los suyos.

Una fuerte racha de viento cerró de golpe la puerta a espaldas del hombre y la cabaña quedó envuelta en una luz amarillenta, titilante e irreal, procedente del fuego. El pánico hizo mella en el rostro de Elena. Ahora estaba del todo atrapada ahí con él.

El hombre la miró sin decir nada y avanzó un paso hacia ella. La habitación encogió tan de golpe que Elena retrocedió asustada hasta pegarse a la pared, y se tensó como un resorte. ¿Iba a hacerle daño?

Esperó sin aliento, lo inspeccionó con mirada huidiza, pero él no traspasó esa línea. Fruncir el ceño fue su única reacción ante la aprensión que agrandaba los ojos de ella.

—Oiga, solo quiero saber si fue un animal. Es importante porque podrían transmitirle la rabia.

Al cerciorarse de su momentánea seguridad, Elena carraspeó para poder hablar y soltó la manta a la que se habían aferrado sus dedos. No estaba segura de ser capaz de producir sonidos parecidos a las palabras.

—Animal no. Trampa.

Las palabras sonaron de forma similar al graznido de una bestia, y volvió a aclararse la voz.

—¿Trampa? ¿Metió el pie en una trampa para animales? Hum. Eso tiene sentido. Aunque no debió de ser una demasiado buena. De lo contrario, su pierna aún estaría ahí.

Elena abrió los ojos con todavía más aprensión.

—¿Quién es usted? —susurró, aterrada.



Él fijó de nuevo sus insondables ojos en los suyos. Su rostro estaba congelado. La mandíbula, en tensión. Tenía pómulos salientes, como esculpidos. Labios sensuales. El de abajo era un poco más grueso que el de arriba. Elena recordaba haber leído en alguna parte que ese rasgo significaba sensualidad.

—¿No me recuerda?

Ella respondió con un leve gesto afirmativo. Claro que lo recordaba. Él no tenía un rostro que se pudiera olvidar con facilidad. Era muy guapo, como un héroe de la gran pantalla, pero sin todo el artificio que rodea a las estrellas de Hollywood. Él parecía real, de carne y hueso; un dios tangible y terrenal.

Sus amigas y ella se lo habían encontrado en una gasolinera en la que habían parado para pedir información. Se habían perdido. Sarah, que era la más atrevida de todas, fue la que trató con él. Por su mente empezaron a desfilar imágenes de sus amigas bromeando y riéndose a carcajadas.

—Mira, voy a preguntárselo a Don Macizo —había dicho Sarah con una sonrisa pícara—. No os mováis, zorras, que os veo venir.

Elena se había limitado a mirar desde el asiento trasero cómo él daba las indicaciones pertinentes.

Con educación y voz inexpresiva, le había dicho a Sarah que debía girar a la derecha en el siguiente cruce y luego coger la carretera que llegaba hasta lo alto de la montaña.

Sin embargo, apenas había mirado a Sarah mientras hablaba. La había mirado a ella casi todo el rato, de un modo tan obstinado que Elena se había sonrojado.

Maggie había dicho que ese hombre la miraba como si pudiera imaginársela desnuda, afirmación que había arrancado otro par de carcajadas a sus amigas. Dani había añadido que se parecía a Tom Hardy y que, si Elena le hacía ascos, a ella personalmente le encantaría darle un buen meneo en la parte de atrás de la gasolinera. Elena se había escandalizado. Al fin y al cabo, si estaban en Canadá era para celebrar la despedida de soltera de Dani. Su consternación había divertido mucho a sus

amigas, que consideraban que, ante un hombre como aquel, la fidelidad estaba obsoleta.

—El hombre de la gasolinera —musitó, apartando la mirada como había hecho esa tarde. La ponía nerviosa que la estudiara con tanta fijeza, con esos ojos azules que la desnudaban prenda a prenda.

Él pareció alegrarse de haber sido reconocido y sonrió un poco, unas milésimas de segundo.

—El mismo. Yo también me acuerdo de usted. Es la chica del abrigo rojo. Fue una inconsciencia por su parte quitárselo antes de salir a pasear por las montañas. Podría haberse congelado.

Elena bajó los párpados para aislarse durante unos momentos. Pese a su amabilidad, sabía que no podía fiarse de él. Solo había tres personas en el mundo que conocían el paradero exacto de las chicas durante esas vacaciones: los padres de Maggie y aquel hombre.

Elena dudaba seriamente de que los padres de su amiga fueran a colarse dentro de su propia casa para asesinar a su propia hija y a sus amigas. Solo podía haber sido él. Él tenía la información, la oportunidad y, a juzgar por el tamaño del cuerpo que se insinuaba por debajo del abrigo verde militar, los medios también.

Los pensamientos de Elena se volvieron frenéticos y su respiración empezó a acelerarse. Sentía el peligro aumentar con cada segundo que pasaba ahí con él.

No tenía escapatoria. Estaba perdida, atrapada con un asesino en serie en medio de la montaña nevada, en alguna parte de Canadá. O se rendía y moría ahí, o buscaba un modo de sobrevivir.

Su mente decidió de inmediato que morir no era una opción. No había llegado tan lejos como para rendirse ahora.

Una vez tomada la decisión, separó los párpados y lo miró de lleno a los ojos mientras intentaba refrenar la oleada de adversidad que se estaba infiltrando a través de su cuerpo.

Su madre tenía un dicho: *hazte amigo del Diablo si quieres cruzar el puente*.

Ese era el plan. Se haría amiga del Diablo. Aparentaría normalidad. No iba a desvelar lo asustada que estaba. Si él se creía a salvo de toda sospecha, a lo mejor bajaba la guardia con ella. A Elena no le convenía un asesino suspicaz y pendiente de todos sus movimientos. Necesitaba crear un vínculo y que él llegara a confiar en ella.

—¿En qué estado tengo la pierna?

Habló con perfecta normalidad, y se alegró de descubrir que era mejor actriz de lo que pensaba.

—Es una muy buena pregunta. Se lo diré en cuanto lo sepa.

Apartó la mirada de la suya y fue a por una silla, cuyas patas de madera arrastró por el suelo hasta la cama. Cada sonido parecía más horripilante que el anterior, pero Elena se obligó a mantener la sangre fría y a fingir que no estaba aterrada.

El viento golpeaba con fuerza contra el tejado. El hombre tomó asiento delante de ella y, durante unos segundos, la taladró con ojos insondables.

Elena dio un respingo cuando la cogió por el tobillo. No lo había visto mover el brazo. Estaba hipnotizada por su mirada.

—No voy a hacerle daño —aseguró él, mirándola con esa espeluznante fijeza que tanto la trastornaba. Sus ojos azules eran muy persuasivos. Casi daban ganas de confiar en él—. Tengo que mirarle la herida.

Ella asintió, tragó saliva y dejó que él le colocara el pie en su regazo. Con ese simple gesto la presión bajó y el tobillo empezó a doler menos.

Elena miró a sus espaldas y vio que él le había puesto una almohada bajo el pie mientras dormía, para disminuir sus dolores. ¿Cuál era su plan? ¿Matarla?

Entonces, ¿por qué se había tomado tantas molestias con ella? Podía haber dejado que se muriera de dolor. ¿A qué estaba jugando? A lo mejor la quería recuperada para poder torturarla después. Si moría por muerte natural, puede que no tuviera gracia para un psicópata como él.

Los inquietos ojos de Elena volvieron y estudiaron el atractivo rostro del hombre que estaba concentrado en quitarle las vendas. Quería temerlo. Su mente clamaba que eso era lo más prudente.

Sin embargo, una parte de ella aún se resistía a hacerlo. Había algo en sus acciones que le transmitía seguridad, y Elena odiaba esa sensación, porque sabía que no era más que un espejismo barato.

Él no la miraba. Se limitaba a quitarle las vendas con una destreza que solo la práctica concedía. Su tobillo mostraba un aspecto espantoso cuando quedó al descubierto. Hinchado, morado y muy mal cosido. Era tan horrible que Elena no soportó mirarlo. Prefirió concentrarse en el cincelado rostro del desconocido. Actuaba con seguridad, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Y rebosaba una energía que a ella le resultaba atractiva y agotadora a la vez.

—¿Está infectado?

Pese al sosiego que intentaba aparentar, las palabras brotaron impregnadas de miedo.

Él le giró el pie para examinar la herida desde todos los ángulos. Una arruga profundizó entre sus cejas.

—Creo que no.

No sonaba muy convencido. Elena tampoco lo estaba.

—Tiene un aspecto horrible —se atrevió a decir.

Él asintió sin mirarla.

—Le quedará cicatriz.

Debió de escucharla tragar saliva, porque levantó la mirada hacia la suya y por un fugaz momento sus abrasadores ojos se sumieron en una sorprendente compasión.

Elena se quedó unos segundos azorada, perdida en medio de aquel extraño cruce de miradas, y después parpadeó y se obligó a recuperar el dominio sobre sí misma.

—Debería ir al hospital —dijo, apenas en un susurro—. No quiero perder la pierna.

—No puede ir al hospital —la disuadió él de inmediato.

Elena entrecerró los ojos con recelo.

—¿Por qué no?

Él, sin alterarse, siguió mirándola con intensidad.

—Porque estamos atrapados por la nieve —contestó, aplomado.

—Pero usted tiene coche. Le vi echar gasolina.

—Así es —corroboró, bajando de nuevo la cabeza para seguir examinándole el tobillo.

Un mechón de su sedoso cabello se movió y aterrizó sobre su frente casi al mismo tiempo que las puntas de sus dedos trazaban una pequeña caricia sobre la piel desnuda de su tobillo. Elena contuvo el aliento. Su proximidad la turbaba y despertaba en ella algo tormentoso que no habría sabido explicar.

El aire de la cabaña estaba extrañamente denso, chispeante, y Elena se obligó a no mirar al hombre más de lo que exigían las normas de buena conducta.

—¿Entonces? —perseveró.

Él cogió una pomada de encima de la mesilla y empezó a aplicársela con movimientos suaves.

Elena se estremeció. No tanto por la frialdad de la crema como por la delicadeza de sus caricias. Sus manos parecían mucho más aptas para inducir un daño mortal que para acariciar con tanta suavidad.

—Los caminos son intransitables —la sorprendió la rasposa voz masculina—. No ha parado de nevar.

Había mucha nieve al llegar ellas, pero los caminos no estaban intransitables. Incluso Dani, con lo torpe que era al volante, había podido usar la carretera. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí con él?

¿O se lo estaba inventando todo para hacerla desistir? A lo mejor lo que pretendía era ahogar la idea de una huida.

—¿Y cuando se derrita la nieve? —le propuso con mirada suspicaz.

Él elevó la comisura izquierda de la boca en lo que parecía la insinuación de una sonrisa.

—Cuando se derrita la nieve, la llevaré adonde quiera ir. No tengo ninguna intención de retenerla aquí. No me gusta la compañía.

Aunque había firmeza en sus palabras, Elena no podía permitirse el lujo de bajar la guardia con él. Podía mentir. No sabía ni una maldita cosa sobre ese hombre, salvo que no era trigo limpio. ¿Quién en su sano juicio se refugiaría en una cabaña en mitad de ninguna parte? A no ser que fueras Ted Kaczynski<sup>[2]</sup> o tuvieras algo preocupante que ocultar...

—Llevo otra ropa —señaló con voz trémula al percatarse de que vestía una especie de camiseta larga que le llegaba casi hasta las rodillas. Debía de pertenecerle a él. Era un hombre bastante alto.

—Es usted muy perspicaz.

—¿Por qué llevo otra ropa? —insistió Elena, cuya voz vibró de cólera, aunque ella sabía perfectamente que por debajo de esa furia solo había miedo.

—Tuve que quitarle la suya —indicó él, como si nada.

Hablaba con calma, con la voz pausada e infinita medida.

Elena volvió a tragar. En seco, esta vez, ya que no le quedaba saliva. Estaba muerta de sed, pero no quería distraerse con nimiedades.

—¿Por qué?

Cuando por fin levantó el rostro para mirarla, Elena reconoció en las profundidades de aquellos ojos una dureza similar a la que había empleado ella al dirigirse a él.

Sin formular ni una palabra, el hombre se encaramó sobre ella y el frío azul de su mirada le atravesó las pupilas. Elena se echó hacia atrás,

paralizada de miedo, pero él no la tocó. Cogió vendas nuevas del cajón de la mesilla, retrocedió y empezó a vendarle el tobillo con soltura.

—Su ropa estaba mojada —respondió por fin, con voz tenue—. Y, además, me habría resultado difícil bañarla con la ropa puesta.

El color desapareció por completo del rostro de Elena.

—¿*Usted* me bañó?

Él levantó la mirada irritantemente despacio hacia la suya y Elena notó que su respiración se estaba acelerando.

El hombre la observó unos tensos segundos con un deje de exasperación en las pupilas y luego bajó el rostro y siguió vendándole el pie.

—Si no lo hubiese hecho, estaría muerta ahora —graznó mientras los ojos de ella seguían evaluando su rígido semblante—. Estaba congelada. Tenía que conseguir que entrara en calor.

—Y no se le ocurrió nada mejor que... ¿qué?, ¿desnudarme y sumergirme en una tina de agua hirviendo? ¿No podía haberme frotado las manos y los pies, o haberme echado una manta gruesa por encima de los hombros? ¿Era preciso que me desnudara cuando yo ni siquiera estaba consciente?

El hombre le dedicó una mirada desabrida. Por la imperturbabilidad de sus facciones, le había afectado una mierda la acusación que ardía en los ojos de Elena.

—Fría —gruñó, antes de volver a bajar la mirada.

Ella parpadeó sin comprender.

—¿Cómo dice?

—El agua. Era fría. De lo contrario, se habría hecho quemaduras.

—¿Me metió en una bañera de agua fría?! —exclamó estupefacta.

Él alzó los ojos en actitud provocativa. Elena comprendió que no debía presionar mucho más. Era evidente que empezaban a mosquearle sus indagaciones.

—Estaba demasiado congelada. No podía meterla en agua caliente. No hasta descongelarla. Haga el favor de no cuestionar mis métodos. Está claro que han dado resultado.

Habló con aplomo e indiferencia; sin embargo, la dureza en sus ojos era indiscutible.

Algo parecido a la cordura instó a Elena a recular. No le convenía insistir. Estaba molesto, y lo que menos deseaba ella era molestar a un hombre potencialmente peligroso.

—Puede relajarse. No perderá la pierna —resolvió él con un suspiro.

—Un alivio saberlo.

El hombre le bajó el pie al suelo y se apartó de ella. Elena sintió ganas de chillar al sentir cómo la sangre descendía hasta la punta de su dedo gordo.

Él dejó la silla en su sitio y regresó junto a la cama. Se quedó de pie delante de ella y la miró desde arriba. Su perfil se recortaba contra la mortecina luz que se derramaba por la ventana y Elena se sintió más pequeña, más frágil y más infeliz que nunca.

—¿Tiene hambre?

—Sed —se obligó a responderle. Los sollozos se estaban agolpando en su garganta.

Él asintió brevemente, fue al fregadero y volvió con un vaso de agua helada.

—Despacio —advirtió al ver con qué ansiedad lo vaciaba ella—. Podría vomitar si se lo toma demasiado deprisa.

Mientras bebía, Elena registró la cabaña con la mirada. Calculó que no tendría más de unos veinte metros cuadrados, en los que se concentraba todo, la cama doble en un rincón, la cocina con el fregadero en el otro, la tina a un lado, y una estufa pegada a la pared. No había más habitáculos.

Y no había un váter. Tenía unas ganas horribles de usar uno.

—¿Y... el baño? —preguntó, devolviéndole el vaso vacío.



Él se encogió de hombros, cogió el vaso y lo dejó sobre la mesa. Era muy alto, y al verlo ahí de pie, cernido sobre ella, un gigante perfectamente capaz de dominarla sin tan siquiera inmutarse, la invadió un inmenso pánico.

Si al menos él dejara de mirarla de esa forma... Si al menos contestara... Si sonriera para tranquilizar sus temores...

Pero él no hizo nada. Se limitó a perforar su rostro con la mirada.

La habitación estaba en penumbra. Fuera, el día estaba completamente encapotado y dentro no había otra fuente de luz aparte del fuego.

Elena era consciente de que las llamas que temblaban dentro de la estufa concedían al rostro de aquel hombre un aire todavía más salvaje y no le cupo duda del peligro que él entrañaba.

—Hay un retrete en la parte de atrás, pero no está en condiciones de ir hasta ahí. Le traeré algo para que pueda hacer sus cosas.

Un violento rubor azotó el rostro de Elena. Ella era la clase de persona que no cruzaba la puerta de un baño si había alguien cerca. Mucho menos iba a hacer *sus cosas* ¡delante de él!

Él, sin darse cuenta o, quizá, sin importarle en absoluto el malestar de su huésped, trajo un cubo de plástico y se lo colocó al lado de los pies.

—Aquí tiene. El excusado —anunció ceremoniosamente.

La invadieron las náuseas.

—No pienso... No voy a...

—¿No va a mear dentro?

Cuando se atrevió a levantar la mirada, se dio cuenta de lo mucho que le divertía a él toda esa situación. Había burla en sus facciones. La imagen de su rostro en llamas le debía de causar un gran deleite.

*¿Serás bastardo?*

—No —rezongó Elena entre dientes—. No voy a *mea*r dentro.

Él se encogió de hombros como si no le importara.

—Usted misma.

Y, tras obsequiarla con una sonrisa sesgada, le volvió la espalda y desapareció por la puerta.

Elena profirió una maldición entre dientes. Estaba loco si pensaba que iba a quedarse de brazos cruzados y conformarse con esperar al deshielo para salir de ahí. Se iría en cuanto tuviera la más mínima oportunidad.

Hizo un esfuerzo aplastante para bajar de la cama y, con un gruñido de dolor, se acercó cojeando a la ventana. Una exclamación de espanto brotó desde lo más hondo de su garganta ante la imagen del mundo que se desplegaba más allá del cristal. La nieve debía de medir algo más de un metro. Alrededor de la casa estaba apartada. Probablemente eso había estado haciendo él antes de que ella despertara. Pero más allá, la anchura era impresionante.

Elena sintió un tremendo desaliento. Nunca había visto una nevada como aquella, ni siquiera en Nueva York. Él no bromeaba al decir que las carreteras no se podían usar. ¿Cómo iban a usarse las carreteras cuando el manto blanco podría haber engullido la cabaña por completo?

Por supuesto, el hecho de que dijera la verdad no hacía que ella fuera a confiar en él. Necesitaba trazar un plan de huida cuanto antes.

Sus inquietos ojos azules sopesaron todas las opciones mientras los engranajes de su cabeza se movían deprisa. El hombre estaba fuera, de espaldas a ella, y partía leña con un hacha. Sus movimientos eran rápidos y precisos. Sabía lo que estaba haciendo. Nunca falló en todo el tiempo que lo estuvo observando. Daba la impresión de que sabía con exactitud dónde golpear para que la madera cediera. Su control era tan absoluto que Elena se quedó hipnotizada y por un momento se sintió como si fuera uno de esos troncos que él destrozaba sin ningún esfuerzo.

*Tengo que salir de aquí.*

Él clavó el hacha en un tronco de madera y empezó a cargar en brazos la leña cortada.

Elena, sobresaltada, se dio prisa por volver a la cama antes de que la encontrara de pie delante de la ventana. Quería hacerle pensar que su estado

físico era peor de lo que era en realidad.

Con las prisas, trastabilló contra el cubo y la nube de dolor en la que se internó la dejó pálida y mareada. Apretó los dientes para reprimir un grito y le propinó un golpe al cubo que lo lanzó hasta la mitad de la estancia. Pequeños aguijonazos en su vientre le recordaron las ganas que tenía de usarlo, pero su cabezonería se impuso una vez más.

*No. No vas a usar esa cosa. Ni de coña.*

Con un desprecio cada vez más intenso, enfocado hacia todo cuanto la rodeaba, se tumbó encima del colchón y se cruzó de brazos. Tenía que dejar de distraerse con tonterías y pensar de una vez por todas en cómo diablos iba a salir de ahí.

La puerta se abrió de sopetón y una ráfaga de aire invernal le dio de lleno en la cara. Mantuvo los párpados bajados. Se negaba a mirarlo. Estaba demasiado empeñada en echarse la bronca mentalmente por haber desperdiciado su oportunidad de conseguir un arma. ¿Por qué demonios no había cogido un cuchillo o algo antes de apresurarse al volver a la cama? Seguro que ahí había objetos punzantes. ¿Y si la atacaba de repente? ¿Qué iba a hacer? ¿Golpearle con un cubo de plástico?

Él tiró los troncos de madera en una caja junto a la lumbre y se sacudió las motas de suciedad que se habían adherido a su abrigo. Después de alimentar el fuego, fue hacia ella.

—Veo que no ha meado todavía.

Elena apretó los dientes y lo maldijo hacia sus adentros.

—No pienso hacerlo —declaró con dignidad.

—¿Sabe que un gilipollas en la corte de no sé qué reina de Inglaterra murió por aguantarse el meado? Por lo visto, no quería interrumpir a su majestad. Tenga cuidado no le vaya a pasar lo mismo a usted.

¡La acababa de llamar *gilipollas* en toda su cara!

Elena abrió los ojos, le lanzó una mirada fustigadora y luego enfocó las vigas que sostenían el techo de madera.

—Afrontaré el riesgo —murmuró, más bien para sí.

—Está loca si de verdad piensa que lo va a conseguir. ¿Sigue doliéndole el pie?

Las llamaradas de dolor la atravesaban sin piedad cada vez que se movía. Cada vez que respiraba. Cada vez...

—Mucho.

—Puedo darle un calmante, ahora que está despierta.

—No. Me aguantaré.

—¿Es usted masoquista? Eso explicaría un par de cosas.

Irritada, Elena le dispensó una mirada seca. Él estaba de pie en mitad de la cabaña y la contemplaba con sonrisa burlona.

—No —gruñó entre dientes, con voz helada y letal—. No soy masoquista.

Él torció los labios en un gesto de desdén. Su actitud clamaba que no le importaba nada que guardara relación con su persona.

—Voy a hacer café. ¿Quiere comer algo?

Ella declinó con la cabeza.

—¿Qué hora es?

—Calculo que alrededor de las tres de la tarde. Dentro de nada, se hará de noche. ¿Café?

A Elena le pareció exagerada su cordialidad. La trataba como si fuera una huésped, pero ella no se sentía como tal.

*Estupendo, pensó. De noche, coja y con un metro de nieve. ¿Cómo vas a salir de esta?*

—Sí, me vendría bien un café.

*Para espabilarme y encontrar un modo de huir de ti.*

La irritante vocecita de su cabeza no le concedía ni un momento de tregua.

—¿Está segura? Le entrarán más ganas de ir al baño —se mofó él.

Elena lo fustigó con una mirada áspera.

—¿Va a preparar ese café o no?

—Veo que es usted todo un prodigio de amabilidad y cortesía. La acoge uno en su casa, la baña, le venda el pie, y usted ni gracias ni nada. Se comporta como si yo fuese su esclavo.

Elena se incorporó en la cama y lo estudió con ojos brillantes.

—¿Y eso le hace sentirse menospreciado?

Tenía los medios y la oportunidad. Pero ¿y el motivo? Quizá Sarah le hubiese despreciado de algún modo mientras hablaban y por eso la había seguido y la había matado. Dani y Maggie podían haber sido víctimas colaterales.

El hombre dejó de lado lo que estaba haciendo, volvió la cabeza y la contempló con parsimonia. Mosqueada, Elena se dio cuenta de que su sonrisa se ensanchaba a medida que trascurrían los segundos.

—¿Me está psicoanalizando? —preguntó él por fin, apretando los labios para no reírse.

—Por supuesto que no —le respondió ella, remilgada.

Por la forma en la que él tensaba los labios, a Elena le pareció que intentaba reprimir una sonrisa.

—Menos mal. Porque odio a los comecocos.

—Todos los desequilibrados los odian —lo provocó, arqueando las cejas con un gesto elocuente.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y le dedicó un exhaustivo repaso. Con esa barba incipiente que ensombrecía su rostro, le recordaba un poco a Ben Affleck cuando se paseaba por la ciudad borracho y con pintas de indigente. Ben Affleck, en cualquier momento de su vida, estaba la leche de sexy.

*Dime que no acabas de pensar que es sexy.*

—¿Piensa que soy un desequilibrado?

La voz la arrastró de vuelta y de nuevo intercambiaron una mirada.

—No lo sé. ¿Lo es?

—No.

La respuesta de él fue contundente. La boca de Elena esbozó un gesto de escepticismo.

—Por supuesto que no. ¿Qué desequilibrado admitiría ser un desequilibrado?

—Ninguno, supongo. Haré ese café antes de que vuelva a azuzarme.

Elena midió con la mirada su ancha espalda mientras él se movía con eficiencia por la cocina.

Lo primero que hizo después de poner el café a hervir fue quitarse el grueso abrigo verde y acercarse al armario para guardarlo dentro.

Por debajo llevaba un jersey de color granate, que se adhería a su musculoso pecho y caía recto sobre su abdomen, y unos vaqueros viejos. Sus hombros estaban muy bien formados, la agilidad de su cuerpo la sorprendió. Para ser alguien tan alto, se movía con el sigilo de un felino. Eso le debía de facilitar la entrada en casas ajenas.

Él se volvió de imprevisto y sus ojos se encontraron en el aire. La había sorprendido observándolo. Aun así, Elena no apartó la vista. Se limitó a pasear la mirada por encima de su cuerpo y su rostro, arriba y abajo.

Él, a su vez, la observó durante unos veinte segundos, casi sin parpadear.

—¿Cómo te llamas?

Su voz sonó tan profunda que reverberó por la columna vertebral de Elena de una forma que le resultó sorprendente. Y un poco placentera...

Quiso mentir, pero ¿qué sentido habría tenido? Si sobrevivía a eso, quería que él conociera su nombre. De una forma estúpida y bastante arrogante, quería que supiera que se llamaba Elena, la chica que ayudó a meterlo entre rejas.

—Elena —respondió, alzando la barbilla con aire desafiante.

La boca de él se movió unos milímetros, como si quisiera esbozar una sonrisa que nunca llegó a materializarse.

—Hola, Elena. Soy Cash.

Ella compuso un gesto ceñudo y él siguió observándola.

—¿Qué clase de nombre es Cash?

Él torció la boca como si no tuviera ninguna importancia para él.

—Supongo que mis padres estarían faltos de liquidez en esa época de sus vidas.

Aunque se mordió el labio, Elena no fue capaz de retener una sonrisa. Tuvo que bajar el rostro para ocultárselo. Era gracioso, para ser un psicópata.

—¿Por qué te llamaron Elena a ti?

Le sorprendió la suavidad de su voz. Parecía terciopelo.

Levantó la cabeza y sus ojos trabaron contacto.

—Por Helena de Troya —respondió, tras un silencio notorio.

—¿Te pusieron el nombre de una mujer por culpa de la cual murieron tantos hombres?

—Veo que prestabas atención en las clases de Historia.

Él no pareció molesto por su tono sarcástico. La miró a los ojos, sereno e imperturbable como las austeras montañas que los rodeaban, y volvió a apretar los labios como si intentara retener la sonrisa.

—Te pega ese nombre.

\*\*\*\*\*

Cash se volvió de espaldas, echó el café humeante en dos tazas y sonrió para sí.

*Elena.*

Un nombre muy bonito.

Al verla con sus amigas, se había preguntado cuál sería su nombre. Le había cautivado nada más verla. Parecía tan... diferente a todo.

Y ahora, estaba ahí. Se había metido ella misma en la jaula del lobo. Estaba a su entera disposición. Podía hacer con ella lo que quisiese. Ambos sabían que no tenía forma de abandonarle antes del deshielo.

Y quedaban meses para aquello. Le gustase o no, estaba atrapada ahí con él. Dependía de él para todo, para comer, para bañarse, para... todo.

Si bien a él no le gustaba la compañía, tenía que admitir que la suya no estaba tan mal. La verdad era que había estado solo durante demasiado tiempo. Se le había olvidado lo que era sentirse... así; sentir que aún queda un soplo de vida dentro de ti.

*Elena... Por Helena de Troya. Tócate los cojones.*

Procurando ahogar la sonrisa granuja que elevaba el lado derecho de su boca, regresó junto a ella y le ofreció una taza de café.

Fue cordial. Amable como hace mucho que no era.

No obstante, a pesar de esa gentileza, sus ojos oscurecidos se pasearon con intensidad por su rostro, lo registraron hambrientos, midieron su expresión. No podía apartar la mirada y notó que todo su cuerpo se tensaba poco a poco.

Elena era guapa. Incluso ahora, tan llena de arañazos y con el pelo enmarañado, estaba preciosa. Aunque él se había prometido a sí mismo mantenerse alejado de las mujeres guapas durante un tiempo, había partes de su anatomía que no parecían estar conformes con su resolución.

La presencia de Elena lo estaba trastocando a todos los niveles. Habían compartido habitación durante casi toda la noche y apenas había podido pegar ojo por su culpa.

Para no molestarla, se había improvisado un lecho en el suelo y había dormido ahí, lejos de ella.

Sin embargo, la distancia había sido solo física. Su mente no había hecho más que evocar una y otra vez su imagen, sus suaves labios



agrietados, los lentos aleteos de sus pestañas mientras dormía.

Ahí tendido sobre el suelo de la cabaña, medio empalmado y frustrado por esa molesta erección, se había dejado envolver en un recuerdo del que se avergonzaba: la punzada de deseo que había experimentado al tenerla desnuda entre sus brazos. De eso no estaba orgulloso y nunca se lo iba a decir a ella. La culpa no era de nadie más que suya. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto desnuda a una mujer. Probablemente, desde Victoria.

Después de ella se había acostado con unas cuantas, aunque siempre a oscuras y en habitaciones de motel baratas e impersonales. Era más sencillo. No quería atarse. ¿De qué le habría servido?

Pero ahora, Elena estaba en su cama, calentita y con los labios entreabiertos para dejar brotar la suave respiración. Sus pechos se acusaban por debajo de la tela gris de su camiseta. Podía ver los pezones erguirse por debajo de la ropa y eso le había hecho empalmarse nada más entrar por la puerta. Por eso estaba tan furioso y sentía toda esa hostilidad hacia ella.

Elena iba a joderlo todo, y Cash lo supo tan pronto como se había desmayado entre sus brazos.



Daba la sensación de que el tiempo se eternizaba en ese recóndito lugar. ¿Era solo cosa suya o los segundos trascurrían más lentos que nunca? La necesidad de orinar era dolorosa. Él tenía razón, cómo no. El café no había hecho más que empeorarlo todo.

Elena dio una enésima vuelta en la cama y resolló irritada. El sueño estaba rehuyéndola y le había invadido una profunda desazón. Fuera había oscurecido por completo. Cash estaba hundido en una mecedora al lado de la lumbre. Se había quedado dormido, a juzgar por el sosiego de su respiración. Odiaba no haber tenido su suerte. Estaba harta de permanecer ahí tumbada, escuchando el horripilante viento que se abatía sobre ellos.

Llena de frustración, volvió a moverse bajo la manta para buscar una postura más cómoda y se colocó la almohada. El tiempo siguió transcurriendo sin ningún sentido. Los segundos morían uno detrás de otro, dando paso a minutos que nacían con el único propósito de morir también. Tenía ganas de pegar un chillido que resonara por todos los valles. Quizá de esa forma el mundo dejaría de estar tan aletargado; despertaría y la vida retomaría su curso habitual.

Cuando la necesidad de aliviar su vejiga se volvió inaguantable, decidió que no podía tolerarlo más y se bajó de la cama. Al apoyar los pies en el suelo, un grito de dolor retumbó en su pecho con la fuerza de cien tambores. La única razón por la cual lo retuvo en alguna parte de la garganta fue porque no quería poner sobre aviso al hombre.

Se aguantaría y saldría a orinar. Punto.

Apretó los dientes para luchar contra esa fuerte oleada de dolor y, cuando fue capaz de tolerarlo, se enderezó despacio. No era solo la pierna lo que le impedía moverse sin casi desmayarse. Cada pequeña parte de ella, cada fibra de sus músculos estaba machacada y enviaba un recordatorio a su cerebro cada vez que sus extremidades se movían.

Ya de pie y un poco más afianzada sobre los talones, intentó localizar alguna especie de calzado, sus botas o al menos unos calcetines para ponerse, pero ahí no había nada. A no ser que le quitara las botas a Cash.

Sintió un escalofrío solo de pensarlo. Se imaginaba sus gélidos ojos azules mirándola pasmados mientras ella intentaba descalzarlo y robarle los zapatos.

Sí, eso habría sido casi divertido. Peligroso. Estúpido. Pero divertido.

Con el mayor sigilo posible, pasó junto a su mecedora y avanzó hacia la salida.

Si bien no había más que un puñado de metros hasta la puerta, necesitó un buen rato para recorrerlos. El dolor del pie era inaguantable, por lo que se tenía que desplazar agónicamente despacio.

Cuando por fin alcanzó su objetivo, puso la mano en el pomo y lo giró despacio. Fue un alivio descubrir que él no había cerrado con llave.

*Por favor, que no cruja al abrirse*, rezó a todo dios que estuviera dispuesto a escucharla.

Entornó la puerta un poco más y suspiró aliviada. No crujía.

Se arriesgó a abrir unos centímetros más, lo suficiente como para deslizarse por el hueco, y miró hacia la mecedora de Cash. Seguía dormido. Bien.

Cojeando despacio, salió y cerró con cuidado a sus espaldas. Fuera hacía un frío inaguantable y ella iba con los pies descalzos.

*¡Menuda idiotez!*, se dijo, mosqueada.

Si no moría por una septicemia ni a manos de Cash, seguro que moriría por culpa de una neumonía. Un modo muy agradable de acabar. Recordó los personajes del Romanticismo, siempre tosiendo sangre, y se estremeció. No le costaba ningún esfuerzo imaginarse a sí misma en medio de un ataque de tos y a Cash, con aspecto anticuado, como los vampiros de Anne Rice, revoloteando a su alrededor. A lo mejor la fiebre ya había empezado a expandirse. ¿Por qué si no pensaría su cerebro en tantas gilipolleces?

Con la mandíbula tensa por el esfuerzo, empezó a cojear por el porche. La nieve bajo las plantas de sus pies era increíblemente helada. Parecía cortar su piel como la hoja de una cuchilla. La ventisca la envolvía con agresividad, un aire tan cruel y silbante que apenas conseguía mantenerse en pie mientras avanzaba lo más rápido que su condición física permitía. Había salido en manga corta. Si no se daba prisa, se congelaría. Y no sería para nada romántico.

Se aferró a la pared de la cabaña en busca de apoyo y siguió pegando brincos escalones abajo. Se había alejado menos de un metro, cuando decidió que no podía soportarlo más. Necesitaba hacer pis de inmediato o algo estallaría dentro de ella. Se agachó en la nieve, se bajó las bragas y suspiró aliviada conforme la presión en su bajo vientre empezaba a retroceder.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, invadida por un consuelo como nunca había conocido. Era algo primario, inexorable; el alivio de una necesidad física que estaba por encima de todo lo demás. No tenía que haberse aguantado tanto. Cash tenía razón. Podría haber muerto.

Gruñó, exasperada por su propia estupidez, y se enderezó con dificultad. Por supuesto, no había papel higiénico, así que tuvo que usar nieve para limpiarse.

La camiseta cubrió de nuevo sus esbeltos y bronceados muslos al enderezarse, aunque la tela no era en absoluto suficiente para refrenar la aspereza de las bajas temperaturas.

Estaba tiritando sin ningún control, y se apresuró a coger el camino de vuelta. Era evidente que no podía escaparse. Al menos, no descalza y en manga corta. Tenía que volver junto a él. La otra alternativa habría sido huir y congelarse antes de alcanzar el bosque que se extendía a pocos metros de la cabaña. No, gracias.

Había dado media vuelta y cojeaba en dirección a la puerta, cuando un extraño gruñido a sus espaldas clamó que no debía dar ni un paso más.

Con el corazón desbocado, Elena se giró despacio, lo más despacio que pudo, y mientras lo hacía, tuvo el siniestro sentimiento de que aquel mundo

helado e inhóspito se estaba moviendo a cámara lenta, como el escenario de una atroz película de miedo.

Al completar la vuelta sobre sí misma, se vio cara a cara con algo que le heló la sangre dentro de las venas.

Desde la más aborrecible oscuridad, unos brillantes ojos la estudiaban con calma y, aun así, advirtiéndola de que su suerte estaba a punto de cambiar.

*Has sobrevivido hasta ahora, pero lo tienes cada vez más difícil, hermosura,* parecían burlarse los profundos iris en los que latía algo tan salvaje y maligno que Elena experimentó el mayor horror de toda su vida.

En el sepulcral silencio de la montaña, un grito, nacido del terror más absoluto, rompió por completo la quietud del valle. Elena necesitó un segundo para comprender que provenía de lo más hondo de su garganta.

Se quedó paralizada, sin saber cómo actuar; si huir o si quedarse, si seguir mirando o si cerrar los ojos y fingir que no era más que una pesadilla de la que despertaría en breve.

El perro le enseñó de nuevo los colmillos. Sus ojos, de un dorado increíble, estaban clavados en los suyos, desafiantes. Elena sabía que no había perros tan grandes, ni siquiera en Canadá. O, si los había, sus ojos no podían tener ese aspecto tan feroz.

Solo había una posibilidad que su mente tachaba de verdadera: el jodido animal era un lobo.

\*\*\*\*\*

Cash pegó un salto en la mecedora al escuchar el chillido. Instintivamente, miró hacia la cama y constató que estaba vacía. De su boca salió una letanía de palabras horribles.

Cogió deprisa la escopeta que guardaba en el armario y, sin molestarse en buscar un abrigo, abrió la puerta con ímpetu y echó a correr por la nieve, en vaqueros y camiseta de manga corta.

No esperaba encontrar a *Elena* cara a cara con un lobo. Menos mal que era guapa, porque su cerebro tenía el mismo tamaño que el de un mosquito. ¿Quién demonios se creía? ¿La mujer que susurraba a los lobos?

Cash profirió un improperio entre dientes, cargó la escopeta y disparó en el aire. Como cabía de esperar, el lobo salió corriendo y desapareció en las entrañas del bosque.

Se acercó con zancadas grandes y furiosas. La expresión de su rostro reflejaba tanta ira homicida que no quedaba demasiado claro quién era más feroz, si el lobo o el mismo Cash.

—¿Qué cojones estabas haciendo? —le gritó, con los ojos dilatados por la furia—. Coño, si querías estirar la pata, habérmelo dicho antes. No me habría tomado tantas molestias para curarte el pie.

Estaba tan cabreado con ella que tenía ganas de estrangularla. Solo había cerrado los ojos durante media hora y, al despertar, la había encontrado medio desnuda, descalza y cara a cara con un lobo. ¿Acaso había que estar pendiente de ella todo el rato? Jo-der. Menuda responsabilidad. ¿Y por qué tenía ese aspecto de niña abandonada?

Sintió que lo volvía a invadir una oleada de violencia y que, por debajo de ella, había algo aún más terrible abriéndose paso dentro de él, algo que quería reprimir a toda costa: compasión.

De su boca salió otra letanía de palabras, más horribles que las anteriores.

Elena lo miró con los ojos cargados de lágrimas. Estaba a punto de venirse abajo. Todo lo que había padecido en los últimos días se había vuelto abrumador. Sus amigas muertas, deambular por el bosque, herida y muerta de miedo, la cabaña de aquel hombre extraño que no paraba de gritarle...

Y ahora, el lobo.

No podía con más tensión. Prorrumpió en espasmódicos sollozos y se deslizó hacia abajo en la nieve. Quería morirse y acabar con todo. ¡Luchar! ¡Qué estupidez! Ella no era una luchadora. Ella era la primera en rendirse siempre. ¿Por qué no rendirse ahora, en honor a los viejos tiempos?

Cash blasfemó, enrabiado y tal vez un poco arrepentido por haberle gritado de ese modo, y sus puños se crisparon alrededor de su cuerpo en un gesto de impotencia. La miró, se echó el pelo hacia atrás con una mano, luchó contra sí mismo y contra todos sus principios y finalmente cedió, fue hacia ella y la aupó en brazos.

*Pelele.*

—Eh. Oye. Tranquilízate. No quería gritarte. Por favor, no llores. No pasa nada. Está bien. Ya pasó, ¿lo ves? Estás a salvo ahora.

Elena quiso creerlo con todas sus fuerzas. A través de las lágrimas que recorrían su cara, buscó su sublime rostro con la mirada y se aferró desesperadamente a él.

Él le sonrió con ternura para infundirle ánimos, le pasó la palma por los pómulos y secó las pequeñas gotas de humedad que brillaban sobre su pálida piel.

¿Y si Cash era un buen hombre?, se preguntó Elena. Desde luego, la miraba como si lo fuera. Sus ojos parecían convincentes cuando le aseguró que estaba a salvo.

Necesitaba creérselo con tantas fuerzas que cogió el camino fácil. Tenía una necesidad vital de creer que no todo cuanto la rodeaba era enemigo. De lo contrario se quebrantaría ahí mismo. Porque no podría seguir luchando, no tendría tantas fuerzas. La montaña era su enemigo. La nieve, el viento, el dolor, los lobos; todos eran sus enemigos.

Pero él no lo era. Cash no podía ser su enemigo. Elena no podría tolerarlo. No en ese momento.

Él era... lo único humano que había ahí arriba. Un salvavidas al que aferrarse.



Así que hundió los dedos en su camiseta y escondió el rostro en su cuello, que olía maravillosamente bien, un olor que nunca había conocido, a agujas de pino, a aire fresco y a... algo primitivo y carnal.

Su nariz socavó la línea de su camiseta, persiguiendo con ansia ese reconfortante aroma. Al encontrarlo, inspiró hondo y se sintió un poco más sosegada. Ni siquiera era consciente de que estaban moviéndose.

Cash echó a andar con la escopeta en una mano y sujetando a Elena con la otra. Ella le había rodeado las caderas entre las piernas y se había aferrado a su cuello con los dos brazos, lo cual facilitaba las cosas. Lo único que tenía que hacer él era asegurarse de que no fuera a escurrirse hacia abajo.

—Estás congelada —rezongó al sentirla fría contra su pecho—. No sé cómo cojones se te ha ocurrido salir así.

Se enfurecía tanto porque le resultaba más llevadero estar enfadado con ella que admitir que esa chica le hacía sentir cosas que no deseaba sentir. Tener su cuerpo tan pegado al suyo le hizo tragar saliva con dificultad y su expresión se crispó. Elena le afectaba como ninguna otra mujer lo había hecho. No desde Victoria.

Lo curioso era que Victoria solo despertaba en él un, hasta entonces desconocido, deseo de proteger. A Elena quería protegerla y estrangularla a partes iguales. Era desobediente, irritante, arrogante y...

*Preciosa.*

Derrotado, Cash tuvo que reconocerse a sí mismo que era preciosa. Tenía unos enormes ojos azules, sombreados por largas y densas pestañas, y una boca pequeña de labios rosados que lo desafiaban a probarlos, y unos pechos perfectos para el tamaño de su palma...

Por mucho que intentaba no hacerlo, aún recordaba los pequeños pezones, rozados, erguidos, y lo que había sentido al verlos, esa brutal necesidad de pasar la lengua por encima y llenarse la boca con su sabor.

Blasfemó y, cabreado consigo mismo por esos obscenos pensamientos, empujó la puerta con el pie. De camino hacia la cama, se deshizo de la escopeta, depositándola encima de la mesa.

—¿Estás bien? —le susurró a la chica, apartándole el pelo de la cara para poder mirarla.

Ella suspiró despacio y escondió de nuevo el rostro en su cuello. Aún estaba llorando y la idea de tener que separarse de aquel cuerpo tibio y fuerte la llenaba de desaliento. Se sentía demasiado a salvo entre sus brazos.

Cash notó sus calientes lágrimas empañándole el cuello de la camiseta y se sintió enternecido.

Con más suavidad de la que había empleado nunca a la hora de tratar a una mujer, la dejó encima del colchón y se agachó delante de ella.

Elena dio un respingo cuando él la cogió por el tobillo, pero se relajó enseguida, en cuanto comprendió que no iba a hacerle daño.

Lo estudió con ojos asombrados mientras él le frotaba el pie congelado para hacer que la sangre volviera a circular. La cabaña estaba en penumbra, solo tenían la luz del fuego. Elena se dio cuenta entonces de que ahí, en mitad de la nada, no había luz eléctrica y que la luz que había visto ella la noche en la que había llegado provenía de una lámpara de gas. ¿Cómo podía Cash vivir de ese modo? ¿Por qué se había aislado tanto?

De repente, se sintió intrigada, deseosa de traspasar sus muros, hambrienta por descubrir cada uno de sus secretos, incluso los más oscuros.

Sobre todo, los más oscuros.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —susurró.

Él levantó los ojos hacia los suyos y la contempló sin que sus manos dejaran de frotar su piel. Los iris oscuros brillaban de un modo tan hipnótico que Elena no pudo dejar de mirarlos. En medio de todo ese frío que la rodeaba, los ojos de Cash ardían como brasas encendidas y notó que unas sorprendentes llamas pasaban a través de las manos de él y se abrían paso dentro de ella.

—Tres años.

—Tres años es mucho tiempo.

—Lo sé.

—¿Vives solo?

—¿Ves a alguien más por aquí?

Elena calló un segundo. Él bajó el rostro, le cogió el otro pie y empezó a calentárselo con movimientos enérgicos.

—¿Por qué haces esto?

—Por qué hago, ¿qué?

—Ayudarme.

La garganta de Cash se movió al tragar saliva. No la miró. Mantuvo el rostro bajo y se concentró en lo que estaba haciendo. Le confundía mirarla a los ojos.

—Porque necesitas ayuda.

—Ese lobo me habría devorado de no haber sido por ti.

—Sin duda. Eres el bocado más sabroso que hay por la zona.

*Para él lobo y para mí,* pensó Cash con auto ironía.

—Gracias. Por salvarme, quiero decir —se vio obligada a aclarar para no dar lugar a malentendidos—. Gracias.

Él se detuvo por un segundo y después alzó la mirada hacia la suya. Era la primera vez que ella le daba las gracias, y parecía sincera al decirlo.

Sus ojos se encontraron en el aire y se fusionaron con un impacto que los estremeció a ambos.

Los ojos de Cash se arrastraron despacio por el rostro de la chica, por cada ángulo bañado por la penumbra. Era muy joven. ¿Cuántos años podía tener? No más de veinticinco, eso seguro. Él era demasiado viejo para ella. Había vivido demasiadas cosas. Su alma tenía heridas más profundas de las que ella jamás sería capaz de imaginar o comprender. No debía atreverse a desearla de ese modo.

Pero era tan frágil, tan pequeña, tan bonita... Y le necesitaba tanto... Él nunca había podido resistirse a una mujer que le necesitara.

Hechizado, bajó su pie al suelo, se enderezó hasta tener los ojos a la misma altura que los ojos de ella y se sumergió en su mirada.

Sabía que iba a besarla, aun cuando se había prometido a sí mismo que no lo haría.

Y también sabía que más tarde se arrepentiría de haberla besado. Esa chica no le traería más que problemas. Ojalá se hubiese desmayado en el porche de cualquier otro. Ni siquiera alcanzaba a comprender por qué le enfurecía tanto su presencia.

Y, maldición, ¿por qué quería coger toda esa ira y fundirla contra sus labios?

Elena lo contemplaba demudada. No se atrevía a respirar. El aire crepitaba con fuerza, cargado de una extraña energía eléctrica, y se sorprendió al darse cuenta de que lo que experimentaba al estar tan cerca de él oscilaba entre la atracción, una atracción irresistible y visceral, y el miedo. Era como si de repente se hubiese zambullido en una nube erótica que la estuviera apartando de la realidad. Lo que sentía, o creía sentir, desafiaba toda lógica, toda precaución y, además, ponía en peligro su seguridad.

Sabía que lo correcto era temerle, pero, a la vez, se estaba desasiendo de sus principios al admitirse a sí misma que esa energía sombría que rodeaba a Cash la estaba seduciendo como nada la había seducido antes. ¿No era una traición permitirse a sí misma tales sentimientos?, ¿abandonarse ante algo tan horrible como el deseo?

Pensó en la primera vez que lo había visto. Le había parecido simpático. Magnético, de hecho. Tanto que no había podido dejar de contemplarlo. Incluso después de apartar la mirada, había estado observándolo de reojo, a través de la cortina de pelo oscuro que había dejado caer hacia un lado.

Y ahora estaba ahí, con él, y la había salvado de morir. Por segunda vez. ¿Cómo se suponía que debía sentirse en un momento así? ¿Asustada? ¿Agradecida?

Cash movió las manos y le cogió el rostro entre las palmas, haciéndola sentir tan inerte que sus párpados cayeron como si no pudieran seguir

soportando su propio peso.

—No —le susurró, muy despacio—. Mírame, por favor. No tengas miedo de mí. No voy a hacerte daño.

Las pestañas de Elena se alzaron y sus enormes ojos se enfrentaron a él. Temor y deseo se debatían en su mirada, que se había tornado brillante y un poco más oscura de lo habitual. Su mente intentaba luchar contra la confusión y la desconfianza. Él era un desconocido y, por lo que ella sabía, potencialmente peligroso.

Y, sin embargo, la ternura con la que la estaba tratando era desconcertante y la abrumaba. Esa dulzura no encajaba con alguien de naturaleza peligrosa, alguien capaz de asesinar a sangre fría a tres chicas indefensas. ¿Cabía la posibilidad de que él no fuese el asesino?

Por primera vez en todo ese tiempo, Elena sopesó la posibilidad y se dio cuenta de que deseaba con todas sus fuerzas creer en su inocencia. No solo por su propia seguridad. No solo para seguir con vida cuando acabara el invierno. Había algo más. Algo en lo que ella no se atrevía a pensar. Era demasiado monstruoso.

Y, sin embargo, el deseo estaba ahí. Pues bien, lo diría. Se lo admitiría a sí misma.

Quería que él fuese inocente simple y llanamente porque ella se sentía muy atraída por él.

—Quiero besarte —murmuró Cash, cuyos ojos se habían posado sobre sus labios—. Si no quieres que te bese, dímelo y no lo haré.

Alzó los ojos hacia ella, dejándola aún más aturdida.

Había estado cerca de morir tantas veces desde que había pisado ese país, que ahora ardía en su interior un trepidante deseo de sentirse viva. No quería pensar en nada. No quería preocuparse por nada.

En solo unas cuantas horas, su vida se había vuelto caótica e igual de peligrosa que una pistola cargada de plomo. Tenía que aliviar esa presión como fuera. De lo contrario, se volvería loca.

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, alargó sus temblorosas manos hacia él, envolvió su nuca entre las palmas y acercó su rostro al suyo.

En ese momento no importaba quién era él y quién era ella. Sus sospechas habían perdido fundamento dentro de su mente; había desechado todos sus miedos. No sabía nada, excepto que él era un hombre y que ella era una mujer.

Y que lo necesitaba más de lo que había necesitado a nadie en toda su vida. Su supervivencia dependía de él. Así de sencillo.

—Cash... —musitó su nombre por primera vez.

A él se le clavó en el corazón ese ruego, ese modo ronco de susurrar su nombre. Fue demasiado. Fue el detonante.

No esperó a que le respondiera. Sus labios fueron al encuentro de los suyos con una pasión tan vehemente que dejó sin aliento a Elena y la hizo ahogar una exclamación.

Cash le abrió la boca con la suya, preparado para el asalto, sin embargo, algo lo hizo retroceder en el último momento y la respiró durante unos segundos, como si no se atreviera a coger lo que ansiaba. Tenía la respiración áspera e irregular, y el deseo concedía a su rostro un aspecto rugoso y atormentado. Elena pensó que era bello, de una belleza áspera y masculina; peligrosa y tan salvaje como esa región poblada de lobos.

Manteniéndose a escasos milímetros de su rostro, Cash la contempló absorto, asqueado consigo mismo, hasta que, con un gruñido de avidez, se rindió y sus labios se ciñeron de nuevo a los suyos.

Esta vez encontró el camino hacia las profundidades de su boca y buscó su lengua, que no tardó nada en devolverle la caricia. El alivio que sintieron al calmar esa acuciante necesidad los pilló desprevenidos. Ninguno de los dos se había preparado para algo así, para ese estallido de pasión. Ella se aferró con más fuerza a su nuca y él le clavó los dedos en las mejillas y avanzó con un poco más de torquedad.

La mente de Cash estaba muy turbia. Había deseado ese beso, pero de haber sabido lo mucho que iba a afectarle, se habría mantenido apartado de

ella. Ahora era demasiado tarde. Ahora, su boca estaba clavada en la suya, catando, provocando, haciéndole perder todo el control, y sabía que no había forma de detenerse. Había pasado demasiado tiempo desde que había estado dentro de una mujer. La sentía cálida por debajo de él, ávida de sus caricias, y eso le volvía loco.

Su miembro se endureció intensamente al sentir el calor de la lengua de Elena llenando su boca y empezó a empujar contra la rugosa tela de los vaqueros. Se moría por sus caricias, sus dedos envolviéndole y apretando con fuerza, la humedad de su cuerpo estrechándose a su alrededor.

Emitió un gemido solo de pensarlo. La necesidad de perderse en ella era dolorosa.

Ahondando el beso, la cogió por los hombros y la empujó con suavidad hacia atrás. En cuanto la tuvo por debajo de él, le separó las piernas con la rodilla y sus chispeantes ojos azules planearon sobre los suyos.

Soltó sus labios por un momento y escrutó su cara ruborizada y aquellos ojos que lo reclamaban febriles. Ella lo deseaba tanto como la deseaba él.

Mientras la observaba intensamente, con fuego en los ojos, levantó el brazo y le recorrió el lateral de la cara con el dorso de los dedos.

—Eres tan bonita... —susurró absorto, con una arruga entre las cejas. Se sentía grande y rudo a su lado y la tocaba con mucha delicadeza para no hacerle daño.

Las puntas de sus dedos se pasearon por encima del arco de su boca y resbalaron por el contorno de su labio inferior. Le obsesionaba. Ese labio le volvía loco. La forma en la que sobresalía, la forma en la que le invitaba a capturarlo con los dientes y arrastrárselo a la boca... Era enloquecedor.

Elena lo estudiaba por debajo de las pestañas y poco a poco su expresión empezó a no transmitir nada.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó con calma, una voz tranquila y mesurada que parecía fuera de lugar en un momento así.

Él ladeó la cabeza y la confusión empezó a asomar poco a poco en sus ojos, apagando el hambre que un segundo antes los devoraba.

—Por qué hice, ¿el qué?

—Matarlas.

El rostro de Cash se endureció, y la miró con incompreensión. Elena puso el índice encima de la arruga que hundía su entrecejo y le estiró la piel.

—No, no hagas eso. Tienes un aspecto peligroso cuando frunces el ceño.

Las puntas de sus dedos resbalaron por su sien, pero Cash puso la mano encima de la suya y la detuvo.

—¿De qué coño estás hablando? —increpó con la mirada de una fiera salvaje. Tenía los labios entreabiertos, sus ojos relucían bajo esa luz mortecina y su mano la sujetaba con una fuerza casi dolorosa.

—Si me querías a mí, tenías que haberlo dicho —siguió Elena con una voz melódica que nada tenía que ver con la suya y que hizo que él soltara su mano y se quedara perplejo—. Me habría marchado contigo si las hubieras dejado vivir. Eres... muy guapo. No me habría importado seguirte. Me habría sacrificado. Hay mujeres que incluso se enamoran de hombres como tú.

Como no dejaba de acariciarle el rostro, Cash le cogió las muñecas con brusquedad y se las apretó contra el colchón. Elena pegó un grito de sorpresa. No entendía por qué la miraba con tanta dureza; con un desprecio que se le clavaba en el corazón como un cuchillo.

Cash fijó la mirada en la suya, hasta que no soportó más el dolor que le producía mirarla y entonces se apartó de golpe, se echó el pelo hacia atrás con las dos manos y negó para sí.

—No me lo puedo creer —bisbiseó entre dientes.

Elena se incorporó entre las sábanas revueltas y miró confusa los anchos hombros que se estaban alejando de ella.

—¿Cash? ¿Adónde vas?

Él ni siquiera la miró. Con rostro inescrutable, agarró el abrigo que colgaba en el armario y dejó caer la puerta a sus espaldas.



Al verse sola en medio de la oscuridad de esa cabaña, Elena, envuelta por la ráfaga de aire gélido que él había dejado atrás, rompió a llorar.

Como una niña desvalida, se aferró a la almohada y se permitió a sí misma ahondar en la miseria. Ni siquiera sabía por qué maldita razón lloraba. Por haber perdido a sus amigas, por toda la pesadilla que estaba viviendo, por el miedo a morir devorada por un lobo, por haber besado al principal sospechoso de asesinato, por haberse sentido tan bien mientras lo hacía...

Síndrome de Estocolmo. Esa era la única explicación que se le ocurría. Sin duda, sufría el síndrome de Estocolmo. Lo había pasado tan mal, él la había salvado, y eso la había dejado confundida.

Pero no podía confundir más las cosas. Cash era peligroso. No podía volver a besarle. Nunca. Incluso si su mente así se lo pedía, debía aprender a luchar contra ese deseo. Porque no podía ser real. Estaba siendo traicionada por su propio cerebro. Tenía que resistirse y luchar contra sí misma si fuera necesario. En esa extraña región, todos eran enemigos. No podía fiarse de nadie. Ni siquiera de sí misma.

A partir de ahora, tenía que aprender a dominar mejor sus emociones. No podía volver a quebrantarse de ese modo. No si lo que pretendía era sobrevivir.

\*\*\*\*\*

Él no había vuelto todavía cuando se recostó sobre el colchón y se refugió bajo la manta. Debía de ser muy tarde. Lo que más le inquietaba era que se hubiera dejado la escopeta. ¿Y si regresaba el lobo?

No es que ella se preocupara por Cash (porque no lo hacía, ¿verdad?). Se preocupaba por sí misma. Y si él moría en esas montañas, ella moriría con él. Sabía que dependía de ese desconocido para sobrevivir. Tenía el pie

destrozado. Sin él, se habría quedado sin alimento y sin leña en menos de dos días. Si Cash tenía una escopeta, entonces era cazador. Vivía de lo que cazaba en los bosques. Elena no tenía ni idea de cómo empuñar un arma. ¿Qué comería hasta que fuera capaz de conducir el coche hasta el pueblo más cercano?

*Oh, dioses, ¿por qué no vuelve este hombre?*

Psicópata o no, él era su única baza para sobrevivir. Elena sabía que él no la mataría. No de momento, al menos. La deseaba. Se lo había hecho notar. Había sentido su erección latir contra sus muslos.

Y mientras la deseara, cuidaría de ella. Tenía que ponerse bien y largarse de ahí, pero, hasta que lo consiguiera, dependía de Cash. Por eso él no podía morir aún. Por eso ella no podía coger la escopeta que parecía llamarla desde la mesa. Por eso no podía pegarle un tiro a Cash entre las cejas.

Mientras se lamentaba como la cobarde que era y se debatía entre la posibilidad de matar o no a su anfitrión, la puerta se abrió de golpe y una ráfaga de viento gélido se coló dentro. Elena suspiró aliviada. Cash estaba vivo.

*Gracias, Dios.*

Al ver el consuelo que le brindaba su taciturna presencia, se dio cuenta de que, incluso de haber seguido el impulso de agarrar la escopeta, habría sido incapaz de matarlo. A no ser que tuviera que actuar en defensa propia, nunca iba a disparar una bala contra él.

Ese descubrimiento la hundió en más confusión. Una parte de ella sabía que empuñar el arma era lo más prudente. Sin embargo, la otra parte se negaba a actuar. No entendía nada. Estaba hecha un lío.

Cash entró con el sigilo de un gato, se sacudió de nieve y alimentó las brasas que se consumían en el hogar. Tras quitarse el abrigo y las botas, echó el cerrojo a la puerta, dio media vuelta y, durante unos segundos, la miró en silencio, como con pesar. Elena fingió estar dormida. Había demasiada oscuridad para que él pudiera advertir que lo estaba observando a través de las pestañas.

Al cabo de unos momentos dejó de mirarla y se dirigió a la mecedora. Ahí se quitó la camiseta por la cabeza, la tiró al suelo y se desabrochó el botón de los vaqueros.

Elena se quedó sin aliento. Quería dejar de mirarlo, pero los ojos se negaron a obedecerla y siguió estudiándolo sin ningún descaro. Su abdomen era tenso, sin un gramo de grasa. Sus brazos tenían la musculatura marcada, dura y firme; poderosa. La V que se insinuaba por debajo de la cintura de sus vaqueros hizo que se le secara la boca. Su respiración empezó a acelerarse tanto que tuvo que separar los labios para dejarla brotar. El beso que él le había dado un par de horas antes regresó a su memoria para atormentarla. Lo que sea que ardiera dentro de su vientre lo hacía a fuego lento y aniquilador.

Cash se movió y ella lo siguió con la mirada por toda la estancia. Con paso lento se acercó a la ventana, apartó la cortina y lanzó una mirada al exterior, como para cerciorarse de que no había ningún peligro asechando en la oscuridad. Cuando lo hubo comprobado, se volvió, se pasó la mano por el pelo que caía indomable sobre su frente y fue al armario colgado, del que retiró una botella de bourbon a medio gastar. Se echó un vaso y lo vació de golpe. Parecía enfadado. La arruga de su entrecejo se había asentado ahí de forma permanente.

Después de tomarse otra copa, guardó la botella en el mismo sitio. Elena no se veía capaz de quitarle los ojos de encima.

Cash avanzó por la cabaña, abrió el armario de la ropa y sacó una manta de lana y una almohada, con los que improvisó un lecho en el suelo. Con un leve suspiro, se tumbó y se tapó con el abrigo.

Así que no había dormido con ella la noche anterior cuando había estado inconsciente.

A Elena le embargó un extraño sentimiento de simpatía hacia aquel hombre. Aunque había estado a punto de acostarse con él, voluntariamente (lo cual era aún peor), le aliviaba saber que no había intentado aprovecharse de ella mientras estaba inconsciente. Sonrió un poco en la oscuridad y decidió que él no era tan malo, después de todo. Había hecho bien en no pegarle un tiro.

Un buen rato después, Cash comenzó a respirar de forma superficial, señal de que estaba dormido.

Rendida por el cansancio y el llanto, Elena cerró los ojos, murmuró una plegaria y no tardó nada en quedarse dormida.



Cash tenía el humor de una serpiente de cascabel que llevaba cinco días sin probar bocado. Elena se despertó entre golpes y blasfemias. Él estaba en la cocina y hacía sonar las cacerolas a propósito, solo para incordiar.

Esbozando un gesto de dolor, se incorporó en la cama y lo miró con curiosidad.

Cash sabía que ella estaba despierta. De reojo, la había visto moverse. Si no formuló ni una palabra fue porque no le dio la real gana.

—Buenos días —dijo Elena al ver que él estaba empeñado en seguir ignorándola.

—Lo serán para ti —fue su borde contestación.

Ella se mordió el labio. ¿Qué iba a pasar a partir de ahora? ¿La mataría y se libraría de ella? ¿La violaría para saciar sus necesidades y la mataría después?

Cuando él se volvió, con la ira hirviendo bajo la turbia superficie de sus ojos, y lanzó un cazo a la fregadera, Elena supo que cualquiera de las dos opciones podría ser la válida.

—¿Qué estás haciendo?

Mantuvo a raya la tensión que rodeaba sus hombros y consiguió una voz natural. Se había propuesto ser simpática a partir de ese momento.

Y de ningún modo podía volver a acusarle abiertamente de haber matado a sus amigas. La noche anterior la había mirado con auténtica furia homicida. No debía volver a correr un riesgo tan grande.

—La comida. ¿No es evidente?

—¿Y qué vamos a comer?

—Estofado de conejo.

Elena dejó de respirar para contener las náuseas. ¿Conejo? Dios, ¿cómo podía nadie comer conejo? Ella había tenido uno de pequeña. Era su mascota. ¡Su amigo!

Él se percató de su mueca de asco y una sonrisa malévola cruzó su apuesto rostro.

—¿Algún problema con el menú?

Estaba cruzado de brazos y sostenía su mirada de una forma tan desafiante que era evidente que la estaba retando a protestar. Ahí de pie, alto y fuerte, con ojos chispeantes y una sonrisa cruel contrayéndole la boca, rebosaba rabia y energía en estado puro. A Elena, que estaba casi sin fuerzas, la fatigaba incluso mirar esa determinación en sus ojos.

—En absoluto. *Conejo* suena delicioso —se obligó a mostrar entusiasmo, a pesar de las lágrimas que escocían en sus ojos, y sus labios se apretaron hacia arriba en una especie de sonrisa.

Él la miró un par de segundos más de lo debido con una expresión dura en la que la cordialidad no tenía cabida. No era un hombre fácil de engañar.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció ella al cabo de otro rato de silencio.

—No.

Su voz era más fría que el hielo y ahora ya ni siquiera la miraba. Elena se estremeció. Pese al calor de la lumbre, había notado una oleada de frío glacial.

—Está bien —bisbiseó con voz apagada.

Dado el peligroso humor de Cash, se prometió a sí misma que se mantendría calladita, lo cual hizo durante un tiempo. Se examinó las uñas, destrozadas por haberse arrastrado por el bosque, jugó con sus dedos y con el borde de su camiseta, cerró los ojos e intentó dejar de pensar en su situación...

Hasta que no pudo soportarlo más.

Era tan tenso el silencio que reinaba en la cabaña que decidió retomar sus intentos de entablar conversación con él. Hablar con Cash era mejor que

nada. A Elena le hacía falta el contacto humano, incluso aunque fuese el suyo.

—El invierno parece interminable en Canadá —comentó educadamente.

—Hm.

No se desanimó por su gruñido, parecido al del lobo que casi la devora la noche anterior. Se dijo a sí misma que, tarde o temprano, Cash acabaría colaborando. Ella solía ser muy persuasiva. Y no es que él tuviera otra compañía aparte de la suya. Seguro que le hacía falta intercambiar alguna palabra de vez en cuando.

—¿Cuántos meses dura?

—Muchos.

—Te debes de aburrir horrores aquí arriba.

—Yo nunca me aburro.

—¿Nunca? ¿En serio? ¿Qué sueles hacer para pasar el tiempo?

—Por lo visto, asesino a jovencitas —rezongó él al mismo tiempo que hacía repiquetear otra cacerola.

Una nueva oleada de frío glacial se abrió paso a través de Elena. Pese a que se había propuesto no provocarle más, ya que no sabía cómo reaccionaría él, la tentación de abrir ese tema era demasiado atrayente. Necesitaba respuestas, y por el momento poco le importaba el riesgo que estaba corriendo en su imprudente búsqueda de la verdad.

—¿Niegas haberlo hecho tú?

Cash lanzó unas zanahorias enlatadas al estofado y se volvió para enfrentarse a su mirada. Ella intentó descifrar algo en su expresión facial, pero fue en vano. En su rostro no había ningún sentimiento delatador. Ni ira, ni remordimientos, ni pena. No estaba ni ofendido ni arrepentido. Se mantenía imperturbable ante su escudriño, con expresión congelada y ojos opacos.

—No dignificaré eso con una respuesta.



Elena emitió un soplido de frustración. Si había sido él, ¿por qué no lo admitía de una vez? No es que ella pudiera hacer nada al respecto. Dominarla con su tamaño habría sido pan comido para Cash.

Y, si no lo había hecho él, ¿por qué demonios no lo negaba? ¿A qué estaba jugando? ¿Acaso disfrutaba atormentándola?

Lo miró a los ojos y decidió que sí, que a él le debía de divertir mucho jugar con ella de esa forma.

—Eres un gilipollas —escupió entre dientes.

Beligerante, agarró la manta y se tapó con ella hasta la barbilla.

¡Adelante!, ¡que se sintiera libre de coger el cuchillo y rajarle la garganta como había hecho con Maggie! Al menos ahora se había desahogado. Había dicho todo lo que pensaba sobre él. Y se había quedado muy satisfecha.

Para su asombro, Cash, en vez de atacarla, le dedicó una de sus sonrisas turbadoras.

—Tú tampoco me caes bien, cariño —la voz era suave, una completa contradicción, dado que sus ojos rebosaban furia—. En cuanto acabe el invierno, te llevaré lo más lejos posible de mí y no quiero volver a verte. ¿Queda claro?

¡Como si ella tuviera deseos de volver a verle a él! Menuda estupidez. ¿Se podía ser más arrogante?

—Más claro, imposible —convino con falsa dulzura mientras sus ojos se enfrentaban en una guerra de miradas y voluntades. Los ojos de Elena eran de un azul iracundo y orgulloso, mientras que los de Cash solo desvelaban determinación y control.

—Bien.

—Bien —repitió ella para tener la última palabra.

—Bien —la imitó Cash, alzando un poco el tono para conceder un aire tajante y definitivo a la palabra.

*Bastardo.*

—Dejemos de decir bien —bramó Elena irritada.

—*Bien* —enfaticó él, solo para molestarla.

Volvieron a callar. Elena intentó mirar por la ventana, pero no tenía buen ángulo desde la cama. Había que acercarse, y como no quería hacerlo con él estudiándola con esos ojos de depredador sediento de sangre, se tragó las ganas de saber qué tiempo hacía al otro lado del cristal. A lo mejor había salido el sol y la nieve se derretiría en breve. ¡Y ella sin saberlo!

—Voy a salir a por más leña —masculló él, arrancándola de sus abstracciones— Vigila el estofado. No debería pasarle nada, en teoría.

—Vale.

No intercambiaron ninguna mirada. Cash se puso el abrigo y salió dando un portazo. Elena, desencajada, se bajó de la cama, maldiciendo el dolor que atravesaba su pierna, y cojeó hasta el caldero que colgaba sobre la lumbre. Lanzó una mirada dentro y reprimió las arcadas. Ugh. ¡Conejo! Por el amor de Dios. ¿Por qué no cazaba lobos o algo así? Le habría resultado mucho más sencillo comerse un estofado de lobo.

Nada más pensarlo, recordó que el lobo era una especie de perro más grande, y volvió a experimentar arcadas.

*Casi que será mejor que no comas nada.*

Se desplazó hasta la ventana y echó una mirada al exterior. Estaba nevando e incluso los árboles más fuertes se torcían contra el empuje de la ventisca.

—No puede ser —murmuró estupefacta al ver la cantidad de nieve que se había apoderado del patio.

Y encima, seguía nevando. Nunca iba a salir de ahí. Durante un momento, se sintió más sola de lo que jamás se había sentido. Aunque no lo estaba.

Cash, a unos pocos metros de la cabaña, partía leña como había hecho el día anterior, solo que esta vez parecía descargar toda su irritación contra los troncos.

Elena le lanzó una mirada airada, le volvió la espalda y usó el cubo para hacer pis. Gracias a Dios, no había comido nada sólido en los últimos días y no tenía necesidades mayores. De momento. Aún no sabía qué haría cuando las tuviera.

Cogió el cubo, lanzó el contenido por el fregadero y lo aclaró a conciencia, antes de volver a empujarlo bajo la cama.

Sin mejores cosas que hacer, inspeccionó los cajones de la mesilla en busca de alguna información sobre aquel desconocido. Casi chilló de alegría cuando encontró su cartera guardada debajo de unos tickets de gasolina.

Lanzó una rápida mirada a la puerta para asegurarse de que él no volvía y, con dedos hábiles, retiró su permiso de conducir y leyó la poca información que contenía. No le había mentido. Se llamaba Cash. Cash Dillon Evans.

Sin darse cuenta de lo que hacía, paseó un dedo por la foto, por el rostro de Cash, por sus labios. Era más joven en esa foto. De pronto, se dio cuenta de lo ridícula que era y decidió centrarse en lo importante: averiguar más cosas sobre él.

Era del Sur, de Luisiana. Le pareció un dato curioso, ya que él no hablaba como los sureños. A lo mejor porque llevaba mucho tiempo en Canadá. ¿A lo mejor porque se había marchado de casa muy joven?

Registró los otros compartimentos de la cartera y se topó con la fotografía de una mujer. Era morena. Parecida a ella. Rostro delgado, ojos azules, aspecto de niña perdida... Elena giró la foto para ver lo que ponía detrás.

—*Para Cash, con todo mi amor. Vicky* —leyó él en voz alta, pausada y muy desafiante.

Las palabras, duras y frías, la atravesaron como un puñal forjado en hielo.

—Lo siento —se disculpó a media voz mientras, con dedos entorpecidos por el sobresalto, dejaba la fotografía donde la había encontrado.

Cuando se atrevió a mirarle, la tensión en el rostro de Cash era palpable. Su mandíbula estaba apretada en un gesto furioso, y la postura de su alto y erguido cuerpo resultaba intimidatoria. Por debajo del ceño fruncido, sus ojos registraban una mirada tan severa que a ella se le disparó el corazón dentro del pecho. La estaban, literalmente, fulminando.

—¿Qué es lo que sientes, *Elena*? —enfaticó su nombre de una forma casi maléfica.

—Siento haber husmeado entre tus cosas —barbotó, turbada. La vergüenza cubría su rostro en forma de rubor, lo cual le concedía un aspecto más vulnerable que nunca.

Cash, parsimonioso, como si no tuviera nada que hacer en todo el día,ladeó el cuello hacia un lado y la estudió como a un objeto curioso. Por la arruga que había profundizado entre sus cejas, Elena sospechó que le disgustaba mucho su persona.

—No, no lo sientes.

—Sí que lo siento —aseguró, mirándolo con los ojos culpables de un niño.

—Lo que sientes es que te haya sorprendido haciéndolo. Hay una notable diferencia.

A pesar de la ira que consumía su mirada, le habló con un aplomo tan frío que Elena se estremeció. Bajó la mirada y tragó saliva.

—Como sea, lo siento —musitó—. Ha estado mal hacerlo y te pido disculpas por ello.

Él no dijo nada. Le dio la espalda y se marchó, cerrando de un portazo. Elena dejó caer los párpados y emitió un débil suspiro. No dejaba de provocarlo. ¿Por qué no podía llevarse bien con él? ¿Qué había sido de su plan de hacerse amiga del Diablo hasta cruzar el puente?

Se tumbó en la cama y esperó a que Cash volviera. No tuvo que esperar demasiado. Trascurridos unos momentos, la puerta se abrió de golpe y el gigante de Cash la cruzó con los brazos cargados de leña.

—Deberías desayunar algo —le dijo, tras verter la leña dentro de la caja. Su voz no era menos áspera que su mirada.

—No tengo hambre.

Lo cual no era más que una vil mentira. Le dolía el estómago, y eso solo podía ser a causa del hambre.

—Ya. Pues estás pálida.

Cash se sacudió la suciedad del pecho, se acercó al armario y desde ahí le lanzó una chocolatina, que voló por toda la cabaña hasta aterrizar en su regazo. Era una *Snickers*, sus favoritas.

Elena lo miró con ojos huidizos.

—Cómetela —le ordenó él en un tono que no admitía réplica.

Ella bajó el rostro y contempló con ojos hambrientos el pequeño envoltorio marrón. Se le hizo la boca agua, pero no se atrevía a moverse por miedo a quebrantar aquella siniestra quietud.

—Come —insistió Cash con rudeza.

No hizo falta que se lo repitiera. Sus manos desgarraron el plástico deprisa; tomó un buen mordisco y masticó ansiosa. Una expresión de alivio se expandió por su rostro casi de inmediato y cerró los ojos para atesorar esa sensación un poco más.

—Despacio. Te puede sentar mal. ¿Hace cuánto que no pruebas bocado?

Elena se encogió de hombros. No recordaba haber comido nada desde el viaje, y ahí solo había picoteado un par de patatas Pringles del bote verde de Maggie. Habían pasado días desde entonces. Aparte del café que le había ofrecido Cash la tarde anterior, no tenía nada en el estómago. Era lógico que se sintiera tan desfallecida. A lo mejor había sido cosa del hambre el beso de la otra noche. Ahora, a plena luz del día, le parecía un absoluto disparate haber besado a ese hombre.

Y, aun así, el recuerdo se negaba a abandonarla. Las imágenes volvían en flashes, cuando menos se lo esperaba, él mirándola como si ella fuese lo más bonito que había en el mundo... el impacto de sus labios estrellándose en un fuerte beso... el sabor de Cash invadiendo su boca... la lenta

intromisión de su lengua, que parecía imitar un rito sexual... sus dedos ardiendo en sus mejillas... el ansia por sentirlo, cada vez más y más fuerte...

Se sintió enferma solo con recordarlo. ¿Cómo había podido desear a alguien como él? ¿Cómo, si temía que fuera un monstruo? Un letal, retorcido y... perfecto monstruo.

Se tragó el bocado de chocolate y la embargó un momentáneo sosiego. El azúcar le venía bien. Calmaba la ansiedad.

*Estocolmo. Recuerda que tienes el síndrome de Estocolmo y estás muy trastornada ahora mismo.*

Esa explicación era tan factible como cualquier otra.

En el otro extremo de la cabaña, Cash se quitó las botas cubiertas de nieve y el abrigo. Parecía menos amenazador con un jersey de lana de color beige y los mismos vaqueros viejos que había llevado el día anterior; parecía más cercano, más... humano. Se dejó caer en la mecedora, la cual emitió un sonido de protesta bajo su peso, y empezó a mecerse despacio.

Elena se fijó en que la mecedora era parecida a la que tenía su abuela en el porche trasero de su casa. Y de pronto, bonitos recuerdos de su infancia la abrumaron. Sus ojos se cargaron de lágrimas y tuvo que parpadear con ira para rechazarlas. ¿Saldría alguna vez de esas montañas? ¿Volvería a ver a su abuela? ¿Y a sus padres? ¿Incluso a la traidora de Trixie?

No lo sabía. Todo dependía de él. De Cash.

—Esta... casa... ¿es tuya? —Le había costado lo suyo llamar casa a aquella choza, y Cash lo debió de notar, ya que ni siquiera le dirigió la mirada.

Estaba repantigado en su mecedora y mantenía los ojos clavados en el fuego. Incluso bajo la holgura del jersey, se percibía la forma de sus hombros. Era tan fuerte que podía haberla hecho añicos solo con la fuerza de sus palmas.

Elena desechó esa idea preocupante y sus ojos se desplazaron hacia la estufa. Con qué intensidad desaparecía la madera bajo los lengüetazos de

fuego. Era casi tranquilizador contemplar el lento baile de las llamas.

—Sí. Es mía —la sorprendió la voz oxidada y grave de Cash.

—Parece cómoda —se obligó a decir.

La boca del hombre se alzó unos milímetros. Aunque no era más que una sombra, la sonrisa estaba impregnada de burla.

—No, no lo parece. Pero me da igual. No busco comodidad.

—¿Y qué es lo que buscas?

Se produjo una considerable pausa.

—Aislamiento.

Elena soltó una risita que sonó tan hueca como lo era su mirada.

—Eso no debería suponer un problema.

Él sonrió un poco. Incluso estando en el otro lado del habitáculo, Elena percibió un ligero matiz de tormento en su sonrisa.

—No, no debería.

—¿Por qué dejaste Luisiana?

Cash se cruzó de brazos, cerró los ojos y gruñó hastiado. ¿Por qué no dejaba de interrogarlo? Le mosqueaba que fuera tan físgona. ¡Hablar! ¿De qué cojones serviría todo ese *bla, bla, bla*? Hablar no arreglaba una mierda. Precisamente por eso se había instalado en la soledad de esas montañas. ¡Porque no quería hablar, joder!

—Hacía demasiado calor —respondió con un tono tan seco que cualquier otra persona habría entendido que no le apetecía seguir conversando.

Cualquier otra persona, menos Blancanieves, claro.

—¿Tuvo Victoria algo que ver con tu decisión de irte?

Cash rechinó los dientes al notar una dolorosa tensión instalándose en la zona de sus hombros.

—No voy a hablar de Victoria contigo.

Elena dio otro mordisco a su chocolatina.

—Las rupturas siempre son dolorosas.

Cash apretó los párpados y gruñó irritado.

*¡Santo Dios! ¡Cállate de una vez!*

¿Por qué le atormentaba tanto esa chica? ¿No tenía nada mejor que hacer?

—Yo pasé por una hace poco —siguió diciendo ella después de tragar—. Fue jodido—. Se calló y esperó a que él aportara algo a la conversación. No lo hizo, se mantuvo tan huraño como siempre—. Se acostó con mi hermana, ¿sabes? Y ahora están prometidos y esperan un hijo. Increíble. Seguro que pretenden que ejerza de madrina.

Cash respiró con fuerza por la nariz. Conservaba la esperanza de que, de esa forma, se diera por enterada de que la historia de su vida le importaba una mierda.

—¿Qué fue lo que te hizo Victoria?

—¡La Virgen! —Abrió los ojos de golpe y le lanzó su mirada de serpiente de cascabel dispuesta a saltar a la yugular—. Victoria no me hizo nada, ¿te enteras? ¡Victoria era perfecta!

Elena, sin alterarse por sus berridos, hizo una mueca.

—Nadie es perfecto, Cash.

—Victoria, sí —aseguró él a través de los dientes apretados.

La miró colérico y, mientras duró ese intenso contacto visual, en ningún momento menguó el aire homicida que refulgía en su mirada.

Elena empezó a atar cabos en cuanto él enfocó de nuevo el fuego.

Así que su novia lo había abandonado y por eso había perdido la chaveta. Era una buena razón para enloquecer. Elena misma había estado a punto de hacerlo al enterarse de lo de Connor y Trixie.

Curiosamente, eso parecía doler mucho menos ahora. Quizá porque estaba en estado de *shock* después de todo lo que había padecido. Puede que



eso la volviese insensible ante todo lo demás. Comparado con la pesadilla de los últimos días, la infidelidad de Connor era una absoluta frivolidad.

—El estofado huele bien —cambió de tema unos minutos más tarde.

Cash suspiró a modo de respuesta.

—¿Has cazado tú ese conejo?

—Lo cogí con una trampa.

Elena sintió que una palidez enfermiza cubría su faz como una asfixiante máscara. Sus facciones estaban contraídas, rígidas.

Dominada por un frío glacial, bajó la mano que sujetaba la chocolatina y lo miró perpleja. Más que humillada, se sentía traicionada.

—¿Trampa? ¿Quieres decir que las trampas que hay por todo el bosque son tuyas?

Él hizo un gesto negligente con los hombros.

—Podría ser. Será mejor no descartar ninguna opción.

Elena lanzó una maldición entre dientes. Él se jactó con una sonrisa perversa.

—Ese no es lenguaje adecuado para señoritas, *Elena*.

—Me importa una mierda si te ofende mi lenguaje o no. ¿Cuándo tenías pensado decirme que la trampa que me jodió el tobillo era tuya?

Él se dignó a mirarla por fin, y lo hizo como si la considerara el ser más irritante sobre la faz de la tierra. Sus ojos estaban oscuros, un azul parecido al del océano en medio de una tormenta.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué cambiaría eso?

Elena rebosaba estupefacción. Cash vio el pasmo impreso en cada una de sus delicadas facciones. Como ella se había quedado paralizada, aprovechó para recorrer todo su rostro con ojos llameantes, el delgado tallo de su cuello, donde imaginó que posaría sus labios, justo por debajo del acelerado latir de su pulso, la curva de su mandíbula, que también devoraría

a besos, el arco de su boca, que se moría por acariciar y bordear con la lengua...

—¿Que qué cambiaría eso? —interrumpió Elena el curso de sus fantasías—. ¡Jesús, pues no lo sé, Cash! A lo mejor podrías disculparte por dejarme coja.

Él le dedicó una sonrisa sardónica, perezosa y de lo más irritante.

—Cielos, lo siento, señorita Elena. Espero me disculpe.

Habló con si fuese un esclavo negro, con el mismo acento que se empleaba doscientos años atrás, y eso la enfureció aún más.

—¡No me llames así!

—No, señorita Elena.

Ella soltó un gruñido de exasperación y sintió ganas de lanzarle alguna cosa a la cabeza. ¡Su maldita e insufrible sonrisa la sacaba de quicio!

—Ni siquiera sé por qué me tomo la molestia de intentar ser tu amiga.

Cash arqueó las cejas burlonamente. Parecía haber alcanzado el sumun de la diversión.

—¿Mi amiga? ¿Es eso lo que intentas hacer?

—¡Dios!, ¿qué es lo que piensas tú que intento hacer, Cash?

Fue sorprendente la rapidez con la que él pasó de la diversión al enfado. El cambio era palpable en su rostro. Sus ojos seguían brillando, pero ya no eran burlones, sino despiadados y acusatorios; más hostiles que nunca.

—Pues no lo sé, Elena. Vienes a mi casa, me tratas con esos humos de señoritinga de Nueva York, y luego me acusas de haberme cargado a todas tus amigas. Tienes un modo curioso de entablar amistad con la gente. ¿Tu madre nunca te llevó al jardín de infancia o cuál es tu problema?

Los ojos de Elena refulgieron como las brasas del Infierno, un perfecto contraste para la palidez enfermiza de su rostro.

—¿Cómo sabes que soy de Nueva York? —balbució, con el corazón latiéndole frenético entre las costillas.

Cash hizo una mueca de exasperación.

—Me lo dijo tu amiga. La rubia. *Disculpe, señor, nos hemos perdido. Somos de Nueva York, ¿sabe? Es la primera vez que viajamos a Canadá. Bueno, Maggie, no. Sus padres tienen una casa aquí.*

—No hace falta que la imites con tanta burla. Está muerta.

Cash apartó la mirada y profirió una maldición en voz baja.

Se produjo una breve pausa, en la que los troncos de madera protestaron varias veces por el avance del fuego.

—Lo siento —se disculpó unos segundos más tarde mientras se frotaba la frente con los dedos—. No pretendía faltarle el respeto.

Cuando se atrevió a mirarla, había pequeñas y brillantes lágrimas resbalando por sus mejillas. Estaba mirando fijamente la pared, quizá en un intento por controlar el llanto.

Cash volvió a maldecir su falta de sensibilidad al ver que había hecho que le temblara el labio inferior.

Arrepentido, abandonó la silla, se sentó en el borde de la cama y tiró de ella hacia su pecho. Elena no se apartó y él la abrazó y hundió el rostro en su cabello. Sabía que eso último no era necesario para consolarla. Le costaba contenerse. Su olor le producía una agradable sensación de vértigo en el estómago.

—Lo siento, Elena —susurró junto a su oído—. Soy un idiota. Perdóname.

—Déjame en paz.

Como si de pronto hubiese recuperado la capacidad de reaccionar, Elena se apartó de su pecho y se refugió en el rincón, lo más lejos posible de él. Ahí pegada a la pared, mostraba el mismo aspecto que un animalillo acorralado. Sus enormes ojos azules le observaban con una aprensión que recrudeció la culpabilidad de Cash, que retrocedió desenchajado y se pasó las dos manos por el pelo mientras la miraba desde arriba con un destello de turbación en la mirada.

—Vale. Lo siento —murmuró con voz rasposa.

Elena cerró los ojos para reprimir las imágenes que daban vueltas por su mente. Imágenes rojas, mancilladas de sangre. No quería pensar en eso. No podía recordar a sus amigas de esa forma. No, no iba a permitirlo. Pensaría en otra cosa. En cualquier otra cosa menos...

—Elena.

Había pasado mucho tiempo desde que él la había soltado y se había sentado en su mecedora, al lado de la estufa. El estofado se cocinaba a fuego lento. Olía bien. Demasiado bien.

Elena levantó la cabeza y sus miradas se encontraron a través del aire.

—¿Qué? —dijo, con una voz que oscilaba entre la agresividad y el temor.

—¿Qué fue lo que pasó esa noche?

El dolor de aquel recuerdo la atravesó como un cuchillo.

—Muchas cosas —respondió al recobrar la voz.

—¿De verdad están muertas tus amigas?

Elena le dedicó una mirada a la medida de su perplejidad. ¿Pensaba que se lo había inventado todo? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? ¿Por qué iba a aparecer ante su puerta, sin abrigo y con el tobillo destrozado? ¿Qué razón tendría nadie para hacer algo así?

—Están muertas —murmuró con voz fatigada mientras sus ojos se desprendían de los suyos y enfocaban el suelo—. Y eso nada puede cambiarlo.

—¿Cómo? —susurró Cash, que la evaluaba por debajo de la frente arrugada con un atisbo de inquietud en los ojos.

Elena decidió fingir por un segundo que no lo había hecho él. Necesitaba contárselo a alguien, desahogarse, sacar toda esa oscuridad de las profundidades de su alma y exponerla ante la luz del día.

—Gracias a tus instrucciones, encontramos la casa de los padres de Maggie antes de que oscureciera —empezó con voz trémula y queda—. Mis amigas estaban como locas por bajar del coche. Reían y chillaban todo

el rato. El viaje desde Calgary se nos había hecho interminable. Y más con Dani al volante. Era muy lenta conduciendo —recordó con una sonrisa.

Cash le devolvió la sonrisa y la mirada, y la animó a seguir hablando. Elena miró el fuego, las llamas que comenzaban a lamer con rapidez la madera, y se sumergió en un silencio melancólico.

—¿Y qué pasó? —insistió él con voz cálida.

Ella volvió en sí y parpadeó para alejarse de la vaguedad que se había apoderado de ella.

—¿Hm? Ah. Bueno, en cuanto salimos del coche, alucinamos con el frío que hacía. El viento no daba ni un segundo de tregua y, aunque el jardín estaba cubierto de nieve, en la radio habían anunciado más nevadas pasado medianoche. Nos dimos prisa para entrar y encender el fuego. Había calefacción, pero Dani estaba empeñada en encender la chimenea. Le parecía romántico. Sarah, la rubia, como la llamaste, dijo que había que ponerse cómodas y en algún momento desapareció. Cuando la volví a ver, llevaba camisón y una botella de vodka en la mano. Las demás no nos pusimos el pijama, aunque podíamos haberlo hecho. De todos modos, no íbamos a salir más. Hacía demasiado frío y el cielo auguraba tormenta. Lo que menos nos apetecía era quedarnos atrapadas por la nieve. Supongo que, en cuanto bajamos del coche y vimos lo aislada que estaba la propiedad nos dimos cuenta de que había sido mala idea venir a pasar las vacaciones aquí.

»Maggie le quitó la botella a Sarah, llenó los vasos de vodka y las tres bebieron un par de chupitos. Yo solo bebí uno. El vodka no es lo mío. No recuerdo muy bien de qué iba la conversación, las palabras se entremezclan de un modo extraño dentro de mi cabeza y ya no sé lo que es real y lo que no. Sé que en algún momento Dani dijo que tenía dudas. ¿Y si lo suyo con John no iba a funcionar? Le dije que era una estupidez. John la amaba. Eso debía de ser suficiente.

»Empezamos a bailar. Sarah se había traído el iPad. Sonaba esa canción, *Habana*. ¿La conoces?

—No.

La boca de Elena tembló en una sonrisa mortecina.

—Es muy pegadiza. Pegamos brincos como locas. Lo estábamos pasando bien, realmente bien, hasta que, de repente, se fue la luz y mis amigas empezaron a chillar. Les dije que se tranquilizaran, que solo era por el viento, pero estaban histéricas. Esa oscuridad daba mala espina. Maggie dijo que allí nunca se había ido la luz. Bueno, salvo una vez, cuando ella era pequeña y su padre se había visto obligado a arrancar el generador.

»Como estaban tan desquiciadas y medio borrachas, resolví salir a arrancar el generador. Yo era la única que estaba sobria. Casi nunca bebo. Sarah dijo: *¿y si es como en las películas de terror? ¿Una se separa del grupo y muere?* Me reí de ella y le dije que dejara de beber vodka. Luego, me marché. Ni siquiera me paré a pensar en mi abrigo. Llevaba una sudadera gruesa, con borrego, y, de todos modos, no iba a estar fuera durante más de un minuto.

»En el exterior, la noche polar parecía azabache. No se veía la luna. Mil millones de estrellas alumbraban por encima de mí, pero su luz no parecía suficiente para doblegar la oscuridad. La casa estaba aislada, en medio del bosque. Usé la linterna del móvil para orientarme por el jardín. La caseta del generador estaba en la parte trasera. Sabía arrancarlo, mis padres también tenían uno en la casa de campo.

»Entré con cuidado para no golpearme contra algún objeto mal colocado y localicé los mandos del generador. Apreté el botón rojo, giré la llave y subí los tres automáticos, pero no funcionó. Maldije entre dientes, soplé aire caliente en los puños y me puse a pensar en una solución.

»Llevaba ahí unos dos minutos, tiritando de frío, cuando se me ocurrió la idea de que, a lo mejor, el generador estaba sin gasolina. Moví la linterna por toda la caseta y distinguí un pequeño depósito en un rincón, detrás de un colchón que ya no se usaba. Fui hacia ahí, aparté el colchón, cogí la jarra que había al lado y la llené de gasolina. Después de echársela toda al generador, volví a arrancar. Esta vez, no se caló el motor.

»Para asegurarme de que todo marchaba bien, encendí la luz y, efectivamente, funcionaba, así que no me entretuve más y cogí el camino de vuelta a la casa. Calculo que estuve fuera no más de diez minutos. Sin embargo, cuando regresé a la parte delantera, percibí algo diferente. Algo...

sinistro. Lo primero que llamó mi atención fue que mis amigas estuvieran calladas.

—¿Por el susto? —propuso Cash, cuyas cejas se arquearon en un gesto elocuente.

Elena negó con sonrisa amarga.

—No había susto en el mundo capaz de hacer callar a mis amigas. Eran unas cotorras. Sospeché que me querían hacer alguna putada, pegarme algún susto o algo por el estilo.

»Así que, en vez de entrar sin más, me acerqué despacio a la casa y lancé una mirada por la ventana del salón, con la intención de ser yo quien las asustara a ellas y no al revés. Aún no sé cómo conseguí no chillar, porque lo que vi al mirar dentro del salón fue escalofriante. Me quedé paralizada un buen rato, con las palmas cubriéndome la boca, presa de un horror enfermizo. Quien quiera que cometiera esa atrocidad, aún debía de merodear por ahí. De eso me percaté más tarde. En ese momento no conseguía pensar con claridad. Me sentía como si me hubiesen extirpado el cerebro y ya no pudiera procesar todos esos datos.

»Sarah aún estaba de pie. Una mancha de sangre se expandía por su camión, cubriendo todo su vientre como un mapamundi, no dejaba de aumentar. Mi reacción fue bastante absurda. Me quedé mirándola y recuerdo que pensé: *espero haber traído tampones*.

»Miré a Maggie para ver por qué demonios no reaccionaba y lo que vi me dejó aún más pasmada. La cabeza de Maggie estaba inclinada en un ángulo imposible. Tenía un corte en el cuello. Un corte muy profundo del que aún salía sangre a borbotones.

«Como si no comprendiera la broma, miré a Dani en busca de respuestas. Dani estaba tumbada en el suelo. Tenía los ojos clavados en el techo. Me pregunté por qué estaría mirando con tanto interés la lámpara. ¿Veía algo que a mí se me escapaba?

»Sarah, la única que aún parecía estar viva, se llevó las dos manos a la herida y se la tapó. Quise gritar: *¡detrás de ti!* Pero no me dio tiempo. Una

figura silenciosa se le acercó con rapidez y le rajó el cuello de un solo movimiento.

»No sé si fui yo la que hizo algún ruido o si, simplemente, percibió mi presencia. El caso es que, de pronto, volvió la cabeza hacia la ventana y nuestros ojos se encontraron por un segundo. Fue entonces cuando comprendí que yo iba a ser la siguiente. Y eché a correr.

Elena calló y sus ojos se movieron hacia Cash, cuyo rostro exhibía tal dureza que parecía tallado en mármol.

Él no dijo nada, solo se pasó la mano por las facciones desencajadas y negó mientras sus ojos la instaban a continuar.

—Corrí por todo el bosque —prosiguió Elena unos segundos más tarde—, me perdí, perdí el móvil, me detuve a buscarlo, me eché a llorar de pura desesperación, corrí de nuevo, metí el pie en una trampa, quise quedarme ahí y morirme... Pero finalmente me obligué a seguir adelante. Y así es como acabé delante de tu puerta. Una historia de locos, ¿eh?

Cash seguía sin hacer ningún comentario. Elena cogió aire y se apoyó contra la pared. No había cabecero.

Pasaron los segundos y el silencio se volvió mortuario, aunque esta vez Elena no se sintió incómoda. Estaba demasiado absorta en sus pensamientos como para percatarse de nada. Se había apoderado de ella una parálisis tanto física como mental.

—Elena...

Sin abandonar del todo su abatimiento, ella levantó la cabeza y lo miró calmada.

—Yo no maté a tus amigas —aseguró Cash, cuyos intensos ojos azules la miraban de forma muy persuasiva—. No lo hice. Nunca haría algo así.

Durante unos lentos segundos, Elena evaluó sus ojos en busca de respuestas. Eran brillantes y parecían sinceros. Eso era lo malo de Cash Evans. Sus ojos siempre parecían sinceros.

—No te creo —gruñó entre dientes.



—Elena —insistió él, paciente, cerrando los ojos por un segundo, como si se negara a aceptar esa posibilidad.

—Tú sabías dónde estábamos —argumentó ella—. Tú eras *el único* que lo sabía.

Su cabeza le dictaba que no debía escupir acusaciones que pudieran provocar su furia, pero ¿cómo tragarse las palabras? Recordar lo que él había hecho sufrir a sus amigas la puso tan rabiosa, tan valiente, tan inconsciente, que ignoró todas las alarmas que se habían encendido en su cerebro.

Cash fue hacia ella, la cogió por los brazos y su rostro bajó a unos pocos centímetros de distancia del suyo. Sus ojos irradiaban franqueza y por un efímero instante las sospechas de Elena remitieron y todo lo que sintió fue una onda de calor que le barrió el pecho. Quedó magnetizada, perdida en la desconcertante tristeza que oscurecía la superficie azul de la mirada de aquel hombre. ¿Cómo era posible que su tono de voz y su expresión facial la trastornaran tanto?

—Elena, escúchame. *Yo no maté* a tus amigas. Necesito que me creas.

Elena rechazó de nuevo la idea. Tenía los ojos anegados en lágrimas. Quería con todas sus fuerzas creer en él, habría sido todo mucho más sencillo, pero no podía. No podía creer en la palabra de un extraño.

—Ojalá pudiera.

Lo miró a los ojos y su rostro se torció en un gesto de súplica que hizo patente lo mucho que le habría gustado poder bajar la guardia y confiar en él.

—Elena, vamos.

Cada vez que él susurraba su nombre, las fuerzas se le quebrantaban un poco más. Enfatizaba su nombre de un modo hipnótico. Había algo siniestro en ello. Su voz la acariciaba, le brindaba consuelo, la desnudaba poco a poco de todas sus sospechas y sus temores.

Elena odiaba esa sensación. Aborrecía no ser capaz de despreciarlo. ¿Por qué no podía coger la escopeta y pegarle un tiro mientras dormía?

En su garganta empezó a agolparse un sollozo. Pensó que tal vez llorando conseguiría amortiguar de alguna forma esa tremenda energía que había entre ellos, porque, cuando no sentía cólera, solo sentía atracción, una atracción tan fuerte que la llenaba de terror.

—Elena, mírame, por favor —suplicó Cash, y sonó casi desesperado al hacerlo.

—No —siguió negándose ella obstinadamente. Estaba llorando. Lágrimas de frustración e ira corrían por su rostro y se le juntaban bajo la barbilla.

Él le alzó el mentón con delicadeza y sus abisales ojos se sumergieron en los suyos. Tan persuasivos, tan azules como el cielo nublado. Por unos momentos fugaces consiguieron que el mundo se derritiera a su alrededor; que todo se resumiera a él. Elena creyó que se estaba volviendo loca, pero lo que sentía superaba incluso los límites de la locura. La urgencia de buscar su cuerpo por debajo de la ropa, de probar sus labios, de fundirse en él y dejar que la convenciera de que estaba a salvo era irreprimible y atroz.

Él la miraba como si ella fuera algo de valor incalculable, y Elena sabía que quería hacerle mucho más que mirarla. Quería tocarla, penetrarla, empaparse en ella y, tal vez... Solo tal vez... ¿Matarla?

—Elena, tienes que hacerlo. —Aquel modo de inyectar fuerza a sus palabras, junto a los sonidos graves que reverberaban en su garganta, le sacudieron el estómago, y Elena sintió que se estaba desmoronando por dentro, que se estaba rompiendo como una muñeca de porcelana, en mil millones de añicos—. Tienes que creerme cuando te digo que yo no lo hice. El que mató a tus amigas sigue ahí fuera. Puede que te esté buscando ahora mismo. Para salir de esta pesadilla, tienes que confiar en mí.

Elena negaba, pero su negación empezaba a perder fundamento conforme el peso del aire empezaba a resultarle asfixiante.

Las manos de Cash rodearon su rostro y sus dedos se clavaron en sus mejillas. El silencio se desplegó más y más mientras sus ojos ardientes acariciaban lugares a los que no debería haber tenido acceso.

—No tienes opción, ¿me oyes? —le dijo tras aspirar largo y tendido. Su voz había descendido hasta adoptar un timbre cálido e íntimo—. Si quieres sobrevivir a este invierno, tendrás que aprender a confiar en mí. Porque, ahora mismo, soy todo cuanto tienes.

Entonces, estaba muerta, porque confiar por completo en él era la única cosa en el mundo que Elena se sentía incapaz de hacer.

Cash repartió el estofado en dos cuencos.

—No he hecho pan —murmuró a modo de disculpa mientras se frotaba nerviosamente las palmas contra los vaqueros. La conversación anterior le había producido una mezcla de inquietud e incomodidad. Percibía una energía sombría nublando el aire y su expresión facial denotaba preocupación, ya que no sabía muy bien cómo afrontar los hechos a partir de ahora.

Elena tensó los labios en algo parecido a una sonrisa. Estaba sentada en el mismo rincón, con la espalda apoyada contra la pared y los brazos rodeándole las rodillas. Le dolía el tobillo por tener las piernas flexionadas, pero le daba igual. Sus amigas habían muerto. Lo mínimo que podía hacer ella era soportar un poco de dolor. ¿En qué maldita hora se lo había contado a Cash? Hablar de ello lo había empeorado todo. Antes no era más que una pesadilla lejana. Ahora se había convertido en una realidad que ya no tenía forma de mantener apartada. No podía evitar abismarse en una amalgama de recuerdos que combinaba los momentos felices con los momentos más aterradores.

—No importa. No tengo hambre —borbotó con mirada ausente.

—Elena...

—No, en serio. Estoy bien así.

Cash no entendía por qué estaba tan empeñada en auto castigarse. ¿Se sentía culpable por haber sobrevivido?

—Me da igual. Necesito que comas —le pidió con suavidad.

Exasperada, buscó sus ojos y centró en ellos toda la fuerza de su mirada.

—¿Por qué? ¿Qué más te da?

—Porque necesito que estés en forma —repuso él, repasándola con los ojos.

—¿Por qué?

Cash hizo una mueca de irritación. Se comportaba como una cría.

—Apenas nos queda carne. Tengo otro conejo congelado bajo la nieve, pero, aparte de eso, no hay nada más que comida enlatada. En cuanto amaine la tormenta, me iré a mirar las trampas que he colocado. Y entonces vas a tener que quedarte sola, Elena, por eso quiero que comas. Estás demasiado débil, y si yo no estoy aquí, no habrá nadie que te proteja.

Elena parpadeó demudada. Él se comportaba como si realmente se preocupara por ella, como si no quisiera que le sucediera nada malo. ¿Por qué no era capaz de creérselo? ¿Por qué aún había una parte dentro de ella que se mantenía alerta? Creer en él le habría facilitado mucho las cosas.

—Vamos —la instó Cash que, con suavidad, la cogió del brazo y la ayudó a incorporarse—. Come conmigo.

Elena entrecerró los ojos. El tono rasposo de Cash la trastornaba profundamente, y era tan superior en tamaño físico que se sintió un poco abrumada cuando se aferró a su fibroso antebrazo y permitió que la levantara de la cama.

Ahogó un grito al apoyar el pie en el suelo. El dolor escocía tanto que se puso pálida.

—Después de comer, te miraré la herida —prometió Cash, que se había percatado de su mueca de tormento—. Habrá que lavarla y desinfectarla.

—Está bien.

Atento, la ayudó a instalarse en la silla, antes de ocupar la suya. Elena se hundió en su asiento y entrecerró los ojos para refrenar las pulsaciones dolorosas que sentía en el tobillo.

Cash la estudió con ojos apenados. Estaba lívida, demasiado debilitada incluso para permanecer ahí sentada. Se había comido la mitad de esa chocolatina, pero no le había servido para recobrar el rubor en las mejillas. Empezó a sentirse preocupado ante la posibilidad de que tuviera una infección. Esa palidez era demasiado enfermiza.

Mientras él la contemplaba inquieto, Elena agarró la cuchara con el puño, le dedicó una sonrisa mortecina y la hundió en el cuenco.

—Huele bien —se forzó a conseguir el débil amago de una sonrisa, para resultar más creíble.

—Espero que te guste —murmuró Cash al tiempo que le recorría el rostro con la mirada.

Ella hizo un leve asentimiento, se llevó la cuchara a la boca y sorbió un poco de caldo. Se obligó a sí misma a no pensar en eso como estofado de conejo. Era pollo. O ternera.

Y, de esa forma, le supo delicioso. Era espeso y tenía un sabor muy bueno. No iba a comerse la carne, pero las patatas y el caldo sí pensaba acabárselas. Estaba famélica. Él tenía razón. Necesitaba coger fuerzas. Tenía que protegerse de él llegado el momento.

Cash sonrió al verla comer con cada vez más avidez. Era muy delgada. ¿Cuánto podía pesar? ¿Cincuenta y dos? ¿Cincuenta y tres kilos? Como mucho. Habría podido deshacerla entre sus brazos de haberlo deseado. Algo que él, tenía que admitirlo, deseaba con cada vez más fervor.

Aunque no como ella creía. Lo que quería de Elena era que se deshiciera de placer, que suplicara por más, que murmurara su nombre como había hecho la noche anterior.

*Cash...*

Ese sonido. Ese maldito sonido que no dejaba de reproducirse en su mente.

Vio de nuevo sus labios, húmedos y ardientes, susurrar su nombre, y esa imagen le endureció el miembro. Dio gracias por estar sentado. De lo contrario, ella podría haberlo advertido. Su deseo parecía fuera de lugar después de la conversación que habían mantenido esa mañana. Elena se negaba a confiar en él. Y hacía bien. Cash Evans no era un hombre en el que alguien como ella debiera confiar. La chica, que no tenía ni un pelo de tonta, lo había advertido de inmediato.

—Cocinas bien. —Elena sonrió un poco mientras empujaba el cuenco hacia el centro de la mesa.

—¿No te gusta la carne?

—No es eso. Es que yo... soy vegetariana —mintió, rehuyendo su mirada.

Cash arqueó las cejas con sorpresa.

—Ah. No lo sabía.

Elena tensó los labios hasta que se convirtieron en una línea recta y delgada; pálida como su rostro.

—No pasa nada.

—Joder, sí que pasa. Tú no comes carne y yo... —Carraspeó y se obligó a mirarla a la cara—. Bueno, he preparado un estofado.

Elena se removió inquieta en su asiento. Los ojos de Cash la atraían como un imán. Podía sentirlos arder sobre la piel de su rostro y la tentación de mirarlos era muy poderosa. No quería hacerlo por si volvía a sentir aquella inesperada y repentina punzada de atracción que había sentido la noche anterior.

—No tengo un problema con la carne —musitó, manteniendo la mirada clavada en sus nudillos—. Solo que no la como... directamente.

Cash tensó la mandíbula.

—De acuerdo. Veré a ver si se me ocurre alguna solución.

Elena alzó los ojos con brusquedad, como si no pudiera seguir aguantando más el suplicio de no mirarlo, y por un segundo el mundo pareció disolverse a su alrededor. No había nada salvo ese abismo azul que tanto la atraía hacia la oscuridad.

—Si tuviera que comerla para sobrevivir, supongo que lo haría, así que no te preocupes. Estaré bien.

Al darse cuenta de lo atropelladamente que hablaba, se aclaró la voz y desvió de nuevo la mirada hacia la mesa. Había sentido otra vez la punzada de atracción al mirarlo a los ojos. El pulso se le había acelerado y un

húmedo calor se había extendido por su vientre, y se sentía muy avergonzada por eso, porque no tenía ni idea de por qué le pasaba algo así. ¿Por qué su cuerpo y su mente la traicionaban de esa forma?

—¿Has acabado? —preguntó Cash trascurrido unos momentos.

—Sí. Ya está —murmuró ella con incomodidad, rehuyendo su mirada.

Él se levantó, retiró su plato y lo llevó al fregadero. Elena abandonó su silla con esfuerzo y lo siguió. Cash la miró ceñudo.

—¿Qué haces?

—Voy a fregar los platos.

—Elena...

—Si vamos a vivir juntos durante un tiempo —lo frenó ella—, vamos a tener que establecer algunas normas.

Cash arqueó las cejas. Odiaba las normas. Llevaba años sin acatar ni una maldita norma y no le apetecía verse obligado a hacerlo ahora.

—Ah, ¿sí? ¿Como cuáles?

—Para empezar, yo me ocuparé de las pequeñas tareas domésticas.

—¿Porque eres una mujer? —se mofó él, cruzando los brazos a la altura del pecho. Ahí de pie a su lado, rebosando energía y determinación, era tan guapo que cortaba la respiración. Elena apartó la mirada y procuró no pensar en eso.

—Porque no sé cazar ni cocinar.

Cash torció los labios. Tenía que admitir que era un buen argumento.

—Me parece razonable.

—Bien. En cuanto a lo de usar el...

—¿Excusado?

—*El baño* —enfaticó ella, sonrojándose de tal forma que Cash tuvo que ahogar una sonrisa—. No pienso hacerlo en el cubo.

—Elena, ya te dije que...



—No pienso hacerlo en el jodido cubo, Cash. Necesito recuperar mis botas para salir a la calle.

Cash puso los ojos en blanco. ¡Qué mujer más irritante y terca!

—Está bien. Pero te llevaré yo. No quiero más enfrentamientos entre tú y los lobos.

Al ver la obstinada dureza que ardía en sus tajantes ojos azules, Elena comprendió que estaban llevando a cabo una negociación y que ahora le tocaba a ella ceder un poco de terreno.

—Vale. Me llevarás hasta ahí.

Cash pareció satisfecho con la resolución. Sonrió y todo.

—Hecho.

—Bien. Ahora necesito mis botas.

—¿Quieres ir al baño ahora?

—Desde luego que sí. No quiero acabar como *ese gilipollas*.

Cash se volvió, sonrió sin que ella le viera y abrió el armario. Regresó en unos momentos y le ofreció unas botas suyas.

—Tus botas están machadas de sangre. Hay que lavarlas. No quiero que te las pongas así.

—Está bien.

—Vamos, cógeme del brazo.

Apoyándose en él, Elena fue cojeando hasta la mecedora, donde se sentó con una mueca de dolor. Cash se arrodilló delante de ella y le calzó las botas. Elena experimentó el curioso impulso de pasar los dedos por el cabello que le caía sobre la frente y echárselo hacia atrás. Era oscuro como el café y se lo imaginaba sedoso bajo sus dedos.

Él levantó la cabeza de golpe y sus ojos se cruzaron por un momento. A Elena se le puso un nudo en la garganta. Cash fue el primero en apartar la mirada.

—Gracias —musitó mortificada, tan pronto como él acabó de atarle los cordones.

—De nada. Espera. Te daré un abrigo.

El abrigo que le dio le quedaba enorme. Él era mucho más alto que ella.

—Pesa muchísimo.

Dijo eso para no decir *huele a ti*.

—Lo sé. Ponte la capucha. Hace mucho frío fuera. ¿Preparada?

Elena tragó saliva y asintió. Cash puso una mano detrás de sus rodillas y, con la otra, la levantó del asiento. No era eso lo que ella esperaba.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Así es más sencillo. No tengo paciencia para esperarte mientras cojeas. Es posible que me salgan canas antes de que llegemos a la puerta.

Ante aquel juicio tajante, Elena no pudo hacer más que asentir.

Cash abrió la puerta con una mano. Era más fuerte de lo que parecía, si era capaz de soportar todo su peso en un solo brazo. Cerró a sus espaldas y, con ella acurrucada contra su pecho, dio la vuelta a la cabaña y echó a andar por el sendero que había vuelto a despejar de nieve esa mañana.

Elena se sentía tan vulnerable que se aferró a su cuello con todas sus fuerzas y cerró los ojos. No la había embargado esa sensación de inseguridad en el interior de la cabaña. Incluso a sabiendas de que no podía confiar en Cash, se había sentido extrañamente protegida.

En cambio, ahora, en el exterior, esa falsa sensación de seguridad se había esfumado por completo y solo sentía desaliento. El aire gélido, que arrastraba enormes copos de nieve, el cielo lechoso que se alzaba amenazador por encima de ellos, la siniestra quietud de la montaña... ¿Cómo podía ser todo tan apacible cuando había tantas cosas terroríficas asechando en el bosque?

El crujido de una puerta hizo que Elena abriera los ojos y retirara el rostro del cuello de Cash. El *innombrable* era de madera, una caja un poco mayor que un ataúd. Había cuatro paredes, ni una ventana, y el asiento

estaba forrado en cuero. Por el agujero del supuesto inodoro, se veía la tierra en la que estaba cavado el hoyo, y más abajo... Bueno, cosas que Elena no quería mirar. No es que ella fuese una remilgada. No lo era. Pero aquello era demasiado.

Miró a Cash demandando explicaciones y él se encogió de hombros.

—Esto es lo que hay, princesa. Lo coges o lo dejas.

Era como si disfrutara al verla tan descompuesta.

A pesar de las náuseas, Elena decidió lidiar con la realidad. No se estaba enfrentando a una situación corriente. Ya no había nada corriente en su vida y, cuanto antes se acostumbrase a ello, mejor.

—De acuerdo. —Levantó el mentón con valentía y se obligó a mantener a raya la actividad de su estómago—. ¿Te importaría dejarme a solas?

—Claro. Estaré por ahí. Grita cuando hayas acabado.

Cash dio media vuelta y se marchó. Elena entró y cerró la puerta a sus espaldas. La oscuridad en la que quedó atrapada hizo que su aliento se acelerara de golpe. Estaba sufriendo un pequeño ataque de pánico. Se dio cuenta de inmediato y empezó a tomar pequeñas bocanadas de aire para calmarse.

—Vamos, Elena, puedes hacerlo —se dijo en un murmullo—. Solo tienes que subirte la camiseta, sentarte *ahí* y... hacerlo.

Tomó otra bocanada de aire en los pulmones para convencerse a sí misma de que eso era pan comido, y asintió febril. Por supuesto que podía lidiar con algo así. Su vida se había convertido en un jodido cuento de terror y tenía que afrontarlo. Pero ojalá no fuera todo tan aterrador.

Poco después estaba saliendo escopeteada por la puerta. Ya ni el dolor de tobillo parecía retenerla. Necesitaba salir de ahí cuanto antes. Sentía que se estaba atragantando con el pánico en aquel lugar en el que solo algunas rendijas de luz hendían la oscuridad.

En su enorme prisa, chocó con el pecho Cash, que estaba fumándose un cigarrillo, perezosamente apoyado contra el muro de la cabaña. La atrapó justo antes de que se precipitara hacia un enorme montón de nieve.

—Te dije que me llamas —recriminó, sujetándola con fuerza por los brazos.

—Por favor, sácame de aquí.

Al ver la desesperación en sus ojos, Cash frunció el ceño y, como si hubiese comprendido la urgencia de su ruego, la levantó en brazos y se apresuró a llevarla de vuelta. Tan rápido se movió que, en unos segundos, lo único que quedaba fuera era el cigarrillo que fulguraba en la nieve.

Solo cuando estuvo en el interior, Elena dejó de respirar tan bruscamente. Cash se acercó a la lumbre y la hizo sentarse en la mecedora. Dio por hecho que ella estaba ya harta de pasarse todo el tiempo en la cama. Él, en su lugar, lo estaría.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —inquirió, mirándola ceñudo.

Elena no quería decirle la verdad. Se habría reído de ella. A ella misma le entraban ganas de reírse, ahora, que estaba lejos de ahí. Y aun riéndose, sabía que en cuanto volviera a ese lugar oscuro, los temores regresarían.

—Nada. Es que... tenía mucho frío y quería volver.

Cash le quitó el abrigo y las botas y se alejó para alimentar las brasas. Parecía que, en esa parte de Canadá, el fuego nunca podía apagarse.

Ella lo observó mientras se desprendía del abrigo, se pasaba los dedos por el pelo y se ponía cómodo en la silla.

—¿Cómo puedes vivir así?

Cash no se movió durante unos segundos. Después, sus ojos se trasladaron hacia los suyos, parsimoniosos, un poco divertidos.

—Es cuestión de acostumbrarse.

—Yo nunca me acostumbraría.

La sonrisa de Cash apenas fue perceptible. No era más que un ligero temblor que se originó en la esquina derecha de su boca. Sus labios se habían movido más de un milímetro con dificultad.

Ladeó la cabeza hacia un lado y la contempló con curiosidad. Sus ojos se sumergían en los suyos de tal forma que Elena se sonrojó y apartó la

mirada.

—¿Cómo es tu casa?

Elena parpadeó con desconcierto. ¿Él, don monosilábico, intentaba conversar con ella? ¿Él, con lo gruñón, adusto e intratable que era siempre? No se lo perdería por nada en el mundo. De todas formas, ahí no había nada más que hacer.

Y, quizá, conversando con él podría conocerlo mejor y anticiparse a sus acciones. Al menos, debía intentarlo.

—¿Mi casa? Normal, imagino. Una casa normal de Nueva Jersey. Tiene un salón en la planta baja, una cocina comedor y cuatro dormitorios en la parte de arriba.

—¿Cuatro dormitorios? Joder, eso parece un palacio —comentó Cash en una especie de murmullo rasposo.

Elena soltó una carcajada vacía. Lo miró para ver si estaba de broma. No lo parecía. Su rostro lucía tan pétreo como siempre. La luz de la estufa se reflejaba en sus iris, concediéndoles un aire de lo más misterioso. Sus ojos eran tan oscuros y profundos que Elena pensó que debían de ocultarse miles de secretos en ellos, miles de promesas, cumplidas o rotas, miles de deseos.

—No es más que una vivienda familiar. ¿Cómo es la tuya?

Cash abarcó toda la estancia con las manos.

—No me refería a esto. Me refería a tu casa de Luisiana.

—Oh. Mi casa de Luisiana.

Si Elena percibió el toque sarcástico, no lo desveló con ninguna reacción.

—Sí. ¿Cómo es?

Cash torció la boca en un gesto que oscilaba entre lo despectivo y lo despreocupado.

—Tiene muchas habitaciones.

Bueno, eso era algo, un detalle que por fin él estaba compartiendo con ella. No es que fuera gran cosa. Si Elena sintió una punzada de entusiasmo fue más bien por el significado que tenía la confesión en sí. El hecho de que él contestara a su pregunta ya era un gran paso, dado lo reservado que se mantenía.

—Ah, ¿sí? —se interesó con una sonrisa amable.

—Mm-hm. Tiene neones de color púrpura y... la música siempre suena demasiado alto y...

Se sentía generoso. Quería dar detalles. Cuantos más, mejor.

—¿En serio? ¿Y los vecinos no se quejan?

Él dejó de enumerar los grandes atributos de su *casa familiar* y la miró con ojos maliciosos.

—Mi casa es un prostíbulo, Elena —le dijo, con una satisfacción casi perversa. Disfrutaba mucho viéndola tan azorada como estaba—. Mi madre era puta y yo nací en un prostíbulo. ¿Contenta?

Elena deseó no haber seguido con esa conversación. Tuvo que hacer gala de un gran dominio sobre sí misma para evitar que su calma se derrumbara. Nunca se había sentido tan violenta.

—Lo siento.

—¡Deja de disculparte todo el rato, maldita sea! —estalló Cash con mirada chispeante—. Me importa una mierda. Por mí, como si esa ramera se pudre en el jodido Infierno.

Un silencio hostil siguió esas palabras. Al principio, Cash había sentido una complacencia diabólica al confesarle a Elena los peores secretos de su vida, los que ni siquiera Victoria conocía. Ahora, en cambio, se sentía vacío. ¿Por qué la trataba así? Ella no tenía la culpa de nada. Lo único que intentaba era ser amable. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien le había tratado con amabilidad a él? ¿Por qué se ponía tan a la defensiva cuando ella lo hacía?

*Porque se está acercando*, le recordó una voz dentro de su cabeza. *Se está acercando a cosas que no quieres que se acerque. No es tu amiga.*

*Nunca lo será. Para ella, no eres más que un medio para llegar a un fin. No confundas su necesidad de sobrevivir con amabilidad o afecto. En cuanto pueda, te dará la espalda sin mirar atrás. Porque tú, Cash Evans, no significas nada para ella. ¡No significas nada para nadie, joder!*

Profirió un improperio entre dientes, se levantó con brusquedad y empezó a liarse un cigarrillo, de espaldas a ella, para evitar que esos pensamientos siguieran apilándose dentro de su mente.

—¿Y qué hay de tu padre? —susurró Elena cuando se atrevió a levantar la mirada hacia él.

Cash dejó caer los párpados muy despacio y suspiró hondo, antes de volver el rostro hacia atrás.

—Mi padre era un desgraciado —respondió con voz rasposa—. No vale la pena recordarlo. Era uno de esos personajes que valen más muertos que vivos. Al menos en la muerte hay una pizca de dignidad, algo que él no tuvo en toda su miserable vida.

Elena quiso decirle que lo sentía, pero no lo hizo. No habría soportado que le volviese a gritar. Cash era como un animal herido. Sentía la necesidad de morder la mano que intentaba curarle las heridas.

Un silencio denso se propagó por la cabaña. El fuego crujía en el hogar. Fuera, el viento aullaba con fuerza en torno a la cabaña. El cielo se había teñido de un color aún más lechoso que antes. Elena recordaba que su abuela decía que, si el cielo era lechoso, iba a nevar con más fuerzas. Desde la mecedora podía contemplar la ventana y le parecía imposible que nevara con más fuerza. Esa nevada parecía anunciar el fin del maldito mundo.

—En realidad, no vivo en la casa de Nueva Jersey —confesó de pronto, con los ojos clavados en la tormenta que se desataba fuera.

Después de unos segundos de insensibilidad, Cash volvió el rostro hacia el suyo y la observó con aire pensativo. Estaba convencido de que ella no volvería a dirigirle la palabra en un tiempo. La había estado observando de reojo y había reparado en el aire desolado que reflejaban sus ojos. Y, para desesperación suya, se había sentido muy culpable por eso.

—Ah, ¿no? —murmuró, y su propia voz le sonó ronca y diferente.

Recorrió su joven y apenado rostro con una mirada de lo más intensa. Su belleza le molestaba. Ella le distraía. Maldita Elena y maldita la noche en la que se había desmayado entre sus brazos.

O, mejor aún, maldito el día en el que sus amigas habían decidido parar a pedirle indicaciones en esa gasolinera. Si él no la hubiese visto, si no se hubiese fijado en ella...

No permitió que su mente acabara ese pensamiento. Poco importaba ya. ¿Acaso no habría actuado igual en cualquier otra circunstancia?

Abatido, arrastró los ojos por el delicado tallo de su garganta e imaginó cómo sería rozarlo con los labios. La piel de Elena ardiendo contra su boca, su olor invadiendo su ser, sus cuerpos cada vez más cerca...

—No. Vivo en el campus de Columbia.

Cash parpadeó. No recordaba de qué estaban hablando y necesitó un momento para comprender de qué iba la charla.

—Espera un momento. ¿Eres universitaria?

Blasfemó para sí cuando comprendió que era aún más joven de lo que él había pensado al principio.

—Sí.

Ella hizo un amago de sonrisa.

Cash escrutaba su rostro con una curiosidad tan molesta que Elena desvió los ojos hacia la llamarada que crujía en el hogar.

—¿Y qué estudias?

Los ojos de Elena regresaron involuntariamente hacia los suyos.

—Griego y latín.

El silencio de Cash y el modo en el que se le curvaban los labios la molestó. ¿Por qué la miraba como si estuviera mofándose de ella?

—Estudias latín.

—Eso he dicho, sí.



A Cash le parecía adorable el modo que tenía ella de ponerse a la defensiva. Provocarla le producía un malévolo placer.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —Mosqueada, Elena lo atravesó con una mirada áspera.

Cash sonrió. Esa chica se enfurecía tan rápido como un gato salvaje. Le gustaba eso en una mujer. Las personas dóciles siempre le habían resultado aburridas. Elena era de todo menos dócil, y eso le arrancó otra sonrisa lenta a Cash.

—No me malinterpretes —dijo con expresión impasible—. No intentaba faltarte el respeto. Es que... no entiendo por qué estudiar una lengua que ya nadie usa.

—Estudio más que la lengua. Estudio la civilización. Su cultura. Quiero... comprenderlo.

—¿Comprender, el qué? ¿Por qué desapareció su imperio? Eso te lo puedo elucidar yo ahora mismo: se extinguieron porque su lengua daba asco.

La sombra de una sonrisa rozó los labios de Elena.

—No lo entiendes. Lo que me interesa saber es cómo era el mundo en esa época. Espero poder ir algún día a visitar las ruinas de Roma. Tiene que ser increíble verlas.

—Yo las he visto —comentó Cash con la boca torcida en un gesto que decía que aquello no era para tanto.

Los ojos de Elena se alzaron hacia los suyos, llenos de curiosidad.

—¿Las has visto? ¿Y cómo son?

—Bah. Si no vas, tampoco te pierdes nada. Piedras encima de piedras. No me pareció que tuvieran nada de especial.

Elena bufó un soniquete de incredulidad y lo miró con una sonrisa agnóstica.

—Donde tú solo viste piedras, yo veré miles de años de historia. Y cultura. Y tradición. No, Cash. Para mí, eso significa mucho más que un montón de piedras viejas.

Cash la contempló, fascinado por la pasión que ardía en sus ojos, y una sonrisa tierna empezó a insinuarse en las esquinas de su boca. Dejó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa, se acercó a ella y puso un dedo bajo su mentón.

—Entonces, espero que lo consigas, Elena —le dijo con sinceridad mientras le alzaba el rostro hacia el suyo—. Espero que algún día tengas *todo* lo que estás deseando.

A Elena se le secó la garganta. En ese momento no había animosidad entre ellos, y eso la dejaba demudada. Ni siquiera sabía cómo reaccionar. Había aprendido a manejar más o menos al Cash borde y gruñón. Era el Cash amable el que más la asustaba.

—Gracias —se las arregló para decir.

Él le regaló un leve atisbo de sonrisa. Sus ojos estaban fijos en los suyos y a Elena se le aceleró la respiración. La electricidad entre ellos era tremenda. Cada vez que estaban cerca y él la miraba como si estuviera desnudándola prenda a prenda, su corazón empezaba a latir a toda velocidad.

—De nada —susurró Cash tensando la mandíbula.

Se miraron unos segundos más, y luego él se apartó y se volvió a instalar en la silla. Elena observó cómo se encendía el cigarrillo y se lo colgaba en la esquina de la boca. Había algo fascinante en ese gesto tan sencillo. La tenía absorta.

Mientras ella lo estudiaba sin ningún disimulo, Cash se cruzó de brazos, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Una oleada de silencio cubrió la cabaña.

—Antes de... venirte a vivir aquí, ¿tenías un trabajo? —se le ocurrió preguntarle de pronto. Sus ojos seguían paseándose por los contornos y los ángulos que formaban el apuesto rostro masculino. Era como si no pudiera

dejar de contemplarlo, la esculpida mandíbula, las oscuras pestañas que aleteaban de vez en cuando, la nariz recta...

—Oh, sí —murmuró Cash, cuya boca se movió en una pequeña sonrisa que arrugó su rostro.

—¿Y a qué te dedicabas?

—¿Qué importa eso ahora?

La decepción oscureció el semblante de Elena.

—Nada, supongo —balbució, desviando la mirada hacia sus nudillos—. Era... por hablar de algo.

Él se sacó el cigarrillo de la boca, expulsó el humo hacia el techo y después dio otra calada.

—Hablar por hablar es una tontería, Elena. A mí no me gusta hablar, a no ser que tenga algo importante que decir. Y, por si te surgen dudas, no, no tengo nada importante que decir ahora mismo.

Con los ojos cerrados parecía menos amenazador. Y era guapo. Era muy guapo. Elena se odió por haberse fijado y por todas las punzadas de atracción que no dejaban de acelerarle el pulso.

—Cash...

Aunque sabía que a él no le apetecía seguir charlando, no consiguió mantener la boca cerrada.

—¿Hm?

—¿Por qué me besaste anoche?

La boca de él se desplegó en una media sonrisa turbadora.

—¿Por qué me besaste tú a mí? —repuso, y una chispa de diversión se hizo notar en su voz.

Elena calló un segundo y luego musitó:

—Estaba mentalmente inestable.

La comisura de la boca de Cash se alzó un poco más, su sonrisa adquiriendo el insufrible tinte socarrón que tanto le crispaba los nervios.

—Oh.

Se produjo una pausa y Elena se mordió el labio al comprender que él no iba a ponerle fin.

—¿Por qué lo hiciste tú? —insistió.

Cash se encogió de hombros.

—Estaba mentalmente inestable —respondió con indiferencia.

Elena bajó la mirada con rostro atormentado. ¿Cómo podía sentirse decepcionada por sus palabras? ¿Qué había en su cabeza que no funcionaba bien? ¿Qué artefacto se había estropeado?

Desvió la mirada hacia la llamarada y se sumergió en un silencio mohíno mientras parpadeaba para rechazar la intromisión de las lágrimas que sentía escocer en las comisuras de sus ojos. Sabía que no tenía ni una maldita razón para querer llorar.

—Como aquí no hay mucho que hacer, creo que voy a echarme un rato —decidió unos momentos más tarde—. El tobillo me duele menos cuando estoy tumbada.

Cash se enderezó, se quitó el cigarrillo de la boca y se dispuso a ayudarla. Elena lo frenó con una mano.

—No. No te molestes. Puedo sola. Gracias.

—Como quieras.

Tras colocarse el cigarrillo entre los dientes, Cash se cruzó de brazos y volvió a reclinarsse con la silla. ¿Mentalmente inestable? ¿Qué mierda de explicación era esa? Él la había besado porque quería besarla. Se había imaginado su sabor y su tacto y quería comprobar si eran tan extraordinarios como pensaba. Después de besarla, supo que eran mucho mejores.

Pero ella solo estaba *mentalmente inestable*.

Mortificado, Cash soltó hacia sus adentros tal retahíla de maldiciones que habrían hecho que Elena se desmayara de vergüenza si lo hubiese escuchado. Sí, era lo que tenía criarse en un burdel. Uno podía llegar a ser muy ordinario.

—Elena.

—Mmm.

—Elena.

—Mmmmm —protestó ella con más ímpetu mientras lo apartaba de un manotazo.

—Despierta, Elena.

Molesta por la intromisión en sus sueños, Elena abrió los ojos y atravesó con la mirada a Cash.

Él estaba inclinado sobre ella y la sujetaba por los brazos. La preocupación había excavado una profunda arruga entre sus cejas. O puede que fuera el cabreo. Quizá se tratara de una mezcla de ambas cosas.

Como fuera, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a ello. Tenía demasiado sueño.

—¿Qué quieres? —farfulló con voz adormilada.

—No te despertabas.

—¿Y por qué querías que me despertara?

—Porque tienes fiebre y estabas delirando. Tengo que verte el pie.

Elena lanzó una mirada a su alrededor y volvió a gemir lastimosamente. Era de noche y la cabaña estaba en penumbra. ¿Qué hora era? Ojalá el paso del tiempo tuviese algún significado allí.

Cash se alejó y regresó con una lámpara de gas.

—Necesito que la sujetes para que pueda ver bien, ¿vale?

—Vale —musitó ella, intentando no bostezar.

Él se arrodilló delante de ella y le liberó el pie deprisa. Elena no quería mirar. Recordaba el aspecto horrendo que mostraba su tobillo la última vez

y no le apetecía volver a verlo.

—Mierda —oyó jurar a Cash.

Preocupada, volvió la mirada hacia su rostro, que parecía aún más compacto bajo la anémica luz de la lámpara.

—¿Qué pasa?

—Se han infectado los puntos. ¡Joder!

Elena bajó los ojos hacia su tobillo y comprobó que estaba aún peor que el día anterior. Sintió tantas ganas de vomitar que apartó los ojos de prisa y tomó aire en inhalaciones pequeñas y controladas mientras el pánico se apoderaba de ella.

—¿Es grave?

Cash alzó la mirada hacia la suya. Había un aire compasivo en sus ojos.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Tengo que limpiarlo.

Se apartó mientras hablaba, fue al armario y volvió con la botella de bourbon y unas tijeras. Destapó la botella con los dientes, tomó un trago y luego se la ofreció a ella.

—¿Qué quieres que haga? —Elena lo miraba confusa.

—Bebe. Te dolerá.

—Cash...

—Bebe. Hablo en serio.

Sus ojos eran demasiado tajantes como para ignorarlos. Elena recibió la botella con manos trémulas y tomó un buen trago de bourbon. Nunca lo había probado, y le pareció horrible. La quemazón bajó hasta su estómago y luego se propagó como una explosión por su vientre. Las ganas de vomitar aumentaban por momentos.

Cash se estaba moviendo por la cabaña con rapidez. Calentó agua, la echó en un cubo y después volvió y le lavó la herida con jabón. Su aire funesto la estaba preocupando.

—Tómate esta pastilla —le pidió, sacando una píldora de un tubo amarillo que no tenía etiqueta.

—¿Qué es?

—Un calmante. Te hará falta.

—Acabo de beber. No creo que surja efecto.

—Lo hará. Confía en mí. He tomado unos cuantos de estos.

—Pero...

Él rodeó su cabeza entre las palmas y la miró con aquellos ojos abismales que a veces parecían ocultar una desorbitada tristeza. El corazón de Elena marcaba persistentemente el avance de los segundos, mientras sus ojos enajenados registraban las sublimes facciones del hombre. Vio en su rostro franqueza, y preocupación, y algo más, algo que consiguió aturdirlo. ¿Qué era ese *algo*?

—Elena, escúchame —rogó él con un brillo afligido en la mirada—. Necesito que estés todo lo anestesiada posible. Esto te dolerá y no quiero hacerte daño.

¿Qué otra cosa podía hacer ella salvo darle todo cuando pedía? No tenía fuerzas para luchar contra la avasalladora intensidad de la mirada que se estaba abriendo paso a través de ella.

Accedió con un gesto y, manteniendo los ojos fijos en los suyos, cogió la pastilla de su palma y se la colocó bajo la lengua. Él le ofreció la botella de bourbon. Aunque sabía que era una muy mala combinación, Elena dio un trago para poder tragarse la pastilla.

—Buena chica. Ahora necesito que no te muevas. Tengo que aflojar los puntos para eliminar el pus. ¿Preparada?

Elena estaba tan pálida como un espectro y lo miraba con ojos aterrados. Cash no esperó una respuesta, sabía que no iba a recibirla. Se arrodilló delante de ella, le echó una buena cantidad de bourbon en la herida y levantó dos puntos con toda la suavidad posible. Elena apretó los dientes con fuerza y se clavó las uñas en las palmas, pero fue incapaz de retener un chillido.



—Lo siento. —Cash se detuvo y la miró compasivo—. No lo haría si no fuera necesario.

Elena estrechó los párpados y asintió febril.

—Date prisa.

Las manos de Cash se movieron con eficiencia. Aflojaron más puntos, limpiaron bien la herida y le echaron ungüento a base de antibiótico, antes de ponerle vendas nuevas. Cuando acabó, Elena estaba desfigurada. Nunca en toda su vida había sentido tanto dolor.

—¿Estás bien?

Empleó las pocas energías que le quedaban en contestar con un leve asentimiento.

—La fiebre no remite —se inquietó Cash al tocarle la frente—. Túmbate.

Elena obedeció, laxa entre sus brazos. Dejó que la tumbara y mantuvo los ojos cerrados. Oía a Cash moverse por la cabaña, pero no consiguió levantar los párpados para averiguar qué era lo que estaba haciendo. Se sentía tan mareada que no podía hacer otra cosa que no fuera permanecer ahí recostada y rezar para no desmayarse.

De pronto, notó algo frío en la frente.

Abrió los ojos y lo miró de forma interrogante.

—Es agua con vinagre —explicó él, mirándola desde arriba—. Para que se te baje la fiebre.

Aunque no dijo nada, en su fuero interno agradeció el gesto. El paño aliviaba un poco el calor que la sofocaba.

Cash se sentó en el borde de la cama y de vez en cuando daba la vuelta al trapo o lo mojaba en el cubo que había dejado sobre la mesilla.

—Cash... —musitó ella. Su voz sonó tan débil que parecía un hilo a punto de romperse.

Tenía los labios agrietados por culpa de la fiebre. Había pasado bastante tiempo desde que él se había sentado a su lado y se dedicaba a humedecer

su frente. Aun así, la fiebre no había remitido. Cash estaba cada vez más preocupado. De haberlo mirado, Elena se habría percatado de su faz tirante y del músculo que palpitaba en su tensa mandíbula. Pero ya no conseguía abrir los ojos.

—¿Sí, Elena?

—No estaba mentalmente inestable.

Él calló unos segundos.

—No hables de eso ahora.

Ella se humedeció los labios, entreabrió los párpados y lo miró a través de las pestañas. El aristado rostro de Cash estaba tan cerca del suyo que podía haberlo tocado con solo alargar un poco la mano.

—Pero tienes que saberlo.

—No importa —susurró él, negando despacio—. Intenta dormir.

—Te besé porque quería besarte —continuó Elena con voz apagada—. Que Dios me perdone, pero quería hacerlo.

—Chiss. Estás delirando.

—Te vi en esa gasolinera y me imaginé cómo sería si tú me besaras. Estuvo mal, ¿verdad? Puedes admitirlo. Sé que estuvo mal.

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano e hizo el esfuerzo de componer una sonrisa apaciguadora.

—Elena, no sigas. No digas nada de lo que puedas arrepentirte mañana.

Ella esbozó una sonrisa exangüe.

—Mañana estaré muerta.

Cash entrecerró los ojos, retiró el paño y lo hundió en el cubo. Después de aclararlo bien, lo estrujó para quitarle el exceso de agua y se lo volvió a colocar en la frente.

—No digas eso. Mañana estarás bien. Duerme un poco.

—Me gustó besarte, aunque sabía que eso estaba mal. Cash...

—Chisss.

—¿Crees que habría podido besarte si de verdad pensaba que eres el que había matado a mis amigas?

Cash se pasó la lengua por los labios, bajó la mirada hacia la suya y, movido por un impulso irresistible, extendió el brazo y le acarició despacio el arco de los labios.

—No lo sé.

—Yo creo que, en el fondo, siempre lo supe.

—¿El qué?

—Que tú no harías algo así. Tú... no eres... un monstruo... —susurró ella cada vez más adormecida—. Cash... ¿Qué contenía esa pastilla?

—Chisss. Duerme, Elena. Duerme. Te pondrás bien. Te lo prometo.

Los ojos de Elena se cerraban en contra de su voluntad. No quería dormirse ni desmayarse, pero no tuvo energías para seguir luchando contra la lasitud. El sueño la atraía con tantas fuerzas que se entregó a él.

\*\*\*\*\*

Cuando se despertó, Cash estaba inclinado sobre la cama, con la mejilla apoyada contra el colchón y las manos descansando sobre su vientre, como si estuviera abrazándola. Dormía tan profundamente que no se atrevió a moverse por miedo a molestarlo. Debía de estar agotado. Se había traído la mecedora en algún momento de la noche y se había quedado dormido ahí mismo.

Elena sintió una repentina oleada de ternura hacia él. Movié un poco la mano y le rozó las puntas del cabello. Dormido parecía tan inofensivo... Y se había tomado tantas molestias para ayudarla... Ya no sabía qué creer. A

lo mejor no era más que un hombre solitario en cuyo porche se había desmayado. ¿Por qué tenía que ser un asesino? A lo mejor era un buen tío.

No estaba demasiado segura de si eso era lo que de verdad pensaba, o si era lo que quería pensar. Sentía la cabeza muy pesada y un fuerte dolor palpitándole en la sien. Estaba desorientada. Y se moría de sed.

Se movió un poco y él se despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —murmuró con voz rasposa.

Su preocupación parecía tan auténtica que Elena volvió a inclinar la balanza a su favor.

—Sí. Es que... tengo sed.

Cash se peinó el cabello con los dedos y parpadeó para deshacerse de los vestigios de sueño que se reflejaban en su mirada. Aún estaba un poco descolocado.

—Claro. Es normal, después de esa fiebre—. Como si acabara de recordarlo, colocó la mano en su frente y espiró aliviado—. Ya ha remitido. Menos mal. Espera. No te muevas. Te traeré agua.

Se levantó con dificultad, atravesó la cabaña y regresó con un vaso lleno. Elena lo vació y pidió otro.

—¿Sigue nevando?

Después de ofrecerle más agua, Cash se alejó hacia la ventana.

—Sí —murmuró, estudiando el cielo con mirada ausente.

Mientras engullía agua ansiosamente, Elena observó la imponente figura de Cash. Sus ojos se pasearon por la anchura de su espalda, por los brazos que colgaban a ambos lados de su cuerpo, por las musculosas piernas que se insinuaban por debajo de los vaqueros. Cash habría encajado en la Antigua Roma. Podría haber sido un dios (el de la lujuria y las malas decisiones, por ejemplo), o haber servido de modelo para algún maestro escultor.

—¿Esto es así siempre?

—¿El qué? ¿La nieve? Sí. Estamos muy arriba. Suele nevar mucho.

—Ojalá nos hubiésemos ido a Las Vegas como la gente normal  
—refunfuñó Elena, antes de acabarse el agua.

Se movió para dejar el vaso encima de la mesilla. Cash se giró con una sonrisilla.

—Eso me habría hecho la vida mucho más fácil, Elena.

—Soy un incordio para ti, ¿verdad?

Él sonrió por un segundo, alzando únicamente una comisura de la boca.

—Una bendición caída del cielo desde luego que no pareces.

—No te caigo muy bien.

—No me caes ni bien ni mal. Me eres indiferente.

—¿Y por qué me besaste si te soy tan indiferente?

El rostro de Cash adquirió un rictus helado y sus ojos la miraban turbados. La pregunta le atacaba y Elena lo sabía.

—Creía que ya lo habíamos dejado solucionado ayer.

—No, no lo hicimos.

—Me parece que estás concediendo a ese beso más importancia de la que tuvo.

—¿Lo hago?

—Sí. Si te besé fue solo porque tenía curiosidad por saber cómo besan las chicas como tú. No hagamos un drama de esto.

Elena estaba perpleja.

—¿Tenías *curiosidad*?

—Sí, la tenía. Y ahora que esa curiosidad ha sido saciada, te prometo que no volveré a acercarme a ti.

—Genial. Me harías un gran favor —aseguró con veneno.

—Sin duda —coincidió él—. El favor es para ambos.

Se miraron unos segundos, a la expectativa de un nuevo ataque, pero parecía que ninguno tenía nada más que decirle al otro.

Cash, airado, se dio la vuelta y se quedó mirando por la ventana, sin ver nada en absoluto.

—Cash...

—Y ahora, ¿qué? —gruñó, irritado, entrecerrando los párpados.

—Gracias —musitó Elena tras una pausa que a él se le hizo interminable.

—¿Por? —murmuró, sin volverse. Ladeó un poco la cabeza para poder mirarla de reojo.

—Lo de anoche. Sin ti...

—¿Habrías muerto? —propuso con ademán punzante.

Elena se humedeció los labios. A pesar del medio litro de agua que había bebido nada más despertarse, aún estaba deshidratada.

—Es posible.

Cash se volvió para encararla. Tenía las manos en los bolsillos y su rostro no aparentaba nada excepto indiferencia. Es más, toda su persona parecía envuelta en una nube de hastío y desdén.

—Para eso estoy, Elena. Para salvarte una y otra vez. Soy como un ángel de la guarda para ti.

Para ser un ángel de la guarda, había algo demasiado prohibitivo en él. Quizá su mirada, o el modo en el que se curvaban sus labios cada vez que se burlaba de ella.

Elena esbozó una sonrisa mortecina, cerró los ojos y decidió volver a dormirse. De todos modos, no había nada que hacer. Podía dormir o podía morir. ¿A quién le habría importado la diferencia?

\*\*\*\*\*

Cash no estaba cuando abrió los ojos.

Elena, maldiciendo su mala fortuna, se bajó de la cama con una mueca de dolor y se arrastró hacia la ventana, su única conexión con el mundo exterior. Tenía que usar el baño y Cash no estaba por ahí. ¿Dónde demonios se había metido? Fuera seguía nevando, así que muy lejos no podía haber ido.

Se apartó de la ventana, abrió el armario y retiró las botas y un abrigo. Se sentía sucia y extremadamente infeliz. Tenía ganas de llorar y necesitaba que alguien la consolara y apartara de alguna forma la congoja que comprimía sus costillas.

Por supuesto, ese alguien no podía ser Cash. Él le habría gritado o la habría mirado con irritación. Igual que esa mañana. Aún dolía el modo en el que la habían flagelado sus ojos.

Envuelta en su nube de desdicha, se sentó en la mecedora, se calzó las botas con dificultad (sobre todo la bota izquierda, ya que la herida dolía muchísimo) y se puso el abrigo. Se cerró la cremallera hasta arriba y se subió la capucha. No quería ponerse peor de lo que estaba. Aunque se le había ido un poco de la cabeza la idea de que su anfitrión fuese un asesino, no podía permitirse el lujo de relajarse. Seguía estando en peligro, y eso no iba a cambiar hasta alcanzar suelo estadounidense.

Salió al porche, luchando contra las fuertes oleadas de viento que le impedían cerrar la puerta a sus espaldas, y escudriñó como pudo la ladera. No había ni rastro de Cash y hacía un frío de mil demonios. Un aire furioso se abatía sobre ella y le azotaba el pelo contra las mejillas. Se arrebujó en el abrigo y lanzó una maldición entre dientes. La ropa olía a él. Era agradable, lo cual la enfermaba, sobre todo después de lo distante que se había mostrado él.

Apoyado contra la cabaña, había un palo de madera que Elena cogió y empleó para avanzar a través de las blancas corrientes de nieve. Al descansar parte de su peso en el palo, la pierna se resentía menos, así que le

agradeció a Cash el haberlo dejado ahí, aunque no lo hubiese hecho con la intención de hacerle la vida más fácil a ella. ¿Qué más daba?

Envuelta en la ventisca, apretó el paso hasta la parte de atrás de la cabaña y entró a usar el baño. Se reprodujo el episodio del día anterior, pero esta vez lo aguantó con más valentía. Poco a poco las cosas adquirirían cierta fluidez. Empezaba a acostumbrarse a estar ahí y no sabía muy bien si eso era bueno o una preocupación más que sumar a la larga lista.

Cuando abrió la puerta y el aire gélido le golpeó de lleno en la cara, se sintió un poco menos miserable de lo que se había sentido al entrar. Si había podido enfrentarse a los monstruos de su cabeza, con los monstruos humanos debería resultarle más fácil. Daban menos miedo. Al fin y al cabo, eran más fáciles de herir.

—¡Eh! ¿Qué coño estás haciendo aquí fuera?

Elena palideció.

Cash, al verla paralizada en medio de la ventisca, apretó el paso hacia ella con los ojos lanzando llamas. Llevaba un abrigo rojo, vaqueros, y estaba hecho una furia. La mente de Elena reprodujo la imagen de un toro a punto de embestirla con sus cuernos.

—He ido al baño —respondió cuando la imponente figura de él se detuvo delante de ella y sus intensos ojos la miraron con cierto aire despótico y muy amenazador.

—¿Estás loca? Anoche casi te mueres. ¿Por qué no me has esperado?

Elena empezaba a mostrarse insensible ante sus rugidos. A lo mejor también se estaba acostumbrando a eso, como se había acostumbrado a usar ese espantoso váter.

—No podía esperar.

Su aplomo irritó a Cash aún más.

—¿Y por qué no has usado el jodido cubo?

—Porque no me ha dado la gana. ¿Alguna otra cosa más que quieras saber?



Sus ojos se enfrentaron desafiantes. Solo dos personas que sienten algo el uno por el otro son capaces de entrenchocar con tanta ira.

Cash soltó un juramento entre dientes al comprenderlo. Tiró al suelo el pez que llevaba en la mano, la levantó en brazos y apretó el paso hacia la escalera.

—Puedo caminar —protestó ella forcejeando para liberarse.

La cogió con más fuerza por los brazos y la obligó a estarse quieta.

—Sí, ya lo he visto. Te agradecería que no lo volvieras a hacer en un par de días.

Entraron deprisa y la puerta se quedó abierta tras de ellos. Elena intentó atrapar su mirada cuando la depositó encima de la cama, pero no lo consiguió. Cash no tenía intención de encontrarse con sus ojos. Estaba arrodillado delante de ella y le estaba aflojando los cordones de las botas con gestos bruscos. Mirarla a la cara lo confundía por momentos.

—¿Por qué estás tan cabreado conmigo?

—No estoy cabreado contigo.

—No seas crío. Es evidente que quieres estrangularme.

Irritado, el hombre barbotó una obscenidad y levantó la mirada hacia la suya. Al entrenchocar sus miradas, la tormenta en sus ojos pareció armarse de violencia y volverse aún más mortífera.

—Me cabrea que seas tan necia.

Elena, visiblemente afectada por sus palabras, se echó un poco hacia atrás y frunció el ceño. Se sentía ofendida y humillada.

Y la turbaba el hecho de que él fuera capaz de afectarla de esa forma.

—Vaya. Gracias. ¿Y por qué soy necia, si puede saberse?

—¡Porque te estás poniendo en peligro todo el rato! —rugió Cash con un destello de ira en la mirada—. ¡No puedes salir de la cabaña, joder! Por la pierna, por la nieve, por el frío, por los lobos hambrientos y porque puede que haya alguien merodeando por los bosques, buscándote. Te lo advertí y,

sin embargo, no dejas de hacerlo una y otra vez, porque quieres demostrar solo Dios sabe qué. ¡Y eso me saca de mis casillas, Elena!

—¡Tú también sales al exterior, Cash! —gritó ella—. ¡Todos los malditos días! ¡No puedes pretender que yo me quede aquí encerrada!

—¡Yo sé cuidar de mí mismo!

—¡Y yo también!

—¡Has estado a punto de morir tres veces en los últimos tres días! ¡Eso no es saber cuidar de uno mismo! ¡Estoy harto de salvarte!

—¡Pues deja de salvarme!

—¡No puedo!

—¡¿Por qué?!

—¡Porque me importas, joder! —Al ver la expresión de perplejidad que torcía el rostro de la chica, Cash dejó de gritarle y guardó silencio durante unos segundos, con la frente apoyada en una mano. Se sentía desarmado, cansado de luchar. Frunció el ceño, negó y, cuando volvió a mirarla, tenía los ojos tocados de dolor—. Porque... no quiero que te pase nada —añadió en un murmullo—. Tú... me importas.

Le costó el Cielo formular esas últimas palabras.

En el rostro de Elena asomó una sombra, que luego se desvaneció solo para que más sombras volvieran a asomar.

—Yo...

Se calló, porque de repente comprendió que no tenía ni idea de qué decir al respecto.

Él se acercó a ella, la cogió por la nuca y puso los ojos a la altura de los suyos.

—No quiero que te pase nada malo, Elena —musitó, frustrado, dirigiendo hacia ella toda la fuerza de sus ojos azules—. ¿Puedes comprender eso al menos?

El modo en el que la miraba derribó todas sus reservas. Se aferró a su rostro con las manos temblorosas y se acercó a él todavía más.

El aliento de Cash cosquilleaba en su piel, contra sus labios; la envolvía y la seducía de formas aterradoras.

—No va a pasarme nada —aseguró en un susurro, abrumada por la situación y sus propios sentimientos.

—Maldita sea, Elena. —Había severidad en su voz, mas los dedos que le acariciaban el pelo solo era capaces de demostrar ternura—. Eso no lo sabes.

—Confía en mí —musitó ella.

Los ojos de Cash se suavizaron y una risa ahogada se inició en lo más profundo de su pecho.

—Que confíe en ti —repitió, como sopesando el concepto.

—No tienes otra opción —le recordó Elena con cierto tonito triunfal.

Cash sonrió, comprobó por un segundo su mirada y después se concentró en su rostro.

Movió el pulgar por su mandíbula, rozó con la yema la comisura derecha de su boca y recorrió todo su labio inferior.

Elena entrecerró los párpados y echó la cabeza hacia un lado. El dedo de Cash siguió explorando la tensa línea de su mandíbula.

Cuando ella abrió los ojos, se miraron fijamente. Después de esos gritos parecía haber surgido entre ellos una atracción súbita e intensa a la que ni siquiera intentaban resistirse. La electricidad del aire era tremenda.

Cash le dedicó una pequeña sonrisa antes de besarla. La apretó contra él, cogió su rostro entre los dedos y fue al encuentro de sus labios.

Al principio la besó despacio, como tanteándola para ver hasta dónde le permitía llegar, pero al darse cuenta de que ella iba a colaborar, deslizó la lengua dentro de su boca y la ternura se convirtió en pasión, una pasión cada vez más abrasadora que incendiaba todo a su paso.

A ese beso le siguió todo un estallido de erotismo. Manos, caricias, gemidos, dos cuerpos fundidos en un apasionado abrazo, las manos de Cash tensándose en su pelo y las de Elena aferrándolo con fuerza por la nuca.

Prisa, impaciencia, cada vez más y más ansia, más oscuridad. Para Elena nunca era suficiente.

Y Cash no podía parar. Sus labios resbalaron por su mandíbula, hasta el hueco de la clavícula. Lo rozó primero con los labios. Después, lo acarició con el índice. Le fascinaba ese pequeño lugar de ella.

—Siento haberte gritado —le susurró, con el rostro inclinado sobre el suyo.

En algún momento se habían tumbado encima la cama. Elena estaba por debajo de él y lo miraba con ojos mortecinos. Sus pestañas se movían muy despacio al parpadear. Se sentía tan exhausta que mantener los ojos abiertos ya suponía un esfuerzo para ella.

—Yo también lo siento. Sé que solo estabas preocupado por mí.

A Cash le sonaron extrañas esas palabras. Extrañas y... certeras. Ella tenía razón. Estaba preocupado. ¿Hacía cuánto que no se preocupaba por nadie, ni nadie por él?

—Supongo —musitó, torciendo la cara en un gesto confuso.

Elena tiró de él hacia abajo. No estaba dispuesta a poner fin a eso tan pronto.

Cash suspiró y su nariz trazó una línea sobre su garganta. Cuando sus labios llegaron a su mentón, le dio pequeños besitos y ascendió hacia su boca. La tomó de nuevo y la besó con esa pasión que a ella le nublaba la mente.

Pasados unos momentos, se apartó de ella y descansó la cabeza sobre su pecho. Se había dado cuenta de lo cansada que estaba y no quería agotarla.

Los dedos de Elena le acariciaban despacio el pelo, se perdían entre mechones y mechones, oscuros y tan sedosos como había imaginado que serían. A Cash le gustaba escuchar el latido de su corazón. Era una canción rítmica, seductora.

—¿Y ahora, qué? —preguntó ella después de un rato.

—No lo sé. Ahora... nada. Esto no cambia nada.

A lo mejor para él, no. Para ella, lo cambiaba todo. Ese beso la había desarmado, la había despojado de toda su resistencia. Estaba sin energías. Incluso sus palabras sonaban débiles y apagadas cuando recobró la voz.

—¿Por qué me has besado, Cash?

—Estaba furioso contigo.

—¿Y querías castigarme?

—Supongo.

—¿Y crees que me has castigado?

Él levantó la cabeza y la miró con ojos relucientes.

—No. Creo que solo me he castigado a mí mismo.

—¿Y eso por qué?

—Porque ahora no voy a poder sacarte de mi mente y eso no me gusta.

—¿Por?

Cash sonrió un poco, más bien para sí, alargó la mano y le acarició la mejilla. Su rostro mostraba un aire abstraído, atormentado.

—Porque tú y yo no vivimos en el mismo mundo, Elena. No quiero que te enamores de mí en estas montañas. Yo no soy... bueno para ti.

Ella también sonrió. La conmovía que intentara protegerla.

—Hasta ayer, creía que eras un asesino en serie. Eres arrogante si piensas que hoy voy a enamorarme de ti.

—¿No vas a hacerlo? —repuso Cash, divertido.

—No.

—¿Puedes besarme y no sentir nada?

—Desde luego que puedo. Ya he probado el amor y puedo decirte que he tenido bastante por una buena temporada.

Cash se mantuvo inclinado sobre ella, movió los dedos por su clavícula, en dirección a su escote, y trazó un sendero descendiente que le incendió la piel. Aunque disfrutaba con esas caricias, lo que quería sentir Elena eran sus labios arrastrándose hacia abajo, ardiendo encima de su piel.

—¿Y puedes fingir que solo somos dos extraños que tienen que sobrevivir en medio de una tormenta de nieve?

Elena lo miró con ojos ardientes.

—¿Y tú, Cash? ¿Puedes fingirlo tú?

Él retiró la mano y la miró con su vieja sonrisa insufrible, aquella que nunca llegaba a asomar del todo.

—Yo no tengo que fingirlo, Elena. Sé que no somos nada más.

—Entonces, genial. Para mí solo eres un perfecto desconocido.

—Un perfecto desconocido —Cash se quedó pensando, sopesando el concepto, y una sonrisa satírica cruzó su rostro—. Sí. Genial.

Se callaron y se miraron absortos.

—Elena... —musitó Cash en un impulso.

—¿Sí?

Él se detuvo, como si acabara de recordar alguna cosa, y negó mientras algo cambiaba en su mirada; se apagaba.

—Nada. Solo quería repetir tu nombre. Me gusta.

Ella esbozó una sonrisa carente de energía. Los dos hablaban con desidia, y sus movimientos eran aún más abúlicos.

—A mí también me gusta tu nombre. Cash...

Susurrar su nombre fue lo último que hizo antes de quedarse dormida. El paseo al exterior la había agotado. El esfuerzo de moverse, el gélido y penetrante aire de la montaña, la pelea con Cash... Aún estaba convaleciente. Necesitaba descansar.

Cash, con expresión triste, se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente. Se disponía a apartarse, cuando algo hizo que se detuviera a mitad de

camino. Volvió a bajar la mirada hacia ella y, al cabo de unos momentos de contemplarla, cedió al impulso de acariciarle el rostro con el dorso de los dedos. Su piel era tan suave, cálida, aunque no ardiente como la noche anterior.

—*Elena* —repitió, y una sonrisa atormentada tembló en las comisuras de sus labios.

Sentía que, para él, ella era algo más que una perfecta desconocida.

Cash estaba asando pescado cuando se despertó Elena y se estiró bajo la manta, bostezando sin ninguna elegancia. Tenía la impresión de haber dormido durante mucho tiempo, y así debía de ser.

Al otro lado de la ventana caía la nieve. Hacía mucho calor dentro de la cabaña. Cash vestía una camisa a cuadros, pero se la había desabrochado. El pelo le caía sobre la frente al estar inclinado hacia abajo, y su rostro mostraba un intenso rubor provocado por el calor de las brasas.

Por debajo de las mangas dobladas de la camisa, los antebrazos del hombre estaban tensos y bronceados.

—¿Qué huele tan bien? —preguntó Elena desde la cama.

Él sonrió como si se alegrara de que estuviera despierta, y eso le derretió el corazón a Elena.

—Estoy haciendo pescado a la parrilla. Espero que esto sí puedas comerlo. Ya he comprendido que el conejo no te entusiasma.

Elena se cogió el labio inferior entre los dientes y contuvo una sonrisa.

—¿De dónde has sacado el pescado?

—De un *Wegmans*<sup>[3]</sup> —le tomó Cash el pelo—. ¿Tú qué crees? ¡He ido a pescar!

—¡Pero si está todo congelado!

—He tenido que hacer un agujero en el hielo.

—¿Y eso no es peligroso? ¿Y si cede el hielo y te hundes?

Cash sonrió burlón.

—Por eso se llama pesca extrema, cielo. Porque podrías estirar la pata.

—¡Cash!

Los ojos divertidos de Cash se posaron sobre su rostro.



—¿Qué? ¿Podría atreverme a fantasear que estás preocupada por mí?

—¡Claro que estoy preocupada por ti!

—Me conmueves.

Elena no pudo con tanta arrogancia y reaccionó del único modo posible: atacando.

—Estoy preocupada porque, si mueres, ¿quién me dará de comer?

—expuso con acento de franca preocupación.

La expresión triunfante de Cash se apagó de golpe y en su lugar apareció una mueca sardónica.

—Seguro que encontrarías a otro gilipollas. Eres una chica lista.

Elena hizo un mohín y encogió las pupilas. ¿Por qué eran incapaces de llevarse bien? O se odiaban o se gritaban o se besaban. No había un punto intermedio. Parecían incapaces de hacerse amigos.

—Ya está la comida —anunció Cash unos momentos más tarde—. No te muevas. Hoy comes en la cama.

Partió el pescado en dos, echó cada filete en un plato y se lo llevó a ella. A modo de guarnición, había sacado unos pepinillos en vinagre de un bote. Y había horneado algo parecido a pan. Le ofreció un trozo humeante a Elena y esta no pudo resistirse y lo engulló de inmediato. Desde que estaba con él, solo comía una vez al día. O bien porque estaba dormida, o bien porque estaba enfurruñada.

—Madre mía, qué bueno. ¿Cómo has hecho esto?

Él soltó una risa bronca y se hundió en la mecedora que había acercado a la cama.

—Es un secreto.

—Está delicioso.

—Lo sé. Prueba el pescado y dime si está lo suficientemente salado para ti.

—¿Qué pescado es?

—No tengo ni idea.

—¿Y si es venenoso? —vaciló, sin poder contener su ansiedad.

—Lo he comido en otras ocasiones y sigo vivo.

—¿Te lo comiste sin saber si era venenoso?

—Soy un insensato.

Una pequeña sonrisa asomó en la curva de la boca de Elena. Probó el pescado y le supo a gracia divina.

—¿Por qué no trabajas en algún restaurante? Esto está de muerte.

Él la contempló unos segundos en silencio, antes de que una sonrisa burlona asomara en su rostro.

—Creo que estás demasiado famélica y tu criterio culinario se ha visto afectado.

Elena se encogió de hombros y empezó a comer con cada vez más glotonería. Los ojos de Cash la observaban cada pocos segundos con expresión insondable.

Elena, sin percatarse, rebañó el plato, se acabó otro trozo de pan y se comió incluso dos pepinillos del plato de Cash.

—Ojalá llegue pronto la primavera —dijo él con un suspiro melancólico.

Lo miró con curiosidad mientras se chupaba los dedos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque comes como las limas. En breve tendré que echar el ojo a las ardillas, y la verdad es que no me entusiasma la carne de ardilla.

Elena soltó una carcajada.

—Seguro que la ardilla no puede ser peor que el conejo.

Cash contuvo la sonrisa y le guiñó un ojo. El simple gesto le sacudió el estómago a Elena, que apartó la mirada y procuró no pensar en por qué se sentía así.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él con repentina seriedad. Su voz había sonado grave y un poco rasposa, y algo parecido a un espasmo volvió a agitarle el estómago a Elena.

—Mucho mejor, gracias —se obligó a responder sin que le temblara la voz.

El silencio se desplegó durante unos segundos. Se miraron a los ojos. El aire en torno a Cash chisporroteaba. Elena se sentía extrañamente atraída. Como un bicho que va hacia la luz.

—¿Y la pierna?

La voz y su suavidad, entremezclada con aquella nota masculina, oxidada, volvió a estremecerla.

—Si no me muevo, no duele.

—Entonces, tiene fácil arreglo: no te muevas.

—Ya. Eso mismo pensaba yo, gracias.

Cash le quitó el plato de la mano, lo llevó al fregadero y se encendió un cigarrillo.

—¿Te molesta el humo?

Elena, absorta, negó con la cabeza y siguió contemplándolo con mirada lánguida. Su actitud dura y el brillo salvaje que ardía en sus ojos, junto a su carácter reservado, lo hacían aún más atractivo. Los vaqueros le colgaban sobre las caderas mientras se movía por la cabaña. Sus brazos eran musculosos, pero no en exceso. Se notaba que hacía trabajos físicos pesados, sin obsesionarse con su aspecto. Todo en él resultaba natural.

Cerró los ojos y recordó el beso que le había dado antes. Aún le ardían los labios y volvió a sentir la irresistible punzada de atracción que se abría paso a través de ella siempre que pensaba en él.

Levantó los párpados al escuchar ruido de agua cayendo. Cash había bajado el enorme caldero que siempre colgaba sobre la lumbre, había echado todo su contenido en la tina y ahora lo estaba llenando de agua fría y lo volvía a poner a calentar.

—¿Qué estás haciendo?

Él se detuvo y levantó la mirada hacia la suya.

—Supongo que querrás tomar un baño.

Elena no recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan feliz. Antes hacían falta muchas cosas para tenerla contenta. Tarjetas de crédito, coches de marca, ropa de diseño... Ahora solo quería que le dieran de cenar y un baño caliente.

Y Cash parecía dispuesto a concederle todos los deseos esa noche.

—¿Puedo?

—Si no hundes el tobillo, no veo razón para que no lo hagas.

—Oh, Cash...

Él volvió a detenerse y la miró con una sonrisa granuja.

—No irás a lloriquear, ¿verdad?

—¿Por qué tienes que estropearlo todo? —recriminó ella, devuelta a la cruel realidad.

—Porque no quiero que te emociones. Si te estoy preparando el baño es porque no quiero que llenes mi cama de piojos. No significa nada más.

¡Ah, qué odioso era! Pero le daba igual. Iba a poder bañarse. Eso lo mejoraba todo. Dio palmaditas y sonrió de oreja a oreja.

Cash se dio la vuelta para sonreír sin que ella le viera, cogió un cubo de agua fría y lo echó a la bañera. Después, se agachó y metió el dedo para comprobar la temperatura.

—Yo diría que esto ya está. Vamos, quítate la ropa.

Los rasgos de Elena se contrajeron con una palidez semejante a la muerte.

—¿Qué?

—No pretenderás bañarte con la ropa puesta —se mofó él lanzándole una mirada risueña.

La alegría de Elena derivó en furia. Así que no lo hacía porque ella lo necesitara. ¡Lo hacía para verla desnuda!

—¡No pienso desnudarme delante de ti! —profirió entre dientes, iracunda y altiva, sin poder suavizar el ápice de desprecio que enfriaba su voz.

Cash, con expresión impasible, inclinó el rostro hacia un lado. Sus movimientos eran lentos, estremecedores. Algo había cambiado irremediabilmente entre ellos.

—¿Por qué no? Ya te he visto desnuda antes —repuso. Pese a la medida que había en sus palabras, la mandíbula se le había tensado y un músculo palpitaba con fuerza, casi marcando el paso de los segundos.

—¡Y el hecho de que me lo recuerdes ahora solo demuestra lo cerdo que eres!

Cuando se volvió del todo y la miró de lleno a los ojos, lo que refulgía en sus pupilas no era la mirada de un hombre sino la de una bestia cuyos incisivos iris desgarraban su carne.

—Te crees muy guapa, ¿verdad? —preguntó con un aplomo que le puso los pelos de punta a Elena.

—¿Qué? —batió en retirada, echándose un poco hacia atrás, asustada por esa voz glacial.

—Oh, señorita Elena, no te hagas la inocente conmigo. Conozco a las mujeres como tú. En tu desorbitada vanidad, crees que eres irresistible y que un hombre no puede hacer cara a tus encantos, ¿no es así?

—¿Por qué te comportas de esta forma? —musitó Elena con voz trémula. No reconocía a ese Cash. No era el que le había estado curando la herida la noche anterior ni el que había dormido en una mecedora incómoda solo para poder mantener un paño frío encima de su frente. Y, desde luego, no era el Cash que la había besado esa tarde. Era alguien diferente. Alguien desconocido. Alguien peligroso. ¿Cómo era posible que un solo hombre mostrara dos facetas tan contrarias?

—¡Porque estoy hasta los cojones de tus pijerías! —la sobresaltó su grito—. ¿Qué crees que va a pasar si te desnudas, eh, Elena? ¿Crees que voy a abalanzarme sobre ti y follarte? ¿Es eso?

Un escalofrío estalló por toda la columna vertebral de Elena, y no fue precisamente un escalofrío producido por el terror. Se odió a sí misma por eso. Tenía que haberse sentido escandalizada. O aterrada. O cualquier otra cosa menos... excitada, que era como se sentía.

—Eres un hombre —le recordó con aire remilgado—. Y vives solo, en las montañas. Seguro que tienes algunas necesidades.

—Un hombre. Tú lo has dicho. Soy un hombre, no un animal. Así que puedes estar bien tranquila. Tú no me inspiras *nada* —enfaticó entre dientes.

La sombra de su imponente figura se encaramaba sobre ella, pero lo que le heló el corazón fue el desprecio que se consumía en su mirada. Dolía más que cualquier otra palabra con la que hubiese podido atacarla.

—No era eso lo que dejabas entrever esta tarde —contraatacó, atravesándolo con la mirada.

Cash juró por lo bajo.

—Solo quería ayudar porque es obvio que apenas puedes moverte, pero ¿sabes qué? Búscate la puta vida, princesa.

Se vistió con ademanes bruscos, se calzó de prisa y abandonó la cabaña envuelto en una intensa tormenta de maldiciones. Elena notó el escozor de las lágrimas en las esquinas de los ojos, pero las rechazó con un parpadeo. Por muy atrayente que le resultase la idea de llorar y desahogarse, no iba a verter esas lágrimas. No por culpa de Cash Evans. Si apenas había llorado la muerte de sus amigas, no iba a malgastar sus energías llorando las ofensas de un desconocido.

Resuelta y con una frialdad poco habitual en ella, se quitó con aplomo la camiseta y se encaminó cojeando hacia la tina. Le costó lo suyo meterse dentro sin mojarse las vendas, pero acabó consiguiéndolo y, una vez dentro, se hundió hasta el mentón y cerró los ojos.

El agua caliente le relajaba los músculos agarrotados de dolor de una forma tan tajante que se mantuvo inamovible por miedo a ahuyentar esa momentánea sensación de alivio. Se preguntó dónde estaría Cash. Estaba oscureciendo, iba desarmado y debía de hacer un frío de mil demonios ahí fuera. Tenía que aprender a no discutir con él pasado el mediodía. Era peligroso que anduviera por los bosques una vez instalada la noche.

Resultaba irritante preocuparse por él después de todo lo que le había dicho. Ojalá le fuese indiferente. Ojalá le diese igual si vivía o moría. Pero no era así. La simple idea de que a Cash le pasara algo por culpa suya era tan dolorosa que Elena la ahuyentó de su mente. No quería ni sopesarla.

Cuando notó que el agua empezaba a enfriarse, abrió los ojos y miró a su alrededor en busca de algo con lo que lavarse. Cash, bendita fuera su hospitalidad sureña, había dejado una pastilla de jabón en la esquina de la tina. Elena alargó el brazo para cogerla y empezó a frotarse la piel a consciencia.

Tras acabar con el cuerpo, se lavó la cabeza varias veces y se aclaró con agua del cubo que él había dejado en el suelo. Estaba fría como recién sacada de la nevera, pero eso parecía importar muy poco o nada. Al menos se había lavado y volvía a sentirse como una persona.

Como Cash no le había dejado una toalla, tuvo que salir desnuda y usar la camiseta que había llevado para secarse. Se la enroscó alrededor del pelo y fue al armario en busca de ropa limpia. Había varias prendas de donde elegir, así que retiró unos bóxers de color gris y una camiseta blanca, holgada. Se vistió deprisa y regresó a la cama. Justo entonces, volvió Cash.

No dijo nada al cruzarse sus miradas, y ella tampoco habló con él. A pesar del alivio que la invadió al saberle sano y salvo, le dio la espalda con estudiada indiferencia y se entretuvo secándose el pelo con la camiseta. Cash empezó a vaciar la tina. Vertía el agua en el cubo y, seguidamente, la arrojaba por el fregadero. En unos pocos viajes se deshizo de todo.

Cuando hubo acabado, taciturno como un panteón, fue hacia Elena, la levantó en brazos y la sentó en la mecedora que estaba más cerca de la estufa. Ella lo miró con ojos perplejos, demandando una respuesta que

nunca llegó a recibir. Cash le dio la espalda, abrió el cajón de la mesilla y regresó con un pequeño peine, que le ofreció sin mirarla.

Elena lo cogió con dedos trémulos y un nudo en la garganta. Sabía manejar la furia de Cash. Él le gritaba y ella le devolvía los gritos. Le resultaba relativamente fácil enfrentarse a él.

El problema era su bondad. Elena no sabía manejarla. Cuando, después de haberse gritado como dos locos, él regresaba y le ofrecía un peine para que le fuera más fácil desenredarse el cabello, no sabía cómo reaccionar ni qué decir.

Y desde luego que no comprendía por qué las lágrimas pugnaban por anegarle los ojos. La vieja Elena no se habría emocionado así ni aunque le hubiesen ofrecido un BMW.

—Gracias —acertó a musitar, con una voz que sonó apagada.

Cash no le contestó. Se instaló en la silla, cerró los ojos y esperó a que ella tuviera el pelo desenredado y casi seco. Trascurrido un tiempo considerable, la levantó otra vez en brazos y la llevó a la cama.

De ahí fue a la lumbre, cogió el caldero y lo vació en la tina.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Elena, con la incertidumbre cobijada entre las cejas.

—Bañarme. ¿También tienes un problema con eso?

Elena se sintió fatal. Detestaba esa tensión entre ellos. El rostro de Cash era tan inexpresivo que daban ganas de llorar.

—No.

—Menos mal —refunfuñó él, mosqueado.

Se volvió de espaldas a ella y empezó a desnudarse deprisa. Antes de quitarse la camiseta, se detuvo y ladeó un poco el cuello, lo justo como para mirarla de soslayo.

—Por favor, Elena, cierra los ojos —le dijo con tono sarcástico—. Temo que, si me ves desnudo, seas incapaz de contenerte.



A Elena no se le ocurrió nada que replicar. Sabía que se lo había ganado a pulso. Así que hizo una mueca de desagrado, se recostó sobre la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho, y, displicente como se sentía, bajó los párpados tal y como él le había pedido.

Cash se hundió en la tina y suspiró hondo. Al escuchar el suave murmullo del agua desbordándose por las esquinas de la bañera, las pestañas de Elena empezaron a aletear. Solo había una idea dando vueltas por su mente: él estaba a tan solo un par de metros de distancia de ella, mosqueado, distante y... gloriosamente desnudo.

Detestaba sentir esa inquietud en el estómago. Lo detestaba con todas sus fuerzas. Y, aun así, separó un poco los párpados y contempló a Cash mientras este se enjuagaba el pelo.

Desnudo superaba con creces todas sus expectativas. Era atractivo hasta hacerte perder el sentido.

*Mierda.*

\*\*\*\*\*

—Elena.

—¿Qué quieres?

—Tengo que mirarte la herida.

—¿Ya puedo abrir los ojos?

—Sí. Estoy vestido. No hay peligro de que te desmayes ante mis encantos masculinos.

Elena levantó los párpados con la intención de dedicarle una mirada corrosiva, pero al verlo de pie delante de ella, en camiseta y pantalón corto, se quedó sin aliento. La tela blanca de su camiseta concedía a sus ojos un aspecto extraordinario. Nunca había visto un azul tan profundo como aquel.

Y nunca en toda su vida había sentido ese molesto hueco socavando en su estómago, ni su corazón acelerarse tan de golpe.

Cash se sentó en el borde de la cama, le quitó las vendas y le examinó la herida. No parecía darse cuenta de que ella ni siquiera respiraba, o de que lo estaba contemplando con ojos ardientes. Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro y la electricidad era tremenda.

—Tiene mucho mejor aspecto. Yo diría que ya estás fuera de peligro. A no ser que hagas alguna tontería de las tuyas y se te suelten los puntos...

—No lo haré —aseguró Elena, cuyos inquisitivos ojos seguían devorando el apuesto rostro masculino.

Paseó la mirada una y otra vez por el contorno de su mandíbula y sus labios, recorrió la recta línea de su nariz, ansió cruzar una mirada con sus profundos ojos azules y perderse en ellos...

Cash evitó mirarla a propósito. Cada vez que la miraba, sentía unas horribles ganas de besarla y por ese motivo había tomado la sensata decisión de rehuir su mirada.

Con desapego, se irguió, abrió el cajón de la mesilla, cogió algo de ahí y se volvió a sentar en el mismo lugar. Aunque le desquiciaba la energía que crepitaba entre su cuerpo y el de la chica, eligió ignorarla. No podía dejarse llevar por sus deseos. En cuanto dejara de nevar, la perdería para siempre, con lo que no tenía ningún sentido encapricharse con ella.

—Dame la mano —le pidió en tono hosco.

Que le intrigara tanto su persona le resultaba muy molesto a Cash. Quizá por eso experimentaba esa ineludible necesidad de tratarla con rudeza. Se sentía bien provocándole dolor. De haberla visto en la calle, nunca se habría acercado a ella. Se habría limitado a mirarla, como había hecho aquella tarde en la gasolinera. Después, cada uno se habría alejado en dirección opuesta y no se habrían vuelto a ver las caras nunca más.

Pero las circunstancias eran diferentes. Ahora ella estaba con él, los dos atrapados bajo las olas de una asfixiante tormenta que despertaba en él deseos oscuros y peligrosos; deseos que nadie, ni siquiera Victoria, había agitado en su interior.

Y todo aquel conjunto de circunstancias y deseos reprimidos sacaba de quicio a Cash Evans.

—¿Para qué quieres mi mano? —preguntó Elena con tono dubitativo.

Cash levantó un poco la cabeza y le dedicó una mirada seca, infringiendo su norma de no mirarla a los ojos por miedo a ceder ante el impulso de besarla.

—*Dame* la mano —enfaticó lentamente y con la voz aún más áspera.

Instada por la dureza que él había inyectado a sus palabras, Elena obedeció. Alargó una mano trémula y aguardó con el corazón en un puño. ¿Qué iba a hacerle?

Para su asombro, Cash cogió las puntas de sus dedos con una delicadeza que la sorprendió. Tuvo que sofocar una exclamación cuando descubrió sus intenciones. ¡Iba a cortarle las uñas! Nadie le había cortado nunca las uñas. No desde que era niña.

—Creo que eso puedo hacerlo sola —musitó con voz ronca.

Él no dijo nada. Tensó la mandíbula y siguió cortando como si no la hubiese escuchado. Elena lo contempló demudada. No comprendía por qué actuaba de ese modo. La alejaba solo para volver a atraerla después. Jugaba con ella con la crueldad de un gato que disfruta atormentando a un pequeño roedor. Era duro e intratable, hasta que, de pronto, se volvía tan tierno y tan protector que destrozaba todas sus reservas. Cash Evans era todo un enigma que resolver.

El lado bueno de las cosas era que ella, Elena García, tenía todo un invierno para desentrañarlo. De todas formas, no tenía nada mejor que hacer en ese maldito agujero gélido y desierto en el que había ido a parar.

—¿Qué te parece si cenamos algo ligero?

Como ella no contestaba, Cash dejó de cortarle las uñas y, exasperado, levantó la mirada hacia la suya. Elena desplegó los labios en una sonrisa tan dulce que Cash rechinó los dientes de pura rabia. ¿Por qué le sonreía de esa forma? ¿Qué quería de él?

—Me parece perfecto. *Todo* me parece perfecto, Cash.

Él no tenía ni una jodida idea de lo que había querido decir con eso. Y, la verdad, no le interesaba en absoluto descubrirlo. Lo único que quería era

perderla de vista cuanto antes.

Pero eso parecía cada vez más difícil de conseguir, ¿verdad?

—Este sitio me afecta más de lo que pensaba —murmuró Elena, que pareció alejarse mentalmente por un momento mientras sus ojos ausentes apuntaban hacia la ventana. Cash la observó sin mover ni un solo músculo. Era cada vez más difícil resistir al impulso de cubrirle la boca con un fuerte beso, deslizar la lengua dentro y perderse en ella—. Tiene algo de primitivo. La nieve, la noche interminable... Es como si aquí cobraran vida todos los cuentos infantiles.

Los ojos de Cash aterrizaron sobre su cuello y el fuego que consumía sus pupilas parecía mucho más peligroso que la nieve que los atrapaba.

—Sí —coincidió con voz rasgada—. Sobre todo, lo más terribles.

Sus ojos se encontraron y una vez más Elena sintió en sus entrañas el impacto del fuerte peligro que llameaba en los ojos de aquel perfecto desconocido.

—Sí... Sobre todo, los más terribles —acertó a decir con voz débil, exhausta.

El día de Elena no podía haber ido peor. Por la mañana se había despertado malhumorada, y el hecho de no encontrar a Cash por ninguna parte no había mejorado su estado de ánimo. No tenía ni idea de dónde se había metido. Al dejarle aquella irritante nota encima de la almohada, no se le había ocurrido especificar los detalles de tal extraña desaparición.

Con una creciente sensación de rabia en el pecho, Elena agarró la nota y leyó de nuevo sus insultantes indicaciones.

*Elena,*

*No dejes que se apague el fuego. Nunca. De lo contrario, te congelarás.*

*Come. Estás muy débil. Se te marcan los huesos por todas partes. Nada atractivo. Y esto te lo dice un hombre que vive rodeado de ardillas.*

*Usa la escopeta en caso de emergencia. ¿Sabes disparar? Más vale que sí. Aunque, pensándolo mejor, dudo que sepas hacer nada útil.*

*No hagas ninguna estupidez de las tuyas. NINGUNA.*

*Y, por último, hagas lo que hagas, no salgas al exterior. Sabré si lo has hecho.*

*Besos y abrazos,*

*Cash*

Rebosante de rabia, arrugó el papel entre los dedos y lo lanzó a la estufa.

—¡Jódete, Cash Evans!

Como esa mañana se encontraba un poco mejor que la mañana anterior, decidió aprovechar la ausencia de su anfitrión para registrar la cabaña. Si se

dejaba guiar por la interminable lista de instrucciones, Cash no tenía previsto volver en breve. Si le había dicho que comiera, es que no regresaría hasta entrada la tarde, intervalo más que de sobra para que a ella le diera tiempo a averiguar más cosas sobre él.

Con unas energías que no había experimentado en mucho tiempo, empezó por el armario. Buscó debajo de la ropa, en los bolsillos de los abrigos, en el estante de arriba...

Una búsqueda de lo más exhaustiva, que, lamentablemente, no la llevó a ninguna parte.

Exasperada, cerró la puerta del armario y peinó la cabaña con la mirada. El único sitio que quedaba era el cajón de la mesilla, pero ahí ya había mirado. ¿Cómo era posible que un hombre de mirada tan arisca como la suya no escondiera nada comprometedor? ¿Ni siquiera una maldita revista porno? ¿Qué clase de rarito era Cash Evans?

Se alejó cojeando en dirección a la cama y, entre soplidos disgustados, se sentó en el borde. Frunció el ceño, hizo un par de muecas de aburrimiento y se mordisqueó el labio. Algo se le estaba escapando. Pero ¿el qué? No se le ocurría nada más.

Sopló aire por la nariz y se dejó caer hacia atrás con un mohín. Ese maldito colchón era tan duro que le producía dolor de espalda cada vez que se tumbaba encima.

Su mente se paralizó con esa idea y sus ojos se abrieron casi de un chasquido. Había mirado en todas partes, había registrado toda la cabaña. Y, sin embargo, nunca se le había ocurrido mirar debajo el colchón, el sitio en el que la mayoría de la gente extraña guardaría algo comprometedor.

Se levantó casi de un salto, se arrodilló en el suelo de madera y deslizó los dedos por el hueco que había entre el soporte de la cama y el colchón. Al avanzar hacia el centro, sus dedos se toparon con algo que oponía resistencia. Con una mueca de esfuerzo, Elena hundió la mano un poco más y rozó la esquina de lo que parecía un cuaderno.

—Te tengo, Cash Evans —se jactó.

Como no tenía la fuerza para levantar el colchón, fue girando el cuaderno poco a poco, moviéndolo hasta empujarlo fuera. Lo que aterrizó en su regazo fue una pequeña libreta, que Elena abrió de inmediato, sin preocuparle en absoluto el hecho de estar invadiendo la intimidad de Cash. Faltaría más. ¿Acaso no había invadido él su intimidad cuando la había desnudado sin que ella diera su consentimiento? Que fuera un asunto de vida o muerte no excusaba los hechos a juicio de Elena.

Lo primero que sacó en claro después de examinar un par de páginas fue que la persona que había escrito eso no era Cash. Gracias a la ofensiva nota que le había dejado por la mañana, ya conocía su letra y pudo apreciar la más que evidente diferencia que había entre los dos estilos. La letra de Cash era sencilla, masculina, sin florituras. Ni bonita ni fea. Normal. Práctica y enérgica, como él.

En cambio, la persona que había plasmado sus pensamientos en las amarillentas hojas de esa libreta tenía una caligrafía excepcional, la clase de caligrafía que uno esperaría encontrar en la invitación a una cena de gala. Sin duda, se trataba de la letra de una mujer. Una mujer culta, elegante y sofisticada.

Elena se sintió traicionada por sus propios pensamientos y se mosqueó consigo misma por permitirse tales divagaciones. ¿Y por qué tenía que ser elegante y sofisticada? ¿Por qué no podía ser una bigarda con bigote? ¿A ver, dónde lo ponía?

—Ah, venga ya, Elena. En serio. Compórtate.

Aunque le hubiese encantado que la teoría de la bigarda con bigote fuera cierta, en el fondo de su alma sabía que la mujer que había escrito aquello no era como ella se empeñaba en imaginársela.

Esa mujer era indiscutiblemente guapa, morena, con un par de ojos azules impresionantes. Se llamaba Victoria y había destrozado una vez el gélido e impenetrable corazón de Cash Evans.

Elena tenía todas las razones del mundo para querer odiarla. Sobre todo, porque sabía que ella nunca sería como Victoria. Ella nunca sería *perfecta*.

Cash no le había hablado de su relación ni había definido a Victoria como *el amor de su vida*. Pero tampoco hacía falta. Había visto la agonía impresa en sus ojos cuando le había gritado que Victoria era perfecta. Había sabido leer entre líneas e interpretar lo que clamaban sus atormentados iris: *Victoria era perfecta y yo la perdí*.

Y aunque sabía que no tenía ni una maldita razón para sentirse de esa forma, se sintió miserable.

Y celosa, lo cual era una locura aún mayor.

Con ojos apagados, se hundió en la mecedora delante de la estufa y leyó en voz alta algunos de los pensamientos más profundos de Victoria, quizá para que el sonido de su voz llenara ese inquietante silencio.

—*Mi amor es un fuego. No hay lagos ni océanos en el mundo para extinguirlo*. Guau. Esta tía era una poetisa. Sencillamente, genial.

Quiso dejar de leer, con eso ya había tenido suficiente, pero el diario la atraía como la Caja de Pandora, y se descubrió pasando otra página y arrastrando los ojos por encima de otro párrafo, uno de los que estaban subrayados, tal vez por su importancia.

*Él ocupa cada pequeño espacio en mi mente, cada pensamiento, cada latido de mi corazón. Son suyos. Yo soy tan pobre que no tengo nada. Se lo ofrezco todo a él, y lo hago con un entusiasmo que me aterra. Con cada día que paso a su lado, siento que algo perece dentro de mí, deja de ser mío para convertirse en suyo. Es todo muy extraño. Lo seguiría hasta los mismos confines del mundo si me lo pidiera. A veces me pregunto si esto, esta locura, esta fiebre, esta maldita enfermedad, durará para siempre. No lo sé. Tengo miedo. Tengo un miedo atroz de perderle. A veces me parece que no soy suficiente para él. Somos tan distintos... ¿Qué ve en mí? ¿Y si un día dejara de verlo?*

Elena dejó de leer y...

Vaya. Estaba un poco abrumada. Victoria no hablaba como alguien a punto de romper una relación. Al contrario. El amor que esa mujer parecía tenerle a Cash superaba los límites de lo que ella consideraba normalidad.



Elena había estado profundamente enamorada de Connor y, sin embargo, no había sentido ni una milésima parte de esa *fiebre* a la que se refería Victoria.

*A lo mejor tú nunca sentiste amor...*, pensó con tristeza mientras sus ojos se alzaban y se giraban, mortecinos, hacia la ventana.

La nieve no dejaba de caer.

\*\*\*\*\*

Cuando entró por la puerta, nada humano se reflejaba en los ojos de Cash Evans. Era como si, de pronto, hubiese muerto algo dentro de su mirada.

Aunque era muy tarde, Elena esperaba despierta. Ni siquiera había apagado la lámpara. Tenía miedo de la oscuridad.

—¿Dónde estabas? —increpó nada más verle.

Cash no respondió. Ni siquiera la miró. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero como si ella no estuviera presente.

—¡Eh! ¡Te estoy hablando! —le gritó, enfurecida.

Se volvió de cara a ella y la contempló con calma. Ningún gesto recorrió su pétreo rostro. Sus ojos destellaban un brillo alicaído, ausente, que, cuando se sentó en la mecedora, se quitó las botas y las colocó al lado de la lumbre, se volvió aún más lejano.

Elena lo estudió en silencio. Parecía cansado. Su ropa estaba mojada, como si hubiese estado cruzando un océano entero de nieve.

Mientras ella lo observaba con curiosidad y sin atreverse a decir nada, Cash se levantó con fatiga, fue al armario y retiró la botella de bourbon. Ni siquiera se molestó en echarse un vaso. Bebió a morro, con una ansiedad que no era propia de él. Por lo poco que le conocía, Elena había notado que solía actuar con mesura. Ahora no lo hacía.

—¿Quieres? —ofreció, sin mirarla. Hablaba con hastío, como alguien muy mayor que lo ha visto todo, lo ha hecho todo, y se ha hartado de la

vida.

Ella negó en silencio y lo miró con recelo. Algo en la expresión facial del hombre la advertía de que no era buena idea andar tocándole las narices.

—¿No vas a decirme lo que has estado haciendo en todo el día?

Él se mantuvo impertérrito durante unos momentos, y luego, con deliberada lentitud, entrelazó la mirada con ella.

—No.

—Pues muy bien. ¡Ojalá te hubiese devorado un lobo! —espetó, atravesándolo furiosa con los ojos.

Cash dio otro trago, más largo que el anterior, y ladeó el cuello hacia un lado. La miró de un modo que a Elena se le antojó siniestro.

—Me has desobedecido —habló por fin, un abismo de tiempo más tarde, y lo hizo con tal parsimonia que a ella se le heló la sangre en las venas. Su furia era mucho más fácil de afrontar. Su calma, por el contrario, la asustaba.

—No sé a qué te refieres —murmuró, maldiciendo hacia sus adentros que la voz le sonase tan estrangulada.

Intentó recordar si había hecho algo que no debiera hacer. Aparte de leer el diario de Victoria y usar el cepillo de dientes de Cash para lavarse los dientes, no se le ocurrió nada. Y, además, él no podía saber nada de eso. Acababa de entrar por la puerta.

—Te dije que no salieras.

—No lo he hecho.

Después de beber otro sorbo, Cash dejó la botella encima de la mesa y, reteniendo sus ojos, se despojó de su jersey y de su camiseta y los tiró al suelo. Elena se tragó el nudo de la garganta. Sin ropa, Cash era impresionante, masculino hasta más no poder. No recordaba haber visto tanta perfección ni siquiera en el cine. Sencillamente, no podía dejar de mirarlo.

—Hay pisadas alrededor de la casa —argumentó él.

Un gesto de incredulidad se pintó en los ojos de Elena. Había salido, por supuesto, pero a primera hora de la mañana, y desde entonces no había cesado de nevar. Era imposible que aún quedaran marcas de pisadas.

—Imposible. No he salido.

Cash tomó un trago largo. Sus ojos no se apartaban de los suyos y Elena sintió una creciente angustia.

—Entonces, alguien ha estado merodeando por aquí —resolvió él mientras se secaba la boca con el dorso de la mano—. Y no sé qué es lo que me mosquea más. La verdad es que ambas posibilidades me sacan de quicio.

Elena no creía que nadie hubiese estado merodeando en ninguna parte. Se habría enterado, con lo silencioso que era ese lugar. Habría escuchado pisadas en el porche, algún crujido, cualquier cosa. Seguro que lo único que pretendía Cash era meterle miedo o averiguar si había obedecido sus estúpidas instrucciones.

—¿Has cenado? —cambió él de tema.

—Sí.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

Elena desvió la mirada y, hecha un manojo de nervios, jugueteó con sus nudillos.

—Una lata de atún y el último trozo de pan que quedaba —respondió en un murmullo.

—Una cena digna de un marqués.

Con rapidez, los ojos de Elena se alzaron hacia los suyos, y algo se encogió dentro de Cash al ver que ya no lo espetaban con el ya familiar brillo de furia. ¿Qué era lo que había cambiado en su mirada? ¿Por qué de repente le parecía ver un destello de vulnerabilidad en aquellos ojos añiles?

—Cash...

—¿Qué? —bramó con más rudeza. Esa chica le enfurecía. Sentía una estúpida necesidad de acercarse a ella y abrazarla. Abrazarla muy fuerte.

—Hoy no seas sarcástico.

Su ruego ahogado hizo que una contracción recorriera la dureza del rostro masculino.

Esa noche, a Elena le parecía más atractivo que nunca. Aquel aire de tormento en sus ojos lo volvía irresistible.

Después de haberse leído el diario de Victoria casi al completo, veía a Cash con otros ojos: los ojos de una mujer enamorada. Él no podía ser un monstruo si Victoria le había amado con tantas fuerzas.

*Mi amor es un fuego. Un fuego...*

Se sentía fascinada por la frase. Su mente no dejaba de reproducirla.

—¿Por qué no? —susurró él suavemente, como si ya no le quedaran fuerzas para cabrearse con ella.

Elena bajó la mirada y esbozó una sonrisa mortecina. Calló un momento, lo volvió a mirar y susurró:

—Simplemente, no lo hagas.

Cash, aún con el cuello ladeado hacia un lado, la sopesó con la mirada.

—Te noto rara. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —mintió ella, sabiendo que nunca podría pillarla con esa mentira. Se había asegurado de dejar el diario exactamente donde lo había encontrado. En cuanto al cepillo, no creía que Cash fuera a montar un drama por eso.

—Hm. ¿Por qué será que no confío en ti? —replicó él con una media sonrisa que la hizo sonreír de vuelta—. ¿Y el tobillo? ¿Te sigue doliendo?

Se había rendido y le hablaba con calidez, en susurros.

—Menos que ayer.

—Bien. No lo habrás forzado, ¿verdad?

Elena negó ante su mueca de suspicacia.

—En absoluto. Apenas me he movido.

—Ha tenido que ser agotador.

Lo miró sin comprender.

—¿El qué?

—Estar todo el día a solas con tus pensamientos —murmuró Cash distraído.

Otra sonrisa mortecina asomó en los labios de la muchacha.

—Supongo.

Cash también sonrió, apenas una ligera contracción de los labios, un gesto igual de atormentado que su mirada.

—Buenas noches, Elena —susurró con aspecto derrotado y una suavidad a la que no la tenía acostumbrada.

Ella se tumbó en la cama, cerró los ojos y dejó caer los párpados. Cash sopló aire para apagar la lámpara y, al instante, quedaron sumidos en la oscuridad.

—Buenas noches, Cash —murmuró al fin.

Él ni se molestó en hacerse la cama. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, Elena pudo ver que estaba sentado en la mecedora al lado del fuego y seguía bebiendo a morro. Parecía hecho polvo por algún motivo, y eso la conmovió de modos que no creía posibles. Leerse el diario de Victoria había sido una idea malísima porque ahora tenía la impresión de que se estaba enamorando de él. Tal y como había hecho esa mujer a la que ni siquiera conocía.

*Mi amor es un fuego.*

—¿Cash?

Tras un segundo de quietud, él volvió el rostro hacia el suyo.

—¿Qué quieres?

—¿Estás bien?

Durante unos lentísimos momentos, se quedó absorto en sus pensamientos. De haber llevado el peso del mundo entero encima de sus

hombros, a Elena no le habría parecido más abatido.

—No, Elena. No estoy bien —murmuró por fin. A ella se le encogió el corazón.

De pronto, se abrió ante ella una nueva faceta de Cash. Parecía tan vulnerable, tan necesitado de afecto que la conmovió.

Se bajó de la cama, cruzó el espacio que los separaba y se sentó en el suelo, delante de su mecedora. Cuando lo cogió de la mano, Cash izó la mirada casi de un respingo, como si le sorprendiese el hecho de que ahí hubiera alguien más aparte de él y los sombríos pensamientos que le abrumaban la mente. Al reconocerla, se relajó y dejó que ella siguiera sujetándole la mano.

—Las he enterrado —confesó con voz ahogada, trascurridos muchos segundos de silencio, en los que se habían limitado a darse la mano.

Elena abrió los ojos con mucha aprensión y soltó su mano de inmediato.

—¿Qué? —murmuró, asqueada.

—A tus amigas —confirmó Cash después de tomar otro trago. Tenía el rostro inclinado hacia abajo y la botella en la mano izquierda. La mitad de su rostro estaba bañada por la oscuridad. La otra, salpicada de sombras que el fuego proyectaba sobre su piel. La mano derecha había estado ocupada sujetando la mano de Elena. Ahora ella le había soltado, pero a él aún le ardía la piel donde le había tocado—. No podía dejarlas así. Yo... —Calló, se echó el pelo hacia atrás con una mano y cabeceó—. Fue horrible, Elena. Todo estaba cubierto de sangre.

Elena se estremeció visiblemente. ¿Por qué iba a ir hasta ahí y enterrarlas? A no ser que se sintiera culpable por haberlas matado, no se le ocurrió ninguna razón para actuar de esa forma.

—Dime la verdad, Cash. ¿Las mataste tú?

Como una cobra a punto de atacar, él levantó la mirada hacia la suya, y lo que había en sus ojos paralizó el aire dentro en los pulmones de Elena. Una dureza, una bestialidad inimaginable ardía en las pupilas de los ojos que la taladraban y que ahora solo parecían enormes pozos de oscuridad.

En lugar de contestarle, Cash la miró largo rato, silencioso y absorto en su contemplación. Paseó los ojos por todo su rostro, por el arco de su boca, por el puente de su nariz, y luego su mirada cayó sobre el hueco de su clavícula. Pesar y furia luchaban por apoderarse del oscuro brillo de sus ojos, y eran sentimientos tan agresivos que ninguno parecía capaz de inclinar la balanza a favor del otro.

—¿Las mataste? —insistió Elena con voz rota, en apenas un susurro. La respuesta la aterraba. La pregunta en sí la aterraba.

Cash, dominado por el malévolo placer de mirarla a los ojos, dejó de estudiar su clavícula y subió despacio por su rostro, hasta que sus ojos se aferraron a los de ella. Su corazón palpitaba con latidos irregulares y la cordura parecía haberle abandonado por completo.

—Sí, Elena. Las maté —dijo, y la dureza que enfriaba su voz atravesó el corazón de Elena con la fuerza de cien mil astillas de hielo.

El mundo se hizo añicos. Todo se volvió oscuro. Y en medio de esa oscuridad, los ojos de él seguían aferrándose a los suyos, bestiales, casi inhumanos.

—¿Por qué me miras con esos ojitos de cachorro indefenso? Es lo que querías oír, ¿no?

A Elena le entraron arcadas y tuvo que respirar hondo para dominarlas. Con los ojos cerrados, tomó varias bocanadas de aire para calmar su inquieto estómago, antes de volver a atreverse a mirarle.

—Lo que quiero es la verdad —habló por fin, más bien mascando las palabras.

—Entonces, si lo que quieres es la verdad, no, Elena, yo no maté a tus amigas —gruñó Cash con voz lenta y peligrosa—. Aunque eso ya te lo había dicho antes, ¿verdad? Montones de veces, si no me falla la memoria.

De haber tenido fuerzas, se habría levantado del suelo y se habría marchado. A cualquier parte. Sin importar las consecuencias.

Sin embargo, se sentía tan endeble, física y mentalmente tan decaída y aturrullada que lo único que pudo hacer fue contemplarlo desde ahí, con una vacuidad que daba a entender que estaba a punto de desprenderse de la situación.

—Estás jugando conmigo todo el rato —sentenció varios segundos después, y el desprecio que rebosaba en su mirada dibujó una sonrisa triste en los labios del hombre.

Las llamas temblaban en el hogar y Cash, con ojos inertes, les dedicó una mirada abstraída. Fuera, el viento soplaba más fuerte que nunca. La cabaña se estremecía y crujía con fuerza, recordándoles que estaban expuestos a un tiempo inclemente ante el cual se hallaban absolutamente indefensos.

—¿Jugando? —Cash tenía el rostro descompuesto cuando se dignó a mirarla—. ¿Es eso lo que crees? No, Elena. Te equivocas. Me temo que esto ya no es un juego.



—Ah, ¿no? ¿Y qué es?

—¿Que qué es? —Cash la miró por segunda vez y bufó una sonrisa incrédula—. Una locura. Una *puta* locura —siseó para sí mientras se echaba el pelo hacia atrás con una mano—. O eso parece.

Sus ojos fueron apagándose poco a poco y al rato se apartaron de los suyos y empezaron a vagar por la pared. Elena agitó la cabeza despacio, como si se negara a aceptar algo. Todo...

—Una locura —afirmó, mirándolo con escepticismo.

Se produjo una pausa considerable. Él estaba sorprendentemente abatido; abrumado, derrotado como un general que acababa de enviar a todo su ejército a una muerte segura. Permanecía ahí sentado, perdido y ausente, con los hombros caídos, expresión distante y una vena latiendo en el centro de su frente.

—Desde que te besé la otra noche, no hago más que recordarlo —murmuró, aunque su voz quedó amortiguada por el ruido del viento sobre el tejado—. Tu tacto... Tu sabor... Están aquí. —Apuntó con un dedo hacia su sien y pareció desprenderse de ella por un momento, quizá porque intentaba reprimir la agonía que poco a poco empezaba a empapar su expresión—. Cada uno de los momentos que he pasado contigo está grabado mi cabeza. Y no puedo sacarlos. ¿Cómo llamarías tú a eso, Elena? —Con aplomo, trasladó la mirada hacia la suya y aguardó una respuesta que no llegaba—. Si no es locura, ¿qué coño es? Porque ni siquiera te aguanto. Por si no te has dado cuenta, no me caes bien. Así que dime: ¿por qué me siento así, sin aire cada vez que te veo?

Elena lo contemplaba demudada. Se sentía dispersa, trastornada, sin ninguna posibilidad de aclararse a través de la devastadora vorágine que controlaba su mente.

Cash, empujado por una furia súbita, se levantó, la cogió por los brazos e inclinó el rostro sobre el suyo.

—¡Contesta, maldita sea! ¿Qué es sino una locura?

Elena, sobresaltada, alzó la mirada hacia la suya y lo miró con ojos engrandecidos y nublados. Los labios de Cash estaban tan cerca que su

cálida respiración se estrellaba contra su mejilla. Podía respirarlo, lo cual tenía un impacto brutal en ella; hacía que se sintiera como si estuviera caminando por un puente que colgaba por encima de un abismo. No había gravedad ni cordura. No había nada.

En un impulso irreprimible, levantó el brazo y lo abofeteó con fuerza. Sentía tal rabia que quería provocarle todo el dolor del mundo, castigarlo de alguna forma por hacerle lo que le estaba haciendo en ese momento, por despertar en ella aquel deseo tan aplastante y visceral que le estaba acelerando el pulso.

Cash, rechinando los dientes, la cogió por la muñeca y le sujetó la mano hacia atrás, contra la columna de madera que notaba pegada a su espalda. Elena notó que su corazón se detenía y que el estómago le daba un salto.

Aún más atacada, intentó golpearlo con la otra mano, pero él fue más rápido, la inmovilizó y la pegó aún más a la dura superficie de la columna.

Se miraron a los ojos, ambos cejijuntos y con la respiración agitada; ambos con la mirada de una bestia indomesticable que sería capaz de hacer trizas al otro.

Cash tenía las manos a ambos lados de su cabeza, sujetaba las suyas con fuerza, y su mirada empezó a oscilar entre sus ojos y sus labios. El interior de Elena se agitó con la fuerza de un terremoto cuando reparó en que el pecho de él estaba casi pegado al suyo.

—¿Y si fuera deseo? —le propuso, con voz temblorosa, mientras alzaba la mirada hacia la suya.

Al encontrarse sus ojos, Cash no pudo contenerse más y la besó. Estrelló la boca contra la suya con un hambre que les quitó el aliento a ambos y rogó para que ella participara.

Gruño de alivio al sentir que la cálida boca de Elena cobraba vida poco a poco y le devolvía las caricias. Sonrió para sí y se abatió sobre sus labios con una fuerza similar a la que ejercían sus dedos sobre sus muñecas.

En unos pocos segundos el contacto dejó de ser suficiente y empujó con la lengua para abrirse paso hacia el interior de su boca. Elena separó los labios, entrecerró los párpados y le permitió besarla. Muy dentro de su alma

sabía que lo estaba deseando y que ya no tenía energías para fingir lo contrario. Siempre lo había deseado. Desde que lo había visto en esa gasolinera, con su metro ochenta y muchos de altura, su roída chaqueta marrón, su aspecto peligroso y esos ojos azules que la atraían como nada y nadie había hecho jamás.

Admitírselo por fin fue un alivio.

Sus dedos dejaron de resistirse al agarre de Cash y se curvaron sobre sus nudillos. Su boca respondió con fervor. Su corazón también lo hizo, por mucho que su mente reivindicase lo contrario. Poco importaba ya.

Pasados unos segundos, Cash le puso fin al beso, aunque no se apartó de ella. Aún le sujetaba las manos por encima de la cabeza, pero ahora sus dedos estaban entrelazados y sus palmas pegadas. Sus bocas se hallaban a solo un par de milímetros la una de la otra y se aspiraban con avidez. El beso no había calmado el deseo. Al contrario. Lo había convertido en algo febril.

Se miraron asombrados, y luego se abalanzaron de nuevo el uno hacia el otro y sus bocas se buscaron con más codicia. Cash la cogió por la nuca para poder sujetarle mejor el rostro. Elena se aferró a su cuello. Cuando sintió que él la levantaba del suelo y echaba a andar, con ella en brazos, en dirección a la cama, no opuso ninguna resistencia. Ya no deseaba mantenerse alejada de él. Que Dios la perdonara, pero esa noche lo necesitaba como nunca había necesitado a nadie. Él había dicho que no era un asesino y Elena le creía.

Notó cómo se hundía el colchón bajo el peso de sus cuerpos entrelazados. La calidez del pecho de Cash encima del suyo la envolvía de una forma tan agradable que deseó cualquier reserva de su mente. No iba a abrir los ojos. Quería aislarse de todo, centrarse solamente en las sensaciones, en la voracidad de ese beso que parecía interminable.

Ni siquiera levantó los párpados cuando Cash coló la mano por debajo de su camiseta y la arrastró por su abdomen, que se tensó por debajo de sus dedos. Sus labios eran todo cuanto importaba en ese momento.

La boca de Cash se fue deslizando despacio por su rostro, dibujó una línea recta hacia su oreja y luego bajó por su cuello y su clavícula. Su palma

subió un poco más, hasta detenerse debajo de su pecho, como si no se atreviera a seguir más allá de ese punto. Sus labios se posaron sobre el hueco de su clavícula y le dieron un leve beso.

—Me fascina este pequeño lugar —confesó, rozándolo con la mano.

Los ojos de Elena se abrieron y devoraron su expresión. Se estremeció ante el deseo que consumía su esculpido rostro. Alargó el brazo y le rozó la mandíbula con un dedo. Dibujó una pequeña línea por encima de su barba, y luego retrajo la mano. Parecía tan fascinada como alguien que siente el contacto humano por primera vez en toda su vida.

Cash sonrió un poco, le cogió la mano y plantó un beso en el centro de su palma.

—Elena.

Los ojos de Elena se elevaron hacia los suyos.

—¿Sí?

—¿Vas a arrepentirte de esto mañana?

Quizá, ¿pero a quién le importaba mañana? Ese concepto, *mañana*, parecía demasiado lejano, demasiado abstracto en un momento así. El tiempo ahí transcurría de forma deshilvanada.

—No —respondió tras un corto silencio.

—¿No vas a odiarme? —siguió preguntando él.

—No.

La boca de Cash se movió un milímetro, el esbozo de una leve sonrisa que la hizo sonreír también.

—Digamos que intentaré creerte.

Se inclinó sobre ella y le tomó los labios con dulzura.

En todo ese tiempo, su mano se había mantenido bajo su camiseta, apoyada contra sus costillas. Ahora, en cambio, subió y abarcó su pecho. La miró a los ojos mientras la acariciaba despacio, endurecía el pezón y lo frotaba entre los dedos.

Elena dejó escapar un pequeño suspiro, y él se precipitó sobre su boca y se volcó en ella.

El corazón de Elena se agitó con tumultuosa rapidez cuando Cash le arrastró la camiseta hacia arriba y se la quitó por la cabeza.

Él sonrió cuando se dio cuenta de que llevaba puestos sus bóxer. No sabía cómo se le había ocurrido la idea, pero le gustaba. Le sentaba bien su ropa. La miró con ojos incandescentes y rozó con un dedo el triángulo de su entrepierna.

El deseo que se pintó en su rostro al tocarla dejó a Elena sin aliento. Sabía que ella también podía tocarle, pero le daba miedo hacerlo. Tuvo que pasar un buen rato hasta que se armara de fuerzas.

Como él estaba encaramado sobre ella, lo único que pudo hacer al principio fue mover las palmas por su espalda y acariciar los músculos agarrotados que se acusaban bajo su tersa piel. El cuerpo de Cash ardía, y ese fuego la envolvió también a ella.

Seducida por las sensaciones, que la invadían todas a la vez y la dejaban con ganas de más, tomó la iniciativa, levantó el rostro de Cash, que estaba besándole la clavícula en ese momento, buscó sus labios y lo besó.

Sorprendido, él le devolvió el beso, presionando su nuca con los dedos para mantenerle el rostro alzado. Dio vueltas por su boca, enredó su lengua con la suya y acabó cogiendo más de lo que estaba dispuesta a concederle.

Sus labios sabían a tormenta, a un peligro inminente e ineludible que hizo que la cabeza de Elena diera vueltas y más vueltas hasta marearla por completo. Los límites se desdibujaron. Todo en ese hombre resultaba excitante, el misterio que lo envolvía, el riesgo que formaba parte del juego, su hermetismo, la manera que tenía de salvarla siempre.

De no haber sido por él, estaría muerta. Elena no pudo evitar preguntarse si lo que sentía por Cash era deseo o más bien gratitud. Tenía que ser deseo, dudaba de que la gratitud hubiera latido con tantas fuerzas entre sus músculos.

De repente, necesitaba que Cash la tocara ahí, que calmara esa ansiedad que parecía devorarla por dentro. Pero él se limitaba a sujetar su nuca con

las dos manos y la besaba con fuerza.

Elena decidió que con eso ya no era suficiente. Cogió una de las manos de Cash y la hizo descender por su cuerpo, por encima de sus pezones erguidos de deseo, por su tenso abdomen, que se contrajo aún más. Arrastró la mano y la colocó contra la humedad que ardía entre sus muslos.

Cash entrecerró los ojos como si eso le doliera de modos indescriptibles y empezó a respirar con aspereza. Con la mandíbula fuertemente apretada, luchó contra sí mismo, intentó rehusar, opuso resistencia. Pero fue en vano. El deseo era superior a él, y le venció.

Sus dedos fueron moviéndose poco a poco, buscando, acariciando, expandiendo la humedad. Si solo se hubiese tratado de deseo físico, no se habría echado atrás.

Pero no era eso lo único que Elena despertaba en él, ¿verdad? No era solo el apetito de la lujuria. Era necesidad, precisamente la clase de necesidad que intentaba rehuir.

Cash no quería necesitar a nadie nunca más. No de esa forma tan apabullante.

Miró a Elena a los ojos mientras seguía intentando resistirse a la invasión de esos sentimientos que parecían totalmente empeñados en causar estragos dentro de él.

—Cash, tócame... —suplicaron los enloquecidos labios de ella.

Cash soltó un improperio. Luchar. Resistirse. ¿Cómo? ¿Cómo iba a conseguirlo, si ella le atraía de esa forma? Cuando estaba con ella, el tiempo y el espacio se desvanecían.

Con un gruñido de rendición, se abalanzó sobre su boca y la besó con furia; dejó que todas sus reservas se derritieran contra sus labios; se perdió en ese beso y en la intensidad del momento y todo a su alrededor empezó a desdibujarse. Incluso el dolor que llevaba dentro quedó anestesiado.

Sus dedos encontraron el camino hacia su interior. El cuerpo de Elena se apretó a su alrededor, envolviéndolo con su cálida humedad. Cash perdió la cabeza y la besó con más voracidad. Su boca se arrastró por su rostro,

devoró su clavícula, se cerró en torno a sus pechos. El pezón floreció dentro de su boca, y él lo succionó y lo saboreó como si fuese lo más delicioso que había probado en toda su vida.

Las manos de Elena se deslizaron por su cuerpo. Cash, sin separar la boca de sus pechos, se desabrochó el botón de los vaqueros, bajó la cremallera, cogió la mano de Elena y la metió dentro. Durante un doloroso segundo, ella no lo tocó. Cash ardía de impaciencia y no entendía por qué no le daba lo que él tanto deseaba. Volvió a insistir, apretó la mano encima de la suya.

Cuando por fin sus dedos se enroscaron alrededor de su miembro y lo estrujaron en una caricia, dejó escapar un suspiro de alivio y clavó un poco los dientes en la punta de su pecho.

Gruñendo de placer, empleó los dedos para acariciarla, entró y salió de ella varias veces y besó sus pechos hasta enrojecerle la piel.

Elena sentía un deseo febril por tenerle aún más cerca. Se incorporó un poco, lo cogió por la nuca y puso los ojos a la altura de los suyos.

—Creo que estoy lista —le dijo en un susurro.

A pesar de que sus ojos ardían, oscurecidos de deseo, un gesto de dolor recorrió el tenso rostro del hombre. La suplicaba que parara, que pusiera fin a esa locura, dado que él se sentía incapaz. Y, sin embargo, su mirada enardecida la instaba a continuar.

La tumbó con brusquedad sobre el colchón, le separó las rodillas con una mano y se bajó el vaquero por las caderas, lo suficiente como para liberar su erección. Se colocó al lado de la entrada y buscó sus ojos. En su brillante mirada, desesperación y deseo se devoraban entre sí, luchando por conseguir el control.

—Ojalá te hubieses desmayado en cualquier otra parte —le dijo con voz bronca.

Y luego se hundió en su interior, vencido, exhausto, demasiado débil como para seguir luchando contra lo que deseaba; la penetró y se regodeó en todo ese dolor que lo desgarraba por dentro. Ella hacía que se sintiera vivo, y Cash la odiaba por eso.

Cash Evans hacía el amor como cabía de esperar: con una intensidad sublime.

La placidez envolvió a Elena cuando él se apartó y se dejó caer a su lado en la cama. Era un disparate lo mucho que la sosegaba su presencia. Incluso su presencia taciturna, gruñona y... poco agradable. Tenerle cerca era infinitamente mejor que la deprimente soledad de ese lugar.

*Pues esta noche lo has tenido más que cerca*, se burló una irritante vocecita en su cabeza. *Si no me falla la memoria, hace un rato estaba dentro*. El descaro de sus propios pensamientos la hizo sonrojarse.

Todo había acabado, aunque no para ella. Incluso sin proponérselo, aún veía los labios de Cash estrellándose contra los suyos, sus cuerpos fundiéndose una y otra vez, sus febriles manos buscándola, enloqueciéndola, arrastrándose por su nuca, clavándose en su carne...

Había sido el acto más maravilloso de toda su vida, y lo había vivido con él. Con Cash. Con un desconocido con el que estaba atrapada. Su vida redefinía el concepto de locura. Su padre la habría considerado un sujeto digno de investigación.

Y lo peor de todo era que ni siquiera podía sentirse culpable. Se sentía demasiado... completa.

Mordiéndose el labio, sonrió y buscó el contacto de Cash. No estaba dispuesta a dejar de sentirlo tan pronto, así que lo cogió de la mano y sus dedos se enroscaron alrededor de los suyos como si nunca hubiesen pertenecido a ningún otro lugar. Cash no dijo nada. Ni siquiera se movió. Estaba muy callado. A lo mejor solo era cansancio, lo justificó Elena.

Con una sonrisa placida, se quedó dormida con la mano de Cash encajada en la suya. Fue al despertar a la mañana siguiente cuando descubrió que él ya no estaba ahí.



Confusa, se levantó de la cama, se envolvió en la manta que habían usado para taparse la noche anterior y se acercó a la ventana con la esperanza de verlo partir leña en el exterior. La sorprendió lo mucho que le latía el corazón mientras caminaba, la impaciencia que la embargaba al no poder moverse más deprisa, la emoción que le producía la simple idea de verle.

Y también la sorprendió el dolor que estalló contra sus costillas cuando comprobó que fuera no había nadie, tan solo la nieve que no dejaba de caer y el incesante viento aullando con fuerza.

Un gesto de desconcierto se cobijó entre sus cejas. Tenía una desagradable sensación corroyéndola por dentro. Se volvió y examinó la cabaña con ojo crítico. Todo seguía igual. Entonces, ¿por qué el mundo se le antojaba tan extraño de pronto? Más... grande. Más... gélido.

Se acercó a la estufa y avivó el fuego, pero ni siquiera las altas temperaturas de las llamas consiguieron ahuyentar el glacial hueco que socavaba en su interior. No era nada. Nada que pudiera ser explicado, al menos. Tan solo un mal presentimiento que no sabía cómo interpretar.

Aunque no consiguiera comprender el porqué, tenía la impresión de que, a partir de entonces, todo iba a cambiar. O, peor aún, que todo iba a permanecer igual.

¿Qué era mejor, en el fondo? ¿Cambiar, o no alterar nada? Elena ya no lo sabía. Era todo tan confuso, una enorme nube negra que se había apoderado de su mundo y lo había oscurecido casi por completo.

Abstraída en sus reflexiones, se hundió en la mecedora y se quedó contemplando el fuego con ojos mortecinos. Las llamas devoraban la madera sin ninguna piedad.

*Mi amor es un fuego.*

La frase resonó en su mente una vez más, pero ahora le concedió una interpretación diferente. El fuego no era bueno. ¿Cómo iba a ser bueno si consumía todo lo que tocaba? El fuego era más bien una maldición que lo cubría todo de cenizas.

Abatida y triste sin siquiera saber por qué, se quedó dormida en la mecedora y no despertó hasta horas más tarde, cuando fue sobresaltada por la puerta que se cerró de golpe. Cash acababa de regresar, y tenía el aspecto de una fiera hambrienta. Ni siquiera tuvo la cortesía de saludar o de explicar su ausencia. Elena se sintió ofendida, y más después de todo lo que habían compartido la noche anterior.

—¿Dónde diablos estabas? Ya es casi de noche.

Cash lanzó una bolsa de plástico a la mesa, se detuvo unos segundos, como pensando, y luego se volvió para encararla.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —respondió con espeluznante aplomo.

La confusión arrugó el rostro de Elena. Lo miró como si no lo conociera.

—¿Por qué te comportas así?

—No entiendo la pregunta. Siempre me he comportado así. ¿O es que esperabas que algo cambiara después de lo de anoche?

*¡Sí! ¡Esperaba que todo cambiara después de lo de anoche!*

—No, pero...

—Bien, porque lo de anoche no significa nada —interrumpió él sus balbuceos—. Solo estaba... ¿Cómo era eso? Ah, sí. Mentalmente inestable.

Y, sin más explicación, le dio la espalda y se puso a preparar la comida. ¿O la cena? Elena no estaba segura de qué hora era.

—¿Cómo puedes vivir sin un reloj?

El fuerte repiqueteo de un cazo la hizo tensarse en la mecedora.

—¿Cómo puedes vivir sin baño, cómo puedes vivir así, cómo puedes vivir sin un reloj? Pobre señorita Elena, esto es tan poca cosa para ella... Imagínate lo mal que debe de estar pasándolo en estas condiciones tan precarias. Pues déjame que te lo resuma, Elena: ¡soy un puto salvaje y me encanta vivir así! —le gritó, con ojos chispeantes—. Soy un cerdo, ¿vale?

Un jodido bárbaro. ¡Asúmelo y no me concedas atributos románticos de los que carezco por completo!

Elena rechinó los dientes. Vale que no quisiera convertirse en su amigo después de haber follado con tanta ansia la noche anterior, pero ¿era realmente necesario ser tan odioso?

—¿Por qué eres tan insufrible siempre?

Cash, en silencio, se acercó a la estufa, avivó las brasas y empezó a asar pescado.

—No lo sé. Soy así y punto —masculló de espaldas a ella. Ahora ya no estaba furioso. Solo gruñón.

—Lo único que intento es ser tu amiga —murmuró Elena, cada vez más humillada. ¿Cómo podía haberla amado con tantas fuerzas la noche anterior y ahora despreciarla con esa frialdad?

Cash profirió una maldición entre dientes.

—¡Pues no lo intentes! —le gritó, volviéndose para encararla—. ¡No necesito amigos! ¡No necesito a nadie!

Los ojos se le cargaron de lágrimas ante sus rugidos, y Elena se enfureció consigo misma por tener ganas de llorar en un momento tan poco oportuno.

Intentando por todos los medios mantener a raya sus emociones y conservar la poca dignidad que le quedaba, desvió la mirada al suelo y cayó en una silenciosa contemplación, que la mantuvo abstraída por algo más de dos minutos. Su ira, el modo en el que la mantenía alejada, no eran más que meros métodos de autodefensa. Cash tenía miedo de algo, por eso no confiaba en ella lo suficiente como para dejarla entrar en su corazón.

—¿Por qué te estás haciendo esto a ti mismo? —Levantó la cabeza de pronto, creyendo comprender las razones que tenía él para reaccionar como lo hacía—. ¿Por qué te estás castigando de esa forma?

La risa de Cash estalló, ronca y desafiante.

—Porque me lo merezco —borbotó airado, sin mirarla.

El entrecejo de Elena se marcó aún más. Así que había acertado. El comportamiento de Cash era alguna especie de penitencia que él se había impuesto a sí mismo. La pregunta era ¿por qué?

Sus ojos se centraron en él, midieron la anchura de los hombros y la fuerza que emanaba su figura, pero ahí no encontró las respuestas que tanto ansiaba. El cuerpo de Cash, al igual que su rostro, no desvelaba nada.

—No sé qué grandes pecados crees que has cometido —se sorprendió hablando—, pero no puedes castigarte por ello para siempre, Cash. No es justo.

Cuando él volvió la cabeza de nuevo, Elena pensó en que nunca había visto unos ojos tan incisivos como los suyos. Ni tan torturados.

—Ella murió y yo estoy aquí, de cháchara contigo. ¿Te parece eso justo, joder? —espetó, con súbita rabia.

A Elena se le heló la sangre en las venas. La mirada que le dirigió Cash era demasiado... lacerante.

—¿Ella? ¿Te refieres a Victoria? ¿Está muerta? —la palabra brotó en un susurro, demasiado atroz como para formularla en voz alta.

Cash, maldiciendo, dejó caer la parrilla en la que asaba el pescado, fue hacia Elena y se inclinó sobre su mecedora, con las dos manos apoyadas en el reposabrazos. Elena se sintió atrapada, igual que se había sentido la noche anterior, antes de que él la besara. La única diferencia era que ahora no iba a besarla.

Bajo la débil luz de la lumbre, el rostro de Cash poseía un aspecto feroz y peligroso. No había ni una sola gota de deseo en sus ojos. No quedaba ni rastro de la pasión de la otra noche. Una furia asesina lo empañaba todo.

—Deja... de meter... tus narices... en mis cosas —exigió él lentamente, inyectando fuerza a cada una de sus palabras.

Elena tragó saliva.

—Que... te den... por el... culo —gruñó del mismo modo, mirándolo desafiante a los ojos.

Cash silbó entre dientes, la miró con sorna y luego soltó una carcajada que carecía de cualquier diversión.

—Vaya, vaya. ¡Qué lengua tan afilada! Con este vocabulario tuyo sí que podríamos hacernos amigos. Al menos, tenemos algo en común, aunque solo sea la pasión por los tacos.

Elena apretó los dientes y se juró a sí misma que nunca más pensaría en él ni se preocuparía por él ni desearía sentir el calor de sus brazos a su alrededor. Porque Cash Evans, el hombre en el que era incapaz de dejar de pensar, no era más que otro gilipollas más.

Y si ella no hubiese tenido el Síndrome de Estocolmo, jamás se habría acercado a él.

—¿Sabes qué? Métete tu amistad por el culo. Ya no quiero tener nada que ver contigo.

Cash ahogó una sonrisa taimada, se apartó de ella y retomó sus tareas.

—Puedes estar tranquila, señorita Elena —dijo al cabo de un rato—. No me va la amistad.

Ella le dedicó una mirada resentida, a pesar de que él no la estaba mirando.

—No me sorprende. ¿Quién iba a querer ser amigo tuyo?

Él se encogió de hombros.

—Nadie, supongo.

—Creo que eso es lo más inteligente que has dicho nunca.

Él se echó a reír y le lanzó una mirada socarrona.

Elena suspiró y desvió la mirada hacia la ventana. Al cabo de unos momentos, el olor del pescado asado inundó la cabaña. La mente de Elena empezó a divagar y se puso a pensar en por qué Cash ponía su vida en peligro para ir a pescar en el lago solo porque ella sentía náuseas cada vez que escuchaba la palabra *conejo*.

Nada más pensarlo, se dio cuenta de que estaba siendo condescendiente otra vez, cuando él no se merecía esa condescendencia, y se enfurruñó de

nuevo.

—Echo de menos la música —comentó de pronto, sin siquiera saber por qué se lo decía a él. Era evidente que no le importaba.

—Si te sirve de consuelo, yo también.

Que le contestara sorprendió a Elena y renovó sus ganas de charlar.

—¿Nunca pensaste en comprarte una radio?

—No hay electricidad.

—Hm. Cierto. ¿Y llevas tres años sin escuchar las noticias?

—Algo así.

—Dios mío. ¿En serio?

Cash, sujetando la parrilla con una mano, se volvió con una sonrisa irónica.

—No es tan grave. ¿Han dicho algo sobre una invasión extraterrestre en los últimos tres años?

Elena miró al techo y fingió pensárselo.

—No que yo recuerde.

—Entonces, el mundo no ha cambiado demasiado.

Una pequeña sonrisa cruzó el rostro de Elena.

—Yo diría que han pasado muchas cosas en los últimos tres años —repuso.

La sonrisa de Cash cambió de registro, dejó de ser burlona para adquirir una nota tierna.

—¿Cómo cuáles?

Elena se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Hemos tenido un presidente medio chalado, las Kardashian son famosas ahora...

—Veo que el mundo sigue siendo la misma basura de siempre —borbotó Cash, volviéndose para atender la cena.

—Quizá —resopló Elena, que se estaba examinando las uñas—. Ojalá tuvieras un libro. La vida se me haría menos aburrida.

—¿Y quién dice que no lo tengo?

En los ojos de Elena asomó un destello de sorpresa. Sabía que él no tenía ningún libro porque había estado revolviendo toda la cabaña el día anterior y no había encontrado nada.

—¿Lo tienes?

—¿Tanto te asombra? ¿Piensas que no sé leer?

—No, claro que no —balbució azorada—. Es solo que nunca te he visto leer nada.

Cash dejó la parrilla encajada encima de las brasas, fue al armario y sacó algo del abrigo que se solía poner para salir. Se acercó a Elena y le ofreció una edición de bolsillo de Jacques Prévert.

—Es poesía —explicó, alejándose hacia la estufa—. No sé si será de tu agrado. Es lo único que tengo.

Dio la vuelta al pescado, echó un poco de sal y se instaló en la silla. Aunque se había obligado a no mirarla, sus ojos la buscaron involuntariamente, y comprobó que Elena seguía contemplando la portada del libro con mirada hueca. No se había atrevido a abrirlo.

—¿No vas a leer? —preguntó Cash con el ceño fruncido.

Elena movió la cabeza y alzó la mirada como si acababa de recordar su presencia.

—¿Qué? No, yo...

Cash se acercó, le quitó el libro de la mano y lo hojeó hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Escucha esto —le dijo, mirándola por un segundo, antes de volver a bajar la mirada hacia el libro—. Siempre me ha llamado la atención. *Fui al mercado de pájaros y compré pájaros. Para ti, amor mío. Fui al mercado*

*de flores y compré flores. Para ti, amor mío. Fui al mercado de chatarra y compré cadenas. Pesadas cadenas. Para ti, amor mío. Después fui al mercado de esclavos y te busqué. Pero no te encontré, amor mío*<sup>[4]</sup>. ¿Qué opinas? Yo creo que este tío estaba chalado.

Cuando buscaron su rostro, los ojos de Elena estaban anegados en lágrimas. Cash no podía saberlo, pero esa poesía siempre la había impresionado. Había montones de poesías que leer. Y, sin embargo, él había elegido precisamente la misma que hubiera elegido ella. Carraspeó antes de hablar, para asegurarse una voz sin inflexiones.

—Jacques Prévert no estaba *chalado*.

La afirmación le resultó divertida a Cash, que sonrió como si compartieran un delicioso secreto.

—Pero ¿qué dices? ¡Está divagando! Esto es un sinsentido.

Elena negó con la cabeza.

—En absoluto. Lo que sugiere es que el amor es pasajero; que no se puede retener para siempre. No hay cadenas lo suficientemente pesadas para esclavizar el amor. O así es como lo veo yo.

Cash sonrió un poco, pero el aire que lo rodeaba se volvió sombrío.

—Yo odio todo lo que implica el amor —confesó con voz apagada.

Elena lo miró sin entender.

—¿A qué te refieres?

—Involucrarse. No es lo mío. Me gusta ser libre. No dar explicaciones a nadie ni pertenecer a otra persona.

Los labios de Elena bufaron una sonrisa sarcástica.

—Eso es porque nunca has amado a nadie.

—Te equivocas —murmuró Cash, cuyo rostro adquirió un aire de dureza que sorprendió a Elena.

—¿Victoria? —se atrevió a proponer.

Él asintió, pensativo y lejano.



—Hubo un tiempo en el que yo también creía en la propiedad y en el amor. De eso, hace mucho.

—¿Qué pudo haber sucedido para que cambiaras tanto? ¿Para que te convirtieras en... esto?

Cash negó, y Elena comprendió que no iba a hablar del tema con ella.

—Vale, perdona. No tenía que haberlo preguntado. No es asunto mío.

El crujido del fuego atrajo su atención. *Mi amor es un fuego*. Ella le quería y él la quería a ella. El descubrimiento la dejó sin aliento.

—Cumplíamos un año de casados —habló él de pronto, con la voz enronquecida por la emoción. Sus ojos estaban clavados en las brasas, pero parecían perdidos en la lejanía del pasado—. Tenía que haberle regalado algo de papel. En cambio, yo la arrastré a este infierno. Y ahora está muerta por mi culpa. Me merezco pudrirme aquí para siempre y pagar por ese error. Fue imperdonable, Elena. Tenías razón. Me calaste en cuanto me viste. Soy un asesino. Y lo peor de todo es que nadie me metería en la cárcel. Ninguna ley en el mundo me condenaría por su muerte. Dirían: *no fue culpa suya, señor Evans. Si necesita a alguien a quien culpar, culpe a Dios*. Pero Dios no existe. Daría lo que fuera por poder creer en Él. Me gustaría creer que hay un plan que nosotros no podemos comprender y que... no fue culpa mía. Lo daría *todo* por un solo momento de fe. Porque, si existiera un Dios —prosiguió, con voz temblorosa y el rostro torcido en un gesto de agonía—, tal vez no me sentiría tan solo. Pero no hay nada. Nada... —musitó, horriblemente vencido y con una amarga resignación—. Lo he buscado en todas partes y lo único que he sentido ha sido mi inmensa culpabilidad. Día a día. En todas partes. Me cerca como una jaula de la que no puedo escapar, me oprime las costillas. Me siento como si se me hubiese caído el mundo encima y todo lo que puedo respirar es... culpabilidad.

Elena lo miraba con un nudo de lágrimas ahogando su garganta y de pronto lo comprendió todo. Detrás de la máscara de furia de Cash había algo más, algo mucho más terrible: odio a sí mismo, repulsa y un dolor que la hizo añicos. Él no estaba furioso. Estaba destrozado. Y ahora se estaba abriendo delante de ella como sabía que nunca se había abierto con nadie.

La dejaba entrar por la puerta principal y penetrar todos los recovecos de su alma. Sobre todo, los más oscuros.

—Por eso me he encarcelado aquí —sus labios apenas se movieron cuando habló de nuevo—. Tengo que pagar por su muerte. Por eso no hay música ni televisión. El día en el que perdí a Victoria, el mundo se congeló, y desde entonces no he vuelto a sentir ni una pizca de calor. Vivo atrapado en medio de una película en blanco y negro. He recorrido esta cabaña miles de veces, millones, de una esquina a la otra. Siempre lo mismo. Nunca puedo encontrar la paz, ni un sentido a la vida, ni nada. Porque no hay nada que encontrar.

Elena parpadeó con rapidez para rechazar las lágrimas que le nublaban la vista. Ella había muerto. Y él se culpaba por ello. El puzzle estaba completo.

—Cash... Lo siento tanto...

Él apretó los labios y volvió en sí con un leve parpadeo.

—No lo hagas. Creo que el pescado ya está.

En cuanto abandonó la silla, los muros de hielo se cerraron a su alrededor y Cash Evans volvió a convertirse en el mismo hombre de siempre, distante y taciturno; oculto tras una pared impenetrable.

Sin embargo, a ojos de Elena, todo había cambiado.

Lo miró en silencio mientras él repartía la cena en dos platos. De pronto, no pudo resistir el impulso y se levantó, lo cogió por el brazo y, en cuanto él se volvió de cara a ella, buscó cobijo contra su pecho. Desconcertado, Cash la rodeó en un abrazo.

—Eh, ¿qué te pasa?

Elena se tragó las lágrimas antes de hablar.

—Nada. Solo necesitaba abrazarte —musitó mientras retrocedía, con la mirada encajada en la suya.

La arruga del ceño de Cash se hizo más profunda cuando sus ojos enfocaron durante un segundo los labios de la chica.

—¿Por qué lloras? —susurró con dulzura, recorriendo sus ojos en busca de una respuesta.

—No estoy llorando —musitó ella.

Cash sonrió un poco, la cogió por la nuca y arrastró su rostro hacia el suyo.

—Eres una mentirosa pésima —murmuró, antes de que sus labios se juntaran.

Elena dejó escapar un suspiro y respondió a ese beso como si su vida entera dependiera de ello. Su reacción encendió la sangre de Cash, que bajó las manos y las arrastró por su espalda de forma sugestiva. Sus caderas empujaron a las suyas. Su masculinidad latía contra el vientre de Elena, y eso fue suficiente para que ella perdiera la cabeza.

Sus manos fueron a buscar los hombros de Cash, luego su espalda y, por último, se colaron por debajo de su jersey y se deslizaron por la piel que ardía contra sus palmas. Cash gruñó encima de sus labios y su forma de saquear su boca se volvió más agresiva. A Elena le encantaba ese ligero tinte de violencia retenida que había en sus besos. Ese día, en concreto, la hacía flotar.

Él barrió la mesa con la palma, la cogió por la cintura y la sentó encima. Sin soltarle los labios, se abrió paso entre sus rodillas, puso la mano contra su espalda y la pegó a él.

—Elena —musitó, con un gesto atormentado reflejándose entre sus cejas.

Sus dos manos subieron y le acogieron el rostro. La miró como nunca la habían mirado, con adoración, con deseo y con tormento. Quería besarla. Quería arrancarle la ropa. Quería poseerla. Pero, sobre todo, quería amarla.

—No debería atreverme a desearte —susurró contra sus labios—. Tú lo estás echando todo a perder.

—Lo siento, Cash. Nunca planeé acabar aquí, atrapada contigo.

—Lo sé. No es culpa tuya.

—Cash...

Elena movió la mano y arrastró el dedo por su labio inferior. Cash bajó los párpados y esbozó un gesto de dolor. Daba la sensación de que en ese momento se odiaba a sí mismo más que nunca. Porque Victoria estaba muerta y él se sentía tan terriblemente vivo.

—¿Qué?

Abrió los ojos y la miró con un extraño brillo refulgiendo en su mirada.

—Esta noche no dejes de besarme.

Él ladeó el cuello hacia la derecha, apretó la mandíbula e intentó negarse, resistir contra las oleadas de deseo que lo arrastraban hacia ella.

Pero no pudo vencerlas. La tentación era tan grande que acabó cediendo. Arrastró su rostro hacia el suyo y sus labios se juntaron de nuevo, en un beso aún más desesperado que el anterior.

Cuando Cash se detuvo de pronto y se apartó de ella con brusquedad, Elena creyó que iba a morir. ¿La estaba alejando otra vez? ¿La culpabilidad que lo desgarraba iba a interponerse entre ellos?

—¿Qué haces?

—Chisss. ¿Oyes eso?

Cash estaba paralizado, muy atento a algo que ella no conseguía identificar.

—Si oigo, ¿el qué?

Él le hizo una señal para que se mantuviera callada, fue de puntillas al armario y retiró la escopeta. A Elena se le congeló la sangre dentro de las venas. Se mantuvo sentada encima de la mesa, sin atreverse a respirar siquiera.

Sigiloso, Cash cargó la escopeta y salió por la puerta. El corazón de Elena pegó un fuerte brinco entre las paredes de su pecho. Cogió deprisa un abrigo del armario que él había dejado abierto y salió detrás de él. Aunque el pie empezaba a curar, aún la punzaba al andar. Cojeó por todo el porche, hasta que por fin vio regresar a Cash, con la escopeta bajada y aspecto amenazador.

—¿Qué pasa, Cash?

Él negó.

—Nada. Es que me ha parecido... Bueno, no importa —dijo, negando otra vez como para ahuyentar una idea que ya no le parecía verosímil—. Entremos. Hace mucho frío. ¿Por qué vas descalza?

Elena escrutó la temible oscuridad con una sensación de malestar apretando la boca de su estómago.

En medio del estremecedor silencio de la montaña, el aire silbaba de modo casi escalofriante, doblando con fuerza los árboles más endebles y agitado las ramas de los demás. Aparte de eso, todo estaba quieto. Muerto.

—¿Hay algo ahí?

Cash se detuvo a su lado y se volvió para echar una última mirada al bosque. Se le veía preocupado. La arruga de su entrecejo estaba muy marcada y sus ojos parecían llamas azules.

—Juraría que sí. Pero no he visto nada.

—¿Has encontrado pisadas?

—Hace demasiado aire, y la nevada de ayer no está asentada. No puedo ver pisadas. ¿No ves como flota la nieve? El viento lo barre todo. Esto es como una tormenta de arena, solo que más gélida. Vamos. Entremos antes de que te resfríes.

Le sujetó la puerta para que ella entrara primero y luego la siguió en el acogedor interior de la cabaña. Dejó la escopeta apoyada en un rincón junto a la puerta y avanzó detrás de Elena.

—No la toques —dijo, haciendo un gesto con el mentón para indicar a lo que se refería—. Está cargada.

—¿De verdad piensas que hay alguien fuera?

—No lo sé. Pero no quiero arriesgarme. Prefiero tenerla a mano.

Elena lo miró con ojos aterrados. Él, en cambio, no la tranquilizó ni añadió nada, ni una sola palabra de consuelo. Tras avivar el fuego, se agachó y recuperó la cena del suelo.

—Vaya mierda —blasfemó apenado—. No podemos comer esto.

Las mejillas de Elena se incendiaron cuando recordó cómo habían destrozado la cena.

—No importa. Comeremos cualquier otra cosa.

Cash le volvió la espalda, apoyó las dos palmas contra la mesa e, inclinándose, calló unos momentos. Parecía tan torturado que a Elena se le encogió el corazón dentro del pecho. Tenía los hombros hundidos y una expresión de suplicio en el rostro.

—Lo siento —murmuró él, y por su tono de voz, ella supo que de verdad lo sentía.

—¿Qué sientes?

Cash se enderezó, se pasó la mano por el pelo, y se volvió para mirarla con ojos relucientes. Nunca le había visto tan arrepentido, y eso que había tenido muchas ocasiones para arrepentirse.

—Siento haberme comportado como un capullo otra vez. Me he pasado el día pescando. Hoy es Navidad y quería prepararte algo especial. No sé por qué reaccioné así cuando me lo preguntaste. Lo siento.

Ella sonrió un poco. La primera disculpa de Cash Evans. Era un momento digno de recordar.

—Creo que no te gustan los interrogatorios —concedió, sintiéndose generosa.

Él sonrió con amargura, bajó la mirada y cabeceó.

—Tienes razón. Los odio.

Elena dejó caer los brazos alrededor del cuerpo, negó y suspiró.

—Está olvidado, Cash. No importa.

—¿Quieres cenar un poco de paté? —propuso él, alzando la mirada hacia la suya con un repentino atisbo de esperanza en los ojos.

Una sonrisa tierna iluminó el rostro de Elena.

—Me parece perfecto.

Cash le devolvió la sonrisa, antes de ir a preparar la cena. Unos momentos más tarde, extendió una manta delante de la chimenea y llevó ahí el plato y una botella de vino que acababa de abrir. Había untado paté encima de panecillos tostados y de postre había compota de uvas.

—Creo que van a ser las peores navidades de tu vida —comentó, sentándose a su lado, delante del fuego.

Elena contempló las brasas con mirada soñadora, sonrió y buscó sus ojos. El ambiente estaba impregnado de sensualidad, aunque ella no habría sabido identificar qué era lo que lo provocaba. Quizá solo fuera la chispeante electricidad que desprendía aquel hombre.

—Yo no diría precisamente eso —respondió, con la voz un tanto ronca por la emoción.

Cash sonrió, muy poco, y sirvió el vino en dos tazas de aluminio.

—Feliz Navidad, Elena.

Ella cogió la bebida que le ofrecía, brindó con él y esbozó una pequeña sonrisa.

—Feliz Navidad, Cash.

Mientras tomaba un trago y sus ojos se perdían en las profundidades azules de los ojos de Cash, Elena comprendió que no hubiera deseado estar en ninguna otra parte, excepto ahí, con él, con aquel desconocido lleno de fuerza y calor, del que empezaba a enamorarse.

Y lo aceptó sin más. Estaba demasiado cansada como para no hacerlo.

Más tarde hicieron el amor en el suelo, intensamente, con una pasión desgarradora.

Entre sus fuertes manos, el cuerpo de Elena parecía delgado y frágil, y a Cash lo invadió un intenso deseo. Deslizó las palmas bajo su ropa para acariciarle los pechos, y le rascó el cuello con su barba mientras su lengua le lamía la piel. Ella gimió muy bajito.

Fascinado, se apartó un poco para mirarla y recorrió el suave interior de su muslo con los dedos. La estudió con rostro muy serio mientras la tocaba por debajo de los bóxers.

Elena separó los labios para respirar. Cash se inclinó sobre ella y aspiró el aire de sus pulmones mientras crecía dentro de él una intensa sensación de placer mezclada con un deseo incontrolable.

Hicieron el amor como si estuvieran devorándose el uno al otro, tocándose todo el rato. Estaban en otro mundo. Ahí no había límites. ¿Cómo va a haber límites si estás colgando encima de un abismo?



Elena se había empeñado en mantener una cuenta de los días que iban transcurriendo, pero acabó olvidándose del número. El paso del tiempo parecía significar poco, o incluso nada en aquel lugar perdido entre las montañas nevadas.

Cada día que pasaba se sentía físicamente mejor que el anterior. Y cada día mejoraba su convivencia con Cash. Se pasaban el rato hablando. De nada en concreto. Quizá de todo. Ella almacenaba todo cuanto él decía, como si de alguna forma intentara atesorar cada palabra, cada contracción de su rostro, cada una de las sonrisas que le arrancaba. Le fascinaba su manera de entender el mundo, su filosofía de vida, su constante búsqueda de la divinidad y su derrota al no encontrarla. Elena tampoco creía en nada salvo en sí misma, así que en cierto modo lo comprendía. Coincidían en muchas cosas y entrechocaban en otras tantas.

Aunque, para su desesperación, él no había vuelto a tocarla desde la noche de Navidad, el clima de tensión que se habían empeñado en mantener al principio se había esfumado. Elena pensaba a menudo en ellos como en dos viejos amigos, o puede que dos compañeros de piso.

*Que sienten una evidente atracción el uno hacia el otro*, pensó, con los párpados entornados. A veces se miraban más de la cuenta, y podía notar la energía que fluía entre ellos. Eso no podía negarlo. Poco a poco él se estaba apoderando de algunas partes de ella que nunca había mostrado a nadie.

Ya era hora de acostarse, pero, por algún motivo, esa noche era incapaz de conciliar el sueño.

Y por lo que pudo escuchar, Cash tampoco, ya que no cesaba de dar vueltas por el suelo.

—Cash —susurró, muy bajito para asegurarse de que él estaba despierto.

—¿Qué? —le llegó la respuesta desde abajo.

—¿No tienes sueño?

Él exhaló un suspiro de resignación.

—No mucho, la verdad.

—¿Por qué no subes aquí?

Se produjo una pausa tan larga que Elena empezó a desesperar. ¿Por qué no decía nada?

—¿Aquí, donde? ¿En la cama? ¿Contigo?

A Elena se le crisparon las facciones.

—Sí —respondió después de unos momentos de silencio.

—¿Por qué quieres que suba?

Los ojos de Elena se abrieron solo para entornarse. ¿No era obvio? ¿Por qué le hacía tantas preguntas? ¿Acaso no podía conformarse y subir de una vez?

—Porque creo que el suelo es demasiado incómodo. Me siento mal por haberme quedado yo con tu cama.

—Bueno, deberías. Tengo la espalda destrozada. Ya tengo una edad.

Los labios de Elena empezaron a desplegarse en una sonrisa.

—Pues sube.

—No sé yo.

—Cash, somos adultos —arguyó con un suspiro de frustración—. Creo que podremos controlarnos, ¿no te parece?

En el semblante de Cash apareció una mueca pícara.

—Claro. Por supuesto —aseguró, con su antigua cadencia sarcástica.

—Pues sube.

Como no se le ocurría ningún motivo para rechazar la propuesta, abandonó su incómodo lecho, subió a la cama y, sin decir nada, se recostó a su lado.

Elena cogió aire y lo expulsó despacio. Le gustaba demasiado tenerle cerca. Cuando él no estaba, se pasaba el día rememorando sus conversaciones. Y cuando estaba, lo observaba todo el rato, sobre todo cuando él no se daba cuenta de que lo hacía.

—Buenas noches, Elena —resonó el susurro de Cash cerca de su oído.

La respiración de Elena se aceleró de golpe cuando notó un potente escalofrío bajar por su columna vertebral. En su interior ardía una necesidad que nunca había sentido, y era frustrante, molesto e incluso doloroso. Sabía que Cash tenía el poder de mejorarlo todo, pero no se atrevía a pedirselo.

No *debía* pedirselo. Estaba mal por mil millones de razones.

—Buenas noches —murmuró con un suspiro de capitulación.

Para su sorpresa, Cash, tras unos segundos de titubeo, la cogió de la mano. Sus palmas se encontraron por debajo de la manta, se frotaron la una contra la otra y sus dedos se entrelazaron.

La atmósfera se volvió eléctrica. Elena empezó a respirar por la boca y a temblar por culpa de la expectación. Notaba que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él.

Cash se demoró unos momentos más. Estaba luchando consigo mismo. Una parte de él quería que se limitara a seguir existiendo, sin más, en medio de esa película en blanco y negro, mientras que otra parte lo instaba a empezar a vivir de nuevo, a dejar que ella llenara su mundo de color y sonido.

Elena esperó y, cuando comprendió que él no iba a cruzar esa línea, se giró de cara a él y sus ojos conectaron en la oscuridad. Al mirarlo, tan atractivo, tan atormentado, se le secó la boca y sintió un tirón en lo más profundo de su ser.

Cash respiraba profundamente y la miraba despidiendo fuego por los ojos. La necesidad de tocarlo era tan fuerte que la perturbaba. Se contuvo unos segundos, pero al final alargó el brazo y le rozó la mandíbula con la punta de los dedos.

Los ojos de Cash destellaron, más peligrosos que la oscuridad que los rodeaba. Con un movimiento repentino, la cogió por la nuca y cubrió su boca con la suya mientras con el pulgar le acariciaba la garganta.

—Me vuelves tan jodidamente loco —murmuró, mirándola sin aliento. Sus facciones estaban desencajadas de lujuria—. Cuando te miro, es como si todo se desvaneciera.

En la boca de Elena tembló una pequeña sonrisa.

—Eso es bueno.

Cash negó despacio, con amargo pesar.

—No, no lo es.

Elena cubrió su nuca con los dedos y lo acercó a ella.

—Cash, la vida nunca es como te gustaría que fuera. Hay obstáculos, y gente que te rompe el corazón. A veces te sientes solo y, otras veces, triste sin saber por qué.

—¿Intentas animarme? —se mofó él.

Elena se cogió el labio inferior entre los dientes y le dedicó una sonrisa seductora.

—Lo que intento decir es que, a veces, vivir el momento es la única opción que tenemos.

—Ah, ¿sí? —Sonriendo, Cash curvó la mano alrededor de su cuello y le acarició la nuca con los dedos—. ¿Y quieres que viva el momento como lo estoy haciendo ahora? —preguntó mientras su otra mano le acariciaba el interior del muslo y subía milímetro a milímetro, incendiándole la piel.

A Elena se le aceleró el pulso. Lo miró a los ojos, se sumergió en el ardiente azul que tanto la obsesionaba, y el mundo empezó a disolverse a su alrededor.

—Me parece que has dado en el clavo —acertó a decir, con respiración irregular.

Él se guiñó el ojo, acercó los labios a los suyos como con intención de besarla y coló la mano entre sus muslos, delirantemente despacio.

—No, aún no. Aunque estoy a punto de hacerlo.

Elena se dispuso a decir algo, pero él la tocó justo donde debía tocarla y todo se desvaneció.

\*\*\*\*\*

Cuando se despertó, Cash ya estaba levantado y había preparado café.

—Huele bien —dijo Elena con una sonrisilla.

Él se volvió para mirarla, sorprendido de ver que estaba despierta tan pronto. Por lo general, Elena no había demostrado ser demasiado madrugadora. Cash se lo achacaba a su casi insultante juventud, asunto en el que apenas pensaba, puesto que le hacía sentir viejo y demasiado destrozado para ella.

—Lo sé. No hay nada mejor que el olor a café recién hecho, ¿verdad?

—Yo me sé unos cuantos.

Cash se cruzó de brazos y se forzó en retener la sonrisa. Cuando estaba cerca de Elena, su sonrisa aflucía de una forma tan natural...

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles?

—El olor a brownie recién horneado, por ejemplo.

Él no pudo evitar ponerle los ojos en blanco.

—Lo siento, princesa. Me temo que yo no sé hornear brownies.

Elena rio entre dientes. La imagen de Cash preparando dulces caseros era desternillante. Él encajaba mucho mejor con una escopeta en la mano.

—Temía que dijeras eso.

Cash le guiñó el ojo con socarronería, sirvió una taza de café y se la ofreció.

—Tengo noticias.

—¿Buenas o malas? —se asombró Elena, lo cual era de esperar, ya que ahí nunca sucedía nada.

Cash se encogió de hombros.

—Depende.

Elena tomó un sorbo y lo miró expectante.

—Vamos, dispara. ¿A qué estás esperando?

—Ha dejado de nevar.

Elena se detuvo con la taza cerca de los labios y sus ojos desorbitados se alzaron hacia los suyos.

—¿Qué?

El rostro de Cash se mantuvo inexpresivo, como si ni le agradara ni le disgustara la noticia.

—Creo que mañana va a salir el sol. Si no vuelve a nevar, es cuestión de días hasta que esto se derrita. Una quincena, como mucho.

El corazón de Elena empezó a latir el doble de rápido de lo normal y notó un ligero mareo y un dolor sordo en la boca del estómago. Siempre le pasaba cuando estaba nerviosa.

—Una quincena —musitó para sí.

Sus ojos se desviaron al instante hacia la ventana.

*Una quincena y todo esto habrá acabado.*

No supo decir si era algo bueno o algo terrible.

Cash hundió las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros y se le acercó con una sonrisilla vacilante.

—¿Quieres salir a dar una vuelta conmigo? —propuso mientras la contemplaba como si pretendiera absorberle el alma.

Elena lo miró desconcertada.

—¿Una vuelta? ¿Dónde?

—Puedo enseñarte esto. Puedo... no lo sé... Enseñártelo.

Elena frunció el ceño. ¿Por qué parecía Cash tan triste de pronto? No podía ser por lo de la nieve, ¿verdad? Ya le había dicho montones de veces que quería perderla de vista cuanto antes.

—Está bien. Me pongo el abrigo y salimos.

—De acuerdo. Pero primero acábate el café. No hay ninguna prisa.

—Hm, vale.

Todavía un poco aturdida por la noticia, se levantó de la cama, se acercó a la ventana y se tomó el café a sorbitos, dándole la espalda tanto a la habitación como al mismo Cash.

Por primera vez desde que estaba ahí, no nevaba, y el cielo estaba casi despejado. Había bastante luminosidad, aunque eso se debía más al blanco iridiscente de la nieve que a otra cosa.

Volvió en sí cuando Cash le rodeó los hombros con los brazos.

Elena movió un poco el rostro para mirarlo y esgrimió una pequeña sonrisa al ver que él estaba sonriéndole.

—¿Nos vamos? —susurró Cash, tan cerca de su oído que un intenso escalofrío descendió por su columna vertebral.

—Sí. Claro —murmuró, turbada.

Se apartó de la ventana, dejó la taza encima de la mesa y empezó a vestirse con la ropa que Cash le había dejado preparada encima de la cama, unos vaqueros suyos y un jersey grueso, de lana gris.

Él ya estaba vestido, pero esperó a que ella se pusiera las botas y se cerrara el abrigo antes de abrir la puerta y salir al exterior.

Elena lo siguió, caminando con cuidado encima del afilado hielo, que crujía por debajo de sus botas como si estuviera hecho de cristal resquebrajado. Habían pasado días desde que él le había quitado los puntos, y aunque el pie seguía teniendo muy mal aspecto, la herida estaba cerrada. Ahora solo quedaban las cicatrices. El dolor parecía haberse ido al mismo tiempo que la hinchazón y el tono morado que rodeaba sus heridas. Al menos, si caminaba despacio y no forzaba el pie. Si se esforzaba, aún notaba punzadas dolorosas.

Alrededor de la casa había un camino transitable. Cash había estado apartando la nieve a diario, pero, más allá, el manto blanco parecía tener más de un metro de altura. Elena no sabía si aventurarse a ir hasta ahí. Decidió que era mejor seguir las pisadas de Cash. Él, a diferencia de ella, conocía el terreno y sabía lo que había por debajo de la nieve. Le aterraba volver a pisar una trampa para osos.

—¿Estás bien?

Cash volvió el rostro hacia atrás para mirarla. Tenía los ojos vidriosos.

Elena asintió.

—¿Tienes frío? —volvió a preguntar él.

—Al contrario. Estoy sudando por debajo del abrigo. Aunque cuesta respirar. El aire es muy fuerte.

—Lo sé. Espera.

Se quitó el pasamontañas, se acercó a ella y se lo puso. Elena lo miraba a los ojos mientras él le cubría la boca y la nariz con la prenda. Le sacaba más de una cabeza. Era un montañero. Ella no era más que una chica de ciudad. No pintaba nada en su mundo, aquel mundo helado y áspero que la llenaba de inquietud.

Y él había sido muy tajante al decirle que no tenía pensado marcharse de ahí. Era un recluso y aquella, la cárcel en la que se había encerrado voluntariamente.

—¿Cómo es este sitio en verano?

Cash, que ya caminaba por delante de ella con la cabeza gacha, atento a lo que pisaba, levantó la cabeza y la miró.

—Verde. Muy bonito. Parece el Paraíso.

—¿Y a qué te dedicas? Es decir, entiendo que tengas pocos gastos viviendo aquí, pero, aun así, compras cosas, como conservas y gasolina. ¿De dónde sacas el dinero?

—Arreglo cosas. —Los ojos azules de Cash se encontraron con los suyos durante unos momentos y Elena notó que conectaban como



siempre—. El pueblo más cercano está a unos veinticinco kilómetros y siempre hay alguna chapuza que hacer. La verdad es que necesito muy poco dinero para sobrevivir.

—Ya. Bueno, tiene que ser interesante. Otro estilo de vida. No vives preocupado por el alquiler y los lujos.

Él sonrió, una sonrisa mortecina.

—No. Eso se ha acabado.

—Y nunca has sentido el impulso de... ¿volver?

Cash frunció el ceño. No la miró.

—No. Esta es mi casa ahora.

—Ya.

Un extraño silencio se abatió sobre ellos. Elena caminó cabizbaja detrás de él, pisando las marcas de sus pies. No podía dejar de pensar en qué pasaría cuando tuviera que marcharse. ¿La llevaría al pueblo más cercano, le daría la mano y se despediría de ella con una sonrisa?

—Y, antes de... mudarte aquí —tenía que elegir las palabras con mucho cuidado. Ya había comprobado en otras ocasiones que el humor de Cash era muy cambiante— ¿qué hacías para vivir?

—Trabajaba.

—¿En qué?

—¿Por qué tantas preguntas hoy?

Elena podía notar la tensión alrededor de sus hombros, pero tenía que seguir presionando. No sabía nada sobre él y quería saber... más.

—De algo habrá que hablar.

—¿Por qué no hablamos de ti?

—¿De mí? No tengo mucho que decir.

—Pues yo tampoco.

A sus espaldas, Elena apretó los labios y negó despacio.

—¿Cómo murió Victoria?

Cash escupió un impropio entre dientes.

—Esto de salir empieza a parecerme mala idea. Volvamos.

—Te lo habría preguntado también en casa.

Él sonrió, aunque fue una sonrisa tan breve que su rostro no tardó más de un segundo en recuperar el aire tosco.

Elena aguardó sin aliento. Lo único que se escuchaba eran las pisadas que quebrantaban el hielo helado. Ya estaban caminando de vuelta a la cabaña.

Al cabo de unos momentos, se dio por vencida. Intentar penetrar dentro de la mente de Cash era como golpearse una y otra vez contra una enorme pared de piedra.

—Nos habíamos peleado.

El corazón de Elena dejó de latir de golpe y sus ojos enfocaron a Cash, que caminaba sin mirarla.

—Ella solo quería pasar más tiempo conmigo, pero yo, como siempre, andaba liado. Le dije que esto era un regalo de aniversario, pero en realidad estábamos aquí porque tenía que cerrar un trato con una empresa canadiense. Apenas me separé del portátil, tenía que trabajar. En fin, no es que *tuviera* que hacerlo todo el rato. Es que no sabía vivir de otra forma. Supongo que estaba enganchado. Ya sabes, el cáncer de nuestra generación: dinero, poder, prestigio. Quería tenerlo todo. Lo había pasado tan mal, me había costado tanto llegar hasta ahí, venía desde tan de abajo que llevaba la competitividad en la sangre.

«Ese día Victoria me pidió que saliéramos a dar una vuelta juntos, pero le dije que quizá al día siguiente. Antes de hacer la reserva, me aseguré de que el hotel tuviera spa para que ella estuviera entretenida mientras yo trabajaba, y le sugerí que pasara la tarde mimándose. *Vamos, cariño. Date un masaje. Yo pago. Lo que sea para mi chica.* Pero me mandó a la mierda y se marchó enfurecida. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que no se me ocurrió ir tras ella. Dejé que se fuera, alterada como estaba, y seguí

trabajando. Tenía una videoconferencia que no me apetecía cancelar. Cuando llamaron a la puerta, me mosqueé. ¿Quién coño venía a interrumpirme? Era la policía. Victoria iba conduciendo y la nieve, sin más, cayó encima de su coche.

—¿Una avalancha?

—Sí —respondió Cash. Su voz sonaba apagada y sus atormentados ojos reflejaban un brillo mortecino mientras recorrían arriba y abajo la ladera nevada—. Murió aplastada. Llevaba siete horas desaparecida y yo ni siquiera me había dado cuenta. ¿Y sabes por qué?

Su mirada se volvió hacia la suya, esos ojos azules se clavaron en los suyos con tanta frialdad que a Elena se le heló la sangre en las venas. Tuvo la prudencia de guardar silencio, se limitó a negar despacio.

—Porque era una mierda de marido —susurró él, más para sus adentros que para ella.

Toda clase de sentimientos se debatían dentro de Elena mientras sus ojos brillantes se arrastraban por cada una de las espectaculares facciones de Cash, tan horriblemente arrasadas de dolor ahora. Nada le hubiera gustado más que levantar el brazo y trazar el contorno de su rostro con una caricia consoladora, pero él tenía un aspecto tan feroz que decidió guardarse la compasión para sí. Estaba casi segura de que no la quería.

Aun así, algo tenía que decir. Estaba claro que él nunca había hablado con nadie del tema. Elena deseó que su padre estuviera ahí. Él siempre sabía qué decir para que uno se sintiera mejor.

—No puedes culparte por ello, Cash. La naturaleza es imprevisible. Si la hubieses acompañado, ahora los dos estaríais muertos.

Cuando sus ojos volvieron a cruzarse, la mandíbula helada de Cash, sus labios apretados y su mirada endurecida insinuaban furia en su estado más puro.

—Eso es exactamente lo que tenía que haber pasado —profirió entre dientes. Más que una declaración, era una plegaria.

Los pulmones de Elena se quedaron sin aire y sus labios se entreabrieron en un gesto de incredulidad.

—¿Preferirías haber muerto con ella?

Se produjo una pequeña pausa, en la que Cash torció el rostro en un sublime gesto de dolor.

—Al igual que mi padre, valgo más muerto que vivo.

Elena no lo aguantó más y estalló.

—¿Te das cuenta de que, si tú hubieses muerto, yo también lo habría hecho? Soy la única superviviente de una masacre y habría llegado delante de esa puerta, agotada, sangrando y con hipotermia. Y todo para morir en el porche, porque la cabaña estaría deshabitada. ¿Cómo puede no importarte eso? ¿Es que salvar una vida humana no significa nada para ti?

Los amenazadores ojos de Cash la paralizaron y la hicieron tragarse su cólera.

—¿Te dejaste la puerta abierta?

—¿Qué? —farfulló Elena, sin entender por qué le venía ahora con ese cambio de tema.

—No te muevas —ordenó él con la voz tan áspera como un gruñido.

Los ojos de Elena enfocaron la puerta de la cabaña. Estaba abierta de par en par. Un gélido escalofrío la recorrió de arriba abajo. Estaba segura al cien por cien de haber cerrado la puerta. Las temperaturas eran tales que a nadie se le habría ocurrido dejarse una puerta abierta.

—¡No, Cash! ¡No entres ahí!

Pero ya era demasiado tarde. Cash corría de vuelta a la cabaña como alma que lleva el Diablo.

Elena apretó las muelas y echó a andar detrás de él todo lo deprisa que podía, que no era mucho. El pie estaba empezado a molestarla cada vez más.

Cuando pisó una bola de hielo helado y se le torció un poco el tobillo hacia la derecha, vio negro delante de los ojos y ahogó un grito ante las

ráfagas de dolor que la sacudieron. Así y todo, siguió cojeando desesperada. Solo podía pensar en que Cash se había dejado la escopeta dentro de la casa. ¿Y si...?

No, no iba a pensar en nada de eso.

*Te prohíbo que pienses en eso.*

—¡Cash! —gritó mientras se arrastraba como podía por el porche—. ¡Cash!

Respiró aliviada cuando él asomó por la puerta ileso.

—No está.

Elena lo miró demudada.

—¿Quién?

Cash estaba extrañamente silencioso. Escrutaba los alrededores con ojos de halcón.

—¡Eh! —lo urgió al ver que no le prestaba la menor atención.

—La escopeta —murmuró él—. ¡No está, joder!

La miró y daba la sensación de lanzar fuego desde las profundidades de sus órbitas.

—Dios mío... —farfulló Elena, cuya faz se había vuelto rígida y tirante.

—Quiero que entres y que cierres la puerta con llave. Oigas lo que oigas, no salgas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, aterrada.

—Iré a dar una vuelta.

Elena lo cogió por el brazo para detenerlo. Si Cash notó su desesperación, no dio señales de importarle.

—No me dejes sola.

—Haz lo que te pido —le ordenó con frialdad—. Cierra la puerta y no le abras a nadie, salvo a mí.

—¿Y si no vuelves? ¿Y si...?

La idea era tan terrible que Elena tuvo que callárselo. Con todo, él lo comprendió. ¿Y si mueres?

—Atranca la puerta, quédate dentro hasta el deshielo y luego sal de estas putas montañas y no mires atrás —rezongó él, con una dureza que le resultó lacerante a Elena.

Los ojos empezaron a escocerle por el peso de las lágrimas que andaba reprimiendo, pero, si esa iba a ser la última vez que se iban a ver las caras, no quería que él la viera llorar.

Así que tensó la mandíbula y lo miró con valentía a los ojos.

—Ten cuidado —dijo, escuetamente.

Él se limitó a asentir y le lanzó una mirada larga que podía significar cualquier cosa.

Elena se despidió de él con un gesto del mentón. Entró dentro de la cabaña, atrancó la puerta tal y como le había pedido y se acercó a la ventana justo a tiempo de verle alejarse por la ladera. Sus párpados bajaron despacio y se mantuvo así unos momentos, inmóvil, anegada en terror.

Si él no volvía... Si él... Si quien quiera que anduviera por esas montañas en su búsqueda encontraba a Cash vagando por el bosque, desarmado... ¿Qué pasaría entonces?

Esa persona podía estar en cualquier parte. Podía vigilarlos sin que ellos se dieran cuenta. El peligro podía estar detrás de cada árbol, en lo alto de cada colina. Puede que ese... *ser* llevara mucho observándolos. ¿Cuántas veces había salido al exterior y se había estremecido por culpa de algo que nunca había sido capaz de explicar? ¿Cuántas veces había sentido unos ojos fríos siguiéndola, incluso cuando estaba dentro de la cabaña? ¿Cuántas noches había pasado Cash vigilando por la ventana?

Elena no quería acobardarse ni venirse abajo ahora, pero sabía que había una gran posibilidad de que él no volviera.

O, peor aún, de que volviera otro en su lugar.

En ese caso, más valía que ella estuviera preparada. Porque, cuando ese momento llegara, todo se resumiría a una elección terriblemente simple:

ella o él. Uno de los dos debía morir. Y Elena tenía muy claro que no pensaba ser ella.

—Mi hija está ahí, en esas putas montañas, perdida, asustada y puede que herida, ¿y usted me está diciendo que no puede hacer nada para encontrarla hasta el deshielo?!

Con los agujeros de la nariz dilatados y los ojos desprendiendo llamas satánicas, Carlos García daba verdadero miedo.

Jim Bouchard llevaba veinte años siendo el jefe de la policía local y muchas veces había tratado con individuos medio enajenados, era inevitable cuando te dedicas a avisar a la gente de que sus seres queridos han fallecido en circunstancias trágicas, pero nadie le había sacado de sus casillas como aquel hombre que se había presentado a primera hora de la mañana en su comisaría, acompañado por otros tres individuos igual de enajenados, que habían tenido que identificar, entre sollozos, los cuerpos de sus hijas.

Todo había empezado con aquella llamada telefónica una semana atrás, padres que se preocupaban porque sus hijas no habían regresado a la universidad. Como si Jim no conociera sus juergas.

Intentó calmarlos, pero estos insistieron. Sus hijas no eran así, y no contestaban al teléfono. Ninguna de las cuatro.

*Quizá se hayan caído las líneas.*

*Eso es imposible. Tenemos un fijo y da tono, pero nadie descuelga. Algo ha pasado.*

Al final Jim tuvo que ceder ante las presiones y mandó a un agente para que comprobara la casa. De todos modos, no estaba muy lejos del pueblo, se podía acceder con una máquina quitanieves.

Nadie esperaba encontrarse esa pesadilla. Sangre por todas partes. Tres cuerpos enterrados bajo nieve. Un asesino en serie, justo ahora que le faltaba poco para jubilarse. Menudo marrón.



Telefonéó de inmediato a Estados Unidos y dio las malas noticias. Las chicas estaban muertas.

*¿Las cuatro?*

*No. Las tres.*

*Entonces, falta una. Puede que esté viva.*

*Desde luego, haremos todo lo posible...*

Pero sus padres se habían presentado ahí. Y *todo lo posible* les parecía insuficiente, vaya.

—Señor García, como le acabo de decir, no tenemos medios para...

—¡Me importa una mierda! ¡Mueva su canadiense culo de esa silla y vaya a buscarla!

Jim le suplicó paciencia a Dios.

—No hay manera de subir a esas montañas como no sea en helicóptero.

—¡Pues consiga un puto helicóptero! ¿A qué coño está esperando? ¡Llame a Vancouver o adonde demonios estime conveniente y traiga a mi hija de vuelta!

—Hay alguien del pueblo que tiene un helicóptero —intervino Sally, su inepta secretaria—. Lo usa en verano para trasportar turistas. Seguro que si se lo preguntamos...

Jim la miró como si quisiera estrangularla. ¿Por qué esa muchacha no mantenía la boca cerrada?

—Bueno, ¡al menos alguien en esta comisaría tiene sentido común! —clamó Carlos García que, en jersey y vaqueros, se paseaba de un lado al otro desprendiendo fuego por los ojos—. ¿A qué están esperando? ¡Llamen al del helicóptero! ¿Es que no ven la gravedad del asunto?

Jim, de mala gana, descolgó el teléfono. Tanto trajín, para nada. Seguro que la chica estaba tan muerta como las otras tres. Incluso si había conseguido huir, no había ninguna posibilidad de que aún estuviera con vida. Podía haber muerto de frío, de hambre o devorada por algún animal. Nadie sobrevive en un bosque, a doce bajo cero.

Pero sopesó el impresionante tamaño del padre, que parecía un ex convicto peligroso, alguien fugado de algún sanguinario cartel mexicano (para Jim, cualquiera con un apellido español era de México), y decidió que lo mejor sería no decir ni pío y proceder a llamar a ese vago de Boris, que le caía peor que los cuatro forasteros juntos.

Apenas se había desplegado la noche cuando comenzó a nevar otra vez.

Con aire sombrío, Elena contemplaba inquieta el oscuro exterior. A sus espaldas, las brasas exhalaban su último aliento.

Por mucho que enfocara la vista, no tenía manera de saber qué era lo que andaba suelto en la noche, si era un ser el que se deslizaba en la oscuridad o si era su terror inenarrable lo que provocaba las sombras entretejidas que se proyectaban sobre el suelo y oscurecían la nieve.

Cash llevaba horas enteras desaparecido.

La espera era enloquecedora. Nunca había sido más consciente de lo sola e indefensa que se encontraba ahí arriba. Sin él, sobrevivir parecía casi imposible.

El viento espolvoreó nieve contra la ventana y Elena se abstraigo en las flores de escarcha que cubrían partes de la doble ventana. Tenía que salir. No podía demorarlo más o se quedaría sin fuego.

La idea de que Cash estuviera muerto a esas alturas era obsesiva, pero se negaba a procesarla de momento. Aún no podía venirse abajo ni llorar por él. Todavía necesitaba conservar las fuerzas, porque ser fuerte era la única opción que tenía de momento. No se le permitía ninguna debilidad. Ni siquiera una lágrima. Estaba sola y necesitaba contar con todas sus energías a partir de ahora.

Con aire resuelto, se puso las botas, un abrigo de Cash, y se armó con un cuchillo de carne, el más grande y sólido que encontró.

Le temblaban las manos cuando desatrancó la puerta.

Fuera, la oscuridad que lanzaba nieve contra su rostro hacía que fuera muy difícil orientarse entre las corrientes blancas, traicioneras, a las que ya

había conseguido engañar una vez. Pero ¿durante cuánto tiempo consigue uno burlar a la muerte? ¿No hay que pagar un precio, tarde o temprano?

El ruido del destartado tejado estremeciéndose a merced de las rachas de viento que lo azotaban aumentó su ansiedad. Levantó el cuchillo y sostuvo el mango con más firmeza, consciente de que su inquietud empezaba a transformarse en miedo.

Toda la superficie del porche brillaba como el velo de una novia. El aliento superficial de Elena brotaba en nubarrones de vaho que se alzaban hacia un cielo invisible. Bajó la escalera con mucho cuidado de no resbalar, aferrada a la putrefacta barandilla, salió a la intemperie y caminó oculta por las sombras hacia el viejo pajar que se insinuaba en la neblina.

Sabía que Cash había guardado ahí la leña que había partido el día anterior, así que empujó con la punta del pie la puerta cubierta de moho blanco y se deslizó dentro.

Nunca había entrado ahí y habría deseado no tener que hacerlo jamás. Olía a sepulcro. Tal vez fuera humedad. En todo caso, Elena se sentía como una de las mujeres de Barba Azul, penetrando en un sitio en el que no debía.

El suelo crujía por debajo de su peso mientras se adentraba, con pies de plomo, en la oscuridad. El corazón martilleaba como loco entre sus costillas. A sus espaldas solo se escuchaba el viento y el oxidado sonido de la veleta.

Necesitó unos segundos para adaptarse a la falta de luz y localizar el montón de leña cortada, cuyo contorno se insinuaba en la negrura.

Atenazada por el miedo, echó una mirada de sondeo a sus espaldas. Ahí no había nadie aparte del viento.

Un poco más calmada, se guardó el cuchillo en el bolsillo trasero de los vaqueros, cargó unos cinco troncos grandes en los brazos y se apresuró a regresar a la engañosa seguridad de la cabaña.

Estaba caminando con los ojos entrecerrados para protegerse de los copos se la cegaban, cuando vio que la puerta de la cabaña estaba abierta de

par en par. Un frío terror la atravesó como un rayo, y ya no fue capaz de refrenar su desasosiego ni de controlar los febriles latidos de su corazón.

Había alguien dentro. La certeza agitó su estómago, provocándole un repentino mareo.

Depositó la madera en la nieve con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido, y se sacó el cuchillo del bolsillo. La mano que lo empuñaba temblaba tanto que tuvo que hacer un gran ejercicio de control para que sus dedos adquirieran cierta firmeza. Parecían laxos, de mantequilla.

Sorbiéndose las lágrimas y el pavor, se encaminó lentamente hacia la escalera. Tenía el rostro desencajado y miraba a su alrededor con ojos desaforados, atenta a las sombras que parecían moverse dentro de la absurda oscuridad. Su pecho bajaba y subía muy deprisa, y la mano que sujetaba el cuchillo temblaba de forma visible. Los ajados escalones crujieron por debajo de ella. Un sonido delatador y demasiado siniestro.

—¿Cash? —susurró, sin demasiada esperanza.

Por supuesto, nadie respondió, y se vio obligada a avanzar por el porche con los ojos puestos en la puerta y el corazón yéndole a mil revoluciones por minuto. Los dedos que aferraban el cuchillo estaban torcidos como garras. Dudaba de que fuera capaz de emplearlo llegado el momento.

Se detuvo en el umbral, cogió aliento varias veces y, presa de un terror enfermizo, cruzó la puerta. Imaginaba horrores indescriptibles.

Pero en la habitación no había nadie, solo el viento retumbaba contra las paredes y la inmaculada nieve se arremolinaba por la puerta.

Elena la miró, se fijó en los copos que giraban y danzaban a su alrededor, y una risa forzada y quebradiza rompió el silencio.

Probablemente no cerrara bien la puerta y la fuerza del viento la abriera de par en par. ¿De qué otra cosa podría tratarse?

Intentando mantener a raya el desaliento que se negaba a abandonarla, se guardó el cuchillo en el bolsillo trasero de los vaqueros, regresó a por la leña y, en cuanto estuvo de vuelta en el interior, atrancó la puerta y se dio

prisa por alimentar las brasas antes de que el fuego se extinguiera. Dudaba de que fuera capaz de encenderlo una vez apagado.

Incluso dudaba de que fuera capaz de reavivarlo ahora. Parecía casi apagado.

—Vamos, no se te ocurra —rezó mientras recolocaba la madera por tercera vez.

Pasados unos tensos momentos, los troncos chasquearon y una pequeña llama prendió en una esquina. A Elena la invadió un profundo alivio. Al menos por una noche no iba a congelarse.

Se dirigió al fregadero, llenó un vaso de agua y tomó un par de tragos para deshacerse de la sequedad de su garganta. ¡Qué bien le sabía!

De reojo le pareció ver algo oscuro tumbado encima de la cama y volvió lentamente el rostro hacia la derecha mientras el pánico regresaba, embistiendo con el doble de fuerza que antes.

Cuatro ardillas muertas se estaban desangrando en su almohada.

Un grito de horror desgarró el silencio nocturno, lo cual amortiguó un poco el sonido producido por el vaso que se escurría de entre sus dedos y se estrellaba con un gran estrepito contra el suelo.

Unos fuertes golpes en la puerta la hicieron gritar de nuevo.

—¡Elena! ¡Soy Cash! ¡Abre!

Giró sobre sí misma y desatrancó de inmediato la puerta. El momento de terror que acababa de vivir hizo saltar por los aires su compostura y, en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Cash, se vino abajo y se abalanzó sobre él.

—Eh. —Cash, con ternura, cogió su nuca con una mano, hundió la nariz en su pelo y cerró los ojos con fuerza—. Tranquila.

—¿Dónde estabas? —farfulló Elena con la voz ahogada por las lágrimas. Tenía el rostro hundido en el pecho de él y su olor masculino empezaba a marearla.

—Lo siento, no lo recuerdo muy bien. Imagino que resbalé, caí y me quedé inconsciente en el bosque. No veas cómo me duele la cabeza. Noto un bulto justo en la nuca. Espero no tener una conmoción.

Elena se detuvo, súbitamente insegura, retrocedió y poco a poco su respiración empezó a ralentizarse. Él se estaba frotando la nuca con la mano y, esbozando un gesto de dolor, le sostenía la mirada a través de la penumbra.

—¿Elena? ¿Qué ha pasado? Te he oído chillar.

Su preocupación era sincera. Y, sin embargo...

—¿Estás bien? —Cash, al ver que ella seguía muda, frunció el ceño en un gesto dubitativo.

Elena lo miraba a los ojos, demudada, y, cuanto más la miraba, más se infiltraba el horror y las dudas a través de ella.

*Piénsalo, Elena. ¿Qué sabes realmente sobre él? ¿Que vive solo, aislado en medio de la montaña canadiense? ¿Que es peligroso? ¿Que podría matarte sin el menor esfuerzo? ¿Cómo sabes que no está jugando contigo ahora mismo?*

*Recuerda que fue él quien entró esta mañana y constató que la escopeta había desaparecido. Tú te quedaste fuera.*

*Y, sorpresa, no estaba aquí cuando alguien se coló para dejarte las cuatro ardillas muertas encima de la cama. ¿Entiendes el mensaje? Han muerto tres ardillas. Falta una.*

*Tú.*

*¿Y cómo sabes que no mató a Victoria y la enterró en estos valles?*

*No lo sabes, porque te has dejado cegar por tus estúpidas emociones.*

*Así que dime, Elena, cielo, ¿cómo sabes que este hombre con el que tan a salvo has llegado a sentirte no es el puto Norman Bates<sup>[5]</sup>?*

—¿Elena? —insistió él, taladrándola con ojos impenetrables.

—Creo que estoy perdiendo la cabeza.

Retrocedió sin aliento. Sus ojos se sentían irremediablemente atraídos por él. Tan guapo. Tan hipnotizante. Tan letal. Puede que fuera la última vez que estaban cara a cara. El príncipe y la princesa, dentro de un castillo de nieve que se estaba viniendo abajo justo por encima de ellos.

—¿Qué te pasa?

Cash puso los ojos a la altura de los suyos. La expresión de su rostro era blanda, casi cariñosa.

Elena esbozó una pequeña sonrisa. Brotó repleta de tristeza. Se sentía tan desmoronada, tan vencida, tan cansada de todo...

—He ido a por leña, he vuelto deprisa y... me he quedado sin aliento —respondió con la voz casi inaudible.

Los ojos de Cash se suavizaron y su rostro casi desveló una pequeña sonrisa. Al menos las esquinas de sus ojos habían sonreído al arrugarse.

Envuelto por la nieve que se colaba por la puerta entreabierta, ofrecía un aspecto de lo más peligroso, con los labios agrietados por el viento y el pelo oscuro hecho un desastre.

Pero su rostro, su exquisitamente cincelado rostro, conservaba la expresión blanda que hacía que los peores temores de Elena cobraran vida.

—Eso puedo solucionarlo —murmuró. Dio un paso hacia ella. Elena no retrocedió esta vez y él inclinó el rostro sobre el suyo y se quedó aspirando muy cerca de la boca de ella—. Siempre puedo prestarte el mío.

Su boca cubrió la suya en un beso salvaje, que desató toda una tormenta de emociones en el interior de Elena.

Se abrió a él y dejó que la besara por última vez, mientras su mano se dirigía despacio al bolsillo trasero de los vaqueros, en el que se había guardado el cuchillo. Sus dedos temblorosos rodearon con firmeza el mango y por un momento fue todo cuanto hubo, su ser abriéndose y ofreciéndose sin el menor conato de resistencia y la solidez de un cuchillo insuflándole valor.

Cash, con los ojos cerrados, se volcaba en su boca más y más, acometía, invadía, penetraba y se apoderaba de sentimientos a los que ella no debería



haberle permitido llegar.

Nunca la había besado así. Nadie la había besado así, famélico, codicioso. Era devastador. La urgencia de sumergirse en él y olvidarse de todo, del mundo, de sus sospechas, se estaba volviendo cada vez más tentadora.

*¿Por qué no? Nadie ha dicho que debas ser fuerte. Todo el mundo sabe que eres débil. Ingenua. Una víctima.*

Las lágrimas cargaban sus pestañas, pero Elena mantenía los ojos cerrados y se aferraba a aquellos labios ardientes como si él fuera todo cuanto le importaba en el mundo.

El cuchillo estaba cada vez más cerca del abdomen de Cash.

El beso se tornó voraz, aún más excitante, pero el dolor en el corazón de Elena se hacía más profundo con cada acometida.

*Mi amor es un fuego.*

*Esto es lo que se siente cuando estás ardiendo.*

La nieve que se colaba por la puerta los envolvía y brillaba a su alrededor. Como en un bonito cuento de hadas.

*Mi príncipe...*

Y, aun así, la quería muerta. La quería junto a las demás, enterrada bajo un lecho de nieve. ¿Por qué?

La respuesta la horrorizaba. Pero lo que la horrorizaba todavía más eran los sentimientos que él aún incitaba en ella. Ni siquiera en ese momento podía detestarle. Lo que él despertaba en su interior era incluso más profundo que el odio. Solo podía ser amor.

Las lágrimas empezaron a escurrirse imparables por el rostro de Elena. Su cuerpo temblaba de lo devastada que se sentía. Cash la sujetaba por la nuca con una mano y la besaba más y más, como si no pudiera saciarse nunca. Sus dedos estaban fríos, casi como la nieve que los rodeaba.

Elena apretó los párpados con fuerza y, con manos trémulas, apoyó la punta del cuchillo contra su abdomen. Era amor. Se había enamorado de él.

—Lo siento, Cash —murmuró contra sus labios.

Él se apartó lo justo como para que sus ojos se sumergieran en los suyos.

—Eh... —le dijo con muchísima ternura mientras, con un dedo colocado bajo su barbilla, le levantaba el rostro—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que sientes?

Elena entrecerró los párpados y abrió la boca para responder. Para decir: *necesito hacer que te vayas. Necesito poner fin a esta locura. No quiero, pero tengo que hacerlo, ¿lo entiendes?*

Iba a formular las palabras, pero de repente un horrible ruido retumbó en sus oídos y tal fue su sobresalto que el cuchillo se le escurrió a través de los dedos y se estrelló contra el suelo antes de que le diera tiempo a usarlo.

El mundo se paralizó cuestión de segundos, y Elena sintió que una palidez enfermiza cubría su rostro y que sus facciones empezaban a desencajarse. A duras penas reunió fuerzas para alzar la mirada y buscar los ojos de Cash. Lo hizo muy despacio, tenía la sensación de que todo se estaba desarrollando a cámara lenta.

Él no movía ni un músculo. Tenía los labios ligeramente separados y sus impresionantes ojos la miraban interrogantes, horrorizados. Elena apenas podía distinguir su rostro a través de la cortina de lágrimas que la nublaba la vista. Aun así, vio cómo empalidecía el impecable semblante y cómo, poco a poco, empezaba a desmoronarse su expresión.

Cash se llevó las dos manos al abdomen y respiró fuerte, incapaz de asimilar lo que acababa de suceder. Seguía mirándola sin comprender.

Elena tragó saliva solo para no echarse a llorar. Temía no ser capaz de detenerse si se permitía a sí misma venirse abajo. El temor era tan grande que, de no ser capaz de mantenerlo a raya, la haría enloquecer de pánico.

Se miraron y ella empezó a negar una y otra vez, a rechazar sistemáticamente todas las ideas horribles que la estaban asaltando.

—Yo también... lo siento —farfulló Cash, tambaleándose, viniéndose abajo. Elena nunca había visto unos ojos más atormentados que los suyos,

más destrozados por la culpa.

Una mujer más a la que no podría salvar.

Sintió ganas de gritar. De aullar con todas sus fuerzas. Su rostro estaba contraído en una mueca de desesperación, aunque esa expresión no reflejaba ni una milésima parte del pavor que le aprisionaba la garganta.

—No. Tú no... —balbució, presa del pánico, aferrándolo con fuerza por la nuca—. Tú...

No había palabras para ese momento, ni aliento para susurrarlas. No había nada. El mundo había oscurecido, y ella y Cash estaban solos en medio de aquel horrendo cuento de hadas. Pasión. Nieve. Frío. Muerte. ¿Por qué no lo había comprendido antes?

*Por favor, no te mueras. No te mueras. No te mueras.*

Chilló cuando Cash se desplomó sobre su hombro. Así y todo, hizo acopio de sus últimas fuerzas y lo sujetó para que no cayera al suelo.

—Te tengo —murmuró junto a su oído. Estaba desesperada, ni siquiera sabía lo que estaba diciendo. Tenía la mente abotagada, demasiado febril como para lograr cierta coherencia—. Te tengo, Cash. Tranquilo. Todo va a salir bien.

Notó cómo la sangre tibia le empapaba el jersey, el jersey que conservaba su maravilloso olor masculino, y la invadió un dolor casi físico, lacerante. Él no se movía. ¿Por qué no...? Maldita sea, ¿por qué no reaccionaba?!

Pese a lo espesa que era la niebla que inundaba su mente, una idea, una idea aterradora, se abrió paso por su cerebro.

No se movía porque estaba muerto.

Nada más reproducirse ese pensamiento, el frágil cuerpo de Elena se vio traspasado por un frío glacial que le puso la piel de gallina.

—¡Cash! —aulló horrorizada, sacudiéndolo para que regresara con ella. Le daba igual que estuviera muerto. Le daba igual que estuviera con Victoria. *Tenía* que volver.

—Creo que Cash ya no puede ayudarte ahora, Elena —escuchó una voz, increíblemente helada, a espaldas del hombre que aún sujetaba entre sus brazos.

—Dios mío...

Elena se abandonó al pánico. ¿Cómo había podido estar tan ciega, tan equivocada?

Ahora era tarde. Demasiado tarde como para cambiar nada. Sabía que iba a morir y, muy dentro de ella, también sabía que apenas le quedaban fuerzas para resistirse.

Cotejó las posibilidades que tenía de salir corriendo. Eran bien escasas. Solo había una forma de salir de esa cabaña: por la puerta.

Y eso la habría puesto en el punto de mira de la escopeta. De momento el cuerpo de Cash la estaba protegiendo de las balas, pero la defensa no duraría para siempre.

—No te aconsejo que intentes correr. No llegarías muy lejos esta vez. Y suelta esa maldita cosa muerta. Tu novio ya no puede ayudarte ahora.

La voz sonó aplomada.

Aun así, estremeció a Elena de la cabeza a los pies. Por su crueldad, por lo certeras que eran sus palabras... Cash ya no podía protegerla ni salvarla. Esta vez estaba sola. La cuarta ardilla. Podía luchar por su vida o podía rendirse en ese momento.

Alzó la barbilla en un patético intento por parecer valiente y dio un respingo al trabar mirada con aquellos ojos inhumanos que relucían en la oscuridad. Él sonrió, colocó la mano sobre el corazón e hizo una reverencia.

—Hola, Elena. Me alegra volver a verte.

El miedo se abrió paso a través de Elena como un cuchillo. Sin embargo, su faz no transparentaba nada. Algo muy dentro de ella le gritaba que mantuviera la sangre fría y los ojos bien abiertos. Puede que aún existiera una posibilidad de sobrevivir. Y, si la había...

—¿Quién eres? —preguntó, calmada.

—¿*Quién eres, quién eres?* —le hizo burla él.

Elena apretó las muelas y siguió mirándolo a la cara, con fingido aplomo, mientras su febril mente intentaba buscar una escapatoria.

—Soy Cody —respondió él al ver que ella no se derrumbaba de miedo. No tenía ni idea del esfuerzo que hacía por mantenerse así de entera. Habría

aullado con todas sus fuerzas, pero se negaba a malgastar energías con algo tan estúpido.

—¿Y qué quieres, *Cody*?

Pese a la tranquilidad que intentaba proyectar, respiraba con jadeos entrecortados y él lo notó y volvió a sonreír. Se le veía feliz, excitado como un niño que está a punto de recibir un juguete muy ansiado con el que se muere por jugar. El miedo de la presa provocaba ese brillo demente en sus pupilas.

—Creo que eso ya lo sabes. La vez pasada te marchaste muy precipitadamente. Fue una descortesía por tu parte, ¿no crees?

—¿Cómo sabes mi nombre?

Él sonrió, pero el gesto no tardó más de un segundo en congelarse.

Era joven, Elena le echó unos veinticinco años como mucho. Iba vestido con ropa de montañero, aunque estaba ajada y sucia. Llevaba un gorro muy calado y el conjunto entero le concedía un aire de lo más ponzoñoso.

—Lo susurró tu amiguita, la rubia. Fue lo último que dijo antes de que le rajara la garganta.

Elena asintió para sí. La niebla se había disipado y lo veía todo bajo una luz nítida. Así que por eso él había levantado la mirada de repente. Sarah la había visto en la ventana y había suplicado su ayuda. Pobre Sarah. Debió de haberse sentido tan aterrada como se sentía ella ahora.

—Te escondiste bien durante un tiempo, tengo que admitirlo. Pero, ya ves, acabé encontrándote. Cojeabas en medio de la nieve la primera vez que te vi. No podía creerme que fueras tú. Menudo golpe de suerte. Sale uno a pasear por la montaña y ¡pum! La chica de sus sueños justo ahí.

Elena apretó la mandíbula cuando él le guiñó el ojo.

—El caso es que me estaba acercando a ti cuando tu novio salió de ninguna parte y te cogió en brazos —se detuvo, por si ella quería añadir algo. Elena se limitó a sostener su mirada. Conservaba su perfecta máscara de insensibilidad—. Te apartó de mí, ¿te lo puedes creer?, pero me quedé observando. Siempre observando. Esperando. Cada vez más y más cerca.

Ni siquiera te diste cuenta. Dejé que te sintieras a salvo mientras te miraba. Os vi pelear. Te vi besarle... Os vi follar... Eso, por cierto, me puso muy furioso. ¿Cómo has podido?! —rugió, pasando tan deprisa de un estado cordial a uno colérico que Elena dio un respingo. Sin embargo, no pudo dejar de mirarlo. ¿Cómo apartar la mirada de la inmensa locura que crepitaba en aquellos ojos? Se produjo un prolongado silencio, después del cual Cody se recompuso y volvió a mirarla con sus helados ojos azules, como si acabara de recordar que ella estaba ahí. Ahora parecía de nuevo calmado, solo estaban discutiendo una trivialidad—. Nadie tenía derecho a tocarte cuando yo ya te había marcado.

Elena sintió arcadas solo de pensar en el significado de la palabra *marcar*.

—¿Por qué haces esto?

Esta vez no consiguió controlarse y una nota de terror se filtró a través de su entrecortada voz. Las oleadas de miedo le asfixiaban la garganta. El hecho de que él posara su repugnante mirada sobre ella y esbozara esa sonrisa calmada, de asesino, esa sonrisa que decía: *no vas a ir a ninguna parte, Elena*, solo servía para aterrorizarla aún más.

—¿Por qué? —repitió Cody, con una inflexión de burla que hacía juego con su sonrisa desalmada—. Porque puedo. ¿Quién va a detenerme?

Elena miró de soslayo a Cash. Le había parecido verle abrir los ojos, pero cuando le echó una segunda mirada, sus pestañas estaban bajadas y su rostro se mantenía rígido.

Necesitaba ganar tiempo. Tenía que pensar.

Poco a poco iba asimilando las cosas, se estaba recuperando de la conmoción. La capa de terror todavía seguía ahí, helándole la sangre, pero era menor, más controlable, y le permitía verlo todo con un poco más de claridad.

Recordó que de pequeña odiaba tomar medicinas cuando estaba mala. Su madre, enfermera de profesión, la obligaba a engullirlas. Por eso Elena solía crear una distracción que hacía que Melisa apartara la mirada el

tiempo justo como para que ella consiguiera escupir las pastillas y esconderlas debajo de la almohada.

Pues bien, ahora necesitaba crear una distracción.

Y no tardó nada en decidir cuál iba a ser. En realidad, tenía que agradecersele a él. A Cody. Si no se hubiese acercado tanto a ella, si se hubiese limitado a dispararla desde la lejanía como había hecho con Cash, ella no habría podido hacer nada.

Pero la suerte estaba de su parte, él se le había acercado y Elena creó una gran distracción tirándole encima el pesado cuerpo de Cash.

—¿Serás...?

Cody empezó a tambalearse, resbaló en el escalón helado y cayó hacia atrás en la nieve. Elena esperó a que estuviera boca arriba en el suelo, antes de agacharse, coger el cuchillo y salir corriendo hacia la oscuridad.

—¡Te mataré, puta asquerosa! Te mataré, ¿me has oído? —gritaba Cody a sus espaldas, arrastrando las palabras por culpa de la rabia que lo invadía al verse burlado por su presa.

Elena sintió una primaria satisfacción ante la victoria. Era consciente de que su tobillo herido no le permitiría llegar demasiado lejos y de que él solo tardaría segundos en quitarse a Cash de encima y echar a correr detrás de ella. Aun así, se alegraba de haber conseguido un poco más de tiempo. Cada segundo que le ganaba a la muerte era valioso.

Como ya no tenía tiempo para confeccionar más planes, dejó que el instinto de supervivencia tomara el control sobre su mente: escrutó desafortadamente la oscuridad y descartó la idea de correr hacia el bosque. Los árboles le proporcionarían una pantalla detrás de la que ocultarse, cierto, pero había demasiada distancia hacia ahí y, además, el camino era llano. Cody la vería de inmediato. Nevaba, y la claridad de la nieve era casi similar a la luz del día. Era una presa demasiado fácil. Estaría expuesta.

De modo que torció hacia el pajar. Ahí tampoco había dónde esconderse, pero al menos podía controlar la entrada. Tal vez sorprenderle, ocultarse detrás de la puerta y apuñalarlo por detrás.



Mientras corría, vio el palo que Cash solía dejar apoyado contra la cabaña. Lo cogió al vuelo y siguió corriendo. Cuando llegó al pajar, empujó desesperada la puerta con el hombro, pero esta vez no se abrió.

*¿Qué demonios...?*

Con la garganta obstruida de miedo, miró a ver qué era lo que la bloqueaba y se quedó helada. El candado estaba echado. El muy hijo de puta había cerrado el candado que siempre colgaba de la aldaba de la puerta.

—¡Elena! —rugía Cody, furioso, a sus espaldas.

Elena se enderezó y aguzó el oído. Al principio, no oyó nada por culpa de los frenéticos latidos de su corazón y su áspera respiración, pero al rato escuchó las fuertes pisadas del hombre que la buscaba. Estaba cada vez más cerca. Ella le llevaba cierta ventaja, pero, dado el lamentable estado de su tobillo, él la alcanzaría en breve. Debía de haber conseguido alguna especie de arma, porque algo cortaba el aire con un perverso silbido y Elena dudaba de que se tratara de la escopeta de Cash. Aquel objeto era metálico y la mano que lo sujetaba lo hacía girar con maligno regocijo.

—¿Dónde estás, cariño?

*Oh, mierda.*

Se precipitó hacia la oscuridad, sin rumbo, con pasos vacilantes. Los copos la cegaban. El tobillo le punzaba con tanta saña que sus piernas estaban a punto de flaquear. El viento se estremecía en torno a sus hombros y el aire era tan espeso que apenas cogía algo de oxígeno al respirar. Las esqueléticas ramas de los árboles proyectaban sombras cambiantes sobre la nieve. Los ojos de Elena estaban inflamados por la ventisca.

*En el palacio de la Reina de las Nieves todo estaba hecho de nieve. Era muy frío y muy grande pero todo estaba vacío, allí no había alegría, ni bailes, ni juegos...* <sup>[6]</sup>

¡Por fin se acordaba! El cuento se llamaba *La Reina de las Nieves* y el niño no era ella. Se llamaba Kay. La Reina de las Nieves se lo había llevado a su palacio, pero Gerda consiguió llegar hasta él y descongelarlo. Quizá ella pudiera descongelar a Cash cuando...

La pala salió de ninguna parte y le atestó un fuerte golpe en la cara. Elena se quedó aturdida un segundo y luego se tambaleó sobre los talones y cayó boca arriba en la nieve.

Los oídos le silbaban y de repente la invadió un fuerte mareo, la nieve pareció solidificarse a su alrededor como una trampa que poco a poco empezaba a asfixiarla.

Con la cabeza yéndole a mil, cerró los ojos por unos segundos para intentar estabilizarse. Cuando los abrió, él estaba encima de ella, su cuerpo la aprisionaba contra el gélido manto blanco, y sus labios le susurraban al oído, con voz tierna, dulce:

—Mía... Eres mía.

*Puto psicópata.*

Elena intentó forcejear y patalear, pero él le propinó un brutal puñetazo en la cara que la hizo volver violentamente el rostro hacia un lado. Al instante notó algo tibio escurriéndose por el arco de su boca. Sangre.

—Te he marcado. Ese día, en la gasolinera. No te acuerdas de mí, ¿verdad? Claro que no. Solo teníais ojos para él. Estabais todo el rato *clo clo clo* como gallinas. Que si era guapo, que si le queríais dar un meneo... Ninguna se fijó en el chico que os estaba limpiando el parabrisas. Pero, ¿adivina qué, Elena? Yo sí me fijé en vosotras. En las cuatro.

Elena cerró los ojos y aspiró fuerte. Sentía que toda la sangre se le agolpaba en los oídos.

Luchó por mantener la mente despejada, pero después de ese golpe tenía el estómago todavía más revuelto y la cabeza le daba tantas vueltas que tan solo el viento que azotaba rabiosamente su rostro impedía que se desmayara.

Él sacó una navaja del bolsillo y la paseó por delante de sus desaforados ojos azules, empañados de terror.

—¿Pensabas que ibas a poder escapar de mí? Estás marcada, Elena. Eres mía. Puedo hacer contigo lo que me plazca. Con tus amigas fui

misericordioso. Un cortecito de nada y ya. Apenas me divertí. Pero contigo...

La navaja resplandeció cuando se la volvió a pasear por delante de los ojos.

—Contigo... —prosiguió, con una repulsiva sonrisa de deleite.

Elena aunó fuerzas y le propinó un fuerte rodillazo en la entrepierna. Él se encogió de dolor y ella, de una patada, lo empujó hacia atrás y se incorporó sobre los talones con cierta agilidad. No se paró a sopesar hacia dónde se dirigía. Echó a correr sin más.

A sus espaldas, Cody se incorporó y le ordenó que parara. Elena corrió con más fuerzas aún, sin hacer ni caso al dolor sangrante de su pie herido.

—Como no pares ahora mismo, lo vas a lamentar, cielo.

Por supuesto, no obedeció. El palo de Cash cruzó el aire y la golpeó con saña justo detrás de las rodillas. Elena soltó un rugido de dolor y cayó en la nieve, como segada. Cody se acercó a ella cojeando.

—Te dije que pararas, zorra.

*Mierda.*

Miró hacia atrás, desesperada, y empezó a arrastrarse con los codos. No podía contar ya con las piernas. Sentía demasiado dolor.

Unos dedos enroscados en su pelo la hicieron chillar.

Cody, sin dejar de sujetarle el pelo con fuerza, la giró por debajo de él, le rodeó las caderas con las piernas y volvió a dominarla con su tamaño.

—Putá. ¡Putá indecente! —gritó, propinándole un bofetón tras otro—. Te acostaste con él. Te vi. ¡Te vi! —Elena abrió los ojos de par en par cuando él le rodeó la garganta con las dos manos y empezó a apretar fuerte. Usó los dedos y las uñas para intentar desasirse frenéticamente de su agarre, pero fue en vano. Cody apretaba con demasiada fuerza y el aire era cada vez más escaso en sus pulmones—. Cuando papá se iba a trabajar, te lo follabas y ni siquiera te importaba que yo estuviera ahí, mirándote. Te gustaba que te mirara, ¿a que sí?

*¡Yo no soy tu madre!*

Pero ningún sonido brotó. Las manos que rodeaban su garganta le impedían producir el menor sonido.

Elena gruñó y se resistió todo lo que pudo, pero la oscuridad que la reclamaba era fuerte. Quizá más fuerte que ella. Aun así, estaba luchando. Luchar era la única opción que tenía en ese momento.

—Pero te he marcado. Descuida, que te he marcado. Ahora eres mía y tú nunca me abandonarás.

—¡Eh, pirado! —La voz de Cash brotó controlada, pero más fría que el hielo—. Ella no es de nadie.

Cody se incorporó velozmente, ciego de ira y dispuesto a llevarse por delante a quien fuera, pero Cash solo le concedió dos pasos.

Antes de que Elena pudiera coger aliento, el fuerte estrépito de la escopeta hizo añicos el silencio de la montaña.

Por fin el aire entró de nuevo en su cuerpo, pero no tuvo tiempo de disfrutarlo.

El pesado cuerpo de Cody aterrizó sobre ella y su sangre, tibia y pegajosa, empezó a escurrírsele encima del rostro. Tosiendo en busca de aliento, empezó a apartar frenéticamente el cadáver cuyos horribles ojos azules la miraban con espeluznante fijeza.

Cash le echó una mano. Cogió a Cody por el cuello del abrigo y tiró de él hacia arriba.

Elena, al verse liberada, se incorporó deprisa, se abrazó a su cuello y se quedó colgada de ahí.

Cash dejó caer a Cody y la rodeó con un brazo. El dolor amenazaba con derrumbarlo, tenía la cara desencajada, la frente poblada de sudor y una vena no dejaba de palparle violentamente en la sien, pero no la apartó. Él también necesitaba aferrarse a ella con todas sus fuerzas.

—Pensaba que estabas muerto —farfulló Elena entre sollozos.

—Chiss... Estoy bien. Estoy bien —murmuraba Cash, que mantenía la frente apoyada contra la suya para que ella no viera su expresión de profundo sufrimiento. Sentía que las piernas le estaban flaqueando y no estaba muy seguro de si iba a sobrevivirle a aquella noche. Por eso la abrazaba tan fuerte. Si la bala le había alcanzado algún órgano, era cuestión de... ¿qué? ¿Minutos?—. ¿Tú estás bien?

Elena retrocedió un poco y lo miró con las lágrimas aferradas al borde de sus ojos.

—Cash, lo siento. Lo siento muchísimo. Iba a... Creí que...

El negó despacio y le secó las lágrimas con una mano.

—No pasa nada.

—Lo siento... —repetía Elena, despedazada por la culpa.

Cash la miró a los ojos con una fascinación desconcertante. Esbozó una sonrisa leve, blanda, le envolvió la nuca con la palma y su boca fue al encuentro de la suya con una pasión ardiente, oscura, que la dejó mareada.

Los labios de Elena se abrieron despacio para él y Cash la besó con fuerza bajo la incesante nieve que espolvoreaba copos blancos encima de su cabello. Elena se sentía embriagada y se apretó contra la sólida pared de su pecho hasta que rozó la mano con la que él se presionaba la herida y Cash ahogó un sonido de dolor.

—Dios mío, ¡te ha disparado! —recordó de pronto, apartándose de él casi de un salto.

Cash intentó tranquilizarla con una sonrisa que solo tardó milésimas de segundo en apagarse.

—No es nada. Solo es un rasguño. Por suerte, me ha disparado de lejos y el impacto ha sido menor.

Se estaba haciendo el duro y los dos lo sabían. Elena lo miró a la cara y se percató que lo pálido que estaba y de todas aquellas gotas de sudor que empezaban a formársele en la frente.

—Entremos. Tengo que mirarte la herida.

Cash asintió.

—Dame un momento.

Elena se mordió con fuerza el labio para retener el llanto cuando se dio cuenta de lo despacio que se movía él mientras se agachaba y comprobaba el pulso de Cody.

—¿Está...?

—Sí —exhaló Cash.

—¿Estás seguro? ¿No deberías dispararle a la cabeza para salir de dudas?

Pese al dolor que ardía en sus entrañas, el hombre esbozó una leve sonrisa.

—Estoy seguro. No es el primer bicho que mato. En unos minutos estará tieso.

Elena asintió y lo ayudó a incorporarse, aunque él fingió que no le hacía falta la menor ayuda. Juntos, sosteniéndose el uno al otro, entraron dentro de la cabaña y Cash se quitó el abrigo y el jersey, dejando al descubierto su vigoroso pecho desnudo. Una de las ondulaciones de su abdomen chorreaba sangre. Elena palideció. No era un rasguño.

Cash, como si se hubiese pasado la vida atendiendo disparos, hizo jirones su camiseta, la presionó contra la herida y su rostro se torció en un gesto de dolor.

—¡Ah! Maldito hijo de puta —rezongó, encogiéndose de dolor—. Que le disparen a uno con su propia escopeta es una jodida locura.

—Necesitas atención médica.

Él levantó la mirada hacia la suya para ponerle mala cara.

—Que es lo mismo que decir: reza por un milagro. Tal vez a Dios le apetezca ayudarme.

Elena lo pulverizó con la mirada.

—¡No sé cómo ayudarte! —exclamó desesperada, pese al dolor que atenazaba su garganta—. ¿Y si hay fragmentos de bala dentro? ¿Y si ha rozado algún órgano vital? ¡Yo no soy médico!

—Tranquila. La primera bala era menos letal que la segunda. Solo la usaba para disuadir a los animales. La segunda era para matar. Además, me ha disparado a varios metros de distancia. Esto pinta bien.

—¡Estás desangrándote!

—De acuerdo, esto no pinta tan bien. Tenemos que detener la hemorragia y, a ser posible, encontrar la bala.

—¡No-Sé-Cómo!

Él la miró con gesto calmado y, que tuviera tanto control sobre la situación, la ayudó a sobreponerse un poco.

—Solo tienes que seguir mis instrucciones. No es la primera herida de bala que veo y te prometo que esta es un rasguño. —*A no ser que me haya rozado un órgano o que no consigamos sacar la bala o que se infecte la herida y... Ya vale, Cash. Tranquiliza a la chica*—. Calienta agua. Después, busca unas pinzas dentro de ese cajón de ahí, hiérvelas y tráete el bourbon. Será una noche larga.

Elena siempre definiría aquella noche como la peor de toda su vida. Extraer la bala de Cash fue horrible, pero tener la certeza de que él podría morir en cualquier momento, de que, cada vez que bajaban sus párpados, podría ser la última vez que ella vería sus preciosos ojos azules, la mantuvo sumida en una constante ola de terror que no disminuyó ni siquiera cuando el mundo empezó a clarear al otro lado de la ventana.

La idea de que todo era culpa suya no dejaba de dar vueltas por su cabeza y por primera vez consiguió comprender a Cash, por qué se autocastigaba de esa forma por la muerte de su mujer. Cargar con algo así en la conciencia era devastador.

Cash gimió al moverse y Elena respiró aliviada. Al menos seguía vivo. De momento. Pero necesitaba atención médica y no tenía ni idea de cómo proporcionársela.

—Tranquilo —murmuró junto a su oído mientras le acariciaba la frente con la mano—. Todo irá bien. Todo irá bien, Cash. Te lo prometo.

Una especie de zumbido entre las montañas la hizo brincar de la silla y acercarse sin aliento a la ventana. El ruido estaba lejos, pero parecía...

¡Un helicóptero!

Elena no se lo pensó dos veces. Agarró el abrigo de Cash y salió corriendo al exterior.

—¡Ehhhh! ¡Aquí! ¡EHHHH! ¡AQUÍ!

Se le heló la sangre al chocar con el cadáver de Cody, que a la luz del día tenía un aspecto horrendo, pero se obligó a no perder el tiempo con sobresaltos tontos y siguió corriendo por la ladera. La vida de Cash dependía de ese momento y de cómo ella iba a gestionarlo y Elena tenía claro que haría todo cuanto estuviera en sus manos por salvarlo, tal y como él la había salvado a ella montones de veces.



—¡AQUÍ! ¡ESTAMOS AQUÍ!

Tenía la garganta destrozada, marcas oscuras a ambos lados del cuello, pero gritaría hasta quedarse sin voz.

—¡AQUÍ! ¡ESTAMOS AQUÍ!

Arrastró el tobillo punzante lo más deprisa que pudo y, cuando estuvo en medio de la ladera, lo suficientemente alejada de los árboles, estudió el cielo de este a oeste.

Por primera vez estaba despejado y hacía sol. No había ni rastro de nubes, ni blancas ni grises. Nada corrompía el interminable azul que le permitía ver hasta muy lejos.

El helicóptero no se veía, pero seguía sonando en alguna parte. Tal vez estuviera alejándose. Elena se giró y comprendió que debía acercarse al despeñadero, en sentido contrario al bosque. El sonido parecía venir de ahí. Rápidamente se puso el abrigo rojo de Cash y arrastró las piernas en esa dirección.

Necesitó más de un cuarto de hora en llegar, y cuando lo hizo, ya no escuchaba el helicóptero, ni abajo se veía nada salvo un precipicio nevado por el que podría caerse si la nieve debajo de sus pies se derrumbaba de golpe.

Oteó el horizonte, derrotada como no se había sentido en toda su vida, y los ojos se le llenaron de lágrimas de ira.

Habría chillado hasta destrozarse la garganta, pero ¿de qué le habría servido? Ahí no había nadie para escucharla. Estaba sola y perdida. Una vez más.

*No hay nada...*

La certeza la llenó de desaliento.

El mundo empezó a desdibujarse. Las lágrimas eran cada vez más pesadas encima de sus pestañas. Retrocedió unos pasos, se sentó en la nieve y hundió la cabeza entre las manos. Había estado tan cerca. ¡Tan cerca! Podría haberlo salvado, pero había echado a perder la única oportunidad

que se le había presentado. Ya ningún ruido interrumpía ahora la perfecta tranquilidad de la montaña y Elena sabía que todo estaba perdido.

Se echó a llorar e intentó desesperadamente encontrar una solución. Pero, por mucho que se estrujara el cerebro, no se le ocurrió nada. El helicóptero de salvamento se había ido.

Al cabo de lo que le había parecido una eternidad, separó los párpados y miró la nieve, la maldita nieve que los aprisionaba. Lo único que se le ocurría era dejar un mensaje ahí, por si el helicóptero volviera.

Sin demasiadas esperanzas (¿qué posibilidades reales había de que volvieran a por ella?), se levantó y, con una rama seca, escribió tres letras enormes, tan grandes como para que alguien pudiera verlas desde arriba.

SOS

Con rostro inexpresivo, clavó la rama en el manto de nieve, se quitó el abrigo y lo dejó ahí colgado. Era rojo. Quizá eso llamara la atención hacia el mensaje de socorro.

Las temperaturas eran desalmadas pese al sol, quizá aún más ásperas que durante la nevada. Le castañeaban los dientes. Con todo, se obligó a no ceder ante el impulso de recuperar el abrigo y empezó a alejarse en dirección a la cabaña. Se sentía agotada y vencida; horriblemente vieja. Se lo habían arrebatado todo, la inocencia, la alegría, la esperanza... No quedaba nada. Sus ojos estaban apagados, dos cuencas vacías sin un gramo de vida en ellas.

Solo era una figura borrosa, enclenque, que se abría paso entre más de un metro de nieve. Caminaba abrazada a sí misma para intentar conservar algo de calor corporal, pero, aun así, su cuerpo temblaba de frío. Los labios se le iban poniendo cada vez más blanquecinos. Quizá murieran los dos, el príncipe y la princesa, abrazados dentro de su castillo de nieve. Quizá los encontraran en primavera. Sin Cash, ella no podría sobrevivir ahí. Estaba todo perdido. Quizá Cash estuviera ya muerto a esas alturas. Quizá muriera solo, pensando que ella le había abandonado.

Ahogó un sollozo.

Aun así, las lágrimas empezaron a desbordarse por las esquinas de sus ojos, cálidas, desafiando el frío atroz que la envolvía. Elena no sabía por qué seguía arrastrándose. ¿Por qué no se dejaba caer ahí mismo y se olvidaba de todo? De todas formas, estaba muy cansada. No le apetecía seguir caminando.

Estaba sopesando la posibilidad de hundirse en la nieve y echarse a dormir ahí, cuando el helicóptero se alzó de pronto por el despeñadero que había dejado atrás y pasó justo por encima de ella, envolviéndola en toda una capa de nieve.

Los ojos azules de Elena se elevaron al cielo, y miró, sin sentir apenas nada, el enorme aparato que descendía a pocos metros de distancia de donde se hallaba ella.

Lo último que vio antes de desvanecerse fue que bajan dos personas, hombres, y que echaban a correr hacia ella envueltos en la ventisca que levantaba la hélice del helicóptero.

Después, oscuridad. Una oscuridad en la gritaba una y otra vez: *¡Cash!*  
*¡Id a por Cash!*

Pero nadie la oía y puede que, de todas formas, Cash estuviera muerto a esas alturas. Puede que muriera pensando que ella le había abandonado.

—Elena, soy mamá. Cariño, soy mamá. ¿Me escuchas? Cielo, si puedes oírme, aprieta mi mano. Solo un poquito, para que sepamos que estás bien. Mi pobre niña... A saber, lo que le habrá pasado. Quién sabe lo que le habrá podido hacer aquel animal. Dios, no quiero ni pensar en que ella podría...

—Chisss. Melisa, no digas esas cosas.

—Es que... es todo tan...

*Cash... ¿Dónde está Cash? ¿Alguien me escucha? ¿Hay alguien ahí?*  
*¿Mamá?*

\*\*\*\*\*

Pasó por todo un caleidoscopio de emociones antes de despertar y, cuando por fin pudo abrir los ojos, resultó que sus padres no estaban ahí y la que la vigilaba era... Trixie, que había volado a Canadá al enterarse del accidente de su hermana pequeña.

—Ehhh. Ya estás de vuelta. Tranquila, no intentes hablar. Todavía tienes la garganta...

—¿Y Cash?

—¿Qué has dicho? ¿Dinero? ¿Quieres dinero?

Elena la atravesó con la mirada. Por Dios, ¿qué le veía Connor? Era realmente estúpida.

—El hombre —se obligó a decir, con voz casi inaudible. Su garganta parecía lacerada, quizá tanto por el estrangulamiento como por culpa de todas las veces en las que había gritado como una desquiciada para llamar la atención del helicóptero.

Trixie estaba inclinada sobre ella para escucharla mejor. De repente, se echó hacia atrás y la miró un par de segundos más de lo debido con aire pensativo.

—Está muerto.

Elena se vio arrastrada a un torbellino de pánico mientras en su interior se acumulaba el desaliento y los ojos se le cargaban de lágrimas. El tiempo se quedó paralizado durante unos momentos y una gélida oleada de desesperanza torció su magullado rostro en una mueca de agonía.

En su mente surgió el rostro de Cash, el impecable semblante de ángulos y planos marcados; un rostro tan atractivo y cautivador y, sin embargo, ahora, tan frío y tan... muerto. Todo era culpa suya. Si nunca se hubiese presentado en su puerta, él seguiría vivo.

Cerrar los ojos no la protegió de la culpabilidad que ardía en sus entrañas como un fuego fuera de control, y un sollozo ahogado brotó a través de sus labios, asegurando que muchos otros vendrían detrás. Trixie se percató de que a su hermana le temblaba el labio inferior y recordó que ese era el comienzo de un berrinche cuando eran pequeñas. No le apetecía afrontarlo sola.

—Voy a buscar a mamá y a papá —anunció.

Elena negó despacio y sus párpados se separaron en el acto para frenar a Trixie, que ya estaba de pie junto a su cama.

—Aún no. Necesito estar a solas.

Trixie no parecía comprender por qué no se alegraba de estar de vuelta con su familia. La miraba y fruncía el ceño con expresión de contrariedad.

—Con todo lo que han pasado mamá y papá... —empezó con aplomo, aunque por la fuerza que inyectaba a sus palabras era evidente que estaba furiosa.

—¿Y lo que he pasado yo? —Elena alzó el tono sin poder evitarlo. Cerró los ojos, se obligó a respirar y, cuando volvió a hablar, su voz sonaba tensa y mesurada—. Solo te pido que no les digas que he despertado aún.

—Pero...

—Dado que te has follado a mi novio, creo que me debes ese favor, Trixie, ¿no crees?

Su voz tenía tal capa de hielo que Trixie abrió los ojos con perplejidad. Era la primera vez que Elena sacaba a colación el tema.

—Lo mío con Connor...

—No quiero oírlo.

—No fue culpa mía.

Pese a la furia que destellaba en lo más profundo de sus pupilas, la sonrisa que adquirió la boca de Elena fue casi satírica.

—¿Te acostaste o no te acostaste con él?

—Sí, pero...

—Entonces, también fue culpa tuya, hermanita —sentenció, con la voz cargada de ira y reluctancia—. Y ahora me gustaría estar a solas —añadió, cerrando los ojos para dejar de ver la cara desencajada de Trixie.

Tras un corto titubeo, su hermana se marchó y Elena pudo por fin perder el dominio sobre sí misma y llorar la muerte de Cash. Abrió la boca, pero no había aire que coger. Todo se había paralizado, excepto por las lágrimas que inundaban sus ojos y empapaban la gélida superficie de sus mejillas.

Se sentía magullada y vencida, y solo tenía veintidós años. ¿Cómo iba a superar algo así?

Recordaba su mirada concentrada, el calor envolvente de su abrazo, la pasión desgarradora de sus labios. Ahora todo el mundo suponía que ella debía aprender a vivir sin él, sin volver a ver esa sonrisa contenida. *Encontrarás a otra persona, Elena*, le dirían.

Nadie estaría jamás a su altura.

Elena se recreó en su tormento mientras el mundo se desdibujaba y el tiempo moría despacio.

Nunca pensó que un ser humano fuera capaz de sentir una agonía tan profunda y lacerante. Pero ahí estaba, aguijonándole el corazón.

Cash estaba muerto y ninguna otra cosa le importaba una mierda.

Los momentos se sucedían con una agotadora falta de emoción. Su familia no dejaba de revolotear a su alrededor, siempre pendientes de cada contracción de su rostro (*¿Estás bien, Elena? ¿Necesitas algo, Elena? Cielo, llama al médico, algo le pasa a Elena*).

A Elena no le pasaba nada. Al menos, nada físico. Era su corazón roto el que tanto apretaba en su pecho. Los añicos se clavaban en las paredes de su caja torácica y el dolor que sentía a cada latido la dejaba sin aliento.

Pero no podía explicárselo a nadie porque nadie lo habría comprendido, así que se limitaba a esbozar pequeñas sonrisas atormentadas y a afirmar que estaba bien. Que todo marchaba bien.

Su padre estaba empeñado en lo de la terapia. Elena debía hablar cuanto antes con un profesional sobre todo lo que había padecido en esas montañas, semanas y semanas de abusos.

Por primera vez en días, algo provocó una reacción en su interior.

—¿Abusos? —repitió, mirando pasmada a su padre.

Él se quedó un poco perplejo. ¿Ella estaba intentando reprimir el trauma? El médico no les había hablado de falta de memoria.

—Quizá no lo recuerdes, pero... te secuestraron.

—¿Qué? Pero ¿qué estás diciendo? Cash no me... Oh, Dios mío. Tengo que hablar con la policía.

—Cielo, todavía no te has repuesto —intentó disuadirla Melisa—. Cuando te encuentres mejor...

—Cuando me encuentre mejor —afirmó Elena con voz sarcástica. Dedicó a sus padres una mirada de pocos amigos y, furiosamente, empezó a arrancarse las vías—. Ya me encuentro mucho mejor, gracias.

Su madre pegó un chillido.



—¡Elena, estate quieta! Carlos, ¡haz algo!

—Aparta, mamá. Tengo que ir a hablar con esos agentes que llevan días esperando entrar aquí y que vosotros os habéis negado a dejar pasar por miedo a revolver mis traumas.

Su tono irónico desvelaba que estaba incluso más furiosa de lo que parecía. Había recuperado casi por completo la voz y, aunque las magulladuras de su rostro seguían ahí, ya no mostraban el aspecto feo e inflamado de antes. Poco a poco la hinchazón había empezado a remitir, y en su lugar se había instalado una furia abrasadora que amenazaba con consumirla. Sabía que el mundo era injusto, pero a ella la habían castigado con demasiada injusticia. La vida no podía arrebatarse a sus mejores amigas y después al hombre al que amaba.

Se detuvo, helada ante ese pensamiento (*¿le amabas?*), y después una oleada de furia aún más grande empezó a crecer en sus entrañas mientras calzaba unas zapatillas blancas de uso único que le habían dado para que pudiera ir al baño.

Su padre logró de alguna forma conservar la calma y la cogió por los brazos antes de que ella cruzara la puerta.

—Elena, ¿qué es lo que está pasando?

—¡Lo que está pasando es que estáis todos equivocados! —Más que un grito, fue un rugido oxidado que parecía arañarle la garganta—. Cash no me secuestró. Me salvó la vida varias veces. Yo me presenté en su puerta, herida y asustada, huyendo de una masacre, y él me dio cobijo. Y no voy a permitir que mancilléis su memoria —en ese punto su voz flaqueó un poco, pero se aferró a la ira para reprimir el dolor—, diciendo que me sometió a no sé qué mierda de abusos, porque ¡no lo hizo!

A sus padres se les heló la expresión. Se miraron el uno al otro y después miraron el rostro colérico de su hija.

—Entonces, será mejor que hables con la policía —coincidió su madre con voz controlada—, porque a Cash le han detenido por secuestro.

El semblante de Elena se distorsionó en una expresión que dejó mudos a sus progenitores. No habrían podido decir si era horror o júbilo lo que

demacraba su faz.

—¿Detenido? ¿Queréis decir que Cash... que *él* está vivo?

Los latidos de la sangre en la sien iban a destiempo con el tremendo aporreo del corazón dentro de su caja torácica, y sus ojos llameaban con una fuerte intensidad azul en medio de la palidez de su rostro. Trascurrieron un par de segundos que a Elena le parecieron milenios.

—Sí. El que murió fue el otro.

Se echó a reír a carcajadas, una risa histérica que auguraba que no le faltaba mucho para venirse abajo.

—Tengo que verle —anunció cuando fue capaz de recuperar un poco el dominio sobre sí misma—. *Ahora*.

Su tono categórico no admitía contradicción.

Sus padres se pusieron de acuerdo con su gesto y, cogiéndola cada uno de un brazo, la llevaron a la habitación contigua, donde Cash, custodiado por un policía, dormía esposado a la cama.

Su rostro estaba en calma y su pecho, desnudo por debajo de la sábana, se levantaba despacio, acompasado a su tranquila respiración. Elena experimentó una fuerte oleada de atracción hacia él y si no echó a correr para abrazarlo fue solo porque sus padres permanecían ahí y, además, la estaban sujetando.

Así las cosas, se obligó a mantener las formas mientras se acercaban despacio a aquella camilla de hospital.

—Cash —susurró su nombre cuando por fin llegaron, una eternidad después. El rostro del hombre registró una leve contracción, pero sus ojos no se abrieron para mirarla. Elena, desesperada, se aferró a su mano—. Cash, soy Elena. Dios, pensaba que estabas... Creí que tú...

Sintió tanta emoción que se quebrantó. Las lágrimas empezaron a empañarlo todo. La voz le estaba flaqueando. El mundo se había vuelto oscuro e incierto. Lo único real era su mano sujetando la suya.

—Eh... —susurró Cash muy débilmente, apenas separando las pestañas unos milímetros para mirarla—. Tranquila, forastera. Sigo aquí.

—Creo que está muy sedado —dijo Melisa.

Elena rompió en sollozos, soltó su mano y se aferró a su cuello, para enorme desconcierto de sus padres, que hasta ese momento habían estado convencidos de que aquel hombre era el culpable de la desaparición de su hija. La policía local les había asegurado que los dos hombres junto a los cuales habían encontrado a su hija la habían secuestrado. Uno era Cody Keller, un joven introvertido que vivía con una madre paralítica (mencionaron un accidente de caza que nadie tenía demasiado claro), y el otro, Cash Evans, un americano del que el jefe de policía Bouchard nunca se había fiado demasiado. Les aseguró que aquel tipo era aún más siniestro que Cody. Probablemente, el cabecilla. Cody tenía muy pocas luces como para idear un secuestro.

—Lo siento mucho. Muchísimo —iba balbuciendo Elena junto al oído de Cash—. Siento haberte dado por perdido, haber creído que...

—Eh, no pasa nada —farfullaba él con grandes esfuerzos—. No pasa nada.

Elena apretó los labios contra su áspera mejilla y luego retrocedió un poco al recordar que no estaban solos. Sus padres seguían a sus espaldas, sumidos en cada vez más estupor.

—Les diré que te suelten ahora mismo —se obligó a decir, esta vez sin dejarse arrastrar por sus abrumadoras emociones.

Las comisuras de sus labios se alzaron un poco y él le regaló una de sus turbadoras sonrisas, aquellas que a ella la dejaban sin aire en los pulmones.

—Eso estaría bien —murmuró con acento divertido.

Elena se disponía a marcharse, pero algo la instó a dar media vuelta.

—Cash.

—¿Hm?

—Me alegro de verte.

Poco a poco sus ojos se abrieron hasta que conectaron con los suyos. La miraba como si compartieran un chiste privado, y Elena le guiñó el ojo para indicarle que todos sus secretos estaban a salvo.

—Yo también —musitó Cash.

Pero ella ya se había marchado. ¿Había estado de verdad ahí? No habría podido asegurarlo. Lo mantenían muy sedado y puede que se imaginara cosas. Puede que viera las cosas que quería ver, a Elena junto a su cama llorando por él y susurrándole que le amaba, que volvería, que le esperaría.

En el aeropuerto de Calgary, un enorme grupo de turistas alemanes no dejaba de armar jolgorio. Su guía les acababa de entregar el kit anti-osos y les resultaba muy divertido tener que usarlo. Uno de ellos preguntaba que qué posibilidades reales había de que se cruzaran con un oso si salían a dar una vuelta alrededor del hotel.

*Te sorprendería lo que puede haber en esos bosques*, pensó Elena.

Les lanzó una mirada concentrada, deseándoles que nunca lo averiguaran, y después se volvió de cara a Cash, que acababa de recibir el alta del hospital, después de varias semanas de ingreso. A pesar de haber sido un tiro limpio (milagrosamente, la bala no había rozado ningún órgano vital), la recuperación había sido lenta. Elena, por supuesto, se había negado en rotundo a abandonar el país antes de que él estuviera fuera del hospital.

Ahora el peligro había pasado. Cash estaba casi repuesto. Aun así, ella seguía sintiéndose inquieta y con pocas ganas de querer subir a bordo de un avión. Marcharse significaba no volver a verlo.

Cash también parecía distinto. Demasiado taciturno incluso para él. Aunque era difícil descifrar su expresión. Llevaba sin afeitarse desde antes de ingresar en el hospital y resultaba complicado leer algo en su rostro por culpa de la barba.

—Bueno —exhaló Elena al comprender que él no iba a abrir la boca para iniciar una conversación.

Los ojos azules de Cash se alzaron hacia los suyos y la miraron como con pesar.

—Bueno —repitió, en el mismo tono impersonal que ella.

Elena tensó los labios.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Volverás... ahí?

Cash frunció el ceño y le dedicó una de esas miradas que le encogían el estómago, intensa, abrasadora.

A Elena la invadió la misma sensación que la asaltaba cuando estaba cerca de algún fuego: el miedo a quemarse si se acercaba demasiado.

—¿Te refieres a mi casa?

Definirlo como *casa* aún le costaba lo suyo, pero hizo un esfuerzo.

—Sí —respondió, forzando una especie de sonrisa.

Un gesto amargo, compungido, torció hacia abajo las comisuras de la boca de Cash.

—Bueno, es lo único que tengo.

—Ya.

Un aire de pesadumbre, fatídico, hundió los hombros de Elena. Sus ojos se pasearon vacuos por todo el aeropuerto. Ese silencio la mataba. Había tantas cosas que aún debían decirse, pero a los dos les faltaba aliento para formular las palabras.

—Creo que tus padres se están impacientando —señaló Cash, con voz grave y un poco ronca.

Elena giró sobre sí misma y vio que Carlos y Melisa ya estaban de pie en la cafetería y recogían las maletas. Comprobó el reloj. Era hora de marcharse. Su vuelo saldría en breve.

Y todavía no le había arrancado a Cash ninguna especie de promesa.

Porque él no hacía promesas. Él no se comprometía. Ya no creía en la propiedad.

En breve se convertiría en un perfecto desconocido con el que se había cruzado una vez. Su rostro acabaría por desdibujarse dentro de su memoria. Sus ojos, esos abisales ojos azules que parecían fuego algunas veces y hielo muchas otras, desaparecerían de su mente. Y el sonido de su voz, grave y oxidado, se apagaría.

Algún día les hablaría a sus nietos de él. Les diría que, abismos de tiempo atrás, existió un hombre llamado Cash Evans que le había salvado la

vida.

Y también les diría que ella no había podido salvarle a él de sí mismo. Que lo que empezaba a sentir por él no era suficiente para liberarlo.

Sintió ganas de llorar.

—Si alguna vez pasas por Nueva York...

La tristeza de la despedida emborronaba su expresión, pero consiguió mantener la sonrisa y mirarlo a los ojos, pese al dolor que se ocultaba tras la superficie de sus palabras. La frase quedó en suspenso, las posibilidades de lo que podría pasar si él viajaba a Nueva York eran infinitas.

Cash la miró y en sus ojos parecía reflejarse una sonrisa triste.

—Pasaré a verte.

Elena hizo un leve asentimiento. Ya estaba todo dicho.

—Bien. Bueno, debería marcharme.

—Deberías —coincidió él. Sin embargo, no dejaba de mirarla a los ojos, de retenerla ahí.

Elena no quería seguir hablando. Sentía que cabía el riesgo de trastabillar con las palabras, así que prefirió dispensarle una sonrisa rápida, forzada, y enchancharse el pelo detrás de la oreja.

Cash ladeó un poco la cabeza y afiló la mirada, y ella se preguntó si lo que había en sus ojos era dolor o simple indiferencia. Poco importaba ya.

—Pues... adiós, Cash —farfulló turbada, apartando los ojos de los suyos con gesto esquivo.

Mirarlo, consciente de que era la última vez, le resultaba doloroso. Entre ellos se había creado un vínculo que Elena nunca habría creído posible.

Y ahora ese vínculo estaba a punto de romperse.

Sintiéndose como si el cielo estuviera a punto de derramársele encima, se dispuso a dar media vuelta, pero Cash fue más rápido que ella. La atrapó

por la muñeca, la atrajo hacia sí y la abrazó con tanta fuerza que lo único que pudo hacer ella fue enterrar el rostro en su cuello.

Durante unos segundos no existió nada aparte del calor envolvente de sus brazos.

Cash estaba tenso. Elena lo percibía en la fuerza de la mano que la sujetaba por la nuca y en el movimiento acelerado de su pecho. Él se sentía tan devastado como ella, y saberlo, de alguna forma, saber que no era solo cosa suya, la satisfizo lo bastante como para devolverle el abrazo. Se aferró a él con dedos desesperados y se deleitó con el desquiciante olor masculino que le nublaba los sentidos.

Deseó que existiera una forma de grabárselo todo en la memoria, cada momento pasado junto a él, cada conversación, cada sonrisa. Así, cuando se sintiera preparada, podría acceder a esa información y procesarla. Sabía que echaría de menos muchas cosas de él, su peculiar sentido del humor, su mirada concentrada, el fuego de sus labios... Pero, sobre todo, echaría de menos aquel olor, electrizante, sublime, que la reconfortaba más que el aire que arrastraba vida a sus pulmones.

—Ojalá pudieras quedarte para siempre —le susurró Cash al oído, estremeciéndola con la nota vibrante de su voz y su acompasado aliento.

Su boca estaba demasiado cerca de su piel. Su nariz le rozaba el cuello. Elena nunca se había sentido tan devastada. Se aferró a él como si fuese su salvavidas. En cierto modo, lo era.

—Ojalá pudieras subir a ese avión conmigo —repuso.

Cash, con suavidad, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, retrocedió y la miró con una sonrisa tierna.

—Llevando la contraria hasta el último momento, ¿eh?

Elena se encogió de hombros y lo miró con una sonrisa traviesa.

—Ya me conoces.

Él se echó a reír.

Aunque en sus ojos no había diversión. Aquel intenso azul parecía haberse licuado y abrasaba allá donde se posaba. En sus labios... En el



hueco de su clavícula...

A Elena la invadió la impetuosa necesidad de estar más cerca de él, una avidez que en absoluto estaba justificada, puesto que los brazos de Cash aún la apretaban contra la rocosa superficie de su pecho y la tibieza de su cuerpo la envolvía y le encogía el estómago.

Pero esto era distinto, algo que desafiaba toda lógica. Era casi perturbador.

El rostro de Cash se acercó un poco más al suyo, hasta que sus labios, ardientes como si tuviera fiebre, le rozaron el lateral de la cara.

—No estoy preparado para volver —susurró junto a su oído. La acercó un poco más a él, sus dedos se enroscaron alrededor de su nuca, posesivos, y su nariz la respiró durante unos segundos, sin que sus labios la rozaran—. Pero quiero que sepas una cosa. Si pudiera hacer una concesión, solo la haría por ti, Helena de Troya.

Elena desconectó de la realidad mientras lo miraba con aquella fascinación ávida y dejaba que unos sentimientos extraños y tormentosos, por completo desconocidos, se apoderaran de ella. Él también la miró, y el mundo pareció derretirse a su alrededor durante unos cuantos segundos.

Con el corazón palpitante en el pecho, Cash recogió su rostro entre las palmas y su boca se cerró sobre la suya. Al principio la besó con dulzura, como si tuviera miedo de lastimarla, apenas tocándola, pero Elena gimió contra sus labios, se aferró a él con fuerza y el escaso control que aún ostentaba Cash se fue a pique.

Su boca se convirtió en fuego sobre la suya, la sangre empezó a hervirle en las venas y su lengua se deslizó a través de sus labios e inició un juego erótico que hizo que el mundo dejara de girar por unos instantes.

—Esto... ¿Elena? —se materializó de repente la voz de Carlos García en medio de toda esa oscuridad—. Último aviso para que embarquemos, cariño.

Cash, maldiciendo hacia sus adentros, puso fin al beso, apretó los párpados con fuerza y sus dedos se convirtieron en acero alrededor del

cráneo de la chica. Costaba dejarla ir, aunque sabía que era lo correcto. Él no podía ofrecerle lo que ella necesitaba.

—Tengo que marcharme —susurró ella.

Cash asintió despacio, para sí. Separó los párpados y la miró con infinito pesar. Sus dedos seguían rodeándole la cabeza.

—Que tengas un buen vuelo.

Elena se tragó el nudo de la garganta y asintió. Incluso esgrimió una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Cash acercó de nuevo su rostro al suyo, pero esta vez la besó en la frente.

—Adiós —murmuró en cuanto sus labios la soltaron.

Elena dudaba de que fuera capaz de hablar, por lo que asintió una vez más. Él se despidió con una sonrisa pesarosa y giró con dificultad sobre sí mismo.

Con los ojos anegados en lágrimas, Elena se quedó paralizada junto a su padre y miró cómo se marchaba, la imponente figura del hombre nada corriente, que se perdía en una marea de personas corrientes. Se sentía como si alguien le hubiese amputado un órgano vital.

Carlos la rodeó con el brazo y la pegó a su costado. No tenía ni idea de qué decir. Miró a su mujer y esta negó.

Sí, Carlos también creía que era mejor no decir nada.

\*\*\*\*\*

En su habitación, todo seguía igual. Fotos de ella y sus amigas por todas partes, una sudadera de Dani que no le había dado tiempo a devolver, su traje de animadora del instituto.

Nada había cambiado, salvo Elena.

Se dejó caer en el borde de la cama y miró a su alrededor con mirada apagada. Se sentía vacía. Tenía toda la vida por delante. Se sentía vacía.

Vio el portátil rosa encima de su escritorio. Se acercó con semblante inexpresivo, se sentó en su sillón y lo encendió. Sus dedos teclearon Cash Dillon Evans en Google. Al instante aparecieron varias fotografías de Cash. Tenía otro aspecto, pero indudablemente se trataba de él.

Necesitó unos segundos, antes de atreverse a abrir una de las páginas que habían publicado su foto con traje y aspecto imponente.

*Cash Dillon Evans, el CEO de Tomorrow's Financial Services, deja su cargo inesperadamente y sin ninguna explicación. Recordamos que su mujer falleció hace...*

Elena cerró los ojos para frenarlo todo. Aún era pronto. Debía concederse a sí misma un poco más de tiempo. Quizá algún día.

Bajó la tapa del portátil sin volver a mirar la pantalla, se acercó a la ventana y se abrazó a sí misma en un estúpido intento por deshacerse del frío que le congelaba la sangre. Había nieve en el jardín.

La nieve siempre le recordaría a él.

Hacía un día soleado, agradable, pese a la brisa refrescante y húmeda que Elena sentía contra su piel y en sus cabellos. Caminaba muy deprisa por la acera, sin apenas fijarse en las personas con las que andaba cruzándose.

Llevaba sus nuevas zapatillas blancas, una falda muy *hippie*, de flores, que danzaba en el viento, y entre las manos sujetaba su recién impreso título. Elena García, licenciada en Estudios Clásicos por la facultad de Filosofía y Letras. Indudablemente, acabaría fregando cacharros en algún antro. Tendría suerte si le ofrecían condiciones laborales tercermundistas.

Al acabar el instituto, le había parecido una idea exótica, pero ahora, con veintitrés años y ni una oferta seria sobre la mesa, el romanticismo se le había pasado de golpe.

En eso pensaba Elena mientras se abría paso entre personas que estaban de paseo, disfrutando de la repentina calidez del aire. Era la única manera de evitar que otros pensamientos, oscuros y tormentosos, tomaran el control sobre su mente.

Había echado en falta a sus amigas en la ceremonia, pero de alguna forma se las había ingeniado para fingir que todo marchaba bien y que el hueco que Dani, Maggie y Sarah habían dejado tras de sí empezaba a ser menos abismal. Fingió que al ver los tres asientos vacíos no había sentido inquietud; que el corazón no le latía con movimientos ensordecedores. Esbozó una sonrisa, para sus padres, para los profesores, para los compañeros. Pero lo que se ocultaba detrás de esa sonrisa era terrible. Pura oscuridad.

El teléfono sonó en el bolsillo de su falda. Elena descolgó sin mirar la pantalla. Era Trixie. Quería saber si a Elena le apetecía ir a tomar algo con ella para celebrar la graduación. Estaba harta de la niña y de Connor y necesitaba hablar de algo que no fueran pañales.

Elena ya no le guardaba rencor por haberle soplado el novio, pero aun así sintió una punzada de maligna satisfacción. Trixie tenía justo lo que se merecía: al idiota de Connor. Ahora a Elena le parecía mentira que ella estuviera enamorada de ese tío alguna vez.

—Me encantaría, Trix, pero he quedado con unos amigos para irnos de marcha. Lo siento.

—Yo podría acompañaros —sugirió Trixie con entusiasmo.

—¿Tú? Neah. No es un plan para mamás. Uy, me están llamando. Te dejo. *Ciao*.

Trixie no tuvo tiempo de protestar. Elena le colgó sin miramientos y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Por tu sonrisa, cualquiera diría que has hecho algo malo.

El aliento de Elena se paralizó en el mismo instante que sus pies se detenían en mitad de la acera. No podía ser. No, esa voz no podía ser la suya. Seguro que estaba confusa. Su mente le estaba jugando una mala pasada.

No podía ser él.

Aun así, giró en redondo, con el corazón latiéndole en los oídos. Solo una pequeña comprobación para descartar algo imposible. Algo disparatado. Algo que...

Sus ojos se encontraron y Elena se sintió como si alguien le hubiese propinado un golpe en el pecho que la hubiera dejado sin aire. Sus rasgos se alteraron visiblemente y durante unos lentos instantes solo fue consciente del latido de su corazón y de que las manos empezaban a temblarle.

Lo miraba boquiabierto, sin reaccionar, como si él fuera una aparición que podría desvanecerse si ella se atrevía a respirar.

—Hola, Elena.

Cash le dedicó una leve inclinación de la cabeza.

Ella apenas le escuchó. Parecía haberse perdido dentro de la profundidad azul de aquellos ojos que la miraban como si pretendieran

absorberle el alma.

—¿Cash? —la voz le sonó rota, como si se hubiese mantenido en silencio desde la última vez que se vieron.

Cash sonrió y asintió despacio. Una onda de calor barrió el pecho de Elena, y todos los sentimientos que se había estado guardando durante un año porque no sabía qué hacer con ellos regresaron de golpe, un impacto que llenó su rostro de turbación.

—Me alegro de verte —dijo Cash con su devastador deje rasposo—. Tienes buen aspecto.

Algo eléctrico espesaba el aire. Elena, estremecida, tragó saliva.

—Tú...

Quería decirle muchas cosas, pero no parecía capaz de encontrar las palabras.

Así que no dijo nada. Le lanzó una mirada de sondeo y se sorprendió. El que estaba de pie delante de ella había dejado de ser hombre que recordaba. Ahora llevaba traje, un traje caro que se ceñía a sus anchos hombros. Se había cortado bastante el pelo. Ya no tenía aspecto de *hippie* desaliñado. Parecía un próspero hombre de negocios. Alguien intimidante. Y sexy. Cash Evans estaba mucho más sexy de lo que recordaba. Sus facciones rectas y simétricas mostraban una determinación que ella no recordaba haber visto en él.

—Tú también tienes buen aspecto —acertó a decir tras varios segundos de embotamiento—. ¿Qué... qué te trae por aquí?

Cash clavaba los ojos en ella de una forma que la hacía removerse inquieta y mordisquearse el labio inferior por dentro. Habían compartido tantas cosas, tantísimas. Pasión, y risas, y miedo, y terror.

Y, sin embargo, aquel hombre no era más que un desconocido para ella. Antes creía conocerle un poco, pero ahora, mientras sus ojos lo estudiaban esquivos, no encontró nada familiar en él. El Cash al que ella había conocido (y amado) había dejado de existir sin más. Elena no tenía ni idea de si eso era bueno o malo.

—Tenía una reunión en Nueva York y decidí pasar a verte —respondió él. Hablaba con calma, con voz pausada.

—Una reunión.

La voz de Elena sonaba hueca. Estaba dispersa. Costaba recobrase de semejante impacto. Cash Evans en Nueva York. Guau.

—Sí. He recuperado mi antiguo empleo.

Elena enarcó las cejas. Se fijó en sus gemelos plateados y en su reloj carísimo. Rebosaba éxito.

—¿En serio? No sabía que tuvieras interés en recuperarlo.

—No lo tenía.

Elena frunció el ceño y esbozó una sonrisa confundida.

—Entonces... ¿qué te ha hecho cambiar de idea?

—Tú.

Ni siquiera vaciló al decirlo, y el ceño de Elena se hundió aún más. Un grupo de adolescentes intentaron adelantarlos. Cash la cogió por el brazo y la apartó de su camino. Elena no se movió y él puso los ojos a la altura de los suyos y sostuvo su mirada. Sus dedos aún le rodeaban el brazo.

—Cuando te marchaste, yo no era el hombre que necesitabas a tu lado. No tenía nada que ofrecerte en ese momento, Elena. *Nada*. Tenía treinta y tres años y estaba completamente jodido. Sin casa, sin trabajo y roto de formas que ni siquiera habría sido capaz de explicarte. No habría funcionado.

Elena no confiaba en su voz, así que se tomó un momento antes de hablar, para asegurarse de que no se le fuera a quebrar.

—¿Qué te hace pensar que funcionaría ahora? —preguntó después de coger aliento.

Él sonrió con ternura, tomó su rostro entre los dedos y su pulgar le acarició despacio la comisura del labio. Su rostro tenía una expresión afable, blanda, casi cariñosa. Y sus ojos estaban enfocándole los labios.

—Cuando te marchaste, yo no era el hombre que necesitabas a tu lado, pero te juro que me he pasado el último año luchando por convertirme en esa persona. No te estoy pidiendo que lo dejes todo y te cases conmigo. Solo te pido un café. Media hora de tu tiempo. Si después de eso decides que quieres seguir viéndome...

La frase quedó en el aire. Las posibilidades de lo que pasaría si ella decidía seguir viéndole eran infinitas.



## Epílogo

—Mami, cuéntame otra vez la historia.

—Ah, Mateo, es muy tarde y, además, te la he contado mil veces.

—Porfi. Una vez más.

El niño juntó las palmas por debajo de la barbilla en un gesto angelical.

Elena sonrió con indulgencia y acurrucó a su hijo contra su costado.

—Está bien —cedió, como siempre—. Pero después te irás a la cama sin rechistar.

—Lo prometo, mami.

Mateo era un niño adorable y muy despierto para su edad. Con cinco años, sabía leer y contar y se pasaba el día haciendo preguntas. Elena muchas veces se le quedaba mirando y se preguntaba cómo era posible que ella tuviera tanta suerte.

—Érase una vez una princesa blanca como la nieve... —empezó a contar por enésima vez.

Mateo escuchaba fascinado. Era su historia favorita. Había un castillo de hielo, y lobos; aventuras y un príncipe. Aunque no era una historia de amor. Era un cuento de miedo. Por eso le gustaba tanto.

—Mami, ¿crees que algún día nos quedaremos atrapados en un castillo de hielo como el príncipe y la princesa?

Elena sonrió para sí y le apartó el pelo rubio oscuro de la frente para poder clavar la mirada en sus preciosos ojos de color azul celeste.

—No lo creo, tesoro. En Roma no suele nevar.

—Pero, si nieva, yo seré tan valiente como el príncipe y mataré al *hombre malo* por ti.

Elena se echó a reír.

—Estoy segura de que lo harás. Y ahora, a la cama.

Le dio un beso en el pelo, se apartó y apagó la lámpara.

—Mami...

Se volvió desde el umbral y lo miró con aquella mezcla de indulgencia y exasperación tan típica en las madres.

—¿Qué, tesoro?

—¿Puedes decirle a papá que pase a darme un beso de buenas noches cuando llegue?

Los labios de Elena dejaron entrever una leve sonrisa.

—Tu padre siempre pasa a darte un beso de buenas noches en cuanto llega. Pero se lo diré.

—Está bien —Mateo suspiró, resignado—. Hasta mañana, mami.

—Hasta mañana.

Dejó la puerta entrecerrada y encendió la luz del pasillo. Mateo era un chico valiente, pero a veces le asustaba la oscuridad y Elena prefería evitar aquellos episodios de pánico. Le quería tanto que no permitía que nada, ni siquiera el miedo, se acercara a él.

El sonido de la puerta la arrancó de sus pensamientos y la hizo encaminarse hacia el salón.

—Hola, amor.

Cash estaba de pie junto al sofá, sin chaqueta y con el nudo de la corbata aflojado.

—Dios, pareces muy cansado.

Él hizo el esfuerzo de sonreír para ella, se acercó, la cogió por la nuca y la besó con dulzura.

—Lo estoy. Ha sido un vuelo movidito. Pero, ¿adivina qué? He cerrado el trato y a partir de ahora ya no tendré que viajar a Estados Unidos.

Él había hecho un gran esfuerzo trasladándose a Roma por culpa del trabajo de ella. A Elena le habían ofrecido un puesto de gerente en un museo de historia antigua, pero jamás lo habría aceptado de no haber sido por la insistencia de su marido. Aceptarlo significaba tener que arrastrar a su familia a Italia y ella sabía bien que el trabajo de Cash estaba en Nueva York.

Pero él le aseguró que era perfectamente posible adaptarse a la nueva situación y se empeñó en que ella persiguiera sus sueños. Ahora llevaban seis años viviendo en la ciudad. Elena no tenía ni idea de que estaba embarazada cuando dispuso la mudanza. Lo supo después, ya en Roma, con lo que Mateo había nacido ahí. Era italiano, a diferencia de sus padres.

—Iré a darle un beso de buenas noches a Matthew y después soy todo tuyo.

—Mateo. Se llama Mateo.

—Sigo sin explicarme por qué...

Elena se echó a reír. Sabía que Cash solo estaba de broma. Habían debatido el nombre del chico largo y tendidamente y lo habían decidido, por supuesto, de mutuo acuerdo. Lo de Matthew era una broma privada entre ellos. También lo era que a veces le llamaran *cochinillo*.

Al quedarse sola en la penumbra del salón, se acercó a la ventana y miró abstraída la ciudad, como tantas otras veces.

Y, con todo, siempre que miraba, la sorprendía un poco la regia belleza de la capital italiana. Incluso pasada por agua, como lo estaba aquel día, imponía. Era muy distinto al escenario en el que ella y Cash habían estado una vez. Últimamente pensaba mucho en aquel invierno.

Los brazos de su marido rodeándola en un abrazo la devolvieron a la realidad. Sus ardientes labios en su cuello la hicieron estremecerse y sentir una punzada de deseo sexual.

—Eh. ¿No estabas cansado?

La mano de Cash recorrió sus pechos, se coló entre sus piernas, por debajo de la bata, y, haciendo presión contra la parte interna de su muslo

desnudo, la atrajo hacia sus caderas, para que notara su deseo. Elena gimió, embriagada de excitación.

—Depende de para qué cosas —respondió Cash, cuya nariz le rozó el lóbulo de la oreja cuando sus labios se acercaron y depositaron un beso en su cuello—. ¿Para ponerme a hacer un balance contable? ¡Ya te digo que estoy cansado! Pero, para hacerle el amor a mi mujer, a la que hace casi una semana que no veo...

Elena sonrió y se mordió el labio.

Cash la giró despacio entre sus brazos, le levantó el rostro con una mano y atrapó sus labios en un fuerte beso. Su lengua penetró provocativamente su boca, una y otra vez, empujando y retrocediendo, y sus dedos se tensaron en su mentón. Elena estaba convencida de que nadie, nunca, la había deseado de esa forma.

Se abandonó al beso y al constante traqueteo de la lluvia contra el tejado de su casa, y todo lo demás dejó de importar, facturas que aún tenía que pagar, tareas que había dejado a medias en el trabajo. Nada tenía importancia si él la besaba con toda esa pasión.

*Espero que algún día tengas todo lo que desees*, le había dicho Cash mucho tiempo atrás.

La vida está llena de extrañas y sorprendentes aventuras. A veces es preciso perder el rumbo para encontrar el paraíso.

Y, a veces, ser fuerte es la única opción que se tiene.

Su vida no era perfecta, y puede que ni siquiera fuera como ella se la había imaginado. Pero aquel día, en ese preciso momento, Elena Evans García tenía todo cuando había deseado. Tenía a su príncipe. A sus dos príncipes.

—Te quiero —le susurró Cash al oído mientras sus manos la despojaban de la bata.

Se detuvo un momento para admirar su suave desnudez y después la rodeó con los brazos y la aplastó contra su pecho en un abrazo desesperado. A veces se volvía posesivo, como si la idea de perderla le aterrara.

Pero entonces Elena acariciaba su rostro con ternura y besaba suavemente sus labios y Cash comprendía que ella no iba a marcharse a ninguna parte. Ya no. Ahora se quedaría con él más allá del deshielo.

Y el abrazo se volvía menos desesperado.

## Agradecimientos

A ti, por elegir esta historia. GRACIAS por ayudarme a cumplir un sueño.

A Joana, por la corrección y las sugerencias (todas ellas acertadas). Sin ti, esta novela y todas las anteriores habrían sido un desastre.

A Marien, por la portada.

A todas las lectoras que estáis día a día a mi lado, en Facebook/Instagram, animándome para seguir con esta locura.

Si quieres estar al tanto de novedades, sorteos, promociones de libros gratuitos y demás, puedes encontrarme en las redes sociales.

**Facebook:** <https://es-es.facebook.com/people/Isabella-Marín/100010294145248?pageid=945879758824928&ftentid=2090147424398150&padding=0>

**Instagram:** isabellamarinblk

Si te apetece escribirme para comentarme cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Si te ha gustado el libro y te apetece dejarme tu valoración en Amazon, yo te estaré muy agradecida.

Si no te ha gustado y, aun así, has llegado hasta aquí, ERES MI HÉROE. Siento mucho que la historia no haya sido de tu agrado. Si quieres

comentar conmigo lo que no te ha gustado, lo dicho, sabes dónde encontrarme.

¡Un besazo!

Bella.

## **Otros trabajos de la autora**



# Nieve sobre París

ISABELLA  
MARÍN





# CHLOÉ



*¿Crees en los milagros navideños?*

(Eslogan publicitario

de una conocida marca de joyas)

Aún no ha nevado en París, pero hace tanto aire en la calle que Chloé, ajena a los milagros navideños, se estremece en su fina chaqueta azul que no abriga un carajo y maldice en voz baja ese tiempo plúmbeo que la cala hasta los huesos.

Nunca le ha gustado esta época de transición entre otoño e invierno. El deslucido gris de las calles absorbe toda idea, todo sentido de la vida, toda belleza que pudiera haber en el mundo. No hay mayor tristeza que la de una tarde de diciembre. ¿De qué sirve quedarse delante de la ventana, a salvo de la mortecina lluvia que castiga el exterior, si lo único que haces es contemplar una y otra vez el mismo paisaje apagado en el que ni siquiera el sol se atreve a asomar? El mundo parece gastado, un sinsentido.

Las hojas secas que danzan en el aire, remolinos carmesíes allí y allá, podrían tener cierta belleza, claro, de no ser porque ¡están muertas!

En realidad, ¿qué significa el otoño tardío sino muerte y desolación? Todo desvaído, las flores se secan, las hojas caen de las ramas, el sol se apaga en el cielo, y no hay más que viento, viento por todas partes, fustigando sin piedad, a veces desde el norte, otras desde el este; viento inmisericorde que se abre paso a través de ti con sus odiosas esquiras de hielo. Castiga tu piel y tus huesos, y lo peor de todo es que ni siquiera te importa, porque el dolor que llevas en el corazón es mucho mayor que eso, tan abismal que ni siquiera el viento se atreve a congelarlo.

Chloé, arrebuja en su gastada chaqueta, con los dedos entumecidos de frío y un extraño escozor en la cara, no le ve ninguna gracia al asunto. Le gustaría cerrar los ojos y despertar en abril, florecer a la vez que la naturaleza y que los rayos de sol calienten su piel.

Ahora no queda ni un solo indicio del astro rey, ha desaparecido del cielo, la oscuridad se lo ha tragado, y las rachas de viento parecen asaltarla desde todas las direcciones, como un recluso que golpea todo lo que encuentra en su camino en un desesperado intento por liberarse. Por encima de su cabeza, en las ramas de los árboles que entrechocan como si fueran a quebrantarse, escucha el voraz rugido de su furia, y contra su propia piel nota la aspereza de su contacto, atroz y afilado como las llamas de diez mil cuchillos.

Se habría quedado en casa de no haber sido porque allí hace aún más frío que en la calle. Vive en una buhardilla sin calefacción y unos niños el año pasado le rompieron una esquina del cristal con una pistola de perdigones, que a saber de dónde la habían sacado.

Por norma general, esa clase de problemas los soluciona el casero, pero dado que Chloé lleva tres meses y medio sin pagar el alquiler, no se atreve a pedirle nada. Le da miedo que la ponga de patitas en la calle antes de Navidad. No tiene ningún otro sitio al que ir. Su familia es... mejor no pensarlo. Preferiría congelarse en el parque que volver a casa con un padre alcohólico que acaba de salir de la cárcel tras veinte largos años de condena.

Se vuelve a estremecer, y esta vez no por culpa del frío. El congelado aliento de sus peores recuerdos golpea contra su nuca, como un monstruo al que no puedes volver la cara durante demasiado tiempo. Chloé se niega a mirarlo, lucha con todas sus fuerzas, corre más deprisa por la acera, jadea desesperada, pero hay recuerdos tan inhumanos que no se pueden reprimir.

Y acaba recordando.

Rememorándolo todo.

Cada sonido, cada grito, cada maldita gota de sangre. Desfilan por delante de sus ojos como un caleidoscopio de imágenes que está obligada a contemplar. Cerrar los ojos no sirve de nada. Todo eso está *muy* dentro de ella.

Solo tenía ocho años. Lo bastante pequeña como para no poder hacer nada y lo bastante mayor para recordar a su padre, ciego de ira y alcohol, apuñalando a su madre delante de ella. Una, y otra, y otra, y otra, y así hasta ocho dolorosas veces.

Chloé tiene marcas en los antebrazos por intentar defenderla.

Eso fue lo único que le quedó después de aquello, unas cicatrices bien incrustadas en su piel y millones de pesadillas horrendas, aún más incrustadas en su mente. Si el viento callara solo por un segundo, podría escuchar aún el afilado silbido de ese chuchillo ensangrentado cortando el aire y después la carne, el ser, la materia, todo.

Su madre murió de camino al hospital. A Chloé la mandaron a la mañana siguiente a vivir con sus abuelos maternos. No hubo psicólogos ni atención especial, tan solo una pequeña casa de piedra, limpia y funcional, al pie de las montañas. Su nuevo hogar.

Lo primero que vio fue un techo afilado lleno de verdín y la chimenea arrojando una nube blanquecina hacia el cielo azul. Nunca lo olvidará. Ese recuerdo se ha convertido en una imagen que suele reconfortarla en los momentos más oscuros de su vida. Si está demasiado alterada, o quizá solo demasiado triste, deja que su mente vague por el bosque de los buenos recuerdos y entonces esa casita de piedra se materializa de la nada y se convierte en el refugio que necesita para resguardarse de la tempestad.

A día de hoy, el techo lleno de verdín y las macetas de geranios rojos que adornaban las ventanas ya no existen. En su lugar se alza un imponente hotel balneario que no conserva ni un gramo del pintoresco encanto que tenía la residencia de sus abuelos. Chloé vendió la propiedad al quedarse sola en el mundo y usó ese dinero para pagarse los estudios y el alquiler. París era muy caro.

Tanto, que para cuando cumplió los veintitrés, el dinero se había esfumado por completo.

Claro que, para entonces, ella actuaba en los mejores escenarios de Europa. Chloé Lacroze, la mejor voz soprano después de María Callas. Su nombre estaba en todas partes. Auditorios enteros de gente se ponían en pie para aplaudirla, a pesar de que no era más que una suplente.

Y ahora no tiene dinero para comprarse un par de guantes que la protejan del viento. ¿Qué es lo que pasó entre una fase y la otra?

Muy simple.

Chloé Lacroze jodió al hombre equivocado.

El movimiento *me too* solo funciona para Hollywood. En su mundo, si denuncias a un hombre poderoso, el desenlace es de lo más previsible. Él seguirá siendo un hombre poderoso y tú no tendrás dinero ni para pagar el alquiler.

La hizo pedazos, tal y como prometió.

*Si sigues adelante con esa demanda, te reduciré a polvo. No volverás a cantar jamás en ningún escenario del mundo. Yo te creé y sabes que puedo destruirte. No hagas esto, Chloé. Piénsatelo bien. Estás tan cerca de lograr ser una estrella... Solo hay una cosa más que necesito que hagas. Para asegurarme tu lealtad. Hazlo, y te haré inmortal. Te alzaré tan alto que nadie podrá bajarte de tu pedestal.*

Nauseabundo. Chloé no se arrepiente de sus decisiones. Si en ese momento hubiera sabido todo lo que sabe ahora, habría actuado igual. Prefiere morir de pie a vivir de rodillas. Prefiere poder mirarse en un espejo, desnudar su alma, y no sentir autorepulsión. No, no se arrepiente.

Con todo, cada vez que se presenta a una entrevista de trabajo, esperanzada y con el estómago hecho un nudo por los nervios, y tiene que enfrentarse a las consecuencias de su denuncia —gracias, ha estado bien, pero no es lo que buscamos—, las palabras de él aún resuenan en su mente, frescas, como si el tiempo no pudiera destruirlas: *No eres nadie y te lo voy a demostrar. Despidete de este mundo porque no volverás a poner un pie dentro nunca más. No sabes dónde te has metido ni con quién.*

Tenía razón. No ha vuelto a poner un pie dentro.

Antes le llovían trabajos y ahora nadie quiere verla. Porque ella, la mejor soprano desde María Callas, no es nadie, tan solo el primer peldaño de una escalera que llega hasta el Cielo.

Los amigos se han ido marchando poco a poco, algunos reprochándole el no haber hecho lo que cualquiera hubiera hecho en esas circunstancias. No lo entendieron y dieron por sentado que la culpa era de ella. ¿Por qué elegir ser pobre cuando podrías tenerlo todo? Un pequeño sacrificio a cambio de toda una vida de privilegios. Ese hombre habría puesto el mundo entero a sus pies y ella lo pisoteó. ¿Con qué derecho?

Para Chloé es ridículamente fácil: no tolera ninguna especie de violencia contra la mujer. Se lo debe a su madre muerta.

El acoso sexual *es* violencia de género.

Las coacciones a una mujer por parte de un superior *son* violencia de género.

La violencia de género Debe Ser Erradicada.

No hay nada más que decir al respecto.

No es que le guste no tener dinero ni para comprarse una *baguette*. No le gusta en absoluto. No disfruta con ello. No le parece una aventura. ¡Es una mierda! Tiene hambre. Y frío. Y de ningún modo podría costearse un tratamiento médico si le hiciera falta.

Pero sabe que ha hecho lo correcto. Muy en el fondo, lo sabe. Sabe que su actitud ha impedido la propagación de un cáncer.

De acuerdo, no ha tenido el impacto que ella esperaba. No se ha alzado todo un ejército de mujeres clamando *yo también he pasado por eso*, ni ha provocado el derrumbamiento de un gigante. Pero ha impedido convertirse en una víctima más.

No puede convertirse en su madre.

Ha visto lo que la violencia de género hace, sus pies descalzos han aplastado los añicos de lo que podría haber sido una buena vida de no haber existido esa lacra, y no va a ayudar a la transmisión de algo así.

Cueste lo que cueste, la lleve a la ruina o no, Chloé Lacroze siempre dirá NO.

Y si esto es en lo que se va a convertir por ello, por alzar la voz cuando todas las demás han callado, que así sea. Se enfrentará a su destino con la



cabeza bien alta y la soberbia de un guerrero que sabe que, a pesar de la derrota, en el fondo ha vencido. Algo. A alguien. Es todo lo que importa. Estar en paz con uno mismo.

El viento silba amenazador en torno a sus hombros, disipando un remolino de hojas muertas y parte de sus sombríos pensamientos. Camina por la acera con las manos en los bolsillos, encogida, intentando conservar un poco de calor corporal, a pesar de lo empeñado que está el viento en quitárselo. Las lágrimas humedecen sus mejillas. Hoy es el aniversario. Se cumplen veinte años. Esta noche no quiere estar sola. No quiere regresar a un cuchitril helado y comer una manzana medio picada que los del supermercado de abajo han dejado en una caja junto a los cubos de basura. Esta noche quiere olvidarse de todo.

Como si algo así fuera posible.

—Por favor, señorita. Tengo hambre.

Aturrullada, Chloé baja la mirada hacia el hombre que la mira suplicante desde la acera. No es más que un anciano envuelto en harapos. Se le encoge el corazón. Sabe que en el bolsillo lleva dos euros. No lo duda. Los saca y se los da.

—Tenga. Pero, por favor, comprese comida, no alcohol. Es el único dinero que me queda en el mundo, así que empléelo bien.

—Gracias. Lo haré. Que Dios la bendiga. ¡Feliz Navidad!

Chloé asiente y se aleja con una sonrisa triste.

# ANCIANO



—Por favor, señor. Tengo hambre —se lamenta el anciano de nuevo.

El hombre al que se dirige le dedica una única mirada, larga, inexpresiva, y luego le lanza un billete de cincuenta. El anciano se queda perplejo. Parpadea dos veces seguidas para asegurarse de que ese tipo alto y delgado, que se da cierto aire a lo Alain Delon, es real.

Desde luego, lo parece. Viste un abrigo negro, carísimo, de cachemira, que le llega hasta las rodillas, y es guapo, exactamente como Alain Delon cuando el anciano no era más que un polluelo e iba a verlo en las salas de cine de su pueblo; la misma estructura ósea impresionante, como si el cráneo en sí hubiese sido esculpido por una mano maestra para hacerlo atractivo aposta, la misma mirada penetrante, de un azul que atrae toda la luz, incluso la poca que hay en esta oscuridad, y las mismas cejas fruncidas en gesto abstraído.

Camina con las manos en los bolsillos, el cuello del abrigo alzado, y un cigarro le cuelga insolente de entre los labios.

Aunque eso no es lo sorprendente. Lo sorprendente es que sus ojos azules no pierden de vista a la chica guapa que le acaba de dar los dos euros.

**VINCENT**



Sabe que tiene que ayudarla de alguna forma, pero está claro que no puede acercarse a ella sin más. Con los tiempos que corren, podría pensar que se trata de un perturbado, o de un asesino, o de un violador, y salir corriendo en dirección contraria. Ya nadie ayuda a los demás hoy en día. Todo el mundo tiene una intención oculta.

Lo mejor que se le ocurre es caminar tras ella, al menos hasta decidir qué estrategia adoptar.

Dicho y hecho.

La chica dobla a la derecha y tuerce hacia la calle principal, llena de luces navideñas y tiendas de ropa y regalos. Vincent, como de todas formas se dirigía en esa dirección, la sigue.

En la calle principal todo tiene un aura navideña y mágica, excepto ella, que parece sacada de una escena de *Los Miserables*. Una nube de desdicha flota encima de su cabeza. A Vincent le sorprende que nadie más lo haya notado. En serio, ¿es que nadie ve que es clavadita a Cosette?

La chica se detiene unos segundos delante de un escaparate y mira con sonrisa triste un vestido rojo de coctel. A Vincent se le encoge el corazón. Todavía no le ha visto bien el rostro, solo medio perfil bañado por la sombra. Con todo, le recuerda a su madre. La misma vulnerabilidad, esa generosidad de entregar a alguien todo cuanto tienes, la sonrisa triste que te desgarra el alma...

Es todo cuanto él recuerda de ella. Murió cuando Vincent tenía veintidós años. Y, antes de morir, su vida no fue exactamente un cuento de hadas. Se casó en contra de sus controladores padres con un hombre mayor y violento, el padre de Vincent, tuvo una existencia de lo más desdichada y murió a los cuarenta y cuatro años por culpa de una enfermedad terminal. Ella nunca volvió a casa de sus padres. Ni siquiera cuando su marido,

borracho como una cuba, la tiraba al suelo y le daba furiosas patadas en el estómago. Apretaba los dientes y aguantaba las palizas. Volver a casa habría significado admitir que se había equivocado al casarse con él, y Marie tenía demasiado orgullo para eso.

Ese orgullo fue algo que Vincent siempre odió de ella. Porque ese orgullo la destrozó.

Claro que lo comprendió tarde. Muy tarde. Demasiado tarde como para poder hacer algo al respecto.

Cuando era pequeño y eran tan pobres que en la tienda del barrio les tenían que fiar incluso el pan, Vincent tenía un sueño. Saldría de ahí, costase lo que costase, y algún día tendría suficiente dinero como para poder darle a ella todo lo que merecía, la vida que debería haber tenido si el desgraciado de su padre no la hubiera destrozado entre sus manos, como si no fuera más que un puñado de tierra que se desintegra y esparce al viento.

Su deseo era tan fuerte que se había convertido en una obsesión que le quitaba el sueño por las noches.

En su colegio nunca hubo un estudiante más aplicado. Sacaba las mejores notas en todo y se las había ingeniado para que el mejor profesor de piano de todo París le diera clases gratis. Solo media hora a la semana, era un músico de altísimo nivel, aunque no importaba, porque Vincent estudiaba en el piano de la iglesia horas y horas y mejoraba con cada mes que pasaba. Lo único que necesitaba era que alguien dirigiera sus pasos. Le salió bien la jugada.

A los veinte, el piano no tenía ningún secreto para él.

A los veinticinco era una estrella emergente. Y destrozada, a pesar de haber cumplido su sueño, a pesar de haber llegado justo donde pretendía llegar, a pesar de que ese barrio fangoso y esa casa destartada, que miles de veces había soñado con incendiar, no fuera más que un mal recuerdo sepultado en su memoria. Había conseguido por fin el dinero que se había propuesto y debería haber estado eufórico.

Nada más lejos de la realidad. Vincent estaba irremediablemente roto. Todo el trabajo, todo su esfuerzo, las innumerables tendinitis y las noches

sin dormir, todo había sido en vano. Nunca iba a poder cumplir su promesa. Nunca iba a darle a ella lo que merecía, porque *ella* ya no estaba ahí. Se había marchado en plena noche, en completo silencio, sin despedirse siquiera, y había dejado en el interior de Vincent un vacío tan enorme que ni toda la fama del mundo habría conseguido llenar.

Desde entonces, él se ha convertido en alguien distinto. Más oscuro. Cada día está más solo, ya nunca se acerca a nadie, no se permite tales concesiones, y los pocos amigos que tenía se han ido marchando con el tiempo. Vincent ha trazado una línea e impide que las personas la crucen. Ha levantado un muro tan alto que lo oculta y lo protege a la vez; una armadura inquebrantable, para que nada vuelva a destrozarle nunca así.

Las mujeres se enamoran de él todo el rato, atraídas por ese aura de oscuridad y desapego que destila. Pero en cuanto comprenden que no tiene nada que ofrecer, que su corazón murió con Marie, pasan a algo mejor. A Vincent no le importa. No quiere lazos de ningún tipo. No siente dolor. No siente nada.

CHLOÉ





—Disculpe.

Chloé da un respingo en medio de la calle. No ha oído a nadie caminar detrás de ella y la voz, grave y un poco rota, la ha pillado completamente por sorpresa. Se da la vuelta y mira demudada al hombre que la observa con ojos entrecerrados.

Es un tío alto. Altísimo. Calcula alrededor de metro noventa, porque ella, con su metro setenta y dos de altura, tiene que echar la cabeza hacia atrás para poder sostenerle la mirada. Es muy atractivo. Atractivo como ya no se ven los hombres.

Pero hay algo roto en él. Chloé lo nota desde el primer instante, nada más cruzarse sus miradas. Sabe reconocer ese brillo remoto en sus ojos.

—¿Sí?

Él se frota la frente con aire incómodo. Los ojos de Chloé caen sobre sus dedos. Largos. Delgados. Podría ser artista. No se lo imagina arreglando enchufes.

—Le parecerá de locos. Y le prometo que no quiero nada de usted.

Chloé aprieta los labios para sofocar la sonrisa. Es verdaderamente divertido lo nervioso que se ha puesto. ¿Qué va a pedirle? ¿Un *ménage à trois*?

—Tengo el sentimiento de que algo *sí* quiere —replica, intentando no sonreír.

Él pone una sonrisa embarazosa.

—Me ha pillado. Algo sí quiero. Me preguntaba si le apetecería acompañarme a ese bar de ahí a tomar algo.

—¿Una cita? —Chloé enarca ambas cejas, aunque su gesto presumido se borra en cuanto percibe rechazo en los ojos azules del hombre. Al principio parecían casi fluorescentes, pero ahora son oscuros. Muy oscuros.

—No exactamente. Solo... solo quiero que me acompañe. No es nada amoroso ni raro. No es que la haya visto por la calle y el corazón me haya dado un vuelco. Le prometo que no se trata de nada de eso.

Chloé cruza los brazos sobre el pecho y se pone un poco a la defensiva. Aunque él no parece peligroso, nunca se sabe.

—¿Y de qué se trata?

Nota que él está en conflicto consigo mismo. Tarda unos momentos en contestarle, momentos en los que se limita a mirarla a los ojos, una mirada larga y turbada que hace que a ella *sí* le dé un vuelco el corazón.

—Hace frío —habla él por fin, con voz baja y controlada. A pesar de su tono, la nota vibrante que hay en su voz hace que Chloé se estremezca, y desde luego que no es por el viento—. Es... la hora de cenar. Y resulta que yo sé que en este bar de aquí suena la mejor música de todo París. Y no he podido evitar preguntarme si a usted... Si le apetecería hacerme compañía. Mire, es un sitio público, y le prometo que no le pondré un dedo encima. Podrá marcharse cuando quiera. Es más. —Levanta un dedo en el aire pidiéndole que aguarde, se saca la cartera del bolsillo y le alarga cincuenta euros—. Tenga. Yo le pago el taxi. Cójalo, por favor. Si le parece que he dicho o hecho algo que la haya molestado, puede marcharse en cualquier momento.

Chloé le clava la mirada. Ya no parece divertida por la situación.

—Guárdese su dinero. No lo quiero.

—Pero...

—Iré con usted, porque me tiene muy intrigada. Y si hace algo inapropiado, le daré una patada en los huevos. ¿Estamos?

El rostro de él se abre en una sonrisa divertida.

—Muy bien. Me parece un buen trato.

—Genial. Me llamo Chloé. ¿Y usted?

—Vincent.

—Encantada, Vincent.

Él hace un leve gesto con la cabeza.

—Un placer.

Se miran, intercambian una sonrisa cortada, y Vincent abre la puerta.

—Sabes que no soy una prostituta, ¿verdad? —aclarar Chloé abruptamente, al verse en medio del *lobby* de un hotel.

Él la mira por debajo de la frente arrugada, lo cual le da un aspecto aún más interesante y atormentado.

—¿Qué?

—Si me has traído a este hotel porque quieres acostarte conmigo o porque quieres un *ménage à trois*...

Se interrumpe porque él se ha echado a reír y es tan atractivo cuando ríe que las ideas de Chloé se dispersan un poco. Se da cuenta de que su rostro risueño le resulta un poco familiar, aunque es incapaz de ubicarlo en su memoria.

—Descuida. Te prometo que no quiero acostarme contigo.

Eso, de alguna forma, la ofende.

Y se enfurece consigo misma por permitir que algo así la ofenda.

—¿Y a dónde vamos entonces?

—Ya te lo he dicho. Al bar. Sígueme. Es por aquí.

Le señala la dirección sin tocarla. Le gusta eso en un hombre. Los hombres que se toman la libertad de tocarte la cintura, de incluirte entre sus propiedades sin pararse a preguntar qué opinas tú al respecto, la enferman.

Contenta de descubrir que él no es uno de ellos, camina en silencio por la moqueta roja y cruza la puerta que él acaba de abrir para ella.

En efecto, es un bar, un bar lujoso que la hace fantasear con los elegantes años sesenta y los recitales de Nina Simone. Seguro que ella

habría tocado ese piano de ahí. ¿No se había autoexiliado a París después del asesinato de Martin Luther King, harta de la segregación racial, y con razón?

—Siéntate —le dice Vincent, señalando una mesa cercana al piano—. ¿Qué te apetece tomar?

—Yo... nada —responde Chloé, consciente de que no podría pagar ni un vaso de agua.

—Está bien.

Él se sienta a su lado con una sonrisa y le hace una señal al *maître*, que se acerca de inmediato.

—Vincent, buenas noches. —Por la enorme sonrisa con la que los recibe el *maître*, está claro que se conocen bastante bien y que, además, Vincent le resulta simpático. Eso tranquiliza a Chloé.

—Hola, Claude. ¿Cómo estamos hoy?

—¿Para qué vamos a andar quejándonos?

—Ciertamente. No tendría sentido. Esta es mi amiga, Chloé.

Claude inclina la cabeza con majestuosidad.

—Buenas noches, señorita. Encantado de conocerla.

—El gusto es mío —replica ella, devolviéndole la sonrisa.

—¿Por qué no nos traes una botella de vino, dos copas y lo que sea que tengáis de cenar esta noche?

—Ahora mismo. Ah, antes de que se me olvide —Claude se vuelve a girar con un dedo en alto—. Alexander andaba buscándote. Creo que quiere hablar contigo de la fiesta de Navidad.

—Muy bien. Iré a verle en un momento. ¿Está en su despacho?

—¿Dónde iba a estar? Siempre lo he dicho: necesita una novia.

Una pequeña sonrisa se reproduce en los labios de Vincent.

—Puede, pero no se lo digas a él.

—Dios me libre. Se pondría hecho un basilisco.

Los dos se echan a reír. Chloé los contempla con una sonrisa incómoda.

Claude se retira y Vincent gira la mirada hacia ella.

—Voy a tener que dejarte sola un rato. Por favor, cena y acábate el vino porque yo soy abstemio y no podría bebérmelo.

Una expresión de sorpresa cruza los ojos azules de Chloé, que se abren de golpe ante ese testimonio.

—¿Eres abstemio?

—Sí.

—¿Y por qué has pedido vino?

Él se encoge de hombros y le dedica una de sus sonrisas canallas.

—Pensé que podría gustarte. Si no es así, pide otra cosa. Las consumiciones me salen gratis.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Eres el dueño?

Él suelta una carcajada y Chloé se descubre mirándolo con una sonrisilla bobalicona.

—No. Pásalo bien, Chloé. Te veré más tarde si es que sigues aquí.

Se despide con un gesto de cabeza y se marcha, dejando a Chloé sola, con el ceño fruncido y decenas de preguntas dando vueltas por su mente. ¿Quién es ese hombre y qué es lo que pretende?

—Espero que le guste el pato confitado y el puré de manzana — interrumpe Claude su abstracción.

Los ojos de Chloé se elevan hacia los suyos.

—Sí, gracias, Claude. Suena perfecto. Por favor, no me hables de usted.

—Está bien. El vino es un Pinot Noir. Si no te gusta, podemos traer otro.

¿Pinot Noir? Dios mío. Como para no gustarle.

—Pinot Noir es perfecto. Gracias.

—Es buen tipo, ¿eh? —comenta Claude mientras descorcha la botella y le sirve una generosa copa.

—Eso parece —responde Chloé distraída.

—Tengo que decir que me ha alegrado verle con una chica. Y más con una chica tan guapa. Nunca se trae a nadie. Y siempre está tan triste...

Chloé lo mira parpadeando.

—¿Nunca se trae a nadie?

—¿Vincent? Dios, no. —Claude ríe, como si la idea en sí le resultara descabellada—. Debes de ser especial.

Chloé asiente con una sonrisa forzada. Especial. A lo mejor es un asesino en serie y ella encaja en el patrón. ¿Por qué si no un tipo tan guapo iba a estar siempre triste?

En fin. Al menos no pasará la noche sola en casa, muerta de frío y de hambre.

Coge el tenedor de plata —guau— y se lleva un poco de pato a la boca.

—Dios mío... —se deleita—. Hmmm. Está delicioso —le dice a Claude con una sonrisa, que él le devuelve antes de retirarse.

Sus ojos comprueban el enorme reloj colgado detrás del piano. Son casi las once de la noche. Ha pasado la hora de cenar. Aunque el hambre no entiende de horarios, por lo que Chloé se acaba toda la comida en un par de minutos. Vaya. Seguro que acabará poniéndose mala. Su estómago ya no está acostumbrado a esas comilonas.

Claude, que probablemente por orden de Vincent ha estado muy pendiente de ella, se le acerca con un plato de pastel de chocolate.

—Oh, por Dios. ¿Postre también?

—Ordenes de Vincent.

—Vale, tengo que preguntarlo. ¿Quién es este tío?

Claude frunce el ceño y deja el plato delante de ella con una mano elegantemente apoyada contra su espalda.

—¿A qué te refieres?

—Tiene que tener un defecto.

—Pues...

En ese momento Claude se calla y algo a sus espaldas llama su atención. Chloé se gira con la silla y se queda boquiabierta. Quien se ha sentado detrás del piano no es Nina Simone sino Vincent.

—Dios mío —cae de pronto, y le da un golpecito a la mesa—. ¡Jo-der! Sabía que me sonaba de algo. ¡Es Vincent Crozet, el pianista!

Claude la mira, confuso.

—Sí. Pensaba que lo sabías.

—Pues no. Me sonaba familiar, pero hasta verle detrás del piano no he comprendido quién era. Hace tiempo leí un artículo sobre él. Ese tío es mega famoso. Creo que decían que es el mejor pianista del mundo o algo así, ¿no?

—Algo así.

—¿Qué hace aquí?

—Alexander, uno de los dueños del hotel, es un melómano y se ha empeñado en tener al mejor. Vincent toca tres veces por semana. El resto del tiempo está muy ocupado. Creo que hace musicales y cosas por el estilo. No es demasiado comunicativo.

Chloé vuelve a mirarlo y se pregunta si la ha invitado a cenar porque él también la ha reconocido a ella. No le parece probable. Las cantantes de ópera no son tan famosas. Y mucho menos las cantantes de ópera que han caído en el anonimato y la desgracia.

—Vaya. Vincent Crozet en persona. No me lo puedo creer.

Claude retiene la sonrisa.

—Disfruta del concierto —le desea antes de dejarla sola.

Vincent, sentado detrás del piano, no la mira. Contempla las teclas con expresión absorta. Chloé atraviesa el pastel con la cucharilla y sonríe antes

de probarlo. ¡Está cenando con Vincent Crozet!

Bueno, está cenando sola porque él no ha tocado la comida. Pero la ha invitado. ¿Por qué? ¿La vio por la calle y se dijo a sí mismo: *voy a invitar a esta chica a cenar y a que escuche mi recital*? ¿Qué vio en ella?

Las dudas hacen que Chloé se dé un pequeño repaso a sí misma. No encuentra nada especial. Una pelirroja con curvas. En los sesenta la habrían considerado guapa y voluptuosa. Ahora, en cambio, cuando las mujeres parecen esqueletos vivientes, estas curvas están un poco fuera de lugar.

Cierto es que en los últimos meses ha encogido bastante, fruto de la mala alimentación y la tristeza. Aun así, su cuerpo con forma de chelo está pasado de moda si una hace caso a los estándares actuales de belleza.

El sonido del piano la hace levantar la mirada abruptamente y enfocar a Vincent.

Medio sonríe al reconocer los acordes y, cada vez más impresionada, sigue el ritmo con el cuerpo. *Sinnerman*. A Nina Simone le habría encantado.

Demonios, es muy bueno. Lo da todo. Y su voz, cuando empieza a cantar, es perfecta.

Chloé lo mira eclipsada y se da cuenta de que todo el mundo le ha clavado la mirada. Todos notan su magnetismo y, al igual que ella, no consiguen dejar de mirarlo.

Es, sin duda, un pianista magnífico.

Aunque no es la magnificencia lo que atrae la atención de Chloé. Es la tristeza. De repente le parece aún más roto, irremediabilmente fracturado en miles de pedazos que nunca podrán recomponerse.

La pequeña sonrisa de Chloé muere encima de su rostro. En cuanto sus dedos rozaron las teclas del piano, él se convirtió en alguien como ella y parece que nadie más lo esté notando. Creen que es pasión. No lo es. Es un grito de auxilio.

Y solo alguien destrozado podría entenderlo.



\*\*\*\*\*

Unas horas después, Vincent baja del escenario y se le acerca con una pequeña sonrisa.

—Hola. Me alegro de ver que sigues aquí.

—¿Hola? ¿Por qué no me has dicho que eres pianista? —reprocha Chloé, aunque con gesto simpático.

—No lo preguntaste. ¿Qué tal la cena? Espero que estuviera buena.

—Magnífica, aunque no tenías que haberte molestado.

—No lo he hecho. Se incluye en mis honorarios.

—No lo entiendo.

Él frunce el ceño y ocupa una silla al otro lado de la mesa.

—¿El qué?

—Qué hago yo aquí. ¿Me viste por la calle y dijiste *seguro que no ha cenado, voy a invitarla a cenar*? ¿Haces obras benéficas en época navideña o qué?

Los labios de Vincent se despliegan en una sonrisa un tanto incómoda.

—Te vi por la calle y tuve la impresión de que no te apetecía estar sola. Y pensé que aquí, rodeada de gente, estarías mejor.

—Entiendo. —Chloé baja la mirada hacia su plato vacío, pone una sonrisa insegura y después lo vuelve a atravesar con toda la fuerza de sus ojos—. Te he reconocido. Pero... ha sido cuando te he visto sentado en el piano. Antes de eso creía que eras alguna especie de asesino en serie. Guapo y letal, o algo así.

Vincent rompe en carcajadas. A Chloé le gusta el sonido de esa risa y se descubre a sí misma contemplándolo de nuevo con sonrisa bobalicona y la mano apoyada contra la mejilla.

—¿Y ahora qué piensas sobre mí? ¿Aún crees que soy un asesino en serie?

—Hmmm. No las tengo todas conmigo —dice en son de broma.

—Te prometo que no quiero hacerte daño.

Se lo asegura con tanta seriedad que ella también se pone seria y lo estudia a través de las pestañas con aire grave. Sobreviene un silencio. Cómodo. Íntimo.

—Te creo.

—Bien.

Intercambian una pequeña sonrisa y él toma un trago de la botella de agua que traía al bajar del escenario.

—¿Cómo es que eres abstemio? ¿Has tenido problemas de alcoholismo?

Es algo muy habitual entre los músicos de su nivel. La fama, la presión, el miedo de no estar a la altura. Algunos pierden la confianza en sí mismos e intentan encontrarla en una botella o en alguna sustancia que les haga escaparse de su realidad. Espera que no sea ese su caso. Sería una lástima que alguien así se echara a perder.

Él levanta la mirada con expresión deshecha. Chloé se siente de pronto aturdida. Sabe que ha tocado una fibra dentro de él y que no le ha hecho la menor gracia. Le gustaría decir algo, que lo siente, que no hace falta que le conteste, pero entonces él separa los labios y cualquier cosa que Chloé pudiera decirle deja de importar.

—Mi padre era alcohólico —responde, con mirada abstraída—. No quiero tener nada en común con él.

Toda una serie de expresiones confusas cruzan el rostro de Chloé. Nota la faz tirante, el ceño fruncido, y su mirada se vuelve lejana, atraída por un pasado al que no le gustaría volver ni siquiera dentro de su cabeza.

—Ya. Te entiendo —susurra, manteniendo los ojos dispersos sobre el mantel—. Mi padre también es alcohólico. O al menos lo era antes de que lo encerraran. Ahora no tengo ni idea de cómo es. Hace veinte años que no lo veo.

Vincent ladea la cabeza hacia la derecha y sus ojos fluorescentes atrapan su mirada.

—¿Por qué lo encerraron? —Ella pone una sonrisa triste y desvía la mirada hacia el piano—. Si no me lo quieres decir, está bien. Siento haberlo preguntado. Normalmente no interrogo a la gente. No pretendía hacer que te sintieras...

—Mató a mi madre —lo frena Chloé, cuyos ojos se elevan de golpe y desgarran a los suyos. Vincent contiene el aliento y la mira con rostro de piedra. Al ver la mella que han hecho en él sus palabras, Chloé baja los párpados y se obliga a respirar hondo. La gente nunca quiere saber la verdad. Creen que sí, pero en cuanto la desvelas, se dan cuenta de que la verdad es demasiado para ellos—. Lo siento. No sé por qué te lo he dicho. Yo tampoco voy por ahí contándole esto a la gente.

En un impulso, él pone la mano encima de la suya. Está ceñudo y es evidente que intenta asimilarlo todo.

Los ojos de Chloé caen sobre sus manos entrelazadas. La está tocando, pero no se siente agredida ni incómoda. Es... agradable. Humano.

—Tranquila. Creo que los dos hemos dicho cosas que normalmente no diríamos.

Sus miradas se cruzan de nuevo. Intercambian una pequeña sonrisa cargada de desánimo y él la suelta y se echa hacia atrás en el asiento. Chloé busca algo que decir. Algo... neutro.

—¿Hace mucho que tocas en este bar?

—Medio año.

Él le devuelve la mirada, una mirada penetrante que la deja sin aire en los pulmones.

—Guau.

—En esta época es una locura. Falta poco para Navidad y andan escasos de personal. Me acaba de decir Claude que necesitan ayuda en la cocina. Aquí siempre se necesita algo en alguna parte.

Chloé se coloca un mechón caoba detrás de la oreja. Lleva el pelo largo, ondas grandes que cuelgan sobre sus hombros, y su rostro es muy blanco, un blanco casi impoluto, que hace que toda la atención de las personas

caiga sobre sus ojos azules. Sabe que tiene un rostro simétrico, hermoso, de nariz pequeña, labios carnosos y pómulos marcados. El rostro es una de las cosas de las que más orgullosa está. Es idéntico al de su madre, y siempre que se mira en un espejo, tiene la sensación de que ella no se ha ido del todo. Sigue ahí, como si su esencia aún viviera a través de ella. Sonríe cuando ella sonríe y se pone triste cuando a ella la invade la tristeza.

Cada vez que se mira en un espejo, Chloé deja de sentir esa soledad desgarradora que hace veinte años que la acompaña como una sombra. Siente el amor materno que tanto ha anhelado volver a sentir.

Aunque la sensación solo dura poco más que unos segundos. Después, todo se apaga y una profunda soledad vuelve a apoderarse de ella.

Y en medio de esa soledad, el tiempo se ralentiza, los segundos se vuelven lentos y carentes de todo sentido, y lo único que puede ver es oscuridad, una oscuridad impenetrable, inhumana, un monstruo que se alimenta de cualquier sentimiento bueno y noble, de cualquier luz que se arriesga a acercarse. A diferencia del amor materno, la oscuridad la acompaña a todas partes, a todas horas. No hay forma de huir.

*Ella es oscuridad.*

—Ah, ¿sí? —se obliga a hablar, carraspeando para desprenderse de su tono de voz enronquecido—. ¿Qué clase de ayuda?

Los dedos de Vincent están empeñados en hacer girar el tapón de la botella de agua. No la mira.

—Ya sabes, gente que friegue los platos y pele patadas y esa clase de cosas —responde sin conceder la menor importancia—. Nada complicado, dado que en el bar no preparan las comidas ni las cenas. Todo esto viene del restaurante del hotel —explica, señalando hacia su plato de postre.

—¿En serio? Pensaba que lo hacían aquí.

—No. Aquí solo preparan platos ligeros para los clientes del bar, tablas de picoteo y poco más. La actividad no es tan frenética como en el restaurante, así que ni siquiera necesitan personal cualificado.

Chloé se aclara la voz por lo bajo, junta las manos en el regazo y se queda con los ojos clavados en sus nudillos.

—Si yo hablara con Claude sobre ese trabajo... ¿te molestaría?

—¿A mí? —Él frunce el ceño y la mira por fin a los ojos—. En absoluto. De hecho, si quieres, puedo hablar yo por ti. Se me da bien negociar. Seguro que te consigo las comidas gratis.

Ella se echa a reír. No es diversión. Solo es alivio.

—¿Harías eso por mí?

Él calla unos segundos y le dedica otra de sus miradas largas y penetrantes.

—Sí, Chloé. Haría eso por ti.

Chloé se muerde el labio y sonríe. A pesar de todo, el corazón se le ha encogido en el pecho, porque él tiene algo irresistible que consigue atravesar todas sus defensas. Por unos segundos sus ojos caen sobre sus labios y la pregunta de cómo sería besarle la distrae momentáneamente. Sería intenso, sin duda.

Se estremece y desvía la mirada de inmediato. No debe pensar en cosas así. Es una tontería.

—Hoy se cumplen veinte años —confiesa con voz abrupta.

—¿Qué?

—Desde que mi madre murió. Por eso no quería irme a casa. Gracias por la invitación. Yo...

Él niega despacio y pasea los ojos por todo su semblante. La mira como si quisiera grabarse su rostro en la memoria.

—No me des las gracias. No he hecho nada.

Pero lo ha hecho todo y Chloé solo puede sentir gratitud. Gratitud y algo más. ¿Mariposas en el estómago? Vaya tontería.

«¿Cuándo vas a madurar, Chloé?»

# EMILIA



Una noche cerrada y gélida envuelve París.

Al amparo de un cielo negro como la tinta, rachas de viento huracanado esparcen hojas y papeles sobre las amplísimas avenidas del centro. No hay transeúntes, ni tan siquiera uno, y los callejones exhiben un aire callado, como una hilera de tumbas silenciosas abandonadas incluso por los espíritus.

Millie contempla con mirada mortecina el elegante coche negro que se abre camino entre los pocos vehículos que circulan, a horas tan tardías, por una de las principales arterias de la ciudad.

Está sentada en la parte de atrás del Mercedes de su padre, oculta tras unas lunas tintadas que la protegen de ojos ajenos.

Casi que mejor. No se considera a sí misma un regalo para la vista. Exhibe un aire demasiado atrevido, rayano en la insolencia.

Ha cambiado de aspecto hace poco, un intento tonto por dejar atrás la adolescencia y el aire aniñado que su rostro se empeña en mantener, sobre todo por las mañanas, antes de que a Millie le haya dado tiempo de sepultarlo tras una buena capa de maquillaje oscuro.

Antes de salir de Nueva York se tiñó el pelo de rosa, y ahora va vestida para destacar: short vaquero, deshilachado, medias de rejilla, botas militares y una cazadora verde, claramente insuficiente para las temperaturas del exterior. Lleva un *piercing* en la nariz y la oreja derecha llena de pendientes. Un colgante con el dibujo de un pentagrama cuelga entre sus pechos, adornando el sencillo top con escote en forma de V.

Se dice a sí misma que es una versión moderna y mejorada de Nancy Spungen<sup>[2]</sup>. Que se joda la moda parisina. ¿Quién querría ser como esas pánfilas que se definen a sí mismas como *chic*? Ella seguro que no. Prefiere resaltar entre los demás como lo haría un lobo en un rebaño de ovejas.

La idea le hace tanta gracia que se descubre conteniendo una sonrisa. Hay algo lobuno en su gesto.

—¿Cómo está mi padre? —se le ocurre preguntar tras unos veinte minutos de intrascendente silencio.

El chofer niega apenado cuando cruzan una mirada a través del espejo retrovisor.

—Todo lo bien que cabría esperar dadas las circunstancias. Le habría gustado venir a recogerte al aeropuerto, pero es tan tarde que...

—¿Paul?

—¿Hm?

Como ella calla de repente, los ojos de él se alzan hacia el espejo. Millie está exhibiendo una sonrisa resignada.

—No importa. No esperaba que viniera.

—Ya.

Turbado, Paul se aferra con más fuerza al volante, se aclara la voz por lo bajo y cuadra mejor los hombros en el asiento. Estas cosas le hacen sentirse incómodo, se nota a la vista.

Millie se aparta un mechón de flequillo rosa de los ojos y vuelve a mirar por la ventanilla. Tiene las uñas pintadas de negro y un tatuaje en la muñeca, el ocho del infinito, un recordatorio de que la vida tiene fecha de caducidad. Se lo hizo el día en el que cumplió los veintidós años. Estaba borracha, pero no se arrepiente. Millie nunca se arrepiente de nada. Es una norma que se obliga a sí misma a cumplir a rajatabla. Los arrepentimientos le resultan repulsivos.

Aunque Paul mantiene el volumen tan bajo que la música no es más que un murmullo ahogado, se percata de que en la radio suena *Wonderful Life*. Tiene gracia, porque ahí fuera no parece haber nada *wonderful*. La fría llovizna que castiga las calles concede a la ciudad un aspecto sucio e inerme. Alrededor de las farolas parece nieve, pero el suelo está demasiado mojado como para que cuaje.



Adoquines. Millie sonríe para sí. Había echado de menos los adoquines de París.

Había echado de menos muchas cosas de París.

Y, sin embargo, volver le resulta difícil. Demasiados recuerdos a los que enfrentarse.

La invade el irreprimible impulso de interrogar a Paul, tirarle de la lengua para saber qué panorama la espera al llegar, pero se muerde el labio inferior con fuerza y obliga a sus apagados ojos, delineados por líneas negras de casi un dedo de grosor, a permanecer perdidos en las resbaladizas e inhóspitas calles de París. El paisaje ofrece un aspecto tan lúgubre que a Millie la invade un extraño desasosiego.

El coche señala y gira a la derecha. Sobresaltada, levanta la mirada de los adoquines y sus ojos azules peinan la zona. No tiene ni idea de dónde están, no reconoce el barrio. En la esquina hay un reloj. Son las dos y media de la madrugada, casi las tres menos veinticinco. Su vuelo ha llegado con retraso. Por lo visto hubo una tormenta en Canadá.

Millie no entiende muy bien por qué una tormenta en Canadá tiene que afectar un vuelo Nueva York-París. En fin. ¿Qué más dará?

Tenía otros planes para las fiestas de invierno. Ella y James iban a ir a Hawái. Navidades al sol, con una piña colada en la mano. Habría estado bien, para variar, pero, joder, a veces las cosas cambian en un segundo. Nadie tiene la culpa.

—Tengo que ir —le había dicho a su novio la semana anterior, nada más recibir una llamada nocturna de París—. Puede que sean sus últimas navidades. Necesito despedirme de él.

Su padre se está muriendo, esto es lo que la ha impulsado a tomar la insensata decisión de regresar. Glioblastoma, o algo así. En fin, completamente inoperable. La vida es una zorra.

No es que Millie esté hecha polvo. No lo está. Ella y su padre no mantienen una gran relación. Apenas le ha visto en los últimos veinte años. Salvo algunos veranos que pasaron juntos en la casa de la costa de sus abuelos franceses y aquel último año de instituto que vivió con él en París,

el *gran hombre* es un desconocido para ella. Accedió a vivir con él cuando su madre se volvió a casar, pero, en cuanto acabó el instituto, eligió matricularse en una universidad estadounidense y vivir por su cuenta. Nunca ha esperado nada de nadie.

De niña, toda esa mierda de los padres separados la hacía sentirse como un paquete de Amazon dando vueltas de un lado al otro. Sabía que no la querían en ninguna parte. Ambos tenían sus vidas organizadas y ella como que no encajaba en el conjunto. Las niñas rebeldes no encajan en ninguna parte.

Ahora tiene veintidós años y las familias le siguen pareciendo un asco. Su madre acaba de dar a luz. Gemelos. Por Dios. ¿Por qué alguien volvería a tener hijos a los cuarenta y dos años, niños que comen y cagan y lloran todo el rato?

Millie lo tiene claro: no piensa tener hijos. Jamás. El planeta está sobrepoblado, de todas formas. ¿Es que nadie ve que el ecosistema se está yendo a la mierda? ¿A nadie le importa?

Suspira, niega resignada y comprueba el móvil. Varios mensajes sin abrir y notificaciones de redes sociales, ninguna cosa importante. Debería echar de menos a James, pero no siente añoranza, ni por él ni por nada de lo que haya dejado atrás. Está demasiado inquieta como para echarle de menos. Hay una pregunta que quema la punta de su lengua, una cuestión que no se atreve a plantearle a Paul, porque eso supondría que sus labios formularan un nombre que hace años que no pronuncia.

Al menos, no en voz alta. No de manera consciente. Puede que en sus sueños más profundos alguna vez diga su nombre.

Pero solo en los sueños más profundos.

Y solo alguna vez.

Con el semblante pálido, desencajado, baja los párpados despacio y el rostro de *él* empieza a adquirir contorno dentro de su mente, su impasible, aunque extraordinario perfil de pómulos definidos y nariz recta, su ancha boca, sus fieros ojos azules, su permanente e irritante ceño fruncido...

Una sonrisa triste nace en sus labios ante el recuerdo de esa frialdad aplomada y británica que se apoderaba de él en los peores momentos.

Habría cambiado.

Habría envejecido.

Ahora tiene ¿qué...? ¿Cuarenta y un años? No es para ella. Tiene la misma edad que su madre, por el amor de Dios.

Su madre, la que acaba de tener gemelos. Lo cual quiere decir que tampoco es que sea tan mayor.

Además, hoy en día los hombres se conservan muy bien. Sobre todo, los que corren, nadan y escalan el puñetero Everest.

Quizá esté casado. Millie sabe que admiradoras nunca le han faltado. Y a él siempre le han gustado las mujeres. Todas menos ella.

En la radio cambian de registro y alguien decide que es buena idea entretener a los oyentes con una canción de Cohen.

Millie, con una tristeza teñida de anhelo, desliza el dedo por el vaho del cristal y repasa por enésima vez los detalles de esa electrizante noche. Bailó con él. Su mejilla raspaba contra la suya y su masculino y devastador olor a especias salvajes la hacía contener el aliento. Se moría por sentir su boca encima de la suya. Dios, no recuerda haber deseado nunca nada con tantas fuerzas.

Pero él se limitó a mirarla, casi molesto, como si ella estuviera incordiándolo con su mera presencia. Había perdido incluso la esperanza de que fuera a hablarle, pero de pronto su congelado rostro se cernió sobre el suyo y sus labios se acercaron a su oído.

—¿Cuándo vas a aprender modales, Emilia? —le susurró, con aquella voz ronca y profunda que le disparaba el corazón. Incluso las palabras ordinarias sonaban mejor cuando las pronunciaba él en ese tono solemne y con su marcado acento británico—. No está bien montar estos numeritos en público.

Millie, humillada como una niña, sintió ganas de llorar, el escozor de las lágrimas arrasaba sus ojos y supo que solo era cuestión de tiempo hasta que

él las advirtiera.

—Vete al carajo —le soltó casi en un gruñido.

Se zafó de su abrazo antes de que acabara la canción y salió corriendo a la humedad de la noche. A la mierda el rocío y las neumonías. Necesitaba un puto cigarrillo.

Y que las estúpidas lágrimas, irracionales y tan delatadoras, dejaran de arder en su garganta. Al menos tenía claro que de ningún modo iba a llorar delante de él.

No esperaba que la siguiera a la terraza, enfurecido como un padre, batiendo puertas a sus espaldas y apartando a gente de su camino con ese bramido áspero que parecía su seña de identidad.

—Dame eso —le gruñó al alcanzarla en el exterior.

Sus ojos relampagueaban, pero Millie no se movió.

Furioso por su desobediencia, cruzó el pequeño balcón, le arrancó el cigarro recién encendido de entre los labios y la obligó a ponerse su chaqueta encima de los hombros.

—Hace frío —volvió a ladrar con aspereza mientras la envolvía en la prenda—. No seas cría, Emilia. Vuelve a la fiesta. Estás dando todo un espectáculo esta noche.

Por Dios. ¿Por qué no dejaba de tratarla como a una hija molesta?

Millie sintió que se quebrantaba por completo. Tiró su puñetera chaqueta al suelo, a pesar de que olía divinamente, a él, y lo miró con ojos llameantes. Parecía que, dentro de ella, furia y pasión se fusionaban en un baile sublime.

—¿Por qué me has sacado a bailar? —le gritó.

Él se quedó sin aliento, una profunda arruga asomó entre sus cejas, y Emilia tuvo la sensación de que no esperaba que le hiciera esa pregunta.

—Estabas avergonzada. Solo intentaba...

—¿Qué? ¿Qué intentas? ¿Consolarme? —volvió a rugir. La simple idea de recibir su consuelo era repugnante.

—Hacerte comprender que deberías salir con chicos que te traten mejor que Bastian.

¿Y él qué coño sabía?

Millie se acercó a su pecho peligrosamente, clavó los ojos azules, casi índigo, en los suyos y lo señaló con el dedo.

Estaba furiosa, pero maldita la furia que no le impedía mantenerse a salvo del aluvión de chispas que estallaron cuando se acercó a su magnético cuerpo.

—No necesito que me protejas. No soy tu puta hija.

Él aguantó su mirada con rostro impasible y ojos helados. Así y todo, tenía un aspecto un tanto burlón, una expresión casi sarcástica en las comisuras de los labios.

—¿Y qué necesitas? —repuso, sin abandonar su estúpido aplomo británico.

¿Qué necesitaba? Estaba bien que lo preguntara. Casi divertido. Ya que tanto le interesaba el asunto, pues bien, necesitaba que la apoyara contra la pared y que la hiciera suya en la misma jodida terraza de su hotel de pijos. Millie imaginó la cara de horror que pondría él y decidió replantearse su estrategia.

—Que me beses —respondió, más apaciguada.

El rostro de él fue recorrido primero por una oleada de sorpresa y después por una furia que hizo que se le disparara el tic de la mandíbula.

Estaba tan guapo cuando se enfurecía que Millie ahogó un gemido lastimero. ¿Por qué no podía quererla sin más? Sin pensar, sin planificar ni sopesar las consecuencias. Solo quería que la amaran. ¿De verdad era tan difícil?

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo —masculló él entre dientes, con una voz fría y controlada que solo denotaba una rabia abrasadora, la misma que consumía los ojos azules que se situaban ahora a la altura de los suyos.

—Yo diría que lo sé bastante bien. Ya no soy una niña.

—Tienes diecinueve años. Podrías ser *mi hija*.

Los ojos delineados de Millie se clavaron en el llameante azul que últimamente veía incluso en sueños.

Cuando estaban cerca el uno del otro, la energía estática que rugía entre ambos incendiaba el aire y pequeñas partículas cargaban la atmosfera de electricidad. Millie estaba segura de que él también las sentía. Por eso lucía tan desencajado cuando ella andaba cerca. Era imposible que no notara todas esas ráfagas que pasión y la furia con la que los sacudía.

—Anoche me follé a Bastian e imaginé que eras tú —escupió contra su cara—. Tus manos, tus labios, tus ojos... *Tú*. ¿Sigo pareciéndote una cría?

Él soltó un inarticulado sonido de furia, la cogió con fuerza por el mentón y, en una especie de impulso irreprimible, arrastró su boca hacia la suya. Millie ahogó un gemido cuando le separó los labios con firmeza, le metió la lengua dentro y la reclamó para sí. No sabía si era un beso o un castigo, pero lo disfrutó igualmente. Le había deseado tanto que pensó que se volvería loca si no le tenía.

Su lengua sabía a whisky y recordó que él había estado bebiendo mientras ella y Bastian montaban su numerito.

Y también recordó que la había estado mirando con ojos oscuros e inescrutables. ¿Estaba celoso? Bien. Porque ella se moría de celos cada vez que él entraba en la sala, tan atractivo como el pecado original, y todas las mujeres se giraban para mirarlo, mujeres mayores y mucho más hermosas e interesantes que ella, una colegiala que, hasta hacía muy poco, aún llevaba uniforme.

Esos celos que la corroían por dentro hicieron que ahora se pegara a su pecho casi con desesperación y respondiera a su beso con la brutalidad que merecía. Sentía la necesidad de sujetarlo apasionadamente, de perderse en él, de atravesar todas las barreras que se interponían entre ellos.

Su lengua se encontró con la suya y juntas emprendieron una danza delirante y feroz. Los dedos incrustados en su mentón empezaron a sujetarla con una fuerza casi inhumana.

Así que le gustaba duro, ¿eh? Ella también podía ser agresiva.

Le clavó los dientes en el labio inferior con fuerza, luego se lo metió en la boca y lo chupó.

Notó cómo a él se le aceleraba el corazón por debajo de la elegante tela de la camisa blanca.

Y notó que se la estaba poniendo dura.

Ella. Millie. Emilia, como se empeñaba en llamarla.

Sonrió contra sus labios, coló la mano entre sus cuerpos y lo tocó a través de los pantalones. Se moría por tocarlo. Por sentirlo latir entre sus dedos.

Pero él se apartó de golpe de sus labios, como si hubiese cobrado consciencia de repente, y la detuvo poniendo la mano encima de la suya.

—Ni se te ocurra, Emilia —gruñó con agresividad.

Los ojos de Millie bebieron de los suyos mientras sus pechos se agitaban con violencia en busca de aliento. Se sentía como si hubiese estado corriendo la maratón de Nueva York, eufórica, mareada, con la cabeza dándole vueltas sin ningún control.

—¿Por qué no? Quiero hacerlo contigo.

—Eso no va a pasar ni en mil años.

—Sabes que me deseas. ¿Qué te detiene?

—La decencia. Además, eres la novia de Bastian.

—¿Novia? No me hagas reír. Si me acosté con él es porque no quería que te sintieras como un capullo por haberme desvirgado. Lo hice por ti. Un cargo de conciencia menos. De nada, por cierto.

Intentó volver a besarlo, pero él le puso una mano sobre la garganta y la inmovilizó a escasos centímetros de su boca. Sus alteradas respiraciones se estaban cruzando y Millie vio que estaba furioso y muy, muy excitado. El ceño peligrosamente fruncido delataba que su lucha era atroz.

—Tengo ganas de estrangularte ahora mismo si es cierto que has perdido tu virginidad por eso.

—Adelante. Haz conmigo lo que quieras. Fóllame o estrangúlame si quieres. Pero, por Dios, ¡haz algo! No lo aguanto más. ¿No te has dado cuenta de que esta obsesión me está volviendo loca? No puedo comer, no puedo dormir, ni siquiera puedo ver la tele sin abstraerme. Mi mente me traiciona y me descubro pensando en ti en los peores momentos del día.

Los ojos azules del hombre cayeron sobre su boca y de repente se le antojaron aún más oscuros y pasionales que antes.

Durante unos segundos la hizo partícipe del conflicto interno que lo atormentaba, de la forma en la que intentaba contenerse a sí mismo para no volver a tomarla, de la fuerza con la que rechinaba los dientes. Millie estaba segura de que acabaría cediendo al impulso de hundirse de nuevo entre sus labios.

Estaban cada vez más cerca. Él la sujetaba por la garganta y parecía absorto, embebido en su mirada.

Aunque también lucía atormentado, lívido y desencajado como nunca.

Millie decidió ignorar lo último. Se dijo que con el tiempo se le pasaría. Solo era el impacto inicial.

Se dispuso a mover los dedos por su rostro y a confesarle lo que sentía por él, pero antes de que le diera tiempo a abrir la boca, sus brazos la empujaron hacia atrás con desprecio y sus labios se curvaron en una cruel expresión de asco.

—Paso. No me va la corrupción de menores.

—¡Tengo diecinueve, imbécil! Y ya me corrompieron anoche. *Dos* veces. Aunque estoy bastante segura de que tú lo harías mucho mejor que Bastian.

Él le sonrió, con esa sonrisa burlona que se le clavaba en el corazón como dardos helados que lo congelaban todo menos el fuego que la consumía por dentro, y dio un paso atrás.

La miró con altivez, se metió las manos en los bolsillos y cabeceó divertido. Poco a poco, los últimos vestigios de su sonrisa burlona fueron apagándose y los ojos que la observaban parecían ahora graves y sombríos.



—Nunca lo sabrás. Buenas noches, Emilia.

La despedida fue tan gélida que su recuerdo aún la estremece por dentro, después de todo este tiempo.

Maldita sea.

Millie se desprende de su inescrutable rostro, que tan vivo permanece dentro de su apasionada memoria, separa los párpados y sus ojos caen sobre un edificio blanco, muy parisino, que mira como si pudiera atravesar. Aquella noche sonaba *You Want It Darker*, de Cohen, y escuchar de nuevo esos acordes y ese ritmo laxo y sombrío la ha arrastrado de vuelta al pasado.

Invocar recuerdos de él tiene algo de doloroso y, a la vez, de excitante. Rememorar cómo bailaron esa canción y el beso que se dieron después, arrojados por la oscuridad de la terraza, dos amantes febriles cuyas bocas se buscaban con un fervor y una desesperación que aún la perturba...

Duele. Aun así, lo hace, una y otra vez, como si fuera adicta a ese dolor.

Se pregunta si él todavía conserva algún recuerdo de aquel beso, si se permite a sí mismo recordar. Seguro que no. Ella, por el contrario, nunca lo olvidará.

Se roza la boca con aire distraído y contiene la sonrisa al recordar cómo le ardían y le escocían los labios después de su feroz beso. Nadie va a superar nunca algo así.

Alexander Blake está incrustado en sus venas.

**ALEXANDER**



No ha probado bocado en la cena y ahora nota que el whisky que ha ingerido mientras fingía disfrutar de la comida y la compañía le pesa demasiado en el estómago.

Abre y cierra la nevera sin saber lo que está buscando. A sus espaldas, la cocina muestra un aspecto desordenado. La chaqueta y el abrigo que se puso para salir están tirados sobre la barra, y su corbata planteada cuelga del respaldo de una silla alta de bar. Alexander va en mangas de camisa y sin afeitar. Su rostro es atractivo, aunque su expresión resulta casi desdeñosa.

Comprueba por enésima vez el reloj y pone los ojos en blanco. Las tres menos cinco de la madrugada. Ni siquiera sabe qué hace despierto a esas horas. No es asunto suyo hacer de anfitrión. Debería irse a la cama. Que la jodan. Nunca ha sido agradable con él. ¿Por qué ha de ser él agradable con una persona que no ha hecho más que atormentarlo?

—Vete ya a dormir —se mentaliza mientras se sirve otra copa de whisky con manos temblorosas.

Suelta una blasfemia cuando se percata de que ha derramado una buena cantidad sobre la encimera.

¿Está nervioso? Es ridículo. No tiene ningún motivo para estarlo. Y, por lo tanto, no piensa ceder ante los nervios.

Con estudiado aplomo, se lleva la copa a los labios y sorbe un trago. Y después otro. Y otro.

Cuando se quiere dar cuenta, la copa está vacía.

Pues sí que está nervioso. Joder. Lo que le faltaba.

Ahoga una blasfemia y se deshace de la copa justo antes de que los faros de un coche golpeen contra el cristal de la cocina.

El corazón le da un vuelco sin ningún motivo y una extraña sensación de rigidez se apodera de él, como si un ser invisible estuviera oprimiéndole los hombros, estrechándole en un horrendo abrazo del que solo quiere escapar.

Está aquí. Debería irse a la cama antes de que le vea.

Buena idea.

Sin permitirse ceder ante ninguna clase de emoción, excepto ese estúpido latido del corazón y la tensión que no hay manera de quitarse de encima, apaga la luz de la cocina y se encamina con aparente tranquilidad hacia la escalera.

Pero las piernas se niegan a llevarle arriba y se descubre a sí mismo dirigiéndose a la puerta. Debe de ser la curiosidad. Hace mucho que no la ve y solo es curiosidad por saber qué tal le va.

«Como si no lo supieras», se dice a sí mismo, irritado.

Claro que lo sabe. La sigue en las redes, y los jóvenes de hoy en día tienen la estúpida costumbre de colgar en Instagram toda su maldita vida. Ella lo cuelga todo, desde luego.

Así que Alexander sabe el aspecto que tiene, la comida que ingiere, a quién se está follando y a cuántos animales ha acogido en su casa.

Veintidós, por cierto. Y, si alguien se lo preguntara, podría recitar de memoria el nombre de cada uno de esos bichos mugrientos que ella, como una buena samaritana, recoge de las calles de Nueva York, bautiza con algún nombre ridículo y luego les busca un hogar.

Alexander se alegra de vivir en París. Si viviera cerca de ella, seguro que le obligaría a adoptar a algún gato cojo.

Y, por supuesto, él sería incapaz de resistirse. Esa chica es peor que una hechicera. Consigue que él haga concesiones que jamás haría por otras personas. Es *muy* irritante.

El ruido de un maletero que se cierra lo hace sobresaltarse y dejar de divagar.

Se exige autodominio, agudiza el oído y la escucha despedirse de Paul. Está cada vez más cerca. Casi puede sentirla, y se estremece solo de pensar en la oscura energía que desprende su pequeño cuerpo. Siempre enciende en él cosas que ni siquiera debería atreverse a nombrar.

Emilia se detiene al otro lado de la puerta y deja caer la maleta al suelo.

Alexander, consciente de que solo los separan diecinueve años y unos pocos centímetros de madera, se pasa una mano por el pelo con nerviosismo, intenta dominar el tic de la mandíbula y abre de un tirón.

Verla es... devastador. Se ha quedado desencajado.

—Oh... Hola, Alexander —saluda ella, enderezándose e improvisando una sonrisa rápida, azorada.

Alexander ha perdido de golpe la capacidad de hablar o de moverse. Tan solo sus ojos azules se atreven a desafiar esa extraña parálisis, y la repasan de arriba abajo, con languidez.

Dios mío. La muy tarada va vestida de Harley Queen.

Se echaría a reír, si no estuviera tan furioso con ella por provocarle una erección a cada hombre con el que se ha cruzado desde que salió de Nueva York. A él, desde luego, se la está provocando, y no es que sea tan fácil de impresionar. Ha visto a muchas mujeres. Ha conocido íntimamente a muchas mujeres. Ninguna mujer le ha puesto nunca tan duro como esa hippie tarada que podría ser su hija.

«No.Me.Jodas. ¿Qué tienes, quince años? Contrólate de una vez, tío».

—Llegas tarde —la informa con una frialdad incompatible con el incendio que lo devora por dentro.

No quiere ser frío con ella. Lo que quiere es envolverla en un abrazo y besarla hasta lastimarle los labios. Decirle cuánto la ha echado de menos y luego quitarle la ropa, esas ridículas medias de rejilla que deberían ser ilegales, y follarla encima de la encimera de la cocina, tomarla como nadie la ha tomado antes.

Gruñe para arrancarse esas ideas de la mente. Su mierda de obsesión nunca le ha traído nada bueno.

—Lo siento si no he podido obligar al piloto a que vuele más rápido — responde Emilia, entremezclando frialdad y sarcasmo.

Alexander se muerde el labio inferior por dentro para contener la sonrisa. Ella siempre es un adversario digno. Le gusta eso en una mujer. La sumisión no le va en absoluto. Él disfruta del juego.

—Tu padre está durmiendo —vuelve a informar, con la cara helada por la rigidez.

—¿Y tú qué narices haces despierto a estas horas? Me conmueves. ¿Querías darme la bienvenida?

—Ni lo sueñes —le responde con arrogancia, mirándola desde arriba. Tiene cuerpo de alpinista y le saca a Emilia unos treinta centímetros de altura—. Acabo de llegar.

Ella ladea la cabeza hacia la izquierda y lo observa con interés y una sonrisa mal disimulada.

—¿Una buena juerga?

La mirada de Alexander resbala sobre sus labios, pero se obliga a parpadear y a buscar sus ojos.

—La mejor —asegura con voz helada.

—Ya no tienes edad.

La sonrisa arrogante de Alexander se borra al instante. Se le ocurre que podría cogerla por la barbilla, empujarla contra la pared y enseñarle que aún tiene edad para ciertas cosas. Cosas oscuras con las que la dulce Emilia ni siquiera sueña. Se imagina la carita que pondría ella, cómo abriría esa pequeña boca para recibirle, cómo se dilatarían sus peculiares ojos añiles al notarlo latir dentro de ella. ¿Le gustaría? Sí, claro. A todas les gusta. Y él sabe que Emilia es muy receptiva.

Nota cómo su miembro reacciona, excitado por la crueldad de esas imágenes, y se ve obligado a apretar las muelas para obligarse a sí mismo a mantener el control.

No puede tocar a Emilia. Esa es la verdad. Emilia es la hija de su socio y la ex novia de Bastian. Ninguno de los dos se lo perdonaría nunca.

Él mismo no se lo perdonaría nunca.

Ya bastante culpable se siente por haberla besado aquella noche. Menudo bastardo. Ella tenía diecinueve años, por el amor de Dios.

Y acababa de decirle que se había follado a su hijo pensando en él.

«Olvídala.YA».

—Me voy a la cama. Tu cuarto es el de siempre.

—Menos mal que no se había quedado para recibirme... —refunfuña Emilia para sí.

De espaldas a ella, Alexander hace un gesto de exasperación con los ojos y aprieta la mandíbula con fuerza.

—Buenas noches, Emilia —se obliga a decirle.

—Me llamo Millie.

Le impacienta su empeño por tener siempre la última palabra en todo.

—Te llamas Emilia —repite con frialdad—. Millie es un nombre estúpido.

No la vuelve a mirar, pero siente sus ojos clavados en su espalda mientras sube por la escalera, y nota su sonrisa medio irónica. Estas navidades se le van a hacer eternas. Es lo que tiene el Purgatorio. El tiempo transcurre de otra manera.

---

<sup>[1]</sup> *Jason Voorhees: ref. película Viernes* 13

<sup>[2]</sup> Ted Kaczynski: terrorista estadounidense que en 1971 se mudó a una cabaña sin luz ni agua corriente en Lincoln, Montana, donde empezó a aprender técnicas de supervivencia y a intentar ser autosuficiente.

<sup>[3]</sup> Wegmans es una cadena de supermercados estadounidense

<sup>[4]</sup> Poema *Para ti, amor mío* ( Jacques Prévert ).

<sup>[5]</sup> *Norman Bates: ref. película Psicosis*

<sup>[6]</sup> *La Reina de las Nieves* es un cuento escrito por Hans Christian Andersen. Fue publicado por primera vez el 21 de diciembre de 1844.

<sup>[7]</sup> Nancy Laura Spungen fue la novia de Sid Vicious, bajista de la banda de punk rock *Sex Pistols*